

MEMORIAS DE UN
FRANCOTIRADOR
EN STALINGRADO

VASILÍ ZÁITSEV



CRÍTICA

Vasili Záitsev

Memorias de un francotirador en Stalingrado

Título original: *Notes of a Russian Sniper: Vassili Zaitsev and the Battle of Stalingrad*

Vasili Záitsev, 1956

Traducción: David Paradela López

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Para nosotros no hay tierra más allá del Volga.

VASILÍ ZÁITSEV

Prólogo de Max Hardberger

La historia de Vasili Záitsev es hoy conocida gracias a la película de Jean-Jacques Annaud, *Enemigo a las puertas*. Sin embargo, el verdadero Vasili Záitsev fue una persona muy distinta y más compleja que el personaje que interpreta Jude Law.

Cazador experimentado de las taigas de los Urales, Vasili Záitsev, que por entonces contaba veintisiete años, trabajaba como contable y administrador de nóminas en la flota soviética del Pacífico. Se alistó como voluntario para combatir en Stalingrado junto con un destacamento formado por marineros e infantes de marina. Ya en la ciudad asediada, sus superiores se percataron enseguida de la pericia de Vasili en el tiro y lo designaron francotirador.

Vasili adaptó sus habilidades como cazador al escenario de Stalingrado, y las tácticas y estratagemas que desarrolló entre las ruinas de las fábricas y en las castigadas laderas de la colina Mamáiev son aún hoy objeto de estudio en las academias militares.

Vasili no tardó en adquirir fama, y sus hazañas empezaron a circular por toda la Unión Soviética. Durante la batalla, Záitsev cayó herido de metralla. Tras la convalecencia, se le otorgó el máximo honor del país, la Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética.

Quienes hayan visto *Enemigo a las puertas*, película virulentamente anticomunista, tal vez crean que Vasili no fue más que un instrumento creado por la maquinaria propagandística soviética; nada más lejos de la realidad. Vasili era miembro del Komsomol (Unión Comunista de la Juventud) y el Partido Comunista. Sus *Memorias de un francotirador en Stalingrado* contienen abundantes testimonios de su lealtad al Estado soviético.

Debemos advertir que algunos de los incidentes narrados en la película no aparecen en el libro de Záitsev. En especial, cabe señalar que una de las escenas más

duras del filme, en la que las tropas de la NKVD ametrallan a los soldados soviéticos mientras se retiran de una desastrosa carga, no aparece documentada en el libro de Záitsev. Si bien es cierto que en Stalingrado lucharon compañías penales, Záitsev no era un convicto, sino un voluntario. No cabe duda de que Záitsev habría desaprobado esa recreación ficticia y de que habría sentido vergüenza de que su nombre apareciera relacionado con ella.

La película, además, describe de forma errónea a Vasili como un campesino sin instrucción. En verdad, tenía una sólida formación básica —debida al sistema soviético que tanto disgusta a Annaud— y, terminada la guerra, siguió estudiando y llegó a ser profesor de ingeniería en la Universidad de Kiev.

A pesar de que Vasili no tuvo formación como escritor, sus *Memorias de un francotirador en Stalingrado*, llenas de energía y perspicacia, se han convertido en un clásico de la literatura de guerra. Desde una ciudad en ruinas a orillas del Volga, en un momento decisivo para la historia de la Unión Soviética, el valor, la inteligencia y el patriotismo de Vasili Záitsev dieron esperanza a su país en la hora más oscura. Es por ello por lo que habría deseado que lo recordaran.

Max Hardberger es el autor de *Freighter Captain*.

Acerca del autor

(Introducción de V. Chuikov a la edición de 1971)

¿Qué soldado de la batalla de Stalingrado no conoce el nombre de Vasili Záitsev? Sus gloriosas acciones fueron ejemplo de valor y habilidad militar tanto para los soldados que luchaban en Stalingrado como para los que combatían en otros frentes. El enemigo conocía sin duda sus hazañas. Durante el avance alemán hacia el Volga y Stalingrado, Vasili Záitsev eliminó a más de trescientos oficiales y soldados nazis. No es de extrañar que las acciones de Záitsev, tirador infalible y hábil táctico, alarmaran a los alemanes. El mayor Konings, francotirador de primera y director de la Escuela de Francotiradores de Berlín, voló a Stalingrado con la misión exclusiva de liquidar al imparable tirador ruso. Antes de que pudiera lograrlo, una bala procedente del rifle de Záitsev dio con el veterano lobo nazi.

Tuve ocasión de conocer a los famosos francotiradores de Stalingrado. Vasili Záitsev, Anatoli Chéjov y Víktor Medvédev eran los más conocidos. Por su aspecto, habría resultado imposible distinguirlos de un soldado corriente.

Tras cruzar unas primeras palabras con Vasili Záitsev, me sorprendieron varias cosas: su modestia, la despaciosa elegancia de sus movimientos, su carácter excepcionalmente reposado y su atenta mirada. Estrechaba la mano con fuerza, apretando la palma como si fuera una tenaza.

En ese primer encuentro, durante los días más difíciles de la defensa de la ciudad, Záitsev dijo: «No tenemos donde huir. Para nosotros no hay tierra más allá del Volga». La frase se convirtió en divisa, y todos los soldados del 62.º Ejército la repetían.

Gracias a su gran talento organizativo, Vasili Grigórievich fue puesto a la

cabeza del grupo de francotiradores del ejército. Tuvo varios discípulos, y todos ellos se convirtieron en tiradores de primera clase. Los fascistas caían por centenares, y hasta miles, a manos de las brigadas de Záitsev y Medvédev. (A menudo, bromeando, los aprendices de Záitsev eran llamados «la camada», y los de Medvédev, «los oseznos».)^[1]

Casi un cuarto de siglo ha pasado desde entonces, y es una agradable sorpresa comprobar cómo hoy, en las páginas de este libro, Vasili Grigórievich Záitsev le habla al lector de la competencia militar y analiza los secretos del arte del tiro. Soy de la opinión de que las reflexiones de Záitsev contribuirán a la defensa moral de nuestra juventud y no puedo sino recomendar a mis jóvenes camaradas —miembros de las fuerzas armadas, estudiantes de instituto y universidad y activistas del Komsomol en las fábricas, los koljoses y el ejército— que se familiaricen con el coraje y la audacia de Vasili Grigórievich Záitsev.

V. CHUIKOV

Mariscal de la Unión Soviética^[2]

Infancia y juventud

Todo el mundo recuerda su infancia. Algunos rememoran aquellos días con amargura, otros con sentimiento y orgullo: «¡Ah, qué infancia la mía!». Sin embargo, nunca he tenido ocasión de oír a nadie tratando de definir cuándo empieza o acaba la juventud. Por lo que a mí respecta, lo ignoro. ¿Por qué? Probablemente porque damos nuestros primeros pasos en el territorio de la infancia sin percatarnos y sin que de ellos quede rastro en la memoria, y porque el paso de la infancia a la juventud se produce de forma espontánea y pueril, sin una visión reflexiva sobre el mundo. No por nada hablamos de «niños mayores». Se hace difícil decir a qué edad empezamos a llamarlos así. En ocasiones, incluso, nos encontramos con «niños» que pasan de los veinte años, aunque difícilmente se puede presumir de ese tipo de infancia.

En mi recuerdo, el final de la infancia está marcado por las palabras de mi abuelo Andréi, que un día me llevó con él a cazar y, tras ponerme un arco y unas flechas de factura casera en las manos, me dijo:

—Dispara apuntando con firmeza y mira a los ojos de tu presa. Ya no eres un chiquillo.

A los niños les gusta jugar a ser mayores, pero aquello no era un juego. En los bosques habitan animales salvajes de verdad, bestias hábiles e inteligentes, no como las de las fantasías. Pongamos que queremos echarle un vistazo a una cabra —para ver qué clase de orejas, de cuernos o de ojos tiene—; para ello, hay que camuflarse de tal modo que el animal nos mire como si fuéramos un arbusto o una brizna de

heno. Hay que permanecer inmóviles, sin respirar ni pestañear. Si lo que queremos es acercarnos a la madriguera de un conejo, tendremos que reptar en la dirección del viento, para que bajo nuestro peso no cruja ni una sola hebra de hierba.

Debemos ser uno con el suelo, pegarnos a él como una hoja de arce y avanzar en silencio. Al conejo hay que cazarlo de un flechazo certero. Debemos arrastrarnos lo más cerca posible; de lo contrario, podemos errar el disparo.

Los abuelos quieren a los nietos aún más de lo que los padres quieren a los hijos. El motivo de ello solo puede explicarlo quien sea abuelo. El mío, Andréi Alexéievich Záitsev, pertenecía a una larga estirpe de cazadores, y yo era su favorito, como lo había sido su primogénito, Grigori, mi padre, padre de una niña y dos varones. Yo era el mayor, y crecí muy despacio. Mi familia creía que siempre sería un niño bajito y enclenque, un alfeñique. Pero mi abuelo nunca me hizo sentir mal por mi estatura y me enseñó sirviéndose de su amplia experiencia como cazador. Mis errores casi lo hacían llorar. Y cuando me di cuenta de cuánto se preocupaba por mí, se lo compensé haciendo todo cuanto me pedía y exactamente como quería.

Aprendí a interpretar las huellas de los animales como quien lee un libro, a buscar las guaridas de lobos y osos, y a construir escondrijos tan bien camuflados que ni el abuelo podía encontrarme hasta que yo lo llamaba. Esos logros hacían muy feliz al abuelo, que era un cazador curtido. Un día, como agradeciéndome mis esfuerzos, el abuelo se puso en una situación de terrible riesgo: mientras perseguíamos a un lobo, esperó a que el animal se le acercara lo suficiente como para matarlo con un mazo de madera. Era como si me dijera: «Observa, pequeño, y aprende cómo al adversario feroz se le vence con coraje y calma». Luego, con la piel del lobo ya a mis pies, dijo: «¿Has visto lo bien que ha salido todo? Hemos ahorrado una bala y la piel está intacta. Será una piel de primera categoría».

Poco tiempo después, logré echarle el lazo a un macho cabrío. ¡Si hubierais visto cómo se puso a correr cuando le lancé la cuerda a los cuernos! Me arrancó de mi escondite y me arrastró por los arbustos, intentando arrancarme de las manos el extremo de la cuerda. ¡Pero no! Me aferré a un arbusto y resistí como si en ello me fuera la vida.

La cabra corrió de izquierda a derecha, dio una vuelta al arbusto, luego otra, hasta que por fin cayó de rodillas. El abuelo estaba encantado. Yo estaba tan feliz que se me derramaban las lágrimas, pero él me las secó besándome las mejillas.

Al día siguiente, delante de mi padre, mi madre, mi abuela, mi hermana y mi

hermano, el abuelo me regaló un arma: una escopeta de cañón único del calibre 20. Era un arma de fuego de verdad; con ella iba un cinturón con cartuchos militares de postas y perdigones para cazar urogallos. Me puse firmes y el abuelo me la colgó al hombro. Yo era tan bajito que la culata de la escopeta tocaba el suelo, pero por lo menos ya no era un niño. A los niños no se les permitía tocar armas de verdad como esa.

Por aquel entonces, apenas tenía doce años. De un día para otro, me había hecho mayor. Quien quisiera podía seguir llamándome alfeñique, pero ahora llevaba un arma al hombro. Corría el año 1927 y estábamos en casa de mi abuelo, a orillas del río Saram-Sakal, en el selsóviet de Yelenovskoie, en la óblast del Bajo Ural.

Me hice adulto, o mejor dicho, me convertí en cazador independiente. Mi padre, recordando sus días de soldado a las órdenes del general Brusílov, me decía:

—Usa cada bala a conciencia, Vasili. Aprende a disparar y no yerres nunca. Mi consejo te será útil, y no solo para cazar cuadrúpedos.

Junto con la escopeta, mi abuelo me había regalado su conocimiento de la taiga, el amor a la naturaleza y su experiencia del mundo. A veces se sentaba sobre un tocón y, mientras fumaba tabaco de cosecha propia con su pipa favorita, se quedaba mirando fijamente un punto del suelo. Gracias a su paciencia, aprendí a ser un cazador.

—Imagina que entras en el bosque persiguiendo a un animal —decía—. Quítate el gorro para poder oír todo cuanto ocurre a tu alrededor. Escucha al bosque; escucha el trino de los pájaros. Si las urracas hablan, señal de que tienes compañía. Algún animal grande, así que atento. Busca un buen emplazamiento, guarda silencio y espera: el animal vendrá hacia a ti. Échate totalmente inmóvil y no muevas ni un músculo.

Antes de continuar, el abuelo daba una chupada a la larga pipa.

—Cuando vuelvas de una cacería, asegúrate de llegar a casa después de que anochezca, para que nadie te vea con las piezas. Y que nunca se te suban los triunfos a la cabeza, deja que hablen por sí solos. Así te acordarás siempre de esforzarte más la próxima vez.

El abuelo sabía muy bien cómo inculcarnos sus convicciones.

Las piezas que cazábamos las llevábamos a una isba, una cabaña de

cazadores. Nuestra isba era un pabellón de tamaño considerable. Solo los hombres podían entrar en ella. La isba estaba dividida en dos partes, separadas por una pared de troncos. Dormíamos en una de las partes y reservábamos la otra para almacenar la carne. Durante el invierno, la zona de almacenamiento se llenaba de caza congelada. Del techo colgaban cientos de pájaros, conservados por el frío.

El abuelo, mi primo y yo dormíamos sobre unos bancos de madera cubiertos con pieles de lobo. Debajo de los bancos guardábamos las pieles de otros animales. También había una cama en la que el abuelo echaba la siesta durante el día.

En vísperas de fiestas religiosas, la regla que prohibía la entrada a las mujeres quedaba temporalmente derogada y toda la familia se reunía en la isba.

El abuelo tenía una serie de figuras y dioses a los que rendía culto. No creía en los santos ortodoxos rusos ni en el Dios al que adoraba la abuela, pero le permitía tener iconos en la casa, de modo que en la familia coexistían ambas fes. La fe de la abuela decía: «No matarás, no robarás, honrarás y obedecerás a tus mayores; Dios, en su gracia, lo ve todo desde los cielos». Según Duna, mi abuela, habíamos nacido para la vida eterna: «Cuando el alma se separa del cuerpo, el cuerpo cumple penitencia, mientras que el alma vuela como una paloma para ser juzgada en el cielo. Ahí, todos tendremos que rendir cuentas de cómo hemos vivido y de los pecados cometidos. Vuestra vida en el otro mundo depende de cómo os comportéis en la tierra. De lo que hagáis en la vida terrenal depende que ardáis en el infierno o que os regocijéis en el paraíso».

Evidentemente, mi primo Maxim y yo intentábamos hacer siempre lo correcto, para que nuestras almas fueran admitidas en el cielo. El abuelo, en cambio, veía las cosas de otra manera.

—Nada vive dos veces —nos decía—, ni los hombres ni los animales. Hoy, por ejemplo, habéis cobrado una cabra y la habéis desollado con mucha torpeza, habéis estropeado la piel con dos grandes cortes. —A veces el abuelo se ponía furioso y se perdía en digresiones—. ¡Como volváis a hacerlo, os daré una tunda que cuando seáis tan viejos como yo todavía se os verán las cicatrices!

Maxim y yo nos sentábamos en un rincón conteniendo el aliento, porque conocíamos el carácter del abuelo. Daba una chupada a la pipa y volvía a las razones de su rechazo de las creencias religiosas de la abuela.

—Luego habéis colgado la piel de la cabra y todos los pájaros del bosque han

acudido a picotear la carne. ¿Habéis visto el alma?

Nosotros seguíamos sentados en silencio, pestañeando como dos ratoncillos. El abuelo Andréi empezaba a ponerse verdaderamente colérico.

—¡Ahora se os ha comido la lengua el gato! Escuchadme: esa alma de la que habla la gente, ¿alguna vez habéis visto alguna?

Yo decía que nunca la había visto.

—Bien —concluía el abuelo—, si no la has visto, significa que no existe. Existen la piel, la carne y las entrañas. La piel está colgada ahí fuera, la carne está en la sopa y los perros se han comido las entrañas para cenar. Así que recordad, muchachos: eso del espíritu, es una patraña. No hay espíritus que temer. Un cazador de verdad no le teme a nada. Y como alguna vez vea miedo en vuestros ojos, ¡os daré una buena zurra en el trasero!

El primo Maxim llevaba gafas y bizqueaba todo el tiempo. Era cinco años mayor que yo, pero cuando peleábamos yo nunca me dejaba ganar, y si iba perdiendo, la emprendía a arañazos y dentelladas, y entonces Maxim se retiraba. Al abuelo le encantaba ver que sabía defenderme. Ocurriera lo que ocurriera, yo siempre era el favorito del abuelo. En la familia, nadie más que él tenía derecho a castigarme. Si presumía, decía mentiras, hacía de chivato o me portaba como un cobarde, él me pegaba.

Mi hermana Polina solía quejarse de que apestábamos como animales. Y tenía razón. En invierno pasábamos más tiempo en compañía de animales salvajes que de personas. Nuestras manos, la cara, la ropa, las armas, las trampas, todo lo embadurnábamos con aceite de tejón. Hasta el hierro cambiaba de olor cuando lo untábamos con aceite. Olíamos a animal, y por eso los animales del bosque no se asustaban al olerlos.

Las mañanas empezaban con los consejos del abuelo, que siempre nos decía cómo debíamos comportarnos en el bosque:

—Si alguna vez capturáis tantos conejos con las trampas que no podéis llevároslos en un solo viaje, colgad el resto de un árbol.

Naturalmente, Maxim y yo habíamos aprendido a hacer eso hacía tiempo, pero estaba terminantemente prohibido interrumpir al abuelo.

Salíamos de casa al alba, con la salida del sol. La nieve fresca crujía bajo los esquís, y el aire era puro y helado. Como todavía no habíamos estirado las piernas, esquiábamos a paso lento, y los perros, siempre a punto, tiraban de las correas. Querían que los soltásemos, pero primero teníamos que comprobar las trampas. Así pasaban los días en la taiga.

Una mañana, mientras comprobábamos las trampas, descubrimos que un lobo había caído en una y se la había llevado. Atamos a los perros, y Maxim volvió a casa a buscar una escopeta mientras yo iba a por el resto de las trampas.

El sol estaba saliendo y el arcoíris relucía a los lados de la roja bola del sol, formando anillos de colores brillantes. El frío era implacable, y los perros se pusieron a aullar porque el viento helado les congelaba las patas.

Cuando volvió Maxim, partimos en busca del lobo y la trampa. Soplaba un viento furioso. En días como ese, la gente de los Urales dice: «No hay que preocuparse por un poco de frío, pero mejor no quedarse quieto». Maxim sentía molestias en los ojos, que le lloraban por culpa de aquel viento glacial, así que decidimos que yo dispararía primero.

Estudiamos las huellas del lobo y, al ver que caminaba a tres patas, concluimos que una de las patas delanteras debía de haber caído en la trampa. El lobo no era estúpido; sabía que irían tras él y por eso se había dirigido hacia una zona donde la capa de nieve era más fina. Si el soporte de la trampa se enganchaba con algo, el lobo volvía sobre sus pasos para borrar las huellas, y luego seguía caminando en la misma dirección que antes. Se había ido hacia la parte más recóndita del bosque y los pantanos helados, y durante el trayecto no se le había caído una sola cerda de pelo.

Maxim y yo estábamos tan enfrascados en la persecución que no nos dimos cuenta de que estaba oscureciendo. Yo estaba cansado, me dolía la espalda y necesitaba comer algo.

Maxim sacó el hacha e hizo unas muescas en los árboles para no perdernos a la vuelta. Todavía no habíamos conseguido nada, y eso me desmoralizaba y me irritaba. Sin darme cuenta, me aparté del sendero. Los perros percibieron algo y de repente se pusieron a tirar de las correas. Los calmé y agarré la escopeta. A menos de cincuenta pasos de mí, de pie entre unos arbustos, había una cabra montesa. Estaba de espaldas a mí, lo que me impedía apuntar bien. Esperé a que el animal se diera la vuelta para tener mejor ángulo, pero, como para fastidiarme, se quedó

quieto masticando la hierba que asomaba entre la nieve. Apunté con cuidado y apreté el gatillo. La cabra dio un salto en el aire, corrió unos metros, se tambaleó y cayó de rodillas. Solté los perros y corrí tras ellos empuñando el cuchillo.

Cuando los perros alcanzaron a la cabra, le saltaron encima. El animal era fuerte y astuto y se defendía con los cuernos. Peleó valerosamente, pero estaba herido y no tenía escapatoria. No quería gastar una segunda bala, pero no tenía elección: no podía acercarme lo suficiente al animal como para usar el cuchillo. Así que volví a disparar; esta vez le di en la cabeza y se desplomó sobre la nieve.

Maxim había oído el furioso balido de la cabra y el ladrido de los perros y nos había encontrado. Estaba impresionado por el tamaño de la pieza.

—Cielos —dijo animado—, ni entre los dos podríamos cargar con una bestia así. La colgaremos de un árbol.

Luego empezó a darme instrucciones.

—Despeja un poco el terreno, esta noche tendremos que dormir aquí. Reúne toda la leña que puedas, tenemos que mantener el fuego encendido toda la noche.

Así que preparé el campamento, recogí leña y me pasé un buen rato intentando obtener una chispa con estaño y acero. Los frotaba uno contra el otro, pero tenía las manos entumecidas por el frío y a cada momento tenía que volver a empezar. Por fin logré que prendiera la yesca y la hoguera ardió con ganas, soltando rojas lenguas de fuego que bailaban sobre los leños encendidos.

Para entonces, Maxim había terminado de desollar la cabra. Los primeros en saciar el apetito fueron nuestros amigos de cuatro patas: Maxim les arrojó las vísceras, todavía humeantes. Luego, utilizando la baqueta de limpiar la escopeta como varilla, asamos la carne de la cabra. Ambos nos moríamos de hambre.

Tras aquella succulenta cena, lo único que me apetecía era echarme a dormir. Me até las correas de los perros al cinturón, me tapé la cara con la gorra y me quedé dormido como si estuviera en la cama de casa.

Maxim alimentó el fuego, se echó a mi lado y a los diez minutos ya estaba roncando. El campamento se sumió en un sueño apacible, a excepción de *Damka*, la pequeña husky siberiana, que aunque se hizo un ovillo mantuvo las orejas erguidas, custodiando el campamento.

Dormíamos profundamente cuando *Damka* se puso a ladrar. En pocos segundos, Maxim, los perros y yo estábamos en pie y en alerta. A juzgar por la cantidad de leña que quedaba en el fuego, no habíamos dormido mucho.

Maxim tomó un ascua y la arrojó a la oscuridad. Saltaron unas chispas rojas, pero no hubo respuesta. Los perros callaron. Me aparté del fuego para ver mejor en la oscuridad. A unos cien metros, dos pares de ojos parpadearon en mi dirección.

—¡Lobos! —grité.

—Habrán olido la barbacoa. ¿Estás asustado? —dijo Maxim para molestarme.

La pregunta ofendía mi orgullo.

—Por supuesto que no —respondí.

Su insinuación me había irritado. Caminé hacia donde había visto esos ojos relucientes. Tenía que caminar despacio porque la nieve me llegaba a las rodillas. De pronto, una fuerza instintiva me dijo: «¡Detente! ¡Dispara!». Levanté la escopeta y disparé.

El disparo retumbó entre los árboles y los lobos desaparecieron. Me quité la gorra de piel y escuché atentamente, conteniendo la respiración, pero en el bosque reinaba un silencio absoluto. Volví a ponerme la gorra y regresé junto a la hoguera. Maxim estaba tan tranquilo, cortando un trozo de carne y pinchándolo en la varilla. El fuego se había convertido en un montón de rescoldos. Me pregunté por qué Maxim no me preguntaba si le había dado a alguno de los lobos, aunque en realidad no había motivo de duda. Después de todo, había sido un disparo al azar en plena oscuridad. Por fuerza tenía que haber fallado. Pensando esto, volví a dormirme.

A la mañana siguiente, Maxim me despertó dándome golpes en el costado.

—Arriba, cazador, hora de desayunar.

Mientras Maxim cocinaba, decidí echar un vistazo hacia el lugar donde había disparado la noche anterior.

—¿Adónde demonios vas? —preguntó Maxim.

—Quiero ver cuántos lobos había ahí —respondí.

—Muy bien —dijo—, pero vuelve antes de que se te enfríe el desayuno.

En la nieve se veían huellas de lobo mezcladas con sangre. Al principio no podía creer lo que veía, pero a medida que fui siguiendo las huellas se despejaron mis dudas: el disparo había dado en el blanco.

Maxim vino corriendo, casi sin aliento.

—Entonces ¿qué? ¿Le diste? Ven, echemos una ojeada.

Desde donde yo estaba, parecía que el miope de Maxim seguía el rastro con el olfato más que con la vista. Entonces se enderezó y me miró sorprendido, como si fuera una aparición.

—Buen trabajo, primo. Ese lobo no irá muy lejos.

Subimos una cuesta, siguiendo el reguero de sangre. Cuando llegamos a lo alto de la cuesta, vimos al lobo. Era viejo y sangraba por el pecho. Estaba tendido, inmóvil. Por seguridad, Maxim soltó los perros antes de acercarnos al animal herido. *Damka* se puso a darle vueltas ladrando, pero el lobo no reaccionaba. Maxim agarró un palo y lo golpeó en el hocico con fuerza; el animal dio una sacudida y quedó tendido del todo.

Faltaba encontrar al otro lobo, el que había caído en la trampa. Soltamos los perros y en cuestión de un par de minutos empezamos a oír ladridos. Al principio creímos que los perros estaban peleándose con una manada de lobos; algo extraño ocurría. ¡Los perros nos estaban llamando, como pidiéndonos que fuéramos a ayudarlos! Corrimos. Maxim tenía las piernas más largas y llegó el primero. Cuando me acerqué, no pude creer lo que veían mis ojos. Maxim tenía en la mano una cuerda cuyo extremo se perdía en el interior de una madriguera.

—¿Qué puede significar esto? —pregunté.

—Es la cuerda de la trampa; el lobo se ha escondido en la madriguera con la trampa en la pata. Lo haremos salir con humo.

Al cabo de media hora, el lobo estaba tendido a nuestros pies. Lo matamos sin la escopeta, sin malgastar balas y sin dañar la madriguera. Lo hicimos todo tal y como el abuelo nos había enseñado.

Volvimos a casa con el botín: dos pieles de lobo, una docena de conejos y un

lobezno que los perros habían cobrado solos. Curiosamente, nadie de la familia —ni el abuelo, ni mi padre, ni mi madre, ni la abuela, ni mi hermana— pareció sorprenderse lo más mínimo. Para ellos, nuestra aventura no había sido más que otro episodio en la vida de dos cazadores. Habíamos pasado la noche entera en el bosque bajo un frío glacial, habíamos matado dos lobos y habíamos vuelto a casa; nada extraordinario. A pesar de que uno de los cazadores era un «pequeño alfeñique», era buen tirador, y eso bastaba para considerarlo un cazador.

Y así fue como, sin darme cuenta, con una escopeta al hombro, traspuse el umbral que separa la infancia de la juventud.

Había aprendido el arte de rastrear la taiga. Con el tiempo, esa habilidad me serviría para luchar contra esos otros depredadores bípedos que llegaron sin que nadie se lo pidiera a invadir nuestra patria.

Camiseta de marinero, armas de soldado

La abuela me enseñó a leer y escribir. A los dieciséis años, me fui a Magnitogorsk como trabajador de la construcción. Durante mi estancia ahí, terminé la educación básica y empecé a estudiar contabilidad.

En 1937 me llamaron a filas. Pese a mi estatura, me aceptaron en la flota de la Armada en el Pacífico, lo cual me dio una gran satisfacción. Las franjas blanquiazules de la camiseta, o *telniashka*, siempre se han considerado símbolo de valor y coraje. El marinero que la viste destaca a la legua, no pasa desapercibido, ni siquiera en el mar embravecido o en medio de una multitud. Las franjas parecen moverse con vida propia, como si el marinero llevara el océano en el pecho.

Por supuesto, la camiseta de marinero no es más que algo externo, un mero objeto, pero basta ponérsela para sentir el impulso de erguir la espalda sacando pecho. A menos que uno sea un afeminado o un ser de natural enfermizo, algo lo incita de inmediato a probar su fuerza, a echar unas flexiones o levantar mancuernas. La camiseta ejerce un efecto sobre la persona, y no por nada se dice que quienes visten la *telniashka* no conocen el miedo, le escupen a la muerte a la cara y jamás piden clemencia al enemigo.

Telniashka, telniashka... Tuve la suerte de ponerme una por primera vez en otoño de 1937, en Vladivostok. Yo y el resto de marineros de agua dulce —miembros del Komsomol— llegamos ahí tras un largo viaje por los Urales para servir en la flota del Pacífico. Durante cinco años, lucí la *telniashka* con orgullo. Me prepararon para combatir en mar abierto... aunque finalmente me destinaron a luchar en tierra firme.

Como no podía deshacerme sin más de la *telniashka*, me la dejé puesta bajo el nuevo uniforme.

Dicho en breve, en septiembre de 1942 mis compañeros de la Armada y yo tuvimos que quitarnos el atuendo de marinero y sustituirlo por el de soldados de la 284.^a División de fusileros.

El recuerdo me traslada a las lejanas costas del Pacífico. Recuerdo Vladivostok tal y como era al verla por vez primera. El tren en que viajábamos los reclutas llegó a la estación el 3 de febrero de 1937, de madrugada. La noche empezaba a retirarse y el perfil de los edificios que rodeaban la ciudad era cada vez más nítido. Estábamos impacientes por alejarnos de los humeantes vagones del tren y, en fila de a dos, nos dirigimos al paso elevado para cruzar las vías. Entonces vimos el océano, cubierto por una capa de hielo gris.

—¿Y dónde están las olas?

Ninguno de nosotros había visto el océano antes. Todos proveníamos de tierra adentro. Con nosotros iba un suboficial.

—Muy bien, charlatanes —espetó—, poneos en fila.

Caminamos unas cuantas manzanas y llegamos ante una portalada roja con un viejo letrero en el que ponía: «años del cuartel». La letra *B* de «Baños» se había borrado y nadie había vuelto a pintarla. Entramos en el patio, y un camión paró derrapando frente a nosotros. En el asiento del copiloto iba sentado un marinero con tabardo y el pelo al rape. Abrió la puerta del camión, se echó la boina hacia atrás y se quedó de pie en el estribo mirándonos como quien dice: «Mira quién está aquí: ¡los aspirantes!». Se acercó a mí y me observó de arriba abajo.

—¿Cómo ha ido el viaje, novato? —me preguntó.

—Parecía que no íbamos a llegar nunca —respondí—, pero aquí estamos.

—Bien, felicidades —dijo—. Me da la impresión de que llegaréis a ser buenos marineros.

—¿Y en qué se basa para hacer ese pronóstico?

El que había hablado era Sasha Griázev, un amigo mío de constitución semejante a la de un gorila. Sasha era un bromista, igual que el marinero del camión.

—¿En qué me baso? —preguntó el marinero imitándolo—. Tienes acento de campesino, amigo. Espera a que te manden a la *guba*, ahí aprenderás un poco de educación.

—¿Qué es la *guba*? —pregunté ingenuamente.

—Oh, es un lugar de retiro muy especial para marineros —respondió—. Ahí solo van unos pocos privilegiados. Si quieres, tengo un amigo que puede organizarte unas vacaciones de cinco días.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —le pregunté.

El marinero fingió sorpresa y respondió:

—¿Me estás diciendo que durante el trayecto desde Habarovsk nadie os ha informado de que tendríais que entregar vuestra ropa de civil al asistente de lavandería Nikolái Kuropi? Pues ese soy yo, Nikolái Kuropi.

Escuchamos atentamente sus bromas y, como éramos unos inexpertos, bromeamos con él, como si no estuviera un par de escalafones por encima nuestro en la cadena de mando.

—Muy bien —dijo—, no es culpa vuestra. Tendré que llamarle la atención al jefe de estación de Habarovsk. Ahora tengo un trabajo para vosotros.

Nos acompañó a los baños y nos ordenó que nos quedáramos en paños menores. Un par de minutos más tarde, los marineros de agua dulce de los Urales estábamos irreconocibles. Nikolái Kuropi se llevó los fardos que contenían nuestros trajes, zapatos y camisas, y en su lugar apareció otro suboficial que se presentó como Vasili Grigoróvovich Ilín.

—Un marinero no es nada sin su *telniashka* —dijo—, y enseguida os darán la vuestra. Pero para que os quede bien, antes tenéis que lavaros y afeitarnos la cabeza como si fuerais monjes. La limpieza es indicativa de la buena salud y la fuerza de un marinero.

Nos repartieron navajas de afeitar y empezamos a afeitarnos las cabezas mutuamente. Al ver los mechones de cabello cayendo a mis pies, sentí una ligera tristeza: «Adiós, querida juventud...».

Mis compañeros empezaron a frotarse salpicando agua. Como yo no tenía

jofaina ni había esponjas para todos, caminé de un banco a otro como perdido. Los demás gritaban, se salpicaban y hacían guerras de agua, como los niños en el colegio. Yo me sentía excluido y eso me entristeció. Finalmente, me dejé caer en un rincón a esperar que los demás terminaran. Un muchacho delgado se sentó a mi lado. Tenía el cuerpo como atrofiado y lleno de bultos, como las hebras de una sogá. Se llamaba Okrihm Vasilchenko y era ucraniano.

—Bien, compañero —dijo—, tenemos que lavarnos. ¿Me ayudas?

Después de la sauna y la ducha, el contraamaestre Vasili Ilín me entregó mi *telniashka*. Parecía hecha a la medida de mi cuerpo. Las franjas blanquiazules amplifican la sensación de poder y predestinación. Cuando uno la lleva puesta, es como si dijera: «Que ruja el mar, ¡yo resistiré!». El contraamaestre Ilín tenía razón: la *telniashka* lo invita a uno a ponerse constantemente a prueba.

Tras cinco años de servicio en la Armada pasé a fusilero de infantería. Ocurrió como sigue.

La guerra había estallado un año antes. Después de mucho solicitar que me enviaran al frente, me incluyeron por fin en una lista de marineros que iban a ser transferidos a infantería. Para entonces ya había obtenido el rango de primer contraamaestre, que en el ejército equivalía al de teniente primero.

Me subieron a un tren rumbo al oeste junto con el resto de marineros que habían solicitado entrar en combate. Al frente, ¡por fin! Durante el viaje, largo y tedioso, las ruedas no dejaron de tabletear. Yo no veía la hora de llegar a mi destino, y la lentitud del tren me exasperaba. Al pasar por los Urales, me acordé de cuando el abuelo nos enseñaba a rastrear, a disparar y a acampar con el frío, a cielo abierto. Pero no era el momento de abandonarse a la melancolía. Nuestro país estaba en peligro. Hacia el frente, ¡a toda máquina!

De repente el tren fue desviado hacia una vía muerta de la estación de mercancías de Krasnoufimsk. En el andén se oían gritos: «¡Todo el mundo abajo!». Es difícil imaginar la cara de decepción que pusieron los marineros al oír eso. La gente preguntaba: «¿Qué hacemos aquí, en medio de la nada?». El caso es que ahí, en Krasnoufimsk, era donde estaban acuartelados los regimientos de la 248.^a División de fusileros. Después de los duros enfrentamientos de Kastornie, habían sido enviados ahí para descansar y recibir tropas de refresco.

Mi destacamento de Vladivostok se integró en el 2.º Batallón del 1047.º

Regimiento. Los comandantes y oficiales políticos del batallón nos dispensaron una cálida bienvenida, si bien nuestros tabardos y nuestros pantalones anchos —por no hablar de la *telniashka* y las boinas— suscitaron alguna que otra sonrisa.

Enseguida subimos de nuevo al tren y volvimos a oír el rítmico tableteo de las ruedas. Durante el viaje hicimos menos paradas que antes. Dondequiera que mirase, solo se veía la infinita y oceánica extensión de las estepas.

En el vagón, el ambiente estaba cargado, así que mis camaradas y yo nos quitamos los tabardos, dejando a la vista las franjas blanquiazules de las camisetas. El tren se había convertido en un barco con ruedas que surcaba océanos de tierra seca. Al frente, el reflejo de la luz hacía pensar que nos dirigíamos hacia un mar en tempestad.

Día, noche, día otra vez... Rusia es un país enorme. Queríamos que el tren acelerara, queríamos entrar en acción lo antes posible. Mas no había de ser así. El tren se detuvo. En algún lugar delante de nosotros, entre nuestra posición y nuestro destino, los bombarderos de la Luftwaffe habían derribado un puente. Esperamos una hora, dos, tres. En alguna parte, en los confines de la inmensa estepa, algo rugía, pero no podíamos imaginarnos qué era. En un momento dado, negras nubes oscurecían el paisaje; al siguiente, rompía un rayo de luz y era como si el sol estallara en fragmentos de fuego.

Al caer la noche, marchamos por los campos en lugar de seguir la carretera, para minimizar el riesgo de un ataque aéreo. El incendio que se veía al final de la estepa, que era el punto de referencia que seguíamos todos, daba la impresión de que caminábamos hacia el fin del mundo. Pero no: aquellas eran las llamas de Stalingrado.

A medida que se hacía de día, el sol oscurecía las rojas llamas del horizonte, pero las nubes, de color carmín oscuro, se hacían más gruesas. Era como si un enorme volcán hubiera entrado en erupción y escupiera humo y lava. Cuando los rayos de sol atravesaban las nubes, se veían puntos en el cielo, como un enjambre de moscas.

El comandante de la compañía, el teniente Bolshápov, me tendió sus prismáticos. Miré y no pude creerme lo que veía. Stukas, Heinkels y Me 109 —como si se hubiera reunido toda la fuerza aérea alemana— sobrevolaban la ciudad en formación de tres y hasta cuatro capas dejando caer su carga explosiva. Los bombarderos se lanzaban en picado hacia el corazón de las explosiones, mientras en

el suelo, columnas de polvo rojizo se elevaban cientos de metros en el aire.

Estábamos desconcertados. Era imposible que nuestros camaradas siguieran luchando: ¿cómo resistir y luchar en medio de ese infierno? ¿Cómo podían respirar tan siquiera? ¿Era posible que sobreviviera alguien?

—Stalingrado ha resistido multitud de ataques —explicó Bolshápov, como en respuesta a mis pensamientos—. Ahí es adonde vamos, pero antes, marineros, tenemos que prepararos para la acción.

Dedicamos los tres días siguientes a entrenarnos a fondo para el combate cuerpo a cuerpo. Nos ejercitamos con ganas. Practicamos con bayonetas, cuchillos y palas. Lanzamos granadas y atravesamos pistas de obstáculos. Todos sabíamos que el adiestramiento era crucial, y en ocasiones los ejercicios desembocaban en peleas. Con el acaloramiento, algunos marineros golpeaban en la nariz a sus compañeros. A fin de cuentas, el comandante no estaba entrenándonos para dar un paseo por el parque.

El teniente Bolshápov pasaba el tiempo sentado con las piernas estiradas sobre una elevación, atusándose el espeso bigote pelirrojo, con las botas clavadas el suelo y los brazos apoyados en las rodillas.

Evidentemente estaba satisfecho. El entrenamiento seguía el curso previsto: en poco tiempo, habíamos aprendido a cazar las granadas al vuelo y a arrojarlas de vuelta a las trincheras, donde unos espantapájaros hacían las veces de alemanes.

El *zampolit* Stepán Kriájov, un comandante político regordete con aspecto de estudiante, supervisaba las maniobras junto a Bolshápov.

—Los boches no tienen nada que hacer contra estos marineros —comentó Bolshápov, y el carirredondo Kriájov asintió.

En ese momento, yo estaba en el fondo de una trinchera, aprendiendo a usar la pala para reducir a un «enemigo» armado con una pistola. Mi oponente era el soldado Sasha Réutov. Réutov era un tipo corpulento que servía como ordenanza al teniente Bolshápov. Los demás marineros nos observaban desde un terraplén cercano. Réutov se las arregló para desenfundar y vaciar un cargador entero contra mí. Las balas, claro está, eran de fogeo. Para aprender a hacer el ejercicio, todos teníamos que pasar por la trinchera y probar suerte. En la segunda ronda, sin embargo, las «víctimas» fueron muy pocas.

Durante las maniobras, llegó un coche de oficiales con unos banderines ondeando sobre el capó. De su interior salió un hombre bajito y de aire frágil con unos rombos de color carmín en el cuello de la guerrera; era el comandante, el comisario de brigada Konstantin Terentievich Zúbkov. Fumaba tranquilamente un *papirosa*^[3], con la mirada fija en el centro de un círculo de soldados y marineros donde dos hombres estaban luchando.

El teniente Bolshápov se había sumado a los ejercicios y en ese momento estaba defendiéndose del ataque del guardiamarina Róvnov. El guardiamarina era a todas luces más fuerte que el teniente y lo aventajaba de unos quince centímetros en altura. El teniente Bolshápov estaba sudando sangre, pero su entrenamiento y sus capacidades defensivas lo hacían prácticamente invulnerable.

Bolshápov saltaba como un muelle, rechazaba a su oponente, que lo superaba en tamaño, y entonces todo volvía a empezar. El combate parecía en tablas y nadie habría podido predecir quién sería el ganador. Los marineros animaban al guardiamarina, pero los infantes estaban convencidos de que el marinero no tenía ninguna posibilidad de vencer al teniente Bolshápov. Los contendientes forcejeaban de nuevo. Se agarraban de la pechera con el rostro congestionado. De pronto, Bolshápov le pisó los bajos del pantalón al guardiamarina, que no pudo moverse; acto seguido, lo empujó con el hombro y Róvnov cayó al suelo.

El teniente Bolshápov se enjugó el sudor de la frente.

—Esos malditos pantalones pueden costaros la vida.

En ese momento, Bolshápov reparó en que el comisario de brigada los estaba observando y mandó a la compañía que se pusiera firmes.

—Descansen —dijo Zúbkov—. ¿Todavía no han recibido el uniforme del ejército?

Bolshápov quería ahorrarnos la reprimenda del comisario de brigada, pero no tenía más opción que decir la verdad.

—Los marineros han recibido los uniformes, señor, pero todavía no han tenido ocasión de cambiarse.

Todos esperamos la respuesta del comisario de brigada, que dio una calada al *papirosa*, exhaló una nube de humo y nos miró en silencio. Nos preguntábamos a qué estaría esperando, pero nadie se atrevía a decir nada. Por fin, el comisario dejó caer

la ceniza del cigarrillo y dijo:

—Veo que les da pena deshacerse de sus uniformes de la Armada, ¿verdad? ¿Y qué me dicen de los buques que durante tanto tiempo han sido su hogar? ¿Deseaban dejarlos?

Al comisario de brigada se le había puesto la cara blanca; con la mano izquierda se agarraba el cinturón.

—Han abandonado ustedes el nido —dijo respondiendo a su propia pregunta—. Se han marchado, pero no han sido olvidados. Sus viejos comandantes todavía piensan en ustedes. Los han mandado aquí en calidad de dignos hijos de la flota del Pacífico, hombres heroicos y disciplinados. ¿Qué ha sido, pues, de esa disciplina?

Permanecimos en pie, callados y dolidos. Comprendimos que el comisario de brigada tenía razón. A lo lejos, Stalingrado estaba en llamas. El humo negro se alzaba sobre la ciudad formando una columna. La artillería machacaba la tierra y los aviones enemigos dejaban caer sus bombas sin piedad. La emergencia a la que nos enfrentábamos convertía el obstinado orgullo que sentíamos por nuestros uniformes en algo irrelevante. Una hora más tarde, ya éramos infantes del Ejército Rojo. Los uniformes no eran de nuestra talla y resultaban incómodos, pero al menos podíamos seguir llevando la *telniashka* bajo la guerrera.

El paso

Cargamos los camiones y nos preparamos para partir. Kótov, el comandante del 2.º Batallón era un tipo pálido y fornido, de cabello rubio y ojos azules y llorosos. Estaba de pie, con las arqueadas piernas bien separadas y la mirada puesta en el reloj. A pocos metros de él había un pequeño grupo de soldados, los mensajeros de cada compañía. Entre ellos me encontraba yo, que acababa de convertirme en el nuevo mensajero de la compañía de ametralladoras. Hablábamos del comandante Kótov. Todavía no habíamos trabajado a su servicio y nadie de nosotros sabía qué clase de oficial era. Kótov estaba entretenido procurando que todo el mundo subiera a los camiones a tiempo y apenas si advertía nuestra presencia.

Todos los mensajeros teníamos más o menos la misma edad, lo que hacía que nos viéramos como iguales. Cuando terminamos de cargar los camiones, el capitán y un enfermero subieron al vehículo que encabezaba la comitiva. Ningún superior se quedó con nosotros, así que, siendo suboficial más veterano del grupo, decidí tomar el mando. Lo primero que se me ocurrió fue dividir nuestro grupo por unidades.

—Muy bien, ¡a los camiones! —grité—. Yo iré en el segundo vehículo. Si alguien se queda rezagado, será culpa suya. Se acabaron los simulacros, ahora esto va en serio.

Un soldado llamado Pronishev fue a sentarse a mi lado.

—A pesar de que usted nunca ha entrado en combate —comentó

sonriéndose— ya nos tiene a todos asustados, jefe.

Sus palabras me crisparon los nervios. Me sentía intranquilo y terriblemente furioso, así que le grité que subiera.

Pronishev y yo nos quedamos los peores asientos del camión, los más cercanos a la puerta trasera, de modo que no tardamos en llenarnos del polvo rojo de la carretera. Yo seguía furioso, furioso con los boches, con Pronishev y sobre todo por el hecho de que me hubieran destinado a mensajero. Estaba irritado con el mundo.

—Oiga, jefe —dijo carraspeando—. No se lo tome así.

Pronishev era de Siberia, de una granja colectivizada cercana a Vladivostok. Tenía el típico aspecto de muchacho de campo, con la nuez prominente que subía y bajaba al hablar.

—No era mi intención sacarlo de quicio —continuó—. Lo que pasa es que estoy cansado de que la gente hable de cosas que no entiende. Por ejemplo: mi oficio es conducir tractores. Pues pongamos que me da por explicarle a un aviador cómo debe pilotar su aparato. Sería absurdo, ¿verdad? En cuanto a nuestro trabajo... Le diré lo que pienso sobre ser mensajero. Todo está descontrolado; toda está patas arriba. No sabemos quién es quién, ni dónde están los nuestros, ni cuál es la posición del enemigo. ¿Qué se supone que debe hacer un mensajero? ¿Hacia dónde debe ir? Cuando los nuestros se retiran, todo el mundo retrocede a la vez y los soldados se ayudan mutuamente a llegar a lugar seguro... El mensajero, en cambio, siempre está solo.

El polvo del camino hacía que la voz de Pronishev sonara ronca. Se aclaró la garganta y continuó.

—En la batalla de Kastornie, por ejemplo, llevé un mensaje del mando del regimiento a través del bosque hasta el 2.º Batallón. Logré entregarlo con éxito, pero al volver aparecieron unos boches motorizados. Gracias a Dios los vi antes que ellos a mí. ¿Qué podía hacer? Coloqué un par de granadas en su camino y los hice saltar por los aires. Sin embargo, no pude parar a felicitarlos, porque tenía más comunicados que entregar. Así es este trabajo. En la batalla, uno tiene que ser su propio comandante.

No dije nada. ¿Qué podía decir? Yo no era más que un novato y había sido tan estúpido como para menospreciar el trabajo de los mensajeros, que era vital y

peligroso.

Recordé mis primeros días en la Armada y la primera prueba de conciencia a la que me había visto sometido. Era una mañana de marzo de 1938, un reluciente día de primavera, y aunque la bahía del Cuerno de Oro de Vladivostok relumbraba con los colores del arcoíris yo sentía amargura y frustración. El motivo era que mi objetivo al alistarme en la Armada era llegar a convertirme en minador o torpedero, y en cambio me habían nombrado contable y administrador de nóminas. Con la esperanza de que me cambiaran de destino, empecé a escribir con una caligrafía ilegible y a cometer errores gramaticales. Como castigo por ello, me ordenaron rellenar aún más formularios. Mi superior se llamaba como yo, Záitsev, Dmitri Záitsev.

Como me aburría, decidí gastar una broma de la que habría debido avergonzarme aun siendo un colegial. Mientras rellenaba un formulario, cambié la palabra «atacador» (referido a los cañones de la torreta de un buque) por otra que no es del caso reproducir aquí. Entregué el formulario al teniente Záitsev para que lo firmara y me olvidé del asunto. Creí que todo quedaría en eso.

Sin embargo, al día siguiente, la broma me explotó en la cara. Lo primero que ocurrió fue que empecé a sentir remordimientos. Me quedaba paralizado solo con pensar que los mandos descubrirían mi gamberrada y responsabilizarían de ello al teniente Záitsev. Se trataba de una infracción grave: me había burlado abiertamente de la autoridad de un oficial.

Llegó la noche y yo no sabía qué hacer. Abatido, me fui a la litera. Cuando uno no tiene la conciencia en paz, todo se junta y las preocupaciones aumentan. Esa noche el soldado de guardia me despertó dos veces por no haber colocado el uniforme de la manera correcta. Como no podía dormir, salí del barracón antes de que tocaran a diana, olvidando que eso contravenía el reglamento. Al salir del barracón, me interceptó el contramaestre.

—¿Adónde va, marinero? ¡Faltan veinte minutos para tocar a diana!

Estúpido de mí, opté por engañar a mi superior. Irguiéndome lentamente, me puse firmes y me fingí mortalmente enfermo tan bien como supe.

—El estómago, señor... —gemí.

—Bien, siga —dijo—, vaya a las letrinas.

A la hora del recuento, el contramaestre me envió a la enfermería para que vieran a qué podía deberse la dolencia.

El médico de la guarnición descubrió la trampa al instante. Me examinó y, al comprobar que me encontraba en perfecto estado de salud, le escribié una nota al contramaestre: «Durante la semana próxima, el falso enfermo Záitsev deberá levantarse treinta minutos antes de diana para limpiar las letrinas».

Pasé la semana siguiente acarreado baldes de agua. Al término de la semana, volvieron a enviarme a la enfermería. Como la vez anterior, el médico me examinó atentamente. Esta vez había aprendido la lección.

—Me encuentro bien, señor —le dije—. ¿Puede retirarme el tratamiento?

En ese momento se personó un mensajero del cuartel con una nota para mí: «Preséntese ante su comandante, el teniente Záitsev». En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba en el despacho del teniente Záitsev. Era evidente que estaba molesto conmigo.

—Záitsev —dijo—, ¿cómo es posible que no le echaran cuando trabajaba de contable civil? ¿Gastaba la misma clase de bromas cuando trabajaba para la Unión de Jóvenes Comunistas? Confiaba en usted como en mi propio hermano, ¡y me lo paga con esta necesidad!

Las palabras del teniente me revolviéron por dentro: era un buen hombre y un oficial exigente pero justo. El año anterior se había graduado con mención de honor en la academia militar. Lo habían destinado a nuestra sección porque había sido un estudiante ejemplar, y ahora iban a transferirlo a otra unidad, degradado por culpa de su aparente negligencia en el desempeño del cargo.

—He aquí el motivo de mi traslado —dijo poniendo un formulario sobre el escritorio. Era el formulario que yo había rellenado; al momento reconocí mi letra—. Este asunto va a acabar mal. Es usted un estúpido, marinero Záitsev.

Deseé que me tragara la tierra y desaparecer. Me deshice en disculpas y rogué que me fuera aplicado el más estricto castigo. El teniente me miró detenidamente.

—No voy a castigarlo, Záitsev. Su conciencia se ocupará de eso. Ella será su juez de última instancia.

El teniente estaba en lo cierto. No hay castigo más severo que el tomento de

la propia conciencia. Soy de la opinión de que la vida de un soldado —si quiere ser digno de ese título— no solo depende de reglamentos y órdenes, sino también de la conciencia personal de cada uno. Y no hay crimen más abyecto que perder la conciencia en tiempos de guerra.

Con nuestro país invadido por los fascistas y a la vista de Stalingrado hecha pedazos, las palabras del soldado Pronischev resonaron en mis oídos: «En la batalla, uno tiene que ser su propio comandante». Lo único que podía hacer era ejecutar la voluntad de mis comandantes con fidelidad y honradez; de lo contrario, no valía la pena ni siquiera soñar con la victoria.

Nuestra columna tomó una carretera rural. Durante media hora avanzamos por la estepa. Atravesamos marismas y varios lagos de pequeño tamaño. Era un día cálido de septiembre y, sucios de polvo como íbamos, nada habríamos deseado más que darnos un baño, pero eso no figuraba en el programa del día.

De pronto, el vehículo que encabezaba la columna dio la alarma y los camiones se dispersaron. A toda prisa, los soldados camuflaron los vehículos con mallas y ramas. El cielo estaba despejado. Resultó ser una falsa alarma, pero nos hallábamos en una zona sumamente peligrosa, de modo que descargamos el equipo y empezamos a distribuirlo.

Todo el mundo estaba alerta. Formamos en filas de a tres y marchamos por la carretera. El día llegaba a su fin. El calor remitió y se nos pasó la sed. En el aire todo eran explosiones y podíamos oler el humo, la cordita y algo más, algo desagradable: el mareante hedor de la carne humana abrasada.

Abandonamos la carretera y avanzamos por las cañadas a través del bosque. De repente, por detrás de unos arbustos apareció un grupo de personas —ancianos, mujeres y niños— vestidas con ropa de civil. Apenas si podían caminar, iban vendados y estaban cubiertos de polvo. Eran civiles heridos de Stalingrado que trataban de llegar a un hospital. Los marineros, que todavía no habíamos presenciado los horrores de la guerra, nos quedamos mirándolos angustiados. Nos camuflamos en la linde del bosque, desde donde se veía Stalingrado. El Volga nos separaba de la ciudad. Se oía fuego de artillería y el tableteo de las ametralladoras. La aviación alemana, mucho más próxima ahora que antes, bombardeaba incesantemente el distrito fabril.

Soldados heridos pasaban frente a nosotros. Queríamos preguntarles cómo iba la batalla, pero su aspecto hablaba por sí solo. Caminaban como muertos

vivientes, entre quejidos y gimoteos, formando columnas encabezadas por un enfermero o un médico. En esas vimos entre ellos a un marinero. Era un contramaestre primero, como yo. Llevaba la cabeza y el brazo izquierdo vendados, y la camisa, manchada de sangre reseca. El brazo izquierdo colgaba de un cabestrillo. El ancla de la hebilla del cinturón estaba abollada por el impacto de una bala.

Nos pidió un cigarrillo. Le dimos uno y se sentó bajo un árbol, exhausto. Entonces miró nuestras insignias y vio que éramos de la flota del Pacífico.

—¿Alguno de vosotros conoce a Sasha Lebedev? Es mi hermano.

—Hay un chico que se llama así —respondió Okrihm Vasilchenko.

—A lo mejor es otro soldado que se llama igual —dijo el herido, que evidentemente no quería hacerse falsas ilusiones.

—El Sasha que yo digo toca el acordeón. Y tiene una voz fantástica —dijo Okrihm.

—¡Sí, es él! —jadeó el marinero herido poniéndose en pie a pesar del cansancio.

Tres soldados corrieron a buscar a Sasha.

Antes de que los fascistas avanzaran hacia Stalingrado, Iván Lebedev había servido en la flota del Norte, en Múrmansk, mientras que su hermano había sido destinado a la del Pacífico. Ambos habían crecido en Stalingrado. Con el avance de los nazis, los hermanos habían solicitado ser enviados al frente de Stalingrado. Y ahora...

—Camarada Iván Lebedev —gritó Okrihm—. ¡Mire quién está aquí!

Sasha venía corriendo hacia nosotros. Los dos hermanos se abrazaron.

—Mira lo que me han hecho —dijo Iván con voz temblorosa—. No puedo ni abrazar a mi hermano.

Fue entonces cuando levantó el brazo vendado y vimos que le faltaban la mano y el antebrazo izquierdos. El resto los rodeamos.

—¿Cómo están las cosas en la ciudad? —preguntó Okrihm.

—Están mal, pero resistimos —dijo Iván Lebedev mirando a los marineros reunidos en torno a él—. Aguantaremos hasta el final, hermanos, se lo haremos pasar mal, de verdad. No os preocupéis por mi brazo. ¡Los boches ya han pagado por ello!

Extenuado, volvió a sentarse.

—Estamos apostados en la fábrica Octubre Rojo —continuó—. Se lucha calle por calle y casa por casa. Hay fuego por todos lados, los alemanes atacan con lanzallamas. Por todas partes llueven chispas que se te meten por el cuello y prenden en la ropa. Hay sectores donde no se puede ni respirar. —Iván Lebedev hizo un gesto de dolor al dar con el brazo en el árbol. Luego prosiguió—: Vi a un alemán que apuntaba con su pistola a nuestro comandante. Salté sobre él, pero consiguió disparar y me dio en el brazo antes de que lo matara con el cuchillo. Al dejar a su oficial fuera de combate, hubo confusión entre los alemanes y los nuestros aprovecharon para cargar. Logramos hacer que retrocedieran.

Iván Lebedev quedó en silencio. A nosotros nos daba la impresión de haber vivido ese combate a su lado. Sin que nos diéramos cuenta, el comisario de brigada Zúbkov había estado todo ese rato apoyado en un árbol escuchando el relato de Iván Lebedev con el resto de nosotros.

—Gracias por compartir su historia con nosotros —dijo estrechándole la mano a Lebedev—. Ahora estos voluntarios ya saben qué les espera.

El comisario de brigada se fijó en que algunos de nosotros nos habíamos cambiado la camiseta del uniforme por la *telniashka*. El teniente Bolshápov trató de excusarnos.

—Hasta que ha anochecido, camarada comisario, eran soldados, pero ahora se han convertido de nuevo en marineros.

El comandante se quedó pensativo.

—Antiguamente, los soldados rusos se ponían ropa limpia antes de ir a la batalla. Que lleven lo que quieran.

Bajamos a la orilla del Volga y nos tendimos en la cálida arena junto al agua. Al otro lado del río, la batalla había cesado momentáneamente y todo estaba en calma, casi como en una tarde de otoño cualquiera. El Volga discurría arrastrando piedrecitas hasta la orilla, donde los guijarros crujían como si susurraran entre ellos.

Aquel breve ensueño quedó hecho pedazos por las rachas de ametralladora de gran calibre que llegaban en todas direcciones desde la colina Mamáiev. Vimos cómo una ráfaga de balas trazadoras caía en mitad del río.

—No hay de qué preocuparse aún, estamos fuera de su alcance —dijo Okrihm Vasilchenko.

En el atracadero de la ribera opuesta, ambos bandos intercambiaban disparos. Cerca de unos tanques de gasolina de gran volumen, un grupo de soldados disparaba sus subfusiles dejando oír una cadencia regular, mientras que desde la cañada del otro lado de los depósitos llegaba un temblor de tierra provocado por los obuses.

En lo alto se oía el rugir de los bombarderos alemanes. Trataban de volar el atracadero, pero la mayor parte de su carga explosiva caía en el río; a cada detonación, sentíamos el impacto de una oleada de aire caliente. Esa era la peor pesadilla de un soldado: que te ataquen y no poder devolver el fuego.

Okrihm Vasilchenko no podía estarse quieto y se movía de un lado a otro.

—¿A qué estamos esperando? —dijo al fin—. ¡Deberíamos cruzar ahora que está oscuro! ¡Si esperamos a que salga el sol, seremos blanco seguro!

—Pasaremos al otro lado del río en cuanto lleguen las unidades de refuerzo —dijo el teniente Bolshápov, que lo había oído—. ¿A qué tanta prisa?

Los demás nos revolvíamos en silencio. La ciudad parecía un infierno de llamas y azufre, los edificios quemados brillaban como tizones y los incendios consumían hombres y máquinas. Perfilados contra el fuego de los incendios se distinguían soldados en retirada. ¿Eran de los suyos o de los nuestros? Nadie lo sabía.

Un convoy de carros de caballos del 2.º Batallón llegó adonde estábamos. Los carros llevaban sobrepeso y se quedaron encallados en la tierra. Los caballos estaban tan cansados que se desplomaban sobre los arneses y no podían tirar de los carros. Una compañía de fusileros fue a ayudarlos a salir del barro para que el convoy pudiera llegar al atracadero.

Acto seguido, apareció un remolcador con una gabarra enganchada. El casco de la gabarra estaba muy dañado por culpa de la metralla.

Cargamos el contenido de los carros en la gabarra a toda prisa. Nuestros compañeros prepararon las ametralladoras y apilaron las cajas de munición en el centro para despegarse nada más tocar la orilla.

Un sargento llevaba cajas a la bodega, que estaba llenándose de agua. Las cajas contenían carne enlatada procedente de Estados Unidos. A fin de cuentas, ese era el «segundo frente».

—¿Qué hace, sargento? —dijeron unos soldados riéndose—. ¡El segundo frente se va ahogar ahí!

A proa y a popa de la gabarra había instaladas unas bombas de mano y los marineros no hacían más que achicar el agua que entraba desde ambos extremos de la embarcación. La gabarra tenía tantos agujeros que si hubieran dejado de bombear, sin duda se habría hundido. Bajo la cubierta, los marineros se afanaban en tapar las fugas y sus martillazos resonaban por todas partes. Cuando terminamos de cargar, el martilleo se detuvo para cruzar en silencio.

El motor del remolcador aceleró con un ruido sordo. La embarcación empezó a vibrar, soltaron la sirga, y la gabarra, crujiendo, empezó a moverse dando bandazos como un viejo caballo exhausto. Pequeñas ondas se movían hacia nosotros y lamían suavemente el casco de acero de la gabarra para después deshacerse con un susurro. La oscuridad era tan espesa que parecía una venda en los ojos, y nosotros, ansiosos, manteníamos la mirada fija al frente, tratando de adivinar qué nos esperaba. A babor y a estribor se oía el chapotear de los remos de los botes con que los marineros trasladaban hombres y equipo al otro lado del río.

La suerte del marinero estuvo de nuestra parte esa noche y logramos pasar sin la menor complicación. Todos los marineros de la flota del Pacífico cruzamos el Volga en dirección a las ruinas de fuego de Stalingrado.

Eso ocurría la noche del 22 de septiembre de 1942.

El primer combate

La proa del remolcador se deslizó sobre la orilla de la ribera opuesta. El motor rugió una última vez y luego quedó en silencio, mientras el agua seguía borbotando en la popa. Lo habíamos logrado: ¡por fin estábamos en la ribera izquierda!

En lo alto voló una bengala. Su luz brillante se reflejó en nuestros cascos de acero y nos quedamos todos paralizados. No sé describir la sensación que tuvimos al mirarnos los unos a los otros a la espera de que empezaran a llover las balas. Por suerte no ocurrió nada, la bengala se apagó y la orilla volvió a cobrar vida. Hacia las cinco de la madrugada, toda la 284.^a División de fusileros había cruzado el río.

Todavía no puedo entender por qué los alemanes no dispararon ni una vez contra nosotros mientras cruzábamos el Volga. Tal vez porque era una noche especialmente oscura y porque fuimos con cuidado de no revelar nuestra presencia con ruidos o movimientos innecesarios. Tal vez creyeron que desistiríamos de mandar más refuerzos. O lo que es más probable: quizá sencillamente bajaron la guardia convencidos de que el ejército ruso de Stalingrado había sido aplastado y de que entre las ruinas de la ciudad no quedaban más que bandas aisladas de kamikazes comunistas. Los nazis debían de creer que solo faltaba lanzar unas cuantas operaciones de limpieza y el Ejército Rojo de Stalingrado quedaría *kaputt*. Sea como fuere, nunca sabré el cómo ni el porqué, pero el caso es que nuestra división consiguió cruzar sin sufrir una sola baja.

Ahora ya no cabían dudas: pronto entraríamos en combate. Pese a ser marineros, nuestro bautismo de fuego tendría lugar en tierra firme, en medio de una

ciudad devastada. ¿Quiénes serían los primeros y quiénes sobrevivirían para ver el final de todo aquello? Yo estaba dispuesto a aceptar lo que me tocara en suerte. No dejaba de repetirme que no me retiraría aunque me encontrara cara a cara con la muerte. Y sé que mis camaradas de la flota del Pacífico pensaban lo mismo.

Durante estas cavilaciones, me acordé de Vladivostok y del locutor que leía por radio los boletines informativos del Sovinformburó: «Nuestras fuerzas han abandonado Sebastopol...». Aquella triste noticia llegó a mí mientras estaba en el banco recogiendo la paga del mes de mayo de 1942. Ahí, mientras estaba en mostrador, oí a mi espalda un exabrupto que me dolió tanto como el anuncio de la caída de Sebastopol. El comentario provenía de un viejo achacoso que trabajaba en el banco. Dijo lo siguiente:

—Lo que yo digo es que hasta una mujer con medio cerebro es capaz de recoger dinero en el banco; va siendo hora de que los mariquitas como este se vayan al frente.

—Tienes razón, Luka Yegórovich —respondió la familiar voz del tío Fedia, un mecánico que trabajaba en las calderas del banco—. Fíjate en mí: tengo dos trabajos; además de lo que hago aquí, me encargo del mantenimiento de los baños. ¿Y si el jefe me pidiera que me dedicara a recoger los cheques del personal? ¿Sería tan difícil? A estos holgazanes no deberían mandarlos a hacer el trabajo de las mujeres...

A partir de entonces, servir en una ciudad en paz, tan lejos del frente, se convirtió en una tortura. Cuando volví a la base me entraron ganas de lanzar los billetes por los aires para que me mandaran al frente con un batallón penal. Y eso es lo que habría hecho si en ese mismo momento no me hubiera encontrado con Nikoláev, el comandante de la base, quien me informó de que mi reemplazo estaba a punto de llegar y que el mando de la flota había aceptado la solicitud del Komsomol. Se formaría una compañía de marineros voluntarios para enviarlos al frente.

Me quedé tan estupefacto que contuve la respiración. El comandante sonrió, sacó un paquete de Belmora y me ofreció un cigarrillo.

—Los envidio a usted y a sus amigos del Komsomol —me confesó.

El comandante de la base era un hombre de natural nervioso que se tomaba muy a pecho el menor error o contratiempo. A menudo trabajaba varios días

seguidos sin dormir. Tenía una cicatriz que bajaba como una serpiente desde la frente a la mejilla y que sus muecas de inquietud hacían sobresalir entre la piel curtida.

—Yo también he enviado cinco solicitudes para que me manden al frente — dijo—. La última vez que me dirigí al Consejo Militar^[4] obtuve por fin una respuesta.

El comandante sacó una copia de la carta con el sello oficial y me la tendió. Decía así:

Rogamos expliquen al camarada Nikoláev que debe entender que esto no son unas vacaciones y que la flota del Pacífico tiene una misión que cumplir en Vladivostok. En el caso de que el camarada Nikoláev no se avenga a razones, el asunto será dirimido en la próxima reunión del Estado Mayor, procediendo, en su caso, a expulsarlo del partido y apartarlo del mando.

Nicoláev sabía que no podía seguir insistiendo. La decisión del Consejo Militar era definitiva. Nikoláev era un comandante inteligente que llevaba dieciocho años de servicio, y en ese momento me recordó a mi padre, pues su desencanto era como el que este había sentido tras su paso por el ejército. Por culpa de una herida, mi padre había sido apartado y se le había impedido combatir a favor de la revolución durante la guerra civil. Ahora Nikoláev era apartado por las circunstancias y tenía que quedarse en Vladivostok cuando lo que quería era ir adonde se libraba la guerra.

El comandante Nikoláev me dio un consejo sobre cómo comportarme en el momento de la batalla: lo más importante era no perder el valor y estar siempre alerta. Yo era el más veterano de los voluntarios y, por lo tanto, me nombrarían comandante de nuestro destacamento de marineros, que pasaría a formar parte del Batallón de Infantería Naval de la flota del Pacífico.

El tiempo parecía no pasar, a la espera de que llegara mi reemplazo. Yo contaba los segundos. Una noche, hice el esfuerzo de revisar todos los libros de la unidad y redactar un informe económico completo para mi sucesor. A la mañana siguiente salí a caminar a orillas del océano.

El sol salía por el mar con una belleza desacostumbrada. El amanecer empezaba con un punto de luz brillante apenas perceptible. Era la *zarnitsa*, la estrella que guiaba al sol. La *zarnitsa* es tan pequeña como el ojo de un ratón, pero al alba reluce con tal intensidad que ilumina cuanto hay a su alrededor. Aquel pequeño

destello no era una estrella cualquiera; era más bien como un zapador que avanza abriéndole el paso al sol. Cuando la pequeña estrella se encendía, el sol no tardaba en seguirla.

Esa mañana en concreto, se me ocurrió que podría ser la estrella de la buena suerte. En el momento de salir el sol, las flores, los árboles, los pájaros cantores y el manso ganado —todo ser vivo a la vista— se volvieron hacia el astro con regocijo. Por supuesto, también yo me regocijaba: ¿cómo no, sabiendo lo que me esperaba? ¡Al día siguiente partiría para servir a mi país en el frente!

Tras darme un baño en el frío océano, volví corriendo al cuartel. Para entonces ya todo el mundo sabía que un destacamento de veinte *komsomolets*, incluido yo, se disponía a entrar en acción. El tiempo apremiaba y los compañeros nos despidieron al uso de la flota del Pacífico.

Por fin estábamos en Stalingrado, en la orilla izquierda del Volga. ¿Sería la *zarnitsa* la estrella de la suerte para los marineros de Vladivostok? Resultaba imposible distinguirla sobre el cielo del Volga; las estrellas de la estepa en nada se parecen a las del Pacífico.

Saltamos de la gabarra y esperamos la orden de cargar contra el enemigo. Hasta que llegara la orden, debíamos esperar en los alrededores del embarcadero. Pasaron las horas. Generalmente los marineros saben qué hora es con solo mirar al cielo, pero ahí eso era imposible. El cielo estaba totalmente cubierto de humo.

Notábamos que los oficiales empezaban a ponerse nerviosos y eso nos intranquilizó más todavía. Era evidente que de un momento a otro íbamos a entrar en combate. Pero ¿dónde estaba el enemigo? ¿Dónde estaban sus líneas? Daba la impresión de que nadie quería averiguarlo. La idea de enviar exploradores ni siquiera había pasado por las mientes de nuestro comandante, el capitán Kótov, que estaba tendido bocabajo a mi lado; a mi otro lado, estaba el teniente Bolshápov.

Al salir el sol, empezó a delinearse el perfil distante del barrio fabril de la ciudad. A nuestra izquierda, se veían unos enormes tanques de gasolina. ¿Qué y quién había detrás de ellos? Del otro lado de los depósitos había un depósito de trenes con vagones sueltos en cuyo interior solo Dios sabe qué se ocultaba. Pasados unos minutos, unos explorados alemanes nos vieron y ordenaron abrir fuego de mortero contra nuestras posiciones. Al mismo tiempo, los Me 109 aparecieron en el cielo y empezaron a llover bombas incendiarias cuyos estallidos, a lapsos regulares, nos hacían castañetear los dientes. Aquello sembró la confusión: los marineros

corrían en todas direcciones sin saber qué hacer.

Kótov, Bolshápov y yo saltamos al interior de un hondo cráter de obús y ahí nos quedamos, pegados al suelo, a la espera de que el bombardeo remitiera. Alrededor, no se oían más que los gemidos y las súplicas de nuestros heridos. Un mensajero saltó al interior del cráter con nosotros. Nos informó de que el segundo al mando de la división había muerto. Aquello era horrible; las cosas no podían ir peor.

Justo entonces oímos el aullido de nuestros *katiushas* disparando desde la orilla opuesta. ¡Buen trabajo, muchachos! ¡Y justo a tiempo!

Podíamos ver cómo los *katiushas* pulverizaban las baterías de morteros de los boches y cómo los alemanes salían despedidos con cada cohete que tocaba el suelo. Era impresionante ver las llamas amarillas de las explosiones de los *katiushas* y a los hombres saltando enteros o en pedazos en todas direcciones.

El teniente Bolshápov se levantó, alzó la pistola y gritando «¡En nombre de la patria!» corrió hacia los depósitos de gasolina donde se habían apostado las ametralladoras alemanas.

Entonces sentí como si tuviera muelles en los pies y, sin saber muy bien cómo, terminé a su lado. Ordené a mis compañeros que me siguieran. Nuestra línea, antes descompuesta, de pronto volvió a compactarse. Todo el mundo se puso en pie. El temor y las dudas habían desaparecido. Un ataque en grupo envalentona al más cobarde.

Los alemanes abrieron fuego de ametralladora a nuestra izquierda. Sus nidos estaban bien camuflados, en algún lugar entre las ruinas de la cañada de Dolgi. Los marineros, como una oleada, se lanzaron cuerpo a tierra y el ataque se paró.

El teniente Bolshápov me ordenó que corriera hacia unos edificios medio derruidos y que atacara los nidos con granadas. Obedecí su orden en el acto, sin vacilar. Por suerte, logré cruzar el fuego enemigo sin un rasguño. En cuanto las ametralladoras alemanas volvieron a callar, nuestros marineros saltaron de nuevo a la carga.

Cuando los boches nos vieron y se dieron cuenta de que estábamos a punto de envolver su flanco en las proximidades de los depósitos de gasolina, ordenaron que la artillería volviera a atacar, acción que lograron coordinar con el apoyo aéreo de la Luftwaffe. Las bombas incendiarias de los alemanes provocaron un gran fuego

y los tanques de gasolina comenzaron a estallar. El combustible en llamas lo salpicaba todo. Sobre nosotros se veían gigantescas lenguas de fuego que danzaban con un rugido ensordecedor. Un minuto más y nos convertiríamos en un montón de carne ahumada.

Los soldados y marineros que quedamos atrapados entre las llamas nos deshicimos de la ropa inflamada, pero ni detuvimos el avance ni arrojamos las armas. No alcanzo a imaginar qué pensarían los alemanes al verse atacados por un batallón de hombres desnudos y chamuscados. Quizá nos tomaran por demonios, o quizá por santos a los que ni las llamas podían detener. Acaso eso explique por qué abandonaron sus posiciones y corrieron como conejos, sin mirar atrás siquiera. En la carretera adyacente a los depósitos volvimos a rechazarlos y ya no dejaron de correr hasta llegar a las avenidas del extremo occidental de la ciudad.

Nos parapetamos entre las pequeñas casas que flanqueaban la calle. Alguien me lanzó una lona para que me cubriera. Nos quedamos así, desnudos o cubiertos con lonas, hasta que nos trajeron nuevos uniformes. Aquel grupo de soldados rusos desnudos acababa de superar su bautismo de fuego.

Metelev, nuestro comandante, mandó dirigir el fuego contra tres objetivos: la planta metalúrgica de la cañada de Dolgi, el almacén de hielo de la ciudad y la colina Mamáiev, antaño un cementerio. En la cañada nos encontramos con una compañía de ametralladoras de la 13.^a División de guardias de Rodímtsev, muy diezmada por los encarnizados combates librados en el centro de la ciudad.

Los aviones alemanes seguían sobrevolando el cielo. Algunos Me 109 atacaban la fábrica Octubre Rojo y las laderas septentrionales de la colina Mamáiev. También lanzaban bombas incendiarias contra otros objetivos, y en algunas zonas la tierra ardía. El aire era extremadamente caliente, tanto que los labios se nos cuarteaban debido a la infernal temperatura. Teníamos la boca seca, y algunos hombres tenían el pelo fundido de tal manera que ningún peine habría podido separarlos.

El comandante de nuestro batallón, el capitán Kótov, estaba contento porque nuestro primer avance había sido un éxito. Habíamos tomado los depósitos y habíamos ocupado un edificio de ladrillo rojo cercano. También habíamos capturado las oficinas de la metalúrgica y ahora estábamos dentro de la fábrica luchando por hacernos con sus enormes talleres, así como con los de la fábrica de asfalto adyacente.

El comandante nos concedió un receso. Miré en derredor, pero no se veía más que ciudad quemada. Las llamas se alzaban por encima de las casas, de las fábricas de metal y asfalto, y, a lo lejos, por encima de la fábrica de tractores.

En un acto reflejo, me palpé el cuerpo en busca de agujeros de bala. Sobre mí, una espesa columna de humo se levantaba hacia el cielo y avanzaba silenciosa por la orilla en dirección oeste. Como si de un velo negro se tratara, se ciñó en torno a la colina Mamáiev y oscureció los combates que ahí se libraban. Las nubes de humo bajaban cada vez más a ras de suelo. El humo reptaba entre las ruinas de los edificios y penetraba en los sótanos, se filtraba en las trincheras y desalojaba el aire respirable. Luego comenzó a lloviznar y el humo fue dispersándose bajo la lluvia en dirección al Volga.

La aviación alemana seguía bombardeando. Al principio nos ocultamos entre las ruinas, en los cráteres y en la base de los muros de piedra, pero, viendo que no nos ofrecían suficiente protección, corrimos en dirección al más alejado de los talleres de la planta para guarecernos bajo las mesas, las prensas y los listones. Las bombas y la artillería cesaron nuevamente, y volvimos a atacar. Empezaron los combates cuerpo a cuerpo, cientos de hombres enzarzados en una pelea mortal. A mi alrededor, los marineros forcejeaban con los alemanes. De pronto, un soldado corpulento cayó sobre mí y me golpeó con la culata de la pistola. Por suerte, el golpe impactó en el casco en vez de en la cara.

Era el momento de poner en práctica lo que habíamos aprendido al otro lado del río. Me escurrí por debajo de él, rodeé su cuello con el brazo y empecé a estrangularlo. El alemán se revolvía intentando sacudírseme de encima, como un búfalo que trata de derribar al tigre que ha saltado sobre su lomo. Finalmente, el alemán dejó de forcejear y noté un olor nauseabundo: en el momento de morir, se había defecado encima.

El enemigo se dispersó y el combate volvió a interrumpirse. Inspeccionamos las ruinas de la metalúrgica; había ladrillos y metales retorcidos por todas partes.

De repente vi a una muchacha, muy delgada, con las piernas flacas y llenas de rasguños y sangre. Llevaba un vestido azul hecho jirones demasiado grande para su talla, y en los pies, unas botas rojas, rotas como el vestido. Caminaba a la cabeza de una columna de soldados heridos, guiándolos a través de los cascos hacia uno de nuestros puestos de socorro. Cerca de ellos estalló un obús, y los heridos quedaron cubiertos de escombros y tierra. En ese momento empezaron a silbar las balas explosivas de los nazis. ¡Los boches estaban apuntando a nuestros heridos!

Pero la muchacha siguió adelante, ajena al peligro. Me puse a cubierto y vacié el cargador de mi subfusil en la dirección de los fascistas. Mientras viva recordaré el valor de esa muchacha. «¿Cómo se ha abierto paso esa chica entre nuestras líneas? —se preguntó en voz alta el teniente Bolshápov—. ¿Y si los alemanes encuentran el camino y nos rodean por la retaguardia?». Bolshápov me ordenó que fuera con Sasha Réutov a ver adónde conducía ese camino y si los fascistas podían usarlo para infiltrarse en nuestras líneas.

Sasha y yo agarramos nuestros subfusiles y unas cuantas granadas cada uno y nos metimos entre las ruinas. Yo iba delante, y Sasha me seguía, iluminando el camino con su linterna. Avanzamos como pudimos entre la devastación y las vigas retorcidas. Llegamos ante una gran puerta de acero, la abrimos y al instante nos ahogó la peste a queroseno y otro olor inidentificable.

Réutov se tapó la cara con la camiseta.

—¡Puaj! —exclamó—. ¡Qué peste, podría cortarse con un cuchillo!

Nos encontrábamos en un pasillo largo y estrecho con otra puerta a la derecha tras la cual se oían voces y gemidos. ¿Quién estaba ahí, el enemigo o los nuestros? Empujamos la puerta, pero no cedía. Estaba cerrada desde dentro. Réutov acercó el oído al ojo de la cerradura y escuchó.

—Parece ruso —dijo, y se puso a golpear la puerta. Los golpes resonaban como cañonazos en aquel espacio angosto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz profunda desde el otro lado de la puerta.

Reconocí la voz de uno de mis compañeros de la flota, Nikolái «Kolia» Kuropi.

—¡Kolia! —grité—. ¡Abre, soy yo, Vasia, estoy con Réutov!

Esperamos varios minutos. De vez en cuando el suelo temblaba, como para recordarnos que fuera seguía el bombardeo. Finalmente, oímos descorrerse un cerrojo de hierro y la puerta se abrió. Frente a nosotros había un hombre medio desnudo. Tenía la cara y el pecho llenos de quemaduras. Su brazo izquierdo colgaba de un improvisado cabestrillo atado al cuello. Era mi compañero Kolia, antiguo asistente de lavandería y, más recientemente, contable del *Poltavschina*. Un tipo gritón y bromista.

En la carbonera había otros diecinueve hombres, todos ellos más maltrechos que Kolia. Apenas habían podido recibir los primeros auxilios. La enfermera Klava Svíntsova y dos ayudantes habían atendido a los heridos, pero era preciso evacuarlos al otro lado del Volga a un hospital de verdad.

Resultó que desde ese sótano podía llegarse al Volga a través de una ruta secreta: primero, siguiendo un laberíntico sendero a través de las ruinas hasta una zona de casas, y luego hasta la cañada de Dolgi. Desde ahí, el atracadero quedaba a tiro de piedra. El personal médico había utilizado esa ruta para llegar hasta ahí, pero se habían quedado aislados al hacerse los alemanes con los talleres de la fábrica.

Arriba, los alemanes; abajo, en ese sótano frío y húmedo, nuestros heridos.

—Un buen reparto entre vecinos —bromeó Kolia, que a pesar de las quemaduras había recuperado las ganas de reírse—. ¡Zorros en el gallinero! Si pudiera encontrar la manera de hacer pasar al batallón para expulsar a los boches de arriba y trasladar a los muertos...

Sasha Réutov encontró algo y me llamó. Me di la vuelta y vi un conducto de aire rectangular, de unos dos metros de anchura y un metro y medio de altura. Yo mido metro sesenta, así que podía pasar por él agachando un poco la cabeza. Dentro, el aire era limpio, respirar era fácil y hasta se notaba una ligera corriente. Me adentré en la oscuridad. Con la mano izquierda me agarré de un grueso cable trenzado que colgaba a pocos centímetros del techo, mientras con la mano derecha sujetaba la culata de la pistola. Más adelante, el cable giraba en ángulo recto hacia arriba y choqué con una pared de ladrillo. Revolví a tientas hasta que encontré unos peldaños de madera. Eran cuatro y conducían a una salida: una abertura cuadrada recubierta con una gruesa plancha de hierro. A través de las rendijas del metal entraba luz. Desde ahí podía oír los intercambios de disparos del piso de arriba: ametralladoras, obuses. Lo que no sabía era adónde desembocaba el pasadizo. Decidí comprobarlo y empujé la plancha de hierro con el hombro. Nada. La plancha parecía soldada.

Sasha Réutov me llamó desde detrás.

—¡Vasia!

Parecía que un enorme y torpe oso intentara introducirse por el pasadizo. Resollaba como si no pudiera respirar. Apoyamos los hombros contra la cubierta de hierro y justo cuando íbamos a tratar de derribarla resonaron, una tras otra, dos

potentes explosiones. Sasha y yo nos miramos. Nos pitaban los oídos. Esperamos, pero arriba no se oyó nada más.

—¡Uno, dos, tres! —murmuré, y empujamos a la vez. La plancha cedió, pero dejó escapar un chirrido que bien podría habernos delatado. Por suerte nadie disparó. Conseguimos abrir un hueco, pero era tan estrecho que solo yo podía pasar a través de él. El corpulento Réutov era demasiado grande para seguirme.

Asomé la cabeza como un topo y miré a un lado y a otro. Habíamos encontrado una entrada al almacén del taller de maquinaria; a mi alrededor había varias estanterías con aparatos y herramientas. Desde donde estaba también podía ver lo que ocurría en los talleres adyacentes. Estaba lleno de alemanes, tal vez una compañía entera. Se habían reunido para almorzar; en las manos tenían fiambreras y termos. En la cocina de campaña les habían dado una olla de guiso y el cocinero repartía las raciones. Parecían relajados, como si estuvieran en un comedor de Múnich o Colonia. Ninguno era consciente de que había un marinero ruso contándolos, uno a uno, como a ovejas.

Dibujé un rápido esquema con su situación, las posiciones de disparo, las ventanas y las posibles vías de escape. Le entregué el diagrama a Réutov y le dije que corriera a informar a Bolshápov mientras yo los vigilaba.

Encontré un trocito de papel en el que ponía «Pase», en ruso. En el reverso había algo escrito en alemán que no comprendí. Más tarde lo hice traducir. Ponía: «A todos los soldados del *Führer*: desarmen sin dilación y envíen a un campo de prisioneros de guerra a todos los soldados y oficiales rusos que lleven esta tarjeta de rendición».

Pasé los siguientes veinte minutos viendo cómo los nazis despachaban el almuerzo. Conté sesenta y cinco. Cuando terminaron, oí el chasquido de los mecheros de los que se disponían a fumar.

Dos de ellos se dirigieron hacia el rincón donde yo estaba. Agaché la cabeza. Mientras fumaban, charlaban y reían. Estaban tan cerca que podía oler el aroma a guiso de col. Estaba seguro de que repararían en la chapa de metal doblada, pero por suerte para mí estaban tan enfrascados en la conversación que no fue así. Parecían reírse de alguna broma. Les lancé una mirada: eran altos y sanos, y su rostro rezumaba arrogancia, la arrogancia del conquistador.

¿Dónde demonios se había metido Réutov? Teníamos a los nazis con los

pantalones bajados, y Réutov, desaparecido. No tenía la menor idea de si había conseguido o no hacer llegar el mensaje a la compañía. Supuse que sus gruesas nalgas se habrían quedado encalladas en el conducto del aire y que seguramente seguiría ahí.

Mientras pensaba esto se oyó un ruido metálico al otro lado del edificio, y los alemanes se pusieron a gritar y a correr. En ese momento comprendí que el ruido había sido intencionado. Nuestros soldados habían logrado entrar en el almacén a través del sótano y habían distraído a los alemanes haciendo ruidos.

En esas, oí la voz de Bolshápov gritando una orden y empezaron a caer granadas sobre la improvisada cafetería alemana. Los dos que estaban en mi sector se pusieron a cubierto, y deslicé una granada entre sus pies. Al ver la granada rodando por el suelo miraron en mi dirección y nuestros ojos se encontraron. Ahora que habían visto la granada ya no parecían tan arrogantes.

Me agaché y oí sus gritos y la explosión. Acto seguido, las ametralladoras barrieron la sala y se oyó el rebote de las balas. En menos de dos minutos no quedaba ni un alemán que respirase.

A lo largo de la tarde, acabamos con el resto de posiciones alemanas de nuestra sección de la fábrica.

Los nazis mantenían todavía la fábrica de asfalto, la sección noroeste de la metalúrgica, la sala de transformadores y parte de la sala de calderas. Aparte, seguían atrincherados en el puente y el terraplén ferroviario que rodeaba la parte norte de la colina Mamáiev.

Nos limpiamos y llevamos a los heridos a la carbonera. Luego ayudamos a la enfermera Klava Svíntsova a preparar un hospital de campaña y enviamos a los heridos a los atracaderos del Volga.

Y así acabó mi primera batalla —o para ser más precisos, mi primer día de batalla— en Stalingrado.

Enterrado en vida

Durante toda la semana del 23 al 29 de septiembre, los nazis lanzaron de cinco a seis ataques a gran escala diarios contra la planta metalúrgica. Algunas partes de la fábrica cambiaban de manos varias veces al día; los alemanes las ocupaban por la mañana, nosotros por la tarde, y, por la noche, los alemanes volvían a recuperarlas.

Los peores días eran aquellos en que el enemigo ocupaba posiciones sin hallar resistencia en la cumbre de la colina Mamáiev e instalaba puestos de observación. Desde ahí, podían ver nuestros transbordadores cruzando el río y disparar su artillería a voluntad.

Desde la colina Mamáiev, los boches podían vigilar todos los accesos a las oficinas de la planta metalúrgica. Además, a menos de cien metros de nuestro búnker, había una torre ocupada por los observadores de su artillería. En ocasiones incluso llegaban a la entrada del búnker.

A las ocho en punto de la mañana del lunes, la artillería empezó a bombardear. Los proyectiles estallaron junto al búnker haciendo pedazos todo cuanto hubiera por encima de este. Los árboles que crecían junto a la línea del trole quedaron reducidos a carbón. Los raíles se salieron del suelo por efecto de la onda expansiva y se convirtieron en amasijos de acero. Los tranvías, sin puertas ni cristales, quedaron esparcidos por el suelo como si fueran de juguete. En el patio, entre los raíles retorcidos, había cascos, cartuchos, cajas de munición abandonadas, máscaras antigás y botiquines. Los cadáveres yacían cubiertos de polvo, independientemente del bando por el que hubieran luchado^[5].

Yo apenas presté atención a nada de esto. En mi mente había un único objetivo: llegar al búnker y echarme a dormir. Muerto del sueño, atravesé aquel escenario de pesadilla como un sonámbulo. Cuando llegué a lo que creía que era el búnker, oí el ruido amortiguado de la artillería alemana, que volvía a castigar nuestras líneas. La tierra se quejaba y gemía por la violencia infligida a su superficie.

Exhausto, me pegué a la pared del búnker. Me agaché y me quedé recostado hasta que el sueño me venció. Cuando el sueño desea apoderarse de uno, su fuerza puede ser tal que ni el ruido de los puñetazos ni el tableteo de los fusiles son capaces de despertarlo. Me arrastré hasta el centro de la sala y noté algo suave debajo de mí. Las explosiones zarandeaban el búnker, pero yo no les prestaba atención. Estaba soñando en el viaje en tren desde Vladivostok y para mí las explosiones equivalían al traqueteo del tren sobre las vías.

Nos encontrábamos en algún lugar cercano a Omsk y el comandante me había llamado a su vagón. Me senté en un banco, al lado de una mujer joven. Sonreía; era una mujer hermosa vestida de uniforme, con cuatro triángulos en la solapa, lo cual indicaba que era enfermera. Podía sentir el calor de su hombro contra el mío, y el movimiento del tren nos acercaba cada vez más. Era una sensación placentera, y al parecer también a ella le agradaba. Sus ojos eran azules e insondables, como un lago de montaña, y su dulce mirada comenzaba a agitarme el corazón.

Entretanto, el comandante iba de arriba abajo del vagón pontificando acerca de los peligros de la misión: «El enemigo puede desbaratarnos si bajamos la guardia —decía—. Para que eso no ocurra, no dejen entrar en su vagón a nadie sin autorización. Pueden permitir la entrada al personal de la compañía ferroviaria para que limpie o les traiga comida, pero vigílenlos con atención...». Etcétera. El comandante creía que entre nosotros podía haber saboteadores alemanes que se hicieran pasar por soldados o empleados del ferrocarril.

Al acercarse a la estación, el tren aminoró y nosotros nos levantamos de los asientos. Me puse en pie para dejar salir a la mujer, la tomé de la mano y, juntos, nos abrimos paso entre los marineros del andén. Tras presentarme, me dijo que se llamaba María Loskútova, pero que todo el mundo la llama Masha. Luego añadió:

—Le llamaré Vasía. Es un placer conocer a un Vasía.

Yo no pude por menos de reírme.

—En Rusia hay un millón de Vasías —dije.

—Es cierto —respondió—, pero usted es el primer marinero que conozco llamado Vasia, y creo que su nombre me traerá suerte. Juremos ayudarnos mientras dure la guerra, como hermano y hermana.

Observé sus insondables ojos azules y pensé: «¿Por qué querrá esta belleza que sea su hermano?». No obstante, le di mi palabra de marinero de que la cuidaría y protegería como a mi propia hermana. Por su parte, ella me dio su palabra de que hasta que terminase la guerra me obedecería como a un hermano.

Dicho eso, volvimos a encontrarnos en el tren. Los frenos chirriaban y las ruedas patinaban en los raíles. En ese momento, algo me distrajo y medio me desperté, con lo que desapareció el sueño de mi encuentro con Masha Loskútova. Me hallaba en un espacio oscuro en compañía de otros durmientes. El sueño había sido tan agradable que logré esquivar la vigilia y volví a dormirme. En el momento de bajar la cabeza, pensé que era extraño que nadie a mi alrededor roncase. Entonces volvió el sueño, más o menos por donde lo había dejado.

Cuando llegamos a la estación, mi amigo Kolia se rompió la uña del dedo índice izquierdo con una de las puertas correderas. Al marinero Nikolái Stárostin y a mí nos pidieron que acompañáramos a Kolia al vagón médico, y yo no iba a dejar pasar la oportunidad de visitar a María Loskútova, quien sabía estaría de servicio en el puesto de atención médica.

El tren se detuvo ante un poste señalizador, y Kolia, Nikolái y yo saltamos fuera y corrimos junto a las vías hacia el coche número 15. El número 15 era el único coche del tren con compartimentos privados. En él se encontraba el cuartel de la división, así como el hospital y el quirófano.

El tren empezó a ganar velocidad y los tres saltamos al estribo del vagón. Nos agarramos a la puerta y Nikolái Stárostin llamó. Al principio no hubo respuesta; luego, el soldado de guardia nos dijo que no con el dedo. No abrió la puerta hasta que Kolia le mostró la mano manchada de sangre y le dijo que el comandante lo había enviado ahí para que se la vendaran.

Cuando llegamos a la enfermería, Nikolái Stárostin golpeó la puerta. Al igual que yo, Nikolái se había prendado de Masha.

—¡Enfermera, tenemos a un marinero herido! —gritó.

La puerta del compartimento se abrió y Masha apareció por detrás de una cortina de color verde.

Estaba radiante y nosotros no hacíamos más que sonreírnos el uno al otro. Por supuesto, ella sabía lo que pensábamos, pero enseguida se concentró en la mano de Kolia.

—Siéntese —le dijo—, voy a buscar vendas limpias.

Kolia se sentó junto a una mesita metálica, y Nikolái y yo nos escondimos tras la puerta del dispensario.

Masha se puso una bata blanca y la cofia de enfermera mientras nuestra mirada se deleitaba con su belleza. Ni siquiera el uniforme almidonado era capaz de ocultar sus curvas. Durante el rato que pasó vendando a Kolia, parecía una santa en una vidriera. Ninguno de nosotros podía apartar la vista de ella.

Cuando acabó, Masha abrió una libreta y le preguntó a Kolia cómo se llamaba. Naturalmente, para entonces también Kolia estaba tan enamorado de ella como Nikolái y yo.

—Se lo diré, pero antes tiene que decirme cómo se llama usted —respondió.

Aquello exasperó a Masha.

—¡Ustedes los marineros son todos iguales! —dijo en tono severo—. Ande, deme la mano.

—Dígame su nombre —dijo Kolia— y le daré la mano, y hasta el corazón.

Masha frunció la frente.

—¿Así que Vasía no le ha hablado de mí?

—¿Vasía? ¿De usted? Ni una palabra —mintió Kolia.

—No importa —dijo ella—. Guárdese el corazón y ponga la mano sobre la mesa, y estese quieto, haga el favor.

Mientras Masha daba los últimos retoques al vendaje de Kolia, empezó a oírse como un trueno. Parecía como si fuera a estallar una tormenta en plena estepa.

Me di la vuelta pero no había nadie. Estaba hambriento, tan hambriento que me desperté pensando que debía comer algo.

Todo era oscuridad y silencio. Me incorporé, me recosté en una pared de madera y traté de recordar dónde estaba. Saqué el paquete de picadura y lié un cigarrillo. Al no encontrar las cerillas recordé que esa mañana se las había prestado al marinero Mijaíl Masáiev. Estaba casi seguro de que no me las había devuelto. Lo maldije entre dientes. Masáiev tenía la mala costumbre de quedarse todo lo que le prestaban. En cuanto algo iba a parar a su bolsillo, nunca volvías a verlo. Mientras pensaba en todo esto y me registraba los bolsillos en busca de una cerilla, rocé algo con la mano. Era una cara. Noté un bigote y también el contacto pegajoso de la sangre a medio coagular.

Por fin logré dar con las cerillas y encendí una. Me temblaban las manos. Bajo la luz titilante vi lo que al principio se me antojó un grupo de hombres durmiendo, solo que tenían las piernas y los brazos congelados y en una posición imposible. Al acercarme, vi que eran los cadáveres de varios marineros rusos, docenas de ellos, que habían sido arrojados a ese búnker abandonado. Encendí otra cerilla y seguí mirando. Era una especie de pozo con paredes de madera; la construcción era sólida, de hormigón reforzado con gruesas vigas y toneladas de tierra.

Intenté armar otro cigarrillo, pero las manos me temblaban tanto que necesité varios intentos para enrollarlo correctamente. Cuando terminé y lo encendí, los latidos de mi corazón parecían martillazos.

«¡Sal de aquí!», me dije. Gateé hacia delante siguiendo la pared, que terminaba ante un montículo de arena. Descansé un instante, y cuando me hube repuesto repté en la dirección contraria. Me di con otra pared. No había salida. Palpé y rasqué el hormigón de las paredes en vano. A mi alrededor solo había paredes y montañas de arena. ¡No había forma de salir!

Al encender el cigarrillo había visto una pala en el suelo a un lado del pozo. Debía de habersele caído a algún soldado de la partida de enterramiento al terminar de sepultar los cuerpos. Tanteé hasta el lugar donde había visto la pala. Así el mango con las manos e inmediatamente me puse a cavar. «¡Déjame salir de aquí enseguida!», pensaba. Pero allá donde cavara, la hoja de la pala tocaba madera. El pozo había sido sellado por los cuatro costados.

Me habían enterrado vivo y me era imposible controlar mis reacciones. Empecé a hiperventilar y enseguida me di cuenta de que el aire se estaba enrareciendo. Como no consiguiera salir pronto de ahí, me asfixiaría como un insecto en un tarro de cristal.

La punta de la pala golpeó un cajón de madera; me detuve y examiné el interior. Granadas, una caja entera. Al lado encontré armas y municiones abandonadas. Me aparté de los tablones y las vigas y me puse a cavar de nuevo. Trataba de pensar metódicamente para no cavar en los puntos donde ya lo había intentado. Con la oscuridad se hacía difícil, y además, a medida que se me acababa el aire, el pánico aumentaba. Seguí cavando, arrojando la tierra al centro del pozo. «¡Déjame salir, déjame ver el cielo, déjame volver a ver a mis compañeros!», murmuraba para mí. ¡Antes morir en combate que enterrado vivo!

Me apliqué a la tarea con todo mi empeño, pero en todas partes golpeaba madera. ¿Qué podía hacer con una pequeña pala de campo? Me desplomé sobre la tierra fría e intenté pensar dónde podía haber una salida. Imposible razonar con claridad, los oídos me pitaban y a cada minuto la respiración se hacía más dificultosa.

Parecía condenado a asfixiarme, y cuanto más tiempo pasara ahí sentado, antes llegaría la muerte. ¡Tenía que encontrar aire fresco! Agarré la pala y volví a la zona de las vigas, al agujero que había empezado a cavar. Trabajé sin pausa, arrojando tierra y más tierra a mi espalda. La tierra caía a mis pies, cada vez más pesada. Apenas podía respirar y se me estaba haciendo un nudo en la garganta. No podía inspirar ni expirar. Empecé a ver estrellitas y anillos de colores. Con las últimas energías apoyé las piernas contra las vigas y me puse a golpear la pared con la pala. Golpeé el muro por tres veces. Con el tercer golpe, logré abrir una oquedad, como un nadador que emerge a la superficie.

Caí de cara sobre la arena. Todavía me costaba respirar y seguía rodeado de oscuridad, pero ahora era la oscuridad del cielo nocturno, no la de la tumba. Cuando los ojos se me acostumbraron a la penumbra, vi que había conseguido excavar un túnel respetable entre los tablones del búnker abandonado.

A menos de cincuenta metros, desde las ventanas inferiores de la fábrica metalúrgica, las trazadoras de los alemanes volaban hacia el Volga. Los haces de balas hendían la noche formando dos arcos, uno hacia el oeste y el otro hacia el este. Las bengalas brillaban en lo alto, iluminando los raíles retorcidos del tranvía.

Me di cuenta de que el único modo de regresar a las líneas rusas era eliminar las ametralladoras alemanas que abrían fuego desde la fábrica. Me arrastré por el túnel que había abierto y volví a entrar en el pozo funerario. Tenía que localizar la caja de granadas. Estaba oscuro y me había quedado sin cerillas, así que hurgué en los bolsillos de uno de los muertos, cosa repugnante, pero necesaria.

En uno de los bolsillos encontré una caja de cerillas y una petaca con *majorka* o tabaco de pota. Me lié un cigarrillo. Luego empecé a palpar el suelo. Seguí encendiendo cerillas hasta que localicé la caja de granadas F-1. Cargué los bolsillos y una máscara antigás con tantas granadas como pude y me arrastré otra vez fuera del búnker.

Las ametralladoras alemanas seguían disparando trazadoras de forma sincopada. En lo alto se iluminó una bengala y tuve que quedarme inmóvil. Estaba tan sucio de tierra que nadie habría podido distinguirme de un objeto inanimado. Pegué la cara al suelo.

Se encendió otra bengala y ambas ametralladoras abrieron fuego al unísono. Aquellas fuentes de luz artificial lo iluminaban todo. Siguieron explotando bengalas sin parar. Entonces vi que las líneas alemanas habían penetrado en las oficinas de la fábrica y se habían hecho con ellas. Aquel puesto avanzado del enemigo suponía una amenaza para nuestras vidas.

Una de las ametralladoras estaba emplazada en la planta baja, y la otra en el primer piso, justo encima de la primera. Volvieron a abrir fuego. Me arrastré pegado a la pared hasta situarme exactamente debajo de la ametralladora de la planta baja. Lancé una granada a través de la ventana y, sin esperar a la detonación, arrojé un par más a través de la ventana del primer piso. El operador de la primera ametralladora me vio y trató de bajar el arma para dispararme. En ese momento, la granada estalló y salió despedido por la ventana. Las otras dos granadas destruyeron la ametralladora y el destacamento del primer piso.

A izquierda y derecha de las oficinas se oyó el grito de carga de los rusos —el «¡Hurra!»— y los soldados soviéticos corrieron al ataque. Luego supe que eran la 2.^a y la 4.^a Compañía. Los alemanes de la fábrica estaban en inferioridad numérica, y esa ala del edificio no tardó en volver a quedar bajo nuestro control.

Cuando nuestros soldados y grupos de asalto llegaron a las oficinas e inspeccionaron las posiciones de las ametralladoras alemanas, empezaron a preguntarse quién las habría inutilizado. Las dos ametralladoras habían mantenido a raya a nuestras tropas de tal modo que nadie en la compañía había podido moverse un palmo hacia delante ni hacia atrás.

Nadie reparó en mí. Seguía cubierto de tierra y aparecí como un espectro, apoyándome en la pared, mientras nuestros oficiales discutían. Estaba demasiado exhausto como para decir nada. De pronto, Nikolái Logvinenko, el ayuda del

capitán Kótov, tropezó conmigo. Logvinenko era un tipo regordete con gafas de montura metálica, largo cabello oscuro y bigote mustio. Venía de interrogar a los soldados y de recoger material para redactar el informe de la batalla. Había rellenado ya varias docenas de hojas de libreta con su enrevesada caligrafía.

Cuando me vio, me quitó un poco de mugre de la cara y se quedó petrificado, atónito. Me agarró de la manga y me llevó a ver al teniente Bolshápov. Entramos en un profundo búnker iluminado por un generador autónomo. El teniente Bolshápov se apartó del mapa que estaba examinando y alzó la vista para recibirnos. Lo miré con sorpresa: ¿por qué me miraba tan fijamente? Por fin dijo:

—¡Está vivo! ¡Está vivo!

Me volví para ver a quién demonios se refería. El teniente Bolshápov se puso en pie de un brinco y corrió a abrazarme.

—¡Vasia! —exclamó—. ¡Creía que lo habíamos enterrado!

La enfermera Masha Loskútova estaba en el búnker, curando a los heridos.

—Tiene un aspecto horrible —comentó.

Tomó un pequeño espejo y me lo tendió. Era cierto: parecía un cadáver recién exhumado. Tenía la cara y el uniforme manchados de sangre. Entró el capitán Kótov. Me miró y se volvió hacia el teniente Bolshápov.

—¿Qué le ocurre a este? —Kótov no me reconocía bajo la mugre que recubría mis rasgos—. ¿Está herido o qué?

—No, camarada capitán —respondió Bolshápov sonriendo—. Es el subteniente Záitsev. Záitsev ha resucitado de entre los muertos.

Kótov volvió a mirarme.

—Vaya a lavarse —gritó—, y luego vuelva y hágame un informe.

En un rincón de la habitación había un gran barril de agua. Sin duda los fascistas lo habían utilizado y me repelía tener que tocarlo, pero en ese momento no tenía elección. Nikolái Logvinenko volvió con una navaja y alguien encontró una cuchilla, vieja pero utilizable. Como brocha para afeitarme me serví de un trozo de venda arrugado.

Cuando me hube lavado, me presenté en el cuartel del capitán Kótov y le relaté cómo había ocurrido todo.

Sin tiempo de respirar

Los bombarderos alemanes volvían a volar en círculos sobre nosotros. Seguían bombardeando la fábrica metalúrgica, la planta de empaquetado de carne y los depósitos de combustible. Ya nos habíamos acostumbrado a sus tácticas. Los primeros aviones lanzaban potentes bombas de demolición. Algunas de estas eran minas marinas reconvertidas. Estas bombas estaban preparadas para explotar una vez hundidas en el suelo, y eran capaces de demoler edificios enteros. Tal era su potencia que, como alguna cayera cerca, podía hacer que el búnker se desplomase sobre nosotros, por eso durante esa fase de los bombardeos teníamos que salir a refugiarnos en trincheras descubiertas.

Yo mismo pude ver cómo una de esas bombas arrancaba desde los cimientos una pared entera de la planta de empaquetado de carne y la desintegraba en fragmentos minúsculos. El aire se oscureció con una mezcla de polvo y humo, y la respiración se hizo dificultosa. Cuando el polvo se asentó, vimos que la explosión había dejado a un soldado alemán muerto tendido junto al cuerpo de uno de nuestros marineros, Leonid Smírnov. Ambos yacían con los brazos inertes entrelazados, como dos muñecos de trapo arrojados de cualquier modo sobre la tierra.

Algunas de las bombas cayeron también sobre el depósito de combustible. Las láminas de acero de los tanques y cisternas se rompieron y resquebrajaron como si fueran de papel de fumar. También cayeron algunas minas antipersonas de acción retardada. Sus antenas sobresalían del suelo a la vista de todo el mundo. Eran objetos repugnantes, de los que por nada del mundo uno querría encontrarse.

Poco después de uno de estos ataques, me encontraba yo sentado junto a Sasha Lebedev, el hermano del marinero herido al que habíamos encontrado en la ribera opuesta del Volga. Sasha acababa de reintegrarse a la compañía procedente del hospital de campaña. El primer día de batalla se había abrasado con una lengua de gasolina ardiendo. A nuestro alrededor, el aire era cada vez más caliente. Los boches habían vuelto a ocupar la sala de transformadores y disparaban balas explosivas. Los proyectiles de sus morteros llovían sobre nosotros como peras maduras; el humo y el polvo empeoraban la calidad del aire por minutos.

Oí toser a Sasha y me volví hacia él: el sudor le caía a chorros por la frente. Le pregunté qué le ocurría.

—Me desvanezco —respondió—. No puedo respirar.

Justo decir esto, cayó una bomba de fragmentación en las proximidades. Sasha salió despedido al fondo de la trinchera y cayó de cabeza sobre los pies del teniente Bolshápov. Por suerte estaba bien, solo era el susto.

Bolshápov lo miró y dijo:

—No se preocupe. Se acostumbrará. —Se quedaron mirándose. Sasha abrió la boca como para tomar aire—. Escuche, marinero —añadió el teniente Bolshápov—, los boches nos bombardearán, nos dispararán y por último cargarán. Pero nosotros los recibiremos, los doblegaremos y los dejaremos bien tiesos. En otras palabras, se irán con las manos vacías.

Llegó un mensajero de la 4.^a Compañía con el uniforme humeante, las cejas chamuscadas y el pelo prácticamente quemado. Sus pantalones raídos dejaban a la vista las piernas cubiertas de abrasiones sangrantes. El mensajero informó al teniente Bolshápov de que las ametralladoras alemanas avanzaban hacia nuestra posición desde la cañada de Dolgi y que el teniente de la compañía que ahí se encontraba nos solicitaba refuerzos. Los nazis se movían formando tres líneas, una tras otra, como las olas en la playa. Poco a poco se acercaban al Volga.

El médico Leonid Seleznev, Nikolái Logvinenko y Sasha Griázev sacaron una de nuestras ametralladoras Maxim y la colocaron entre unos ladrillos. La ametralladora funcionó como la seda. Detuvo las primeras dos oleadas de alemanes, pero entonces vimos que los enemigos supervivientes seguían reptando y estaban cada vez más cerca. Los operadores de la ametralladora no podían cerrar más el ángulo de tiro para abrir fuego contra ellos; estaban demasiado cerca, como un

ejército de babosas. Nikolái Logvinenko tomó un subfusil, se colgó un par de granadas al cinto y corrió a interceptarlos. Las granadas hicieron su efecto; evidentemente, los alemanes no esperaban esa clase de recibimiento. El asalto quedó abortado, pero Nikolái Logvinenko corrió hacia ellos y les vació el cargador entero a bocajarro.

Las tornas de la batalla se habían invertido. Volvíamos a tener la iniciativa. Avanzamos en grupos pequeños hacia el almacén de hielo de la planta de empaquetado.

Los alemanes eligieron ese momento para darnos una sorpresa. Habían apostado dos ametralladoras de grueso calibre en la parte superior del almacén y abrieron fuego. Las balas silbaban como látigos a nuestro alrededor. No había más remedio que detenerse y echarse a tierra. Cualquier movimiento podía ser fatal, había que hacer lo posible por camuflarse.

A mi izquierda estaba el marinero Okrihm Vasilchenko, y a mi derecha, un soldado pequeño y enclenque. Llevaba unas polainas hechas trizas y el casco se le caía sobre las cejas. Ya he mencionado que yo tampoco soy muy alto, pero a ese tipo le sacaba media cabeza. Mientras las balas silbaban por docenas junto a sus oídos, se arrastró hacia un montón de adoquines.

Yo removía la tierra con las uñas, intentando abrir un pequeño hoyo. Los hombres que había a mi alrededor tampoco podían hacer más que pegarse al suelo. El tipo bajito de las polainas era el único que avanzaba reptando, implacable. Llegó a los adoquines y se apoyó el fusil en el hombro derecho. En la parte superior del arma había una especie de caño.

Al instante, apuntó y ¡bang! Se balanceó sobre el cuerpo y a los pocos segundos volvió a disparar: ¡bang! De pronto, las ametralladoras habían callado.

Los demás cargamos, lanzamos una lluvia de granadas sobre los alemanes y capturamos el almacén de hielo. Los alemanes dependían de las ametralladoras para mantenernos a raya porque no habían levantado una segunda línea de defensa, de modo que los pillamos por sorpresa. La victoria había sido fácil gracias a que el tipo enclenque había inutilizado las ametralladoras.

Terminada la batalla, fui a hablar con Okrihm Vasilchenko.

—¿Quién es el enano ese? —le pregunté.

—De enano nada, jefe —dijo Okrihm—, es un sargento, el francotirador Galifan Abzálov.

La curiosidad pudo conmigo y me fui a conocer al sargento Abzálov. Él se había apostado ya en una nueva posición, y yo me acerqué lentamente entre los escombros. Estaba deseoso de hablar con él, de expresarle mi admiración y de preguntarle cómo había conseguido que lo destinaran a esa tarea. Siendo sinceros, tenía envidia. Después de todo, yo también era un buen tirador, y pensé que Abzálov podría ayudarme a entrar en su unidad.

Encontré al tipo hecho un ovillo, cargado de ese mal humor —que con el tiempo sabría que era permanente— y con la boca torcida con desdén. Me vio acercarme, y antes de decir nada me fijé en sus rasgados ojos verdes.

—¡Eh, marinero! —murmuró—. ¡Piérdete! ¡Vas a hacer que me disparen!

Me alejé a rastras. ¡Había sido un estúpido! Sin duda Abzálov debía de pensar que yo era un cretino. Me dije que volvería a buscarlo por la noche, así podríamos hablar.

Todos los soldados —suyos y nuestros— capaces aún de caminar habían abandonado el campo de batalla, y habían aparecido los médicos y los camilleros para socorrer a los heridos.

La sangre me hervía al ver ese espectáculo. Los médicos del enemigo no ayudaban a todos los heridos, sino solo a unos cuantos escogidos: oficiales y «especialistas» de las compañías de zapadores (ingenieros de asalto). El resto de los hombres gritaban y agitaban los brazos en un intento desesperado pero inútil de despertar compasión entre esos supuestos médicos. Habría sido muy fácil abatir a sus médicos, pero no íbamos a rebajarnos a apuntar al personal médico de los alemanes, ni aun cuando actuaran de ese modo tan despreciable.

Entretanto nuestra 4.^a Compañía, bajo el mando del teniente Efindéiev daba un último golpe de fuerza. Se habían enzarzado en un intercambio de disparos con un destacamento enemigo que se retiraba por la cañada de Dolgi.

Los aviones nazis volvían a acosarnos. Eran como abejas vengativas. Entraron en formación por encima del Volga y, uno tras otro, dejaron caer sus bombas sobre nuestras posiciones en la fábrica Octubre Rojo y nuestra recién establecida cabeza de puente en la base de la colina Mamáiev.

A todo esto, los boches habían traído carne fresca: nuevas tropas de reemplazo. En cuanto cesó el bombardeo aéreo, sus soldados se lanzaron contra nuestras posiciones a lo largo de la cañada de Dolgi. Más tarde oí que Hitler en persona había planeado esa batalla, y hasta el movimiento de las compañías, con la ayuda de su lacayo Paulus, que lo mantenía informado del desarrollo de los acontecimientos. Es posible, pues, que fuera el propio Hitler quien hubiera dado la orden de que, una por una, esas compañías sacrificaran sus vidas contra el escarpado muro de nuestras defensas.

Las trincheras alemanas y las ruinas adyacentes estaban llenas de jóvenes soldados recién afeitados vestidos con uniforme gris. Es difícil decir cuántos había. Para nosotros no tenía importancia: nuestra misión era barrerlos. ¡Sabíamos que no podíamos permitir que llegaran al Volga!

Los *katiushas* descargaron contra la infantería alemana desde la otra orilla del río. Los proyectiles impactaron sin piedad en la cañada y el ataque alemán quedó interrumpido cuando apenas había empezado. Habíamos liquidado a los nazis, los habíamos volado en pedazos. Cuando más tarde inspeccionamos la zona, fue imposible determinar cuántos cuerpos había.

A pesar de esa victoria, aquel fue un día triste porque muchos *katiushas* se habían quedado cortos y habían impactado sobre nuestros hombres. El contramaestre Itkúlov resultó muerto, y Kuzma Afonin, mi camarada de Krasnoufimsk, fue abatido por un fragmento de cohete que le había golpeado la cabeza. Kuzma y yo habíamos servido juntos en la misma base naval, pero fue al parar en Krasnoufimsk, después de que nuestro grupo de veinte marineros fue movilizado hacia el frente, cuando me percaté de la verdadera belleza de su alma.

Era primera hora de la mañana y caía una ligera llovizna. Los adoquines de la calle resplandecían con el agua. Nuestro grupo atravesaba la ciudad a pie, de camino a la estación. Íbamos sin orden ni concierto, con el petate cargado a los hombros. La formación estaba medio rota, y podría decirse que, más que marchar, deambulábamos.

Vimos a unas amas de casa con pañuelos en la cabeza que se dirigían al mercado con las bolsas de la compra vacías. Al vernos, se detuvieron y observaron la cara de los marineros en busca de un rostro familiar.

Kuzma trató de destacarse. Rodeó la formación, mirando a un lado y a otro, en busca de su madre: ¿estaría entre ellas? Intentó salirse del grupo, pero el

comandante de la columna le mandó volver a la fila. Aquel día nuestro comandante era el capitán de tercera clase Filípov. Filípov pretendía darse aires ante los vecinos de Krasnoufimsk; caminaba con la cabeza erguida y el mentón hacia fuera, y nos ordenaba que marcháramos con garbo. Estábamos en un barrio de casas de un solo piso, con porches y bonitas vallas de madera. Los demás marineros miramos a Kuzma con una mezcla de compasión y envidia. Estaba en su ciudad, en una calle por la que había pasado mil veces, y delante de cada casa murmuraba el nombre de quienes vivían en ella, como para poner a prueba su memoria.

De pronto se puso pálido.

—¡Esa es mi casa! —gritó emocionado—. ¡Y esa es mi madre!

Frente a la valla, junto al portillo, había una mujer bajita de cabello gris. Los integrantes de la columna empezamos a emocionarnos como si nos hubieran dado una descarga eléctrica. Kuzma pidió permiso para romper la formación y cruzó la calle. El resto de la columna se detuvo y los miramos.

La madre de Kuzma vestía una blusa oscura y una rebeca arremangada hasta los codos. El cuello de la rebeca le quedaba torcido, llevaba una falda negra con un cinturón y unas botas gastadas sucias de tierra. Debía de haber estado trabajando en el jardín.

Cuando vio a Kuzma corriendo hacia ella exclamó:

—¡Kuzma, hijo mío!

Quería correr hacia él, pero las piernas no le respondían. Madre e hijo se abrazaron y las lágrimas empezaron a derramarse por las mejillas de la señora Afonin.

—Dime que no estoy soñando —le oímos decir.

Mientras los mirábamos nos acordábamos de nuestras madres. La palabra *madre* es sagrada. Representa la honra y las raíces de la familia. La madre es la inmortalidad de la familia. A ella dirigimos nuestra primera palabra: «Mamá». Y cuando un soldado se dispone a dejar este mundo, las palabras que escapan de sus labios se dirigen también a ella. Nada hay más profundo ni más noble en la tierra que el amor de una madre por sus hijos.

Kuzma era un muchacho alto y robusto, mucho más alto que su madre. La

estrechó entre sus brazos y, ante los ojos de toda la columna, la meció a un lado y a otro apretándola contra el pecho como si fuera un niño pequeño. Kuzma sabía que no nos íbamos de excursión precisamente. No hay guerra sin víctimas. Era consciente de que podía ser la última vez que se estrechara contra su corazón y lloraba. No sé si sus lágrimas eran de pena o de alegría, pero eran sentidas y sinceras.

El resto de la columna seguíamos ahí, conteniendo la respiración. Kuzma abrió el portillo con el pie y él y su madre entraron al jardín, donde los perdimos de vista. En cuanto volvió a su posición la columna empezó a moverse de nuevo. Nos erguimos y nos colocamos en formación, como si estuviéramos en un desfile. A medida que avanzábamos, el eco de nuestras pisadas reverberaba por la calle. Era nuestra manera de despedirnos de la madre de Kuzma. Al doblar la esquina, seguía de pie en el jardín, junto a un gran abedul. La madre y el abedul: los símbolos de la *rodina*, la patria rusa.

Kuzma, que iba detrás de mí, me susurró:

—No te preocupes, Vasia, saldremos vivos de esta, me lo ha dicho mi madre.

Pero ahora Kuzma estaba muerto. ¿Cómo iba a explicarle a su madre que su hijo había caído víctima del «fuego amigo»? Un accidente de guerra. Nuestros comandantes no habían tenido más remedio que solicitar la intervención de los *katiushas*, y los *katiushas* no son la más precisa de las armas. Pero ¿supondría eso alguna diferencia para la madre de Kuzma? Intenté escribirle una carta, pero no me atrevía a explicar lo ocurrido y acabé haciendo una bola con la cuartilla. Tendría que escribirle en otro momento, cuando pudiera controlar mis emociones.

Por de pronto, era mi turno para buscar venganza. Y los culpables de la muerte de Kuzma eran los invasores. Tomé el fusil y salí del búnker. Vengaría a Kuzma. El enemigo no había de hallar compasión alguna por mi parte en Stalingrado.

A pesar de nuestra tenaz oposición, un grupo de zapadores alemanes (ingenieros de asalto) logró abrirse paso a través del Volga. Eso nos dejaba incomunicados con la 13.^a División de guardias —o lo que quedaba de esta—, comandada por el general soviético A. I. Rodímtsev. Por orden directa del general Chuikov, del 62.^o Ejército, se enviaron inmediatamente a nuestro sector un batallón de guardias del cuartel de reservistas y una compañía de tanques. Su misión, expulsar a los zapadores enemigos de sus posiciones.

Nuestro comandante, el mayor Metelev, mandó enviar un grupo de hombres armados con subfusiles a ese sector bajo el mando del teniente Bolshápov. La batalla se prolongó varias horas. Finalmente lograron abrir un paso seguro entre nuestro regimiento y la 13.^a de guardias. Solo un edificio de ladrillo de tres pisos seguía bajo control alemán.

Una breve pausa en la batalla nos permitió reabastecernos de munición, colocar cargadores nuevos en las ametralladoras e instalar minas terrestres. A los alemanes no les interesaba que consolidásemos nuestras posiciones ni que pasáramos una noche tranquila. Justo antes de anoecer, regresaron los Stukas. Ahora volvíamos a tener la cañada de Dolgi y los Stukas lanzaron sus bombas en esa zona. Aquello nos pilló desprevenidos. Todos los supervivientes de la 13.^a más nuestra unidad y la unidad especial de guardias del cuartel corrimos a refugiarnos en el mismo sitio.

Conté cabezas: habíamos sufrido muchas bajas. Nuestras fuerzas habían menguado considerablemente, y no estaba seguro de que dispusiéramos de la potencia de fuego necesaria para repeler el ataque que sin duda seguiría al bombardeo aéreo.

En esta ocasión los alemanes mandaron a sus aliados rumanos en su lugar; probablemente estaban hartos de quemar sus propias tropas. Los rumanos tenían orden de avanzar hacia el Volga. Sabíamos que los oficiales rumanos solían atacar gritando a pleno pulmón, supongo que para infundir terror. En cuanto oímos sus alaridos supimos quién se acercaba y al momento apareció la primera oleada de atacantes.

Durante ese primer período de la batalla contamos con muy poca ayuda aérea. Nuestra fuerza aérea solo podía salir por las noches, y aun entonces solo con unos biplanos de contrachapado lentos como las últimas gotas de té del samovar. Esos ruidosos biplanos nos lanzaban provisiones, volaban en círculos y bombardeaban a los alemanes y a sus aliados.

Su lentitud los convertía en blanco fácil para los soldados de tierra. Los tiradores enemigos podían apuntar contra ellos guiándose simplemente por el ruido. Sus pilotos eran mujeres jóvenes, valientes muchachas soviéticas. Los nazis habían logrado derribar varios aviones que habían ido a estrellarse en el sector de los rumanos. Los informes decían que los rumanos violaban y torturaban a las pilotos soviéticas que hacían prisioneras. No es difícil adivinar que manteníamos los cuchillos bien afilados para cuando llegara el momento de caer sobre los rumanos.

No veíamos la hora de enfrentarnos a ellos. Y ahora esos budoques corrían hacia nosotros, profiriendo gritos como si con ello pudieran atemorizarnos y provocar nuestra rendición.

Huelga decir que fueron muy pocos los rumanos que volvieron a su base aquel día. La sagrada estepa rusa fue abonada con sus cuerpos.

Un día tranquilo

Por entonces lo único que tenía para ponerme en los pies eran unas botas de lona que me iban grandes y me bailaban a cada paso. Como tenían chapas de hierro en el talón y la punta resultaban muy ruidosas. Cada vez que pisaba una superficie dura, las botas anunciaban mi presencia al mundo, incluidos los soldados enemigos que pudiera haber en las proximidades. Por fortuna, en los momentos inoportunos nunca había alemanes. Habría sido fácil para ellos oír mis pasos en los talleres de la fábrica.

Un día, mientras bajaba por la escalera de acero de la oficina de la metalúrgica, tuve la sensación de que alguien me observaba. Al desenfundar la pistola vi que se trataba de una muchacha tímida vestida con uniforme de enfermera. Salió de detrás de una columna situada en la base de la escalera. Llevaba un botiquín cargado al hombro. Quienquiera que fuera, era de mi estatura.

—¡A veces el oído engaña! —dijo—. Creía que era otra persona.

—¿Qué quiere decir, querida? —pregunté.

—¿Cómo puedo haberlo confundido con él? —dijo visiblemente irritada consigo misma.

Me lanzó una sonrisa, me tomó de la mano y me llevó a una zona del sótano mejor iluminada. La seguí obediente, fijándome en su perfil. No, no era Masha Loskútova. Masha había sido enviada al otro lado del Volga, con el batallón médico,

y estaba seguro de que ya se habría olvidado del juramento hecho en el tren. En fin, para qué hablar de Masha; por lo que mí respectaba, tenía tantas posibilidades de volver a ver el otro lado del Volga como de ir a Marte.

Llegamos a la fuente de luz. Tenía un cabello bonito, largo y castaño, y los ojos cálidos, de color avellana. Estaba seguro de haberla visto antes, pero no sabía dónde ni cuándo. Me observó.

—Supongo que no soy la persona que esperaba —dije.

—Sus botas suenan igual que las de él. Esperaba encontrarme con un hombre alto y de cabello oscuro, por eso me he puesto nerviosa y me he escondido detrás de la columna —dijo tranquilamente, a modo de explicación.

Era evidente que no tenía opciones de ganarme su corazón; mi misterioso competidor ya había conquistado ese territorio. Sin embargo, no pude resistirme a bromear un poco.

—¿Sabe don Alto, Moreno y Bien Parecido que la tiene a usted encandilada?

—¿Cree que soy tan ingenua como para decírselo? —preguntó irritada por mi impertinencia.

—Bueno —respondí—, a mí me lo ha dicho.

Se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo.

—Usted es un completo desconocido —dijo pestañeando—. ¿Por qué no iba a decírselo?

Ahora que estábamos a la luz, me echó un vistazo de arriba abajo.

—¿Qué ha hecho para estropear tanto el uniforme?

Yo había estado de patrulla la noche anterior.

—He tenido un encuentro desafortunado —expliqué—, con un alambre de espino.

—Siéntese, marinero, y quítese la camisa —dijo sacando una aguja y un largo hilo de color verde.

No protesté. Me agradaba estar en compañía de una muchacha bonita. Se puso a zurcir como si fuera un sastre de oficio. Yo no podía apartar los ojos de ella. A cada minuto se me antojaba más hermosa.

—¡Deje de mirarme! —exclamó—. Se comporta como un perro solitario. Y no se haga ilusiones, sabe que no estoy disponible.

—¡Pero si ese tipo ni siquiera sabe que existe! —protesté.

—No soporto a los hombres bajitos, con la nariz respingona y los ojos azules —dijo—. En cuanto acabe con esto, se marcha. Vaya a arrastrarse por el alambre de espino.

Me sentí obligado a replicarle.

Los tipos altos suelen tener la cabeza en las nubes —dije.

—Y los bajitos tienen la cabeza muy cerca de los pies —repuso ella—, y yo no soporto el olor a pies.

—Por supuesto, en eso tiene razón —admití.

—Venga ya, majadero, ¿ahora va a darme la razón? Vamos, no se quede ahí con la boca abierta, ¿qué más tiene que decir?

Tenía que encontrar alguna respuesta más o menos ingeniosa.

—Hay un refrán que dice así: «El buen perfume viene en frasco pequeño».

Zurcía a gran velocidad y ya casi había terminado de remendarme la camisa. En ese momento se apartó como si se hubiera escaldado con agua hirviendo, y me arrojó la camisa, la aguja y el hilo a la cara.

—¡Ya que es tan listo, acábelo usted! ¡Yo me voy a buscar mi «buen perfume», gracias!

Corrió escaleras arriba y desapareció. Traté de seguirla, pero se había esfumado entre las ruinas de la ciudad. Me senté en el lugar donde había estado sentada hasta entonces, y remendé el último agujero de la manga. Luego me guardé la aguja y el hilo en el bolsillo y con un regusto amargo en la boca me dije: «Lo de las frases ingeniosas no es mi fuerte».

Y así empezó para mí el 7 de octubre de 1942.

Aquel fue un día relativamente tranquilo. Reparamos la funda impermeable de la ametralladora Maxim, colocamos cargadores nuevos en los subfusiles, llenamos de balas las bandoleras y repartimos los distintos tipos de granadas de que disponíamos: rusas, alemanas con largos mangos (capturadas) y bombas Mills con forma de piña (donadas).

En cuanto a los alemanes, se mostraban recatados y no se movían. La noche pasó en la tensa expectación de lo que había de ocurrir.

Amanecemos con el tableteo de las ametralladoras. Al salir el sol, estallaron combates callejeros en las cercanías de la fábrica Octubre Rojo y la planta de empaquetado de carne. La superficie de la colina Mamáiev era un hervidero de artillería y explosiones de mortero. Con todo, en la sección de nuestro batallón, en la parte de la metalúrgica bajo nuestro control, el enemigo guardaba silencio. Me entraban ganas de gritar: «¿A qué esperáis, mal nacidos? ¡Salid a luchar!».

Los alemanes fueron finalmente a por nosotros a las diez. Primero la artillería, después los morteros, y luego, para rematar el trabajo, la Luftwaffe. Las bombas estallaban por doquier. De pronto, hubo una pausa: los aviones desaparecieron y la artillería dirigió su fuego contra objetivos situados detrás de nuestras líneas. Estábamos seguros de que estaba a punto de producirse un ataque y algunos de nosotros nos pusimos a cavar. Otros esperaban inmóviles, con los ojos bien abiertos, sin saber qué ocurriría a continuación.

Pero no hubo ningún ataque.

Lo que ocurrió fue que los alemanes habían salido peor librados que nosotros del último bombardeo. La noche anterior no les habíamos impedido que se aproximaran a nuestras líneas, y muchos de ellos las habían atravesado, pero no habían tenido ocasión de ponerse a cubierto. Más tarde, las armas pesadas de los suyos habían hecho pedazos a su propia infantería. Al no poder reagruparse para un nuevo ataque, habían perdido la oportunidad de lanzar una segunda ofensiva y, entretanto, nosotros habíamos avanzado sin hallar resistencia y habíamos ganado nuevas posiciones.

El teniente Bolshápov mandó que nuestros hombres instalaran la Maxim en la sala de calderas de la oficina de la metalúrgica. La sala se encontraba junto a las oficinas donde yo había inutilizado una de las ametralladoras alemanas pocos días

antes. Ahora, sin embargo, el lugar constituía una posición de tiro aún mejor: las últimas descargas de la artillería alemana habían allanado los escombros y las paredes, lo que aumentaba el ángulo de tiro de la Maxim.

A todo eso, los boches habían traído unidades de refresco y habían pasado al ataque. La distancia hasta nosotros era de menos de ciento cincuenta metros. Nuestra ametralladora detuvo la primera oleada, pero no antes de que llegaran a la sala de calderas.

Al objeto de eliminar nuestra pesada ametralladora, la infantería alemana había instalado un pequeño cañón de campaña junto a una locomotora y nos disparaba casi a bocajarro. Sus proyectiles estallaban en el interior de la sala de calderas, de suerte que nuestro tirador y los cargadores se vieron obligados a ponerse a cubierto.

Había que acabar con ese cañón y su dotación. Pero ¿cómo? ¿Con un francotirador o con granadas? Miré a Galifan Abzálov, el francotirador «enano». Abzálov siempre aparecía de forma inesperada, en los momentos más críticos. Estaba en el tejado de la metalúrgica. Cómo había llegado hasta ahí, bajo aquella tormenta de fuego, no lo sabré nunca. Abzálov disparó tres veces antes de que los alemanes repararan en él, entonces corrió hacia un lado del tejado y cayó de costado. El fusil colgaba en el vacío, ¿le habrían dado?

Leonid Seleznev, nuestro médico, un tipo con unas gafas gruesas y demasiado miope para dispararle a nada, apretó los dientes y subió al tejado.

—¡Abzálov! ¿Estás vivo? —gritó mientras reptaba por las baldosas.

—Hay dos francotiradores apuntándome. Tendré que quedarme aquí hasta que anochezca. Hagas lo que hagas, ¡no te me acerques más!

El médico se retiró a toda prisa e informó de la situación al teniente Bolshápov.

—Muy bien —dijo Bolshápov—, tendremos que deshacernos del cañón con granadas. Necesito un voluntario.

El mensajero de la 4.^a Compañía, Pronischev, el conductor de tractores siberiano, dio un paso al frente al instante.

—Escucha, Pronischev —dijo el teniente Bolshápov. Los dos estaban

asomados con cuidado a la rendija de la trinchera y cerraban los ojos cada vez que una bala alemana silbaba cerca—. Atraviesa el patio corriendo y escóndete al pie de ese muro. Cuando estés ahí, espera y comprueba la dirección del fuego; no te muevas hasta estar seguro de que tienes localizados a los boches. Entonces, a la que dejen de disparar, arrástrate al interior del cráter que hay junto al muro. Desde ahí podrás seguir hasta la locomotora. En cuanto estés detrás de la locomotora, podrás inutilizar el cañón con las granadas. Nosotros te daremos fuego de cobertura. No cometas ninguna estupidez, ¿comprendido?

—Es mi segundo año en el frente, señor —dijo Pronischev—, será pan comido.

Pronischev se colgó un par de granadas al cinto, cambió el cargador de la pistola, saludó y salió de donde estábamos corriendo en zigzag entre las trincheras.

Misha Masáiev, otro marinero, estaba tendido a mi lado.

—¿Crees que lo conseguirá? —me preguntó.

Yo disparaba allá donde viera asomar una cabeza alemana.

—Si lo cubrimos como es debido, sí —respondí.

Pronischev había logrado cruzar el patio; ahora, siguiendo las instrucciones del teniente, debía pegarse al muro para acercarse, pero en lugar de ello se levantó y corrió derecho hacia la locomotora.

Bolshápov se puso en pie y le gritó:

—Vuelve, estúpido, es una orden, ¡vuelve!

Pronischev ignoró al teniente y siguió disparado hacia delante, como un futbolista resuelto a marcar un tanto. El teniente gritó hasta quedarse ronco. El resto de nosotros interrumpimos el fuego por miedo a darle a Pronischev.

Pronischev atravesó el puente descubierto y rodeó la sala de calderas. Subió a la sala de transformadores. Los alemanes dejaron de disparar. Debían de estar atónitos; o eso o creían que Pronischev corría hacia ellos con la intención de rendirse. Desde la sala de transformadores, ya solo le quedaban unos cuantos metros más hasta la parte posterior de la locomotora. En ese momento, los alemanes salieron de su estupor y abrieron fuego. Pronischev se detuvo, giró el rostro hacia nosotros y se desplomó.

Nos quedamos todos petrificados. El teniente Bolshápov palideció. Durante un minuto se mantuvo en silencio; luego, dijo:

—¡Eso es lo que ocurre cuando se corren riesgos tontamente! —Daba la impresión de que el teniente fuera a mesarse el pelo. Luego se volvió hacia nosotros con los ojos inyectados en sangre y preguntó—: ¿Quién puede librarnos de ese maldito cañón?

Misha Masáiev y yo intercambiamos miradas. Con los ojos, Misha me animaba a proceder. Carraspeé.

—Teniente —dije—. Permítanos ejecutar la orden a Masáiev y a mí.

Misha Masáiev era un tártaro alto y fuerte de brazos largos y bigote elegantemente rizado. Era uno de los tipos más corpulentos de la compañía. Se sumó a nosotros el comisario político Danílov.

—¿Hablan en serio estos marineros? ¿Podrán conseguirlo? —Oí que le preguntaba a Bolshápov en voz baja.

—Lo conseguirán —respondió Bolshápov.

Tras estudiarnos con la mirada, Danílov preguntó:

—¿Qué me dicen? ¿Podrán conseguirlo? ¿Cuál es su plan?

—Primero cruzaremos el muro que hay junto al taller, luego... —Y señalé una trinchera que había junto al muro.

—Esa trinchera está llena de alemanes muertos —protestó Bolshápov—, y por ahí quedan expuestos al fuego enemigo. ¡No permitiré que otro estúpido se haga el héroe!

—Señor —dije—, permítame que me explique. Hice un reconocimiento de esa posición hace unos días, cuando era nuestra. La trinchera linda con un conducto de calefacción subterráneo. Podemos arrastrarnos por él. Si atravesamos el conducto, iremos a parar a la locomotora y, ¡voilà!, tendremos el cañón a tiro de granada.

El teniente Bolshápov y el comisario político Danílov mantuvieron una breve conversación en voz baja.

—Conforme —dijo Bolshápov—. Pero despacio, piense que desde aquí no podemos ayudarles. Todo depende de ustedes, así que no lo jodan.

Misha Masáiev y yo salimos hacia la trinchera alemana abandonada. Debido a la intensidad de los combates de la semana anterior, los alemanes no habían podido recoger a sus muertos, y los cuerpos estaban blandos y en fase de putrefacción. Ni Misha ni yo habíamos previsto el hedor y casi no podíamos ni respirar. Había que caminar con cuidado; como pisáramos uno de esos cuerpos, podía hundírsenos el pie.

Al llegar al conducto de calefacción, nos pusimos a gatas y entramos, primero yo y después Misha. Estaba oscuro y la humedad era sofocante. El suelo donde apoyaba las manos estaba resbaladizo y pegajoso. El conducto era lo bastante grande para entrar, pero una vez dentro era tan angosto que resultaba imposible darse la vuelta. A Misha sus anchas espaldas le dieron algún que otro problema. Lo oía a mi espalda gruñendo y jadeando, y tuve que parar a esperarlo. Por fin llegó donde yo estaba.

—¡Sigue adelante! —me reprendió—. ¿A qué estás esperando?

Más adelante el conducto cambiaba de dirección, y la entrada de un poco de aire fresco supuso un alivio. La respiración era cada vez más fácil, de modo que no muy lejos tenía que haber alguna fisura o salida de algún tipo.

Llegamos a una bifurcación y supuse que debíamos tomar por la derecha. Tras gatear otros cinco minutos alcanzamos un foso reforzado con ladrillo y cubierto con un tejadillo de hierro. Era uno de los desagües de los talleres que conectaban el sistema de conducción de aguas de la fábrica. Nos sentamos y tratamos de calcular si estábamos bajo la parte de fábrica ocupada por los alemanes o bajo la sala de calderas donde estaban apostadas las ametralladoras Maxim.

Intenté mirar a través de las rendijas de la cubierta de hierro. Teníamos miedo de quedar encerrados, pero también sabíamos que debíamos cumplir nuestra misión lo antes posible, y nuestra misión era dejar fuera de combate el cañón alemán.

—¿Qué ocurre? —preguntó Misha.

—¡No se ve un carajo! —respondí.

Entre los dos levantamos la cubierta, que hizo un ruido metálico al tocar el suelo. Vimos que habíamos ido a parar a un enorme taller. Las paredes estaban

carbonizadas por la virulencia de los combates librados en su interior. La sala estaba llena de tornos y piezas de maquinaria inacabadas. Por todas partes había soldados muertos: marineros de la flota del Pacífico y nazis, tendidos unos junto a otros.

Misha y yo trepamos al interior, reptamos hacia una máquina de tornear y nos pegamos al suelo detrás de ella. La sala no tenía techo. Había sido reventado hacía tiempo y podía verse el cielo. Los aviones volaban en círculos en las alturas, enzarzados en el combate aéreo. Los cazas soviéticos por fin habían pasado a la acción y comenzaban a socavar la superioridad aérea del enemigo.

Cuando recobramos el aliento, Misha y yo empezamos a deslizarnos hacia la sala de calderas. Misha corrió, giró sobre su cuerpo y se puso a cubierto.

—¡Corre, Vasia! —dijo.

Misha me esperaba apretado contra el muro. Me preparé para lanzarme a la carrera hacia donde él estaba, pero el enemigo nos había visto y abrió fuego con fusiles y metralletas. Algo me quemó la pierna derecha, y de inmediato empecé a sentirla más pesada. Me costaba arrastrarla por el suelo. Avancé como pude hasta Misha, mientras el enemigo seguía disparando. Cuando llegué donde estaba mi compañero, tenía los pantalones empapados de sangre.

—¿Te han herido? —me preguntó.

Como la pierna no me dolía, negué con la cabeza.

En la sala de calderas había seis de nuestros hombres armados con subfusiles, más uno, el marinero Plaksin, con una ametralladora. Desde que su grupo había quedado separado del nuestro, habían convertido la sala de calderas en un fortín desde el que habían logrado repeler, uno tras otro, los ataques de los alemanes.

Misha y yo estábamos asombrados ante su astucia y su inventiva. Habían tomado varios subfusiles y los habían introducido por el cañón a través de los orificios de la pared. Luego, mediante trozos de tubería retorcidos, los habían asegurado y habían enganchado alambres desde los gatillos hasta la posición de Plaksin, que a esas alturas era el único soldado cuyas heridas todavía le permitían disparar.

Le pregunté a Plaksin cómo funcionaba aquel ingenio, y me lo mostró tirando de los alambres. Dado lo reducido del espacio, el ruido fue tan infernal que Misha y yo tuvimos que taparnos los oídos. A juzgar por la cantidad de balas que disparaban,

los alemanes debían de creer que en la sala de calderas se alojaba una compañía entera.

Plaksin, Misha y yo diseñamos un plan para acabar con el cañón móvil de los alemanes.

Salimos arrastrándonos; las balas explosivas silbaban e impactaban a escasos centímetros de nuestras caras. De pronto, estalló una bengala verde y Misha y yo nos deslizamos al interior de un cráter.

—Misha —dije—, ¿has visto eso? Es la señal de Bolshápov, ¡nos ha visto!

Nuestras tropas dirigieron fuego cerrado hacia los boches que nos rodeaban, pero no bastó para abatirlos. Misha gritaba como un ganso.

—El teniente Bolshápov no puede ayudarnos desde ahí. Todo depende de nosotros —dijo golpeteando sus gruesos dedos contra el pecho—. Escucha —añadió—, este tártaro de Kazán no se asusta tan fácilmente. Ahora verán cómo las gastan los marineros...

Misha hizo ademán de salir del cráter, pero logré tirar de él a tiempo, justo cuando una bala explosiva estallaba a pocos centímetros de su cara. Localizamos a los tiradores alemanes y dirigimos hacia ellos el fuego de Plaksin lanzando una bengala roja en su dirección.

Plaksin se puso a disparar: el martilleo de la Maxim sonaba justo a nuestra espalda. En un abrir y cerrar de ojos, los nazis quedaron hechos un colador. Plaksin nos había permitido ganar tiempo, así que aproveché para salir del hoyo y me arrastré impulsándome a fuerza de codos. La pierna había dejado de sangrar, pero era como un peso muerto. Al ver que podía moverme, Misha me siguió; el problema era que aun reptando abultaba demasiado: parecía una ballena varada. Un tirador alemán lo vio y abrió fuego contra él desde una ventana de la sala de transformadores.

Se me planteaba un dilema. Me encontraba lo bastante cerca como para arrojar las granadas hacia el cañón, pero antes tenía que rescatar a Misha. Mientras trataba de decidir cuál era el mejor modo de proceder, di con Pronishev. El siberiano todavía respiraba, pero estaba malherido.

Le quité la pistola a Pronishev, me parapeté tras la rueda de la locomotora, apunté y disparé. El cañón de uno de los fusiles alemanes desapareció de la ventana

de la sala de transformadores, pero al instante apareció otro tirador en su lugar. El tipo estaba sobreexcitado y empezó a disparar a discreción contra Misha, a quien el tiroteo le impedía moverse.

Comprobé cuántas balas quedaban en el cargador de la pistola: solo una. La pierna me estaba dando problemas. Me arrastré por encima de los escombros — primero un codo, luego el otro— hasta quedar justo debajo de la ventana desde la que disparaba el tirador alemán. Traté de levantarme, pero los calambres que sentía en los músculos de la pierna me impedían mantener la verticalidad. Finalmente rodé sobre mi espalda. Podía ver cómo los brazos del tirador enemigo se sacudían a cada disparo y oír cómo maldecía cada vez que fallaba. De repente se inclinó hacia delante para tener mejor ángulo. Fue entonces cuando apunté la pistola a la base de la barbilla y apreté el gatillo.

La bala le atravesó la parte superior del cráneo y se estrelló contra el casco dejando oír un ruido metálico. El alemán se precipitó por la ventana y cayó de narices contra el hormigón.

Misha vio que era su oportunidad y se llegó de un salto hasta la parte posterior de la locomotora. ¡Por fin uno de nosotros se hallaba en una posición ventajosa! Desde ahí, el cañón alemán distaba menos de una docena de metros. Misha se puso en pie. Tenía unos brazos larguísimos, de simio trepador. Salió como un rayo de detrás de la locomotora y, al tiempo que activaba y lanzaba una granada hacia la dotación del cañón, gritó:

—¡Eh, boches! ¡Agarrad esto!

La granada detonó en el aire y volteó el cañón de costado, y la metralla provocó cortes a los miembros de la dotación, que empezaron a gritar como cerdos en un matadero. El rostro de Misha era pura furia. Arrojó la segunda granada contra los nazis, y los gritos cesaron. Luego Misha se acercó y reventó el cañón introduciendo otra granada en la recámara. Los nazis ya no volverían a usarlo.

Si bien la amenaza del cañón había sido suprimida, nuestros compañeros todavía estaban demasiado desorganizados para pasar al ataque. Los nazis de las inmediaciones aprovecharon la ocasión para rodearnos a Misha y a mí. Tal vez planeaban capturarnos vivos. Los nazis se deleitaban torturando públicamente a sus cautivos, para que los demás soldados rusos tuvieran que ver a sus camaradas retorciéndose de dolor. Sin embargo, Plaksin vio a los alemanes que avanzaban hacia nosotros y abrió fuego con la ametralladora Maxim.

Eso nos dio a Misha y a mí una oportunidad para retirarnos. Le ordené a Misha que se llevara a Pronishev, y él se cargó al marinero herido al hombro como si fuera un saco de patatas. Salté al hoyo y Misha trató de seguirme, pero en cuanto abandonó el parapeto de la locomotora algo lo abatió. Misha y Pronishev cayeron uno encima del otro y por un momento pensé que todo se había acabado, pero de pronto alzó la cabeza. Una bala lo había alcanzado en el casco y lo había aturdido, pero eso era todo.

Sabía que no podíamos resistir mucho más en esa posición aislada, por lo que permanecer ahí quedaba descartado. En esas vi a dos nazis que reptaban hacia nosotros. Les lancé mi última granada y se retiraron.

Misha había logrado llegar al hoyo con Pronishev y estaba vendándole el pecho mientras nuestro compañero gemía y pedía agua. Para entonces ya estaba oscuro. Los compañeros de la sala de calderas esperaban nuestro regreso.

Misha se cargó a Pronishev a la espalda y reptó delante de mí. Ambos estábamos exhaustos y el cansancio se dejaba ver en nuestros torpes movimientos.

Sobre nosotros silbaron varias balas trazadoras, como para señalar nuestra posición al enemigo. Ninguno de los dos creíamos que Pronishev pudiera sobrevivir, pero teníamos que devolverlo a nuestras líneas. En la sala de calderas todo era oscuridad y silencio. Plaksin había sido herido y estaba tendido junto a la ametralladora. Misha lo zarandeó y Plaksin se despertó.

—Los alemanes están aquí —murmuró antes de volver a desmayarse.

Plaksin era el único hombre vivo del destacamento apostado en la sala de calderas.

Misha y yo podíamos oír voces hablando en alemán al otro lado del muro. Evidentemente no podíamos escapar en esa dirección.

Pronishev musitó algo incomprensible. Lo tendimos junto a Plaksin. Más allá seguían oyéndose las voces de los alemanes. Misha y yo diseñamos un plan: él regresaría al batallón a través de los conductos de calefacción, por donde habíamos venido; yo me quedaría cuidando de los heridos. Así pues, Misha se metió en el túnel y yo me quedé ahí quieto, a la escucha de cualquier movimiento.

La pierna volvía a dolerme y me tendí junto a la pared. Rebuscando por el suelo de la sala de calderas había encontrado dos granadas y un cargador para la

pistola. Estaba listo por si alguien decidía entrar.

La pierna sangraba de nuevo y de vez en cuando me hacía perder el conocimiento. Una de esas veces, al volver en mí, vi que la noche tocaba a su fin y empezaba a romper el alba. Hacia el este comenzaban a oírse estallidos de granada y ruido de ametralladoras.

Oí unos pasos y retiré el pasador de una de las granadas. Plaksin también se había despertado.

—¿Quién anda ahí? —preguntó a través de sus labios cortados.

Le puse la mano en la boca y me acurruqué contra la pared. De pronto oí unas voces que hablaban en ruso. Con las fuerzas que me restaban, grité:

—¡Camaradas! ¡Estamos vivos!

—¡Os oímos! —gritó alguien.

El teniente Bolshápov y Misha entraron en la sala. Misha Masáiev había llegado a las líneas y había vuelto con las tropas para rescatarnos.

Me convierto en francotirador

Durante cinco días seguidos, desde la mañana del 16 de octubre hasta mediodía del 21, los alemanes atacaron nuestras posiciones en el distrito fabril. Bombarderos, artillería, tanques e infantería: lanzaron todo cuanto tenían contra nosotros con la intención de doblegarnos. El alto mando alemán estaba dispuesto a llegar al Volga a cualquier precio.

Los soldados enemigos avanzaban implacables, indiferentes a las bajas. A veces parecía que Hitler hubiera decidido ahogar a todo su ejército en un pozo de sangre.

Nosotros defendíamos la fábrica metalúrgica, los depósitos de almacenamiento de gasolina, la planta de empaquetado de carne y la mitad de la colina Mamáiev. Al principio, los golpes más duros los sufrimos en los alrededores de la planta de tractores y de la fábrica Barricadi.

No puedo explicar con exactitud qué fue lo que ocurrió en las cercanías de la fábrica de tractores, puesto que yo no estaba ahí, pero aun a distancia de varios kilómetros la situación presentaba un aspecto terrible. Cientos de aviones alemanes volaban en círculos sin cesar sobre la fábrica de tractores. Más tarde supimos que solo el 17 de octubre la Luftwaffe había operado setecientos despegues dirigidos contra la planta de tractores y la Barricadi. Según mis cálculos, el enemigo había lanzado seis bombas por defensor soviético en un solo día.

Por entonces, la planta de tractores estaba defendida por tres divisiones de dimensiones reducidas, todas ellas seriamente mermadas. (Una de ellas, la 112.^a, reconvirtió a sus seiscientos supervivientes en regimiento).

Los fascistas se encontraron con una feroz resistencia. Nuestros soldados lograron defender y mantener esa zona. Habíamos aprendido a vivir bajo el fuego, y a los alemanes debía de parecerles que las piedras, los ladrillos e incluso los muertos disparaban contra ellos. La respuesta del enemigo fue bombardearnos sin tregua, en un intento de reducir la ciudad a escombros. Incluso destriparon a nuestros muertos atropellándolos con las orugas de los tanques, por lo que no quedaron ni cuerpos que recoger.

Cuesta esperar de brazos cruzados mientras tus compañeros sufren. Sientes que deberías estar tú en su lugar, está en la naturaleza del soldado ruso. Solicitamos al comandante de nuestra división, Nikolái Batiuk, que enviara un destacamento de marineros a la fábrica de tractores en calidad de refuerzos, pero Batiuk se negó diciendo:

—Eso es exactamente lo que el enemigo quiere que hagamos, que disminuyamos nuestras defensas y dejemos esta posición desprotegida.

El coronel Batiuk —el favorito del 62.º Ejército, apodado «el Antibalas Batiuk»— tenía razón.

Tras cuarenta y ocho horas de ataques sobre la planta de tractores, el enemigo dirigió su atención a nuestro sector. Sería imposible calcular el número de bombas que arrojaron sobre la fábrica metalúrgica. En cuanto a lo que el resto de divisiones debieron de pensar al ver el castigo que estábamos recibiendo, no tengo la menor idea.

Para entonces, el número de soldados en condiciones por cada compañía del batallón no superaba los veinte. Solo durante la primera hora, veintisiete escuadrones de bombarderos se lanzaron en picado contra nosotros cuatro veces cada uno. Las bombas caían sin descanso. Cuando los bombarderos terminaron, empezaron las descargas de artillería. Las continuas sacudidas dejaron a muchos de nuestros hombres con las manos y los labios temblando sin control.

La artillería alemana había creado una tormenta de fuego, y en cuanto esta remitió, llegó la carga de infantería. Repelimos el primer ataque gracias a las ametralladoras Maxim. La segunda oleada logró acercarse más y tuvimos que

rechazarlos con granadas y subfusiles. Los siguientes ataques alemanes empezaron con una arremetida masiva de granaderos por tres frentes a la vez. Los granaderos lograron penetrar nuestro flanco derecho, y poco después también el centro y el flanco izquierdo. Se entablaron combates cuerpo a cuerpo en todas las posiciones.

En un momento que bajé la guardia, uno de los granaderos me clavó la bayoneta por la espalda. Supongo que me desvanecí, porque lo siguiente que recuerdo fue que estaba en la enfermería del cuartel del batallón. Nuestros camilleros me habían llevado hasta ahí.

Era mediodía y fuera seguía el fragor de la batalla. Varios de nuestros búnkeres se habían derrumbado por el impacto directo de los obuses, sepultando a los heridos que recibían tratamiento médico en su interior, por eso todos los heridos que llegaban eran enviados directamente a la enfermería del cuartel.

Entraron dos soldados mayores con una litera en la que iba un marinero herido. Lo tendieron en un catre y volvieron a irse de inmediato. A lo mejor eran los mismos que me habían llevado a mí. Podía contarme entre los afortunados.

Por lo visto nos estábamos retirando. Los boches habían recuperado el taller de herramientas de la fábrica. La sala de tornos seguía siendo tierra de nadie, pero los alemanes se habían hecho de nuevo con el almacén de hielo. Nuestra 4.^a Compañía de fusileros se había visto obligada a recular hasta más allá de la línea del tranvía y había tenido que refugiarse en un edificio inacabado de ladrillo rojo de las proximidades.

Dos días antes, el oficial al mando, el mayor Metelev, había visitado la compañía y había dado la orden de nombrarme francotirador. La cosa ocurrió de la siguiente manera.

Disfrutábamos de unos instantes de calma, y un par de marineros estábamos sentados en un cráter de obús con el teniente Bolshápov, fumando. De pronto, una ametralladora pesada abrió fuego contra nosotros. La ametralladora se encontraba a unos seiscientos metros, pero gracias a los últimos bombardeos, el operador tenía todo el terreno despejado frente a sí para apuntarnos. Las ráfagas eran continuas, de suerte que no podíamos ni levantar la cabeza.

Con la ayuda de un periscopio de trinchera, Misha Masáiev observaba fuera del cráter.

—Aquí está, Vasía —dijo tendiéndome el periscopio.

Eché un vistazo, empuñé el fusil y, casi sin apuntar, disparé. El tirador cayó. A los pocos segundos aparecieron otros dos, pero logré abatirlos en rápida sucesión de un único disparo.

Por casualidad, el coronel Batiuk presencié ese intercambio de balas con los prismáticos.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó.

Metelev le dijo que había sido yo.

—Consígale un fusil de francotirador —ordenó Batiuk.

Y así fue como Metelev vino a visitarnos. Me ordenó que llevara la cuenta de todos los nazis a los que abatiera.

—Camarada Záitsev —dijo—, ya lleva usted tres. Siga la cuenta a partir de aquí.

Las circunstancias no me permitieron incrementar la lista ese mismo día. En primer lugar, las bajas provocadas por los francotiradores debían verificarse mediante la cumplimentación de unos formularios en los que había que describir la situación y estampar la firma tanto del tirador como de un testigo. Y yo todavía no estaba familiarizado con esas formalidades.

En cualquier caso, lo importante era que estábamos casi rodeados, que habíamos retrocedido y que habíamos perdido muchas de nuestras posiciones. Solo había un modo de salir: por el paso a través de la cañada de Dolgi y, desde ahí, a través de los conductos vacíos del depósito de almacenamiento de gasolina, que llegaban hasta el cruce número 62, a orillas del río. El recorrido era en parte el mismo que habíamos seguido Misha y yo para liberar a Plaksin.

Solo cuatro personas del batallón conocían su existencia: Misha Masáiev, el teniente Bolshápov, el capitán Kótov y yo mismo. Sin embargo, no podíamos decir nada; de lo contrario, las tropas cercadas podían provocar una estampida. En los conductos no cabían más que unas pocas personas a la vez, por lo que la retirada en masa era imposible. No podíamos ni mencionar esa opción.

Hacerlo habría significado abandonar buena parte del equipo y a todos nuestros heridos, y los nazis ejecutaban a los heridos de la forma más abyecta: con lanzallamas o arrojándolos a los perros. Y lo que es peor: cualquier tipo de retirada

habría supuesto una vulneración directa de las órdenes del camarada Stalin.

Para quitarme la idea de la cabeza, eché un vistazo a mi alrededor. Encima de mí, justo debajo del techo, había un gran conducto de ventilación con un extractor interno al que podía accederse por una escalera. Dos días antes había utilizado esa posición como nido de francotirador. Desde esa altura era más fácil observar los movimientos de las tropas alemanas.

Uno de los observadores de artillería, Vasili Fiodánov, había tomado posiciones a mi lado. La conexión telefónica con el cuartel era muy deficiente y el aparato zumbaba y pitaba constantemente, lo que ponía muy nervioso a Fiodánov. Para que lo oyeran tenía que gritar todo el tiempo. Aquello suponía una distracción, pero a pesar de todo logré mantener la cabeza fría y seguir con mi trabajo.

Me gustaba ser francotirador y gozar de licencia para elegir a mi presa. A cada disparo era como si pudiera oír la bala atravesando el cráneo del enemigo, aunque el objetivo se hallara a seiscientos metros. A veces, los nazis miraban en mi dirección, como si me vieran, sin tener la menor idea de que les quedaban unos pocos segundos de vida.

Un obús impactó cerca y la onda expansiva hizo temblar los conductos y derribó la escalera. Fiodánov y yo logramos escapar de los fragmentos que caían refugiándonos en el sótano, donde se encontraba la enfermería, junto al cuartel del batallón. Las enfermeras Klava Svíntsova y Dora Shájnovich, la que me había zurcido la camisa, atendían a los heridos. Fue entonces cuando me acordé de mi pierna y pensé que lo mejor era que le echaran un vistazo. El vendaje se me había roto al bajar al sótano y notaba cómo se escurría la sangre tibia. Esperé junto a Dora, que estaba acabando de vendar a un soldado herido.

—Usted nunca se da por vencido, ¿no? —dijo Dora con tono fingidamente severo, mirándome con sus hermosos ojos pardos—. ¿Ha vuelto a engancharse con alambre de espino?

—Esta vez no —respondí.

—¿Por qué viene a molestarme? —preguntó.

—El amor es el amor —dije.

—Ha elegido el mejor momento para venir a decírmelo —respondió.

Siguió vendándole la cabeza al marinero herido, sin prestarme atención. Cuando terminó con él, empapó un poco de algodón con alcohol y se limpió las manos.

—Muy bien, casanova, ¿y ahora qué?

Era tan hermosa que por un momento me aturullé y por poco me olvido de dónde me habían herido. Le expliqué que llevaba un vendaje en la pierna.

—No se quede aquí con las manos en los bolsillos —dijo—, ¡quítese los pantalones y déjeme ver la herida!

Por vergüenza, vacilé antes de desabrocharme el cinturón.

—Vamos —dijo Dora—, ¿cree que tiene algo que yo no haya visto antes? ¡Deprisa!

Me bajé el pantalón y apreté los dientes mientras ella ponía alcohol en la herida. Al agacharme para subirme el pantalón empezó a caerme sangre por la espalda, de debajo de la camisa.

—Uy —exclamó Dora—, quieto.

Era la herida de bayoneta, un corte recto justo bajo la piel. Por suerte no había tocado zonas vitales. Cuando Dora hubo limpiado y vendado la herida, salí de la enfermería y corrí en busca del comandante del batallón, el capitán Kótov. Kótov acababa de salir del cuartel y lo acompañaba su ayuda, Logvinenko. Nos quedamos en la puerta mientras Kótov observaba la interminable fila de camillas que llegaban con soldados heridos o agonizantes. Luego Kótov abrió la puerta.

—Vengan solo con las pistolas —ordenó.

Dejamos los fusiles y subfusiles en un rincón del sótano.

—¡Sígueme! —dijo Kótov, y salió corriendo hacia la cañada de Dolgi. Logvinenko y yo nos empleamos a fondo por no rezagarnos. Las heridas me estaban pasando factura y todo ese correr, agacharse y saltar entre las ruinas siguiendo al capitán resultaba agotador. Kótov y Logvinenko se detuvieron en una trinchera y los alcancé. El capitán Kótov también estaba cansado. Se apoyó en una de las paredes de la trinchera, resollando. Estaba blanco como la leche y tenía el rostro perlado de sudor. Me senté a su lado. Tuve que recuperar el aliento antes de hablar.

—Capitán — dije —, acabamos de abandonar a los heridos.

Era la voz de la conciencia y, más que al capitán, me hablaba a mí mismo. Kótov me lanzó una mirada; por su forma de resollar parecía un pez fuera del agua. Era como si mis palabras lo hubieran despertado de una especie de estupor.

—No nos concederán la medalla de oro por esto, ¿verdad, capitán? — pregunté.

Kótov recuperó la compostura. Se sacudió el polvo del uniforme, oteó el horizonte y escupió en la dirección de los alemanes. Luego volvió a salir corriendo de vuelta a nuestras posiciones. Logvinenko y yo fuimos tras él, tratando de agacharnos para no atraer el fuego enemigo.

Cuando llegamos al sótano, la sala entera y el piso superior estaban llenos de muertos. A los heridos los habían trasladado a dos grandes salas y el médico Leonid Seleznev, incapaz de atenderlos a todos, corría de un piso al otro intentando mantenerlos con vida hasta que pudieran recibir la atención requerida. Había soldados heridos arrastrándose literalmente por todos lados. Una compañía de ametralladoras de la reserva cubría todos los accesos al edificio.

El capitán, Logvinenko y yo estábamos demasiado avergonzados como para mirarnos a los ojos. En un acceso de pánico, habíamos salido corriendo hacia el Volga dejando atrás a esas almas indefensas... qué ignominia. Estaba nervioso y furioso conmigo mismo, y para calmarme fumaba un cigarrillo tras otro. Luego trepé por la escalera rota hasta el primer piso para volver a ocupar el nido de francotirador.

Las balas volaban a través de las ventanas y la puerta, y tuve que pegarme al suelo como un gusano. Poco a poco, me acerqué a una oquedad en la pared de ladrillo y me puse a cubierto tras una pila de tablones. Si me asomaba, podía ver los alrededores. Vi que los alemanes tenían una ametralladora pesada apuntando al edificio. Lamentablemente el tirador estaba a más de quinientos metros.

Me había dejado el fusil en la enfermería y tuve que volver, despacio para que la pila de tablones que me servía de parapeto quedara intacta para más adelante. Ya casi me había ido cuando oí a Logvinenko detrás de mí.

—Vasia, ¿por qué te mueves así? ¿Te han herido otra vez o es un nuevo baile?

Logvinenko tenía la típica habilidad de los soldados rusos para soltar chistes

en las peores circunstancias.

Le pedí que me trajera el fusil del sótano, y como no estaba herido volvió con él en un periquete. Volví a situarme detrás de los tablones.

Ajusté la mirilla a 550 metros y me fijé en si el viento podía desviar el tiro. El humo de la batalla subía en vertical, señal de que ese día apenas soplaban viento, así que no había necesidad de compensarlo.

Siempre me ha intrigado lo de mirar a través de la óptica a un enemigo a cientos de metros. Al principio apenas se ve una silueta pequeña e indistinta, y de pronto puedes distinguir todos los detalles del uniforme, si es alto o bajito, delgado o gordo. Sabes si se ha afeitado esa mañana, si es joven o viejo, si es oficial o soldado. Puedes ver la expresión del rostro. En ocasiones, tu objetivo está hablando con otro soldado o canturreando para sí. Y mientras tu hombre se frota la frente o inclina la cabeza para ponerse bien el casco, buscas el mejor punto para que la bala haga impacto.

Estaba tendido detrás de los tablones, a cubierto del fuego enemigo. Cargué una bala en la recámara, me puse en posición de disparo y apunté al operador de la ametralladora alemana. Incluso a esa distancia era fácil colocar el retículo entre sus ojos. Apreté el gatillo. Al momento, la ametralladora dejó de disparar y el tirador se desplomó sobre el cañón. Abatí también a los dos cargadores, que no pudieron reaccionar a tiempo para ponerse a cubierto. Convulsionaron durante unos segundos y luego se quedaron inmóviles.

No habían hecho falta más que tres disparos bien dirigidos, y la amenaza para los nuestros había sido erradicada. Nuestro batallón volvió a la vida. Los soldados de transmisiones, los mensajeros y los cargadores de munición pasaron a la acción. Aunque me habían designado francotirador varios días antes, en realidad fue a raíz de este incidente que la Stavka (el Estado Mayor) empezó a tomarme en serio. Habían comprendido que mi presencia podía ser vital para una compañía de fusileros. Hasta entonces, los oficiales superiores me miraban y, debido a mi estatura, decían que no servía más que para tareas administrativas. Si he de ser franco, se produjeron muchas de esas situaciones humillantes cuando los marineros nos unimos a las filas de los fusileros.

Me acordé de un día en Krasnoufimsk, cuando un tren de oficiales del cuartel general del ejército fue a inspeccionar a nuestra unidad de marineros. Nos pusimos en formación. Los encargados de realizar la inspección eran un par de oficiales de

infantería de aspecto rudo y con el pecho cubierto de medallas. A todas luces dos hombres muy bregados. Mientras se acercaban, nuestro comandante daba palmaditas a su maletín, como diciendo: «¿Qué les parecen nuestros marineros? Nos hemos pasado cinco años adiestrándolos para combatir en mar abierto. Si quieren ponerlos a prueba en tierra, adelante, ¡están preparados!».

Los oficiales nos dividieron en dos unidades, y cada uno de los comandantes escogió a sus hombres. Vi que elegían a los más grandes y de aspecto más fuerte. Actuaban como un cedazo: los tipos corpulentos como Afonin y Stárostin pasaron de inmediato a la artillería. Los oficiales iban pasándonos por el tamiz y solo los más grandes eran elegidos para el combate.

El proceso, evidentemente, no había de favorecer a un contable y administrador. Los comandantes de primera línea no necesitaban a los de mi tipo, o a los que para ellos eran de mi tipo. Incluso oí decir a un coronel: «¿Para qué demonios necesito yo a un administrador? Mi unidad ya tiene más lastre del que puede soportar».

La formación fue disminuyendo a medida que mis compañeros eran asignados a sus nuevas unidades, hasta que quedé yo solo. Apenas podía contener la vergüenza y el resentimiento. Estaba dispuesto a ir a cualquier parte, a hacer lo que fuera, bastaba con que me llevaran a combatir, por el amor de Dios. Resulta martirizante saberse superfluo e innecesario.

Me acerqué a un teniente de infantería. En el pecho lucía la Orden de la Bandera Roja. Más tarde supe que era Iliá Shuklin, el comandante de las unidades de misiles antitanque de Stalingrado. Se había distinguido en la batalla de Kastornie. Necesitaba a un hombre para completar un grupo de artilleros.

Mi comandante vio que me había quedado suelto y se sintió mal por mí, así que también él fue a hablar con Iliá Shuklin.

—¿Por qué no se lleva al primer suboficial Záitsev? Tiene estudios secundarios y es un joven muy competente. Se adaptará bien a los suyos.

El comandante le tendió mi ficha a Iliá Shuklin, que tras echarle un vistazo espetó:

—¡Lo que necesito es un artillero, no un contable!

Finalmente, aquel penoso día me nombraron contable del 2.º Batallón.

Antes de salir de Vladivostok, me habían asignado temporalmente a la compañía del teniente Trofímov. Trofímov era uno de los instructores de combate cuerpo a cuerpo. Durante las demostraciones, le gritaba a su oponente: «¡Vamos, pégame de verdad!», pero hicieras lo que hicieras, nunca había manera de ponerle la mano encima. Al verme, se rió por lo bajo y comentó:

—Tienes los brazos un poco cortos para boxear, ¿verdad, camarada suboficial?

Trofímov me derivó al departamento de personal de la unidad de aviación. Me presenté ahí, tal como se me había ordenado, y me encontré al mayor al mando sentado tras un escritorio. Lucía unas gafas de montura dorada y un impoluto uniforme de la fuerza aérea con cinturón Sam Browne. Era calvo como un huevo, y su calvicie dejaba al descubierto un cuero cabelludo brillante y fino. La cabeza, sumada a los gruesos labios, el mentón pesado y la nariz carnosa le conferían una apariencia severa e imponente.

Sobre la mesa había un montón de fichas de personal. Vi que la mía era la primera de la pila y en ella se consignaba que era un tirador excelente. El mayor me observó en silencio, como si tratara de hallar en mí alguna cualidad redentora que hubiera pasado inadvertida a los demás superiores. A esas alturas estaba tan furioso con todo el procedimiento que no pude por menos de sostenerle la mirada. Al final, el mayor se dio por vencido y, carraspeando, dijo:

—Veamos, ¿dónde aprendió a disparar?

—Durante la instrucción —respondí, convencido de que el mayor no era más que otro estúpido burócrata.

—Muy bien —dijo—, ahora le enseñaré a disparar de verdad.

Yo ya estaba de bastante malhumor, y sus palabras no hicieron más que aumentarlo. Ahora ese tipo me enseñaría a disparar, y, para cuando terminásemos, la guerra habría concluido.

—Disculpe, señor, pero ¿pretende enseñarme a disparar? Puedo garantizarle que soy mejor tirador que usted. Llevo un año solicitando que me envíen al frente. ¡Lo que quiero es disparar a los fascistas, no rellenar papeles!

El mayor podría haberme formado un consejo de guerra por mi intempestiva reacción, pero en lugar de ello ocurrió algo inesperado. Se levantó de la mesa y me

estrechó la mano con firmeza.

—Veo que es usted un marinero de verdad —dijo— y no una nenaza. Muchos se harían atrás a la menor ocasión antes que ir al frente; cualquier cosa menos ir a la guerra. Pero usted tiene agallas. Bien, haré lo que pueda. Considere aceptada su solicitud. Puede retirarse.

Al oír eso sentí ganas de abrazarme al viejo soldado calvo y de ojos saltones. Jamás habría pensado que bajo esa apariencia impasible se escondía un alma comprensiva.

Así fue cómo me las arreglé para saltarme la instrucción para fusileros y soldados de transmisiones y terminé en la compañía de ametralladoras del teniente Bolshápov.

Bolshápov era un oficial duro, exigente y de extremada inteligencia. Durante una de las paradas del tren que nos llevaba a Stalingrado, señaló una de las ametralladoras Maxim del cargamento.

—¿Sabes qué es esto? —me preguntó.

—Más o menos —respondí—. Tenga, tápeme los ojos con esto.

Le di a Bolshápov el pañuelo que llevaba atado al cuello para que me vendara los ojos. Entretanto se había formado un pequeño grupo de gente. A continuación desmonté y volví a armar la ametralladora. Cuando me quitaron la venda, vi que el teniente Bolshápov tenía una amplia sonrisa estampada en el rostro.

En la siguiente parada, el comandante del batallón, el capitán Kótov, vino a hablar conmigo.

—El teniente Bolshápov me ha dicho que está usted familiarizado con la ametralladora, y en su hoja de servicio pone que es usted un excelente tirador. Dígame, ¿cómo se mantiene en forma un contable que, con suerte, tira al blanco una vez al año?

La pregunta de Kótov me molestó. Me había presentado voluntario para ir al frente, ¡pero los oficiales seguían considerándome un incompetente porque había sido contable! Era como si no me vieran como un soldado de verdad.

—Cuide sus palabras, camarada capitán. Puede que sea mejor tirador que

usted.

Kótov se quedó pasmado ante mi audacia, y los marineros que habían oído mi contestación nos miraron atónitos. Le había arrojado un guante y ahora Kótov debía responder a mi desafío. Bajamos del tren.

—¡Réutov! —gritó. Sasha Réutov era su ordenanza—. Réutov, cuente treinta pasos y coloque tres botellas.

Réutov fue a buscar las botellas y calculó la distancia. El teniente Bolshápov estaba al lado del capitán Kótov y parecía impaciente por verme en acción. Después de todo, él era quien me había recomendado.

La noticia del reto había llegado a oídos de los marineros de los vagones más próximos, que se congregaron a un lado; al otro, se encontraban los soldados del batallón de Kótov. Aquello se había convertido en un duelo entre el ejército y la Armada.

El capitán Kótov desenfundó su Parabellum y apuntó.

—Ahora verán cómo dispara un profesional —dijo.

Apuntó con cuidado y apretó el gatillo. El primer disparo levantó un poco de tierra a casi un pie del blanco. Los soldados gruñeron, y los marineros rieron entre dientes.

—Déjeme que entre en calor —dijo el capitán Kótov.

Estaba avergonzado y empezaba a sonrojarse. Disparó de nuevo, y esta vez acertó a la primera botella. Cuando hubo vaciado el cargador, solo quedaba una botella entera, pero estaba caída con el cuello hacia nosotros, lo que la convertía en un blanco más pequeño y mucho más difícil.

El capitán introdujo unas cuantas balas en la Parabellum y me la tendió.

—Muy bien, valiente, veamos si está a la altura de sus recomendaciones.

Tomé la pistola y la levanté con un gesto teatral, a la manera de los duelistas del siglo XIX. Nada más bajarla, disparé y acerté la botella de pleno.

—¡Eso sí es un marinero! —dijeron mis compañeros entre carcajadas.

—Suerte, pura suerte —rezongaron los soldados.

—Un disparo no demuestra nada —gritó el capitán Kótov—. Dudo que pueda repetirlo. ¿Por qué no prueba con otro blanco?

Se quitó la gorra y se la entregó a Réutov, que corrió a colocarla junto a las botellas rotas.

Me quedaban tres balas.

—Camarada capitán —protesté—, se va a quedar usted sin gorra.

—Proceda, Záitsev —dijo el capitán Kótov cruzándose de brazos.

En un abrir y cerrar de ojos atravesé tres veces el emblema del Ejército Rojo situado encima de la visera. Los marineros prorrumpieron en vítores, mientras que los soldados se limitaban a encogerse de hombros.

—No está mal —reconoció el capitán Kótov.

Cuando quise devolverle la Parabellum, no solo se negó, sino que me hizo entrega del cinturón y la pistolera. La magnanimidad de su gesto me dejó tan atónito que no encontraba palabras.

—Suboficial primero Záitsev, le entrego esta pistola y cien balas. Bienvenido al batallón —dijo poniéndome las manos sobre los hombros—. ¡Y ahora a acribillar fascistas!

El resto de marineros me felicitaron por aquel «bautismo de fuego». Solo uno mostró algún reparo.

—Záitsev ha tenido suerte —dijo.

Pero los otros le respondieron diciendo:

—¿Nunca has oído hablar de los cazadores de los Urales? ¿No? Entonces a callar, chico listo.

Había caído la noche, y las bengalas se encendían de forma intermitente, de tal modo que su luz cegadora se alternaba con la oscuridad más impenetrable. Bajé al piso de abajo a ver al capitán Kótov. Lo encontré sentado en postura de loto sobre

una lona, gritando al teléfono. Por lo que pude entender de la conversación, se nos ordenaba recuperar unas posiciones perdidas. Naturalmente, debí haberlo esperado: esa noche teníamos que pasar a la ofensiva.

Kótov nos reunió.

—Necesito *fienki* y *diegtiarevki*, sin camisa —dijo.

Se refería a las granadas: las *fienki* eran las F-1, y las *diegtiarevki* eran granadas RGD sin mangas de fragmentación o «camisas^[6]». El comandante del batallón nos repitió las instrucciones del coronel general Chuikov:

—Tomad una docena de granadas e introducíos con ellas entre las filas enemigas. Quiero que llevéis equipo ligero, nada de morral, y las granadas deben ir sin la «camisa».

La granada es un arma excelente. Las recogimos y nos fuimos. Esa noche mataríamos a unos cuantos boches. Nuestra artillería de «bolsillo» los vapuleó a base de bien. Los cogimos totalmente por sorpresa; debían de pensar que nos disponíamos a huir y no esperaban ataque alguno. Por la mañana habíamos retomado la mayor parte de las posiciones perdidas el día anterior. Habíamos recuperado el control sobre la fragua de la fábrica. Una vez asegurada, el mando del batallón debía transferirse a esa nueva localización.

La fragua quedaba dividida en dos por una pared de ladrillo blanco. La pared se asentaba sobre los cimientos de piedra y los ladrillos se alzaban varios metros por encima del techo. Alrededor todo eran ruinas, la pared era lo único que se mantenía en pie, separándonos de los nazis. Estábamos tan cerca del enemigo que podíamos oír hasta sus ventosidades. Había que tener mucho cuidado con no hacer ruido; de lo contrario, podíamos delatar nuestra posición.

Sasha Réutov quería abrir un túnel hasta el lado alemán para colocar explosivos, y con esa idea se puso a cavar bajo los cimientos de la pared, pero una gran roca le impidió avanzar. Por más que lo intentara, la roca no se movía. Entonces Sasha rebuscó por la fragua hasta que dio con una maza. Tomó impulso, con los músculos en tensión como las trenzas de un látigo, y dejó caer un tremendo golpe. La roca cedió al instante, como el corcho de una botella de champán. Desde debajo, alguien gritó en alemán y abrió fuego de subfusil contra nosotros. Las balas pasaron frente al rostro de Sasha y se estamparon contra la pared de ladrillo. Si el enemigo hubiera apuntado el cañón dos centímetros más hacia la derecha, Sasha habría

perdido la nariz y el resto de la cara.

Cuando se recuperó del sobresalto, Sasha arrojó una granada al agujero abierto por la roca. Se oyó un estallido sordo, seguido inmediatamente por una explosión mucho mayor que hizo crujir los cimientos y que perdiéramos el equilibrio. Empezó a salir humo negro del agujero. Los alemanes tenían la intención de instalar minas, pero la granada de Sasha había hecho estallar sus explosivos antes de lo esperado.

Sasha sugirió que nos introdujéramos en lo que quedaba del túnel de los alemanes para ver si podíamos pasar a su lado y colocar unas cuantas cargas. Me pareció una buena idea, pero de pronto empezó un ataque de la Luftwaffe, anunciado por el aullido de los Stukas. Todo volvió a empezar: bombas, artillería, morteros. En esa ocasión la infantería no atacó, pero aparecieron tres tanques. Nuestra brigada antitanque logró volar el primero, y como los otros dos no pudieran bordearlo, se vieron obligados a retirarse. El fuego de nuestras ametralladoras era demasiado intenso como para que a los tanques los siguiera un ataque de infantería. Después de ese día, fue como si al enemigo se le hubieran pasado las ganas de emprender asaltos frontales. Los combates siguieron hasta mediodía y luego se redujeron. A medida que pasaban las horas, el ataque alemán iba perdiendo fuerza.

Era el 21 de octubre de 1942. A partir de ese día, los soldados de Paulus dejaron de creerse superhombres, y Stalingrado se convirtió en una guerra de trincheras. Lo cual no quiere decir que los alemanes dejaran de lanzar asaltos frontales, sino que estos se volvieron menos frecuentes y más indecisos.

Ese fue también el día en que me inscribieron oficialmente en el cuerpo de francotiradores rusos. A partir de ese momento, mi única misión consistiría en perfeccionar el arte de disparar con precisión.

Primeros pasos

Los propagandistas de Goebbels empezaron a frecuentar nuestras posiciones de forma asidua. «¡*Russkis*, rendíos! — gritaban a través de los altavoces — . ¡Resistirse es inútil!». Daban voces hasta que se quedaban roncos.

Sabíamos que el enemigo nos aventajaba en número y disponía de mejor equipo, no necesitábamos que los propagandistas nos lo recordasen. Gracias a eso habían podido dividir la ciudad en dos y cortar nuestras líneas de suministro.

Pero también sabíamos que nosotros, los defensores de la ciudad, estábamos resistiendo de forma feroz, que matábamos nazis de día y de noche, y que los golpes que les infligíamos los desequilibraban constantemente. Los estábamos desgastando tanto física como psicológicamente.

La propaganda nazi ocultaba el hecho de que el ejército alemán estaba sufriendo enormemente. Habían dejado de creer en la victoria fácil y el impulso inicial se escurría como arena entre sus dedos. Si habían dejado de lanzar ataques en masa no era por deferencia hacia nosotros. La realidad era que ya no podían permitirse el elevado número de bajas que provocaban los asaltos directos. Aun así, bajar la guardia habría sido un suicidio por nuestra parte. A fin de cuentas, la mordedura de la serpiente siempre es venenosa, y los alemanes eran como una serpiente herida escondida entre los escombros, una serpiente aún capaz de lanzarse a un ataque mortal.

Un grupo de soldados a los que no conocíamos habían ocupado la trinchera

de delante del búnker. Iban armados hasta los dientes. Todos tenían cigarrillos en la boca, y el humo enturbiaba el aire.

—¿Por qué os quedáis aquí? ¡Perdeos! —les ordené en tono categórico.

Todos menos uno me hicieron caso. Ese uno, un soldado fornido, se quedó frente a mí con las piernas separadas. No era muy alto, pero tenía unas espaldas extremadamente anchas. Se notaba a simple vista que era un tipo fuerte, y él lo sabía. El resto de sus compañeros me obedecieron y cambiaron de lugar, pero el soldado se quedó donde estaba, desafiante, rígido como un poste. Le toqué el hombro.

—¿Qué quieres? —bramó sin darse la vuelta.

—Al búnker —dije.

—No tengo nada que hacer ahí dentro —respondió.

—Tampoco aquí fuera, ¿así que qué haces aquí? ¿Qué quieres, que nos tiren una granada?

—Míralo a este: ¡gritando como un gallito! ¡A lo mejor debería cortarte las alas para que no te excites demasiado y salgas volando!

El teniente Fedósov, el oficial de Estado Mayor del 2.º Batallón, oyó nuestras voces. Al verme, dijo:

—Necesito hablar con usted.

Entré con él al búnker.

—¿Me he perdido algo? —le pregunté a Fedósov—. ¿Es día de fiesta o qué? ¿Qué hacen esos tipos ahí delante? ¿Quiénes son, unos vagos que han abandonado sus posiciones?

—Vasia, no se altere, que no hay necesidad —dijo Fedósov. Fedósov era un tipo irascible con la cara picada de viruela y la nariz colorada debido al vodka que tomaba para conservar el ánimo—. Es un grupo de asalto de la reserva. Siempre que se planea un asalto contra una posición determinada enviamos a grupos como ese.

Ambos teníamos que ir al cuartel del batallón para preparar informes. De camino, Fedósov me explicó qué tipo de personas formaban esos grupos de asalto.

—Eligen a los hombres más fuertes y temerarios que encuentran...

—Ya me he dado cuenta —respondí—. Uno de ellos me acaba de amenazar con cortarme las alas.

—No se lo tome de forma personal. Es un gran tirador y lleva un arma capaz de reventar cualquier blindaje.

Nuestra división recibió el encargo de recuperar la colina Mamáiev. Varios batallones del 1047.º Regimiento habían hundido las fauces en las defensas del enemigo en la ladera este del cerro. Desde la distancia podían verse los virulentos choques que estallaban allá donde nuestros grupos de asalto realizaban sus ataques relámpago.

Pero el enemigo tenía nuevos trucos. Había empezado a utilizar ametralladoras ligeras que podían dispararse de pie o montarse sobre un bipié^[7]. Eran armas con una gran cadencia de tiro, con balas muy rápidas y precisas a largas distancias, por lo que los soldados equipados con ellas eran mucho más peligrosos que los que iban armados con subfusiles de cañón corto. Además, esos ametralladores «itinerantes» tenían cien veces más movilidad que los que disparaban con pesadas ametralladoras estáticas. Para empeorar aún más las cosas, los ametralladores alemanes disponían de una buena coordinación por radio, de modo que a la que sospechaban del avance de un grupo de asalto soviético, se reunían varios de ellos para disparar de forma combinada. Eso impedía que nuestros grupos de asalto alcanzaran sus objetivos. Los ametralladores alemanes eran capaces de coordinar sus movimientos de manera eficaz aun en la más absoluta oscuridad. El resultado era que estaban anulando nuestra capacidad para operar de noche, que hasta entonces era el momento que nos ofrecía mayor ventaja. Las ametralladoras móviles representaban una amenaza mucho mayor que los fortines o los emplazamientos fortificados, ya que podían aparecer y desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Nunca sabíamos por dónde podían salir.

Los vendajes se me estaban cayendo, dejando la piel desprotegida, de modo que tuve que volver a la enfermería para que me cambiaran las vendas. Ahí me encontré con el comandante político Yablochkin. Yablochkin era un hombre de estatura mediana y constitución fuerte, con una voz atronadora y papada. De algún modo, siempre se las arreglaba para lucir un elegante gorro de piel.

—Hay nuevas órdenes para usted —me dijo Yablochkin—. A partir de ahora, su prioridad consiste en eliminar esas ametralladoras itinerantes.

—Se lo ruego, camarada, sea razonable —protesté—. No puede pretender que me ocupe de eso yo solo.

—Me hago cargo —afirmó—, y por eso le doy esta orden como miembro del Komsomol: quiero que eche un vistazo a esta sala y que elija a un par de tiradores; luego quiero que los entrene para eliminar esas ametralladoras. ¿Está claro?

Acababan de ordenarme que organizara una escuela de francotiradores⁸¹.

—¿Qué tal, hermano? ¿Cómo va todo por Dolgi? —le pregunté a un soldado.

Él tosió un poco de sangre, me miró de hito en hito y dijo secamente:

—No es precisamente un *picnic*.

Si iba a reclutar francotiradores, tendría que ser entre esos heridos. Esa era la arcilla que me habían dado para moldear. Me fijé en un soldado que caminaba con paso inseguro. Llevaba puesto un suéter y calzaba en sus enormes pies un par de botas de agua, seguramente robadas a algún alemán muerto. Tenía la cabeza vendada y con las manos temblorosas trataba, sin lograrlo, de liar un cigarrillo.

—Permíteme —dije cogiéndole el tabaco y el papel.

Era evidente que ese soldado sufría fatiga de combate. Maldije en silencio al comandante político. ¿Cómo iba a formar una unidad de francotiradores con semejantes desechos?

Me presenté:

—Suboficial primero Vasili Záitsev —dije tendiéndole la mano.

—Mijaíl Ubozhenko —dijo, y nos estrechamos las manos. Tenía una voz fluida de barítono, como de cantante de coro de iglesia.

—¿Eres ucraniano? —pregunté.

—De Dnipropetrovsk —afirmó.

—¿Por qué te han vendado así la cabeza?

—Soy zapador —dijo—. O al menos lo era. Estaba en la zona del teniente

Kuchin, construyendo un búnker, pero la última vez que los alemanes nos bombardearon se cayeron unos tablones y me dieron en la... —dijo tocándose la cabeza.

—¿Y por qué no te han enviado a la otra orilla? —pregunté.

—Porque todavía puedo luchar —respondió—. Les dije que quería quedarme. Ya no puedo acarrear troncos porque me da vueltas la cabeza, pero tengo ganas de probar suerte con un fusil.

Me gustaba su actitud. Las heridas no lo habían convertido en un inútil, y desde luego no era un cobarde. Con una conmoción así, podría haber optado sin dificultad por cruzar el Volga, pero él había preferido quedarse en la ciudad y luchar.

Invité a Mijaíl a subir al primer piso para que probara el fusil de francotirador. Le expliqué mi misión y le camuflé las vendas blancas de la cabeza con retazos de un uniforme abandonado. Ampliamos mi escondrijo con materiales de construcción que encontramos en los alrededores para que pudieran refugiarse en él dos personas. Mijaíl se colocó junto a una pared bombardeada.

La colina Mamáiev estaba envuelta en humo desde la falda hasta la cima. La Luftwaffe estaba en pleno ataque. Antes de que llegaran sus aviones, nuestra artillería se había pasado un par de horas machacando a los nazis. A pesar de todo aquel caos, el humo empezaba a disiparse. Mijaíl tenía una mirada aguda y fue el primero en ver que los soldados alemanes echaban a correr hacia el terraplén de la vía férrea para cavar nuevas trincheras.

—¿Y ahora qué hago? —me preguntó.

—Esos boches están a cuatrocientos metros —le dije enseñándole cómo ajustar la mira telescópica del fusil a la distancia correcta—. Apunta al pecho de tu objetivo, pero no dispires todavía. Espera a que se vuelva hacia ti.

—Muy bien, jefe —dijo—. Y ¿por qué?

—Es como jugar al billar —le expliqué—. Siempre tienes que pensar cuál será la jugada siguiente. Si disparas ahora, mientras te da la espalda, él y la pala caerán al foso. Pero si esperas y le das cuando esté de cara, la pala se quedará arriba, a este lado del terraplén. Así, cuando su compañero vaya a recogerla, podrás abatirlo también a él.

El fusil disparó, y di un respingo; no estaba acostumbrado a hacer de maestro y por alguna razón la descarga sonó más fuerte que si hubiera disparado yo mismo. Apunté los prismáticos, justo a tiempo para ver al alemán cayendo al interior de la trinchera. Segundos después, uno de los soldados cometió la estupidez de salir a recoger la pala, y Mijaíl volvió a disparar.

—¡Vasia, Vasia! ¡Me he cargado a dos alemanes!

Mijaíl Ubozhenko estaba eufórico.

—Buen disparo —lo felicité.

Examiné el campo de batalla con los prismáticos y vi a varios alemanes dándose la vuelta para apuntarnos.

—Aprendes deprisa —le dije a Mijaíl—, ¡pero saquemos el culo de aquí o se nos cargarán también a nosotros!

Como para subrayar mis palabras, varias balas pasaron junto a nosotros a gran velocidad, silbando como abejas furiosas. Bajamos por la escalera para ponernos fuera del alcance de los nazis que trataban de vengar a sus camaradas.

Ese fue el principio de la escuela de francotiradores, de la que yo, el instructor, había sido el primer alumno. Hasta entonces, había tenido que aprender de mis propios errores.

El francotirador debe ser valiente y poseer una voluntad de hierro. Esa descripción le iba como un guante al sargento Nikolái Kúlikov, que se convertiría en uno de mis alumnos y, con el tiempo, en mi amigo, así como en uno de nuestros mejores francotiradores.

Kúlikov era un soldado enérgico de estatura mediana. También era un intelectual y siempre que hablaba elegía las palabras con cuidado. El día que lo conocí, lo vi en acción, y lo que sigue es el relato del incidente que tanto me impresionó.

Doscientos metros al sur de las torres de agua, en la colina Mamáiev, se encontraba un tanque T-34 bombardeado. Cinco soldados de la compañía de Iván Shetílov, capitaneados por el sargento Volovátij, habían cavado un hoyo bajo el tanque y emplazado ahí una ametralladora Maxim. Resultó ser una posición excelente. El amplio campo de fuego de que disponían les permitía torpedear

cualquier ataque de la infantería nazi en el momento en que era emprendido. Los boches intentaron una y otra vez tomar el tanque, pero la suerte no estaba de su lado. No obstante, luego de tres días de combates, los alemanes lograron por fin acercarse y rodear a la unidad de Volovátij. Sin embargo, el enemigo había pasado por alto un elemento: la conexión telefónica que nuestros valientes mantenían con nosotros desde el tanque carbonizado.

Llegó una llamada de Volovátij, quien informó de que el equipo estaba animado, pero «estamos recibiendo fuego desde todos lados. Necesitamos granadas y munición para la ametralladora».

Iván Shetílov, el comandante de la compañía, pidió un voluntario. Yo estaba de pie junto al francotirador sargento Abzálov y un soldado de Yakutsk, Gavriil Protodiákonov, que operaba una ametralladora de 45 milímetros. También estaba Nikolái Kúlikov, que era el último reemplazo que había llegado a la compañía. Guardábamos silencio, estudiando el mejor modo de llegar al tanque, al tiempo que calculábamos las posibilidades de salir de ahí con vida. Llegar al tanque suponía cruzar a campo abierto y a plena vista de las posiciones enemigas. No había parapeto posible, a excepción de unos cráteres de obús dispersos y los cuerpos de unos cuantos soldados muertos.

Antes de que ninguno de nosotros pudiera decir nada, un mensajero del mando regimental se prestó voluntario. El mensajero avanzó despacio pero sin pausa, empujando una caja de munición frente a sí. Estaba oscureciendo y parecía que los alemanes no iban a verlo... cuando de repente una hubo explosión junto a él y los soldados abrieron fuego con sus subfusiles. El sargento Volovátij llamó para decir que el mensajero estaba herido y necesitaba ayuda. Nikolái Kúlikov cogió la llamada.

—No se preocupe —dijo.

Volovátij reconoció la voz de Kúlikov. Se conocían de antes de que Kúlikov fuera asignado a nuestra compañía. Volovátij le suplicó que les llevara ayuda:

—Kolia, viejo amigo, ¿podrías traernos munición?

No dijo nada sobre comida o agua, a pesar de que debían de estar muriéndose de hambre y sed.

Era finales de octubre y caía una fría llovizna otoñal. Kúlikov tomó una lona, la desplegó en el suelo y nos pidió a los demás que lo ayudáramos a hacer un fardo

con comida y munición para que no se mojara y no hiciera ruidos que pudieran atraer atención no deseada. Hicimos un buen hatillo: granadas, balas, agua, un poco de *kasha*, tabaco y carne enlatada del «segundo frente». Lo envolvimos todo siguiendo las órdenes de Kúlikov y arrastramos el fardo de un lado para otro para asegurarnos de que no se abriera. Cuando Kúlikov se dio por satisfecho, ató una cuerda en el extremo, se puso el otro entre los dientes y empezó a reptar.

Nicolái se movía como un lagarto gigante, con el cuerpo pegado al suelo y serpenteando de cráter en cráter. Pronto desapareció en la oscuridad y no pudimos seguir supervisando su avance. Al no oír disparos, supusimos que seguía adelante sin problemas.

Al cabo de unos minutos sonó el teléfono. Volovátij estaba al aparato:

—¡Nicolái lo ha conseguido, estamos salvados!

Antes de que terminara la noche, Nicolái logró hacer tres viajes más, de modo que los hombres del tanque estaban listos para soportar el sitio. Durante el último de esos viajes, Volovátij llamó para informarnos de que Nicolái salía de regreso. Esperamos y esperamos, pero Kúlikov no aparecía. Temíamos que lo hubiesen capturado, pero con la luz de la mañana lo descubrimos durmiendo justo delante de nuestra posición. Se había arrastrado hasta un lugar seguro y se había derrumbado de pura fatiga. Cuando se despertó, estaba listo para hacer otro viaje. Así fue como conocí a Nicolái Kúlikov.

En general, el destino me sonrió por lo que se refiere a mis francotiradores. Fijémonos, por ejemplo, en Alexándor (Sasha) Griázev. Sasha era un tipo gigante, un granjero de cabello pajizo. Antes de enrolarse en la Armada, su única ocupación había sido arar campos. Era grande como un buey y hubiera sido capaz de tirar él mismo del arado.

A veces, cuando acampábamos en la fábrica metalúrgica, nos burlábamos de él. Los talleres estaban llenos de ruedas de tranvía y piezas de torno y no había dónde echarse, ni un solo rincón donde dormir cómodamente. Como todos estábamos cansados, llamábamos a Griázev y le decíamos que quitara de en medio toda esa chatarra industrial. «¿Por qué yo?», preguntaba, y le explicábamos que si alguno de nosotros trataba de mover todo eso, le saldría una hernia.

Entonces Sasha recogía él solo un eje entero o un gran torno de varias decenas de kilos sin soltar una gota de sudor. Movía esa incómoda carga con la misma

delicadez que si fuera porcelana, y cuando volvía a posarla, lo hacía silenciosamente, sin soltarla de golpe, como para no despertarnos. En pocos minutos la sala estaba limpia y despejada, y había espacio para echarse de cuerpo entero a dormir.

A la hora de combatir, Sasha solía ocuparse de reventar fortines u otras posiciones fijas con el fusil antitanque. Los fusiles antitanque eran más altos que yo y pesaban unos veinte kilos, pero eran como juguetes en las manazas de Sasha, que podía acarrear uno durante todo el día sin cansarse. En combate, sabía elegir la posición idónea y apuntar directamente a las troneras de las zonas fuertes del enemigo. En sus manos, el fusil hacía las veces de cañón portátil.

Un día, a Sasha Réutov —el cazador de tigres de Usirisk, como lo llamaban sus amigos— se le ocurrió gastarle una broma a su tocayo, Sasha Griázev. Réutov sacó una vara de hierro de sesenta milímetros y la colocó en el seguro del fusil antitanque, dobló la vara alrededor de una de las columnas de la fábrica y unió los dos extremos. Mientras lo miraba pensé: «Doblar hierro es más fácil que desdoblarlo. ¿Quién va a deshacer eso?».

El sol declinaba rápidamente y ya había empezado a ponerse tras el horizonte de la colina Mamáiev cuando Alexándér Griázev, cual oso saliendo del cubil, emergió de los escombros. Ese día había estado de guardia. Entró, echó un vistazo alrededor y, como un niño que se dispone a recoger su juguete favorito, se acercó al fusil antitanque. Ahí estaba, ¡atado a la columna! Enseguida se dio cuenta de que era una broma, pero hizo como si no supiera que lo estábamos mirando. Se limitó a murmurar: «Yo también sé jugar...», y con toda la calma se agachó y agarró la vara por los extremos. El cuello se le puso rojo como un tomate, las venas se le hincharon y se le llenaron de sangre. El metal se resistía, pero enseguida empezó a crujir y, al fin, ¡cedió! Luego arrojó la vara al suelo, donde aterrizó con un ruido metálico.

Más tarde, nos llevaron la cena; los francotiradores estábamos en la fragua de la metalúrgica. Réutov y Griázev —los dos Sashas— se sentaron uno junto a otro y comieron en silencio. Se habían hecho buenos amigos desde el principio y podían pasarse horas sentados sin decir nada. Terminamos de cenar. Nos guardamos las cucharas en la caña de las botas y recogimos los cuencos para lavarlos en el Volga, que era la fuente de agua más cercana.

—Bien, marineros, supongo que nadie dirá que no a un cigarrillo —dijo Okrihm Vasilchenko.

—No cuentes conmigo ni con Griázev —dijo Réutov—. Tu *majorka* no le hace

bien a nadie.

Por algún motivo, Griázev se lo tomó a mal y se volvió hacia Réutov.

—Gracias por tu preocupación, pero si tantas atenciones tienes conmigo, ¿por qué has atado mi fusil a la columna?

—Es distinto. Tenía una razón.

Se habían puesto en pie y se miraban cara a cara. Ambos eran enormes: más de ciento diez kilos cada uno.

—¿Y qué razón era esa?

—Verás: pongamos que de repente entra un grupo de alemanes y nosotros, siguiendo un plan preestablecido, corremos a escondernos. Los alemanes van directos a por tu fusil, pero ¡está bloqueado! Por más que lo intenten, no pueden llevárselo. ¿Lo ves? ¡Habría salvado tu arma!

Griázev dio un paso atrás, sonrió y decidió pagarle a Réutov con otra broma.

—Gracias. Permíteme que estreche la mano del hombre que, con tanta consideración, ha tenido este detalle conmigo.

Sasha sabía lo que le esperaba. Separó las piernas y alargó su amplia y callosa mano de dedos gruesos y nudosos. Se dieron las manos y empezaron a apretar. Parecía que en cualquier momento fueran a hacerseles añicos los dedos, pero ninguno estaba dispuesto a ceder.

Pasaron dos minutos... tres... cinco, pero ninguno se daba por vencido. Estaban congestionados y tenían la respiración entrecortada; finalmente, los potentes hombros empezaron a temblarles. Sasha fue el primero en rendirse.

—Basta, se me va a pudrir la mano.

Griázev soltó la presa y vimos que de las uñas de Réutov salían unas gotitas de sangre.

—¡Maldito gorila! ¡Podrías haberme partido la mano! —dijo Réutov.

Griázev sonrió.

—Ni una prensa hidráulica podría aplastarte la mano, parece una pala — añadió Réutov.

Luego se dieron un abrazo y se fueron juntos. Con esas manos grandes y poderosas, tanto Réutov como Griázev eran capaces de manejar cómodamente un fusil de francotirador.

A la noche siguiente, Misha Masáiev y yo volvimos con nuestra compañía. Seguimos unas sendas casi indistinguibles que pasaban entre los escombros, con miedo a meternos en un campo de minas. Tanto los nuestros como los alemanes habían sembrado de minas la parte delantera de la metalúrgica.

Vimos al teniente Bolshápov. El teniente, que era un hombre muy pulcro, estaba de pie junto a la ametralladora Maxim, recortándose el bigote. Con una mano sostenía un espejo, y con la otra, un par de tijeras. Cada vez que una bengala iluminaba el cielo, el teniente aprovechaba la claridad para recortarse unos pelos.

En el taller contiguo podíamos oír hablar y cantar a los alemanes. Estaban celebrando que se habían apoderado del taller, que había cambiado de mano más veces de las que podía contar.

Parecían ser muchos más que nosotros, o en cualquier caso más de los que nosotros tres podíamos hacer frente. Masáiev y yo nos preguntamos si deberíamos pedir refuerzos a la compañía para intentar un asalto; lo consultamos con el teniente, pero este nos mandó callar llevándose el dedo a los labios.

—Están todos durmiendo —susurró—. Llevamos tres días intentándolo; de nada serviría despertarlos. Yo estaba de guardia, pero ahora vosotros vais a relevarme.

El teniente sonrió. Estaba alegre. Era evidente que no esperaba que nada especialmente peligroso pudiera ocurrir esa noche en nuestra zona. Misha protestó diciendo que él tampoco había dormido, pero Bolshápov zanjó la discusión.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo—, y ahora es vuestro turno. Záitsev, lo dejo al mando. Hagan lo que hagan, no se duerman, porque si los boches —añadió tocando la pared— buscan pelea, tendrán que dar la alarma.

El teniente se esfumó para ir con el resto de la tropa. Misha y yo también queríamos dormir; se nos cerraban los ojos. Empecé a adormilarme, y todo cuanto ocurría a mi alrededor adquirió la textura y la incoherencia de un sueño. «¿Por qué

el ruido de la granada suena mucho más suave de lo habitual? ¿Por qué esa detonación parece un ramillete de flores del color del arcoíris?», me pregunté. Puesto que cosas así solo se ven en sueños, me di cuenta de que estaba medio adormecido y empecé a preocuparme: tal vez los nazis se hubieran introducido ya en nuestro sector. Me imaginé a un grupo de boches con la cara embadurnada de pintura de camuflaje, deslizándose a mi lado con el cuchillo entre los dientes.

«¿Qué he hecho? —me amonesté en sueños—. No he estado a la altura de la confianza que el teniente ha depositado en mí, no he protegido a mis amigos, ¿cómo podré volver a mirarlos a la cara después de esto?».

Maldije a nuestro departamento médico por no habernos suministrado pastillas de Benzadrina para mantenernos despiertos en situación de emergencia. Estoy convencido de que no hay peor tortura que privar del sueño a una persona.

Me mordí la lengua con tal fuerza que el agudo dolor me despertó como si me hubieran arrojado un cubo de agua fría. Percibí un líquido salado en la boca, y caí en la cuenta de que era mi propia sangre. Escupí, y Masáiev se volvió hacia mí.

—Caramba, jefe, escupes igual que un camello.

—No es nada —dije.

—Yo me he hecho unos cortes en el brazo —confesó Masáiev.

—¿Funciona? —pregunté.

—Me ha ayudado a mantenerme alerta —respondió. Masáiev levantó el brazo para mostrarme los pequeños cortes que se había hecho—. He afilado mi fiel cuchillo finlandés solo para esto.

Nos acercamos a la oquedad de la pared del taller, donde habíamos oído a nuestros vecinos alemanes. Avanzamos despacio, bordeando los cráteres de obús abiertos en el suelo de la fábrica. Parecía que los alemanes habían cambiado de ubicación: al otro lado de la pared no se oía ruido alguno ni se apreciaba ningún tipo de movimiento.

Nos metimos en uno de los cráteres, nos pegamos al suelo y poco a poco levantamos la cabeza para mirar a través de la grieta qué andaba tramando el enemigo.

Al principio no vimos nada y decidimos entrar en el taller de herramientas, pero cuando yo ya estaba a punto para introducirme por el hueco, Masáiev vio las botas de un soldado alemán. Me agarró por el brazo y nos quedamos inmóviles.

Podíamos oír el paso cadencioso de las botas alemanas. Recorrían la pared como un animal enjaulado. En los talones brillaba una chapa metálica. El soldado se llegó hasta el agujero en el que estábamos escondidos y pudimos ver las gruesas suelas de sus enormes botas; debía de calzar un cuarenta y seis. Mientras el nazi seguía su recorrido, Masáiev y yo pensamos cómo capturarlo. Lo atraeríamos con un cebo y lo atraparíamos como a un pez.

Masáiev tenía un reloj de bolsillo dorado de un oficial alemán, una auténtica joya, con la tapa de oro macizo y una larga cadenilla.

Cuando el alemán llegó al final de la sala, Masáiev colocó el reloj en una grieta entre dos ladrillos y puso la cadenilla de tal modo que pudiera tirar de ella. Así, cuando el alemán fuera a recogerlo, Masáiev podría tirar de la cadena y mover el reloj. A través de unos agujeros situados a la altura de los tobillos, podríamos ver el éxito o el fracaso de nuestra maniobra.

Las pesadas botas del alemán volvieron a acercarse. A escasos metros del reloj se detuvo y se quedó en silencio. Debía de haberlo visto y estaría preguntándose cómo hacerse con él. Transcurrió un minuto y luego —para gran sorpresa nuestra— los pies dieron la vuelta y se alejaron.

A Masáiev aquello le olía a chamusquina.

—Habrá ido a por refuerzos —susurró nervioso—, ¡marchémonos de aquí o cuando vuelva con sus compinches nos atraparán!

—Tranquilízate —dije—, no creo que quiera compartir esto con nadie. Volverá enseguida... y solo.

Oímos el taconeo de unas pesadas botas acercándose. El soldado reapareció, e iba solo, tal y como yo había predicho. Llevaba un tablón de madera largo y delgado, del que sobresalía un clavo en el extremo. La herramienta perfecta. «Muy listo», pensé.

Observé el rostro de Masáiev. Se notaba que sentía tener que deshacerse del reloj, pero no había alternativa. Habíamos apostado y ahora había que jugar. Por más que lo intentaba, el alemán no lograba pescar el reloj con el tablón. De vez en

cuando lo rozaba, pero solo conseguía hundirlo más entre los ladrillos. Masáiev y yo tuvimos que mordernos la lengua para no reírnos.

El alemán empezaba a impacientarse, como si estuviera ante una auténtica mina de oro. Dejó el tablón, se puso de rodillas y trató de meter el brazo por la grieta para hacerse con el botín. Los dedos rozaban la resbaladiza tapa del reloj, pero cada vez que estaba a punto de agarrarlo, Masáiev tiraba unos centímetros de la cadenilla. La frustración del alemán empezaba a ser palpable. Masculló una obscenidad, soltó el fusil que llevaba al hombro, se puso a gatas y se acercó a la grieta...

Nos llevamos al prisionero a la fuerza hasta la zona liberada de la fábrica. Nuestro hombre lucía las insignias de *Gefreiter* (soldado de primera clase) en las charreteras. El teniente Bolshápov sonrió de oreja a oreja en cuanto vio lo que le llevábamos.

—Buena pesca, marineros —nos felicitó.

Apareció la enfermera Klava Svíntsova. Con su habitual indiferencia, tomó un poco de yodo y se puso a curar los cortes que el soldado alemán presentaba en la cabeza.

—¡Ellos arrojan a nuestros heridos a los perros, y Klava le pone vendas estériles a este alemán! —comentó con resentimiento uno de los marineros que contemplaba la escena.

Nuestro prisionero estaba consciente a medias. Yo mismo me había encargado de golpearlo con el fusil en la base del cráneo para amansarlo. Comenzábamos a preguntarnos si no lo habría golpeado demasiado fuerte, porque no acababa de volver en sí. Klava tomó un hisopo humedecido con amoníaco y se lo introdujo en los orificios nasales. De pronto el alemán estornudó y pestañeó como si se hallara bajo la luz directa de un foco. Entretanto, Masáiev explicaba a los demás cómo lo habíamos cazado.

El teniente Fedósov quiso reírse un poco a nuestra costa.

—Amigos, a mí todo esto me parece puro cuento —dijo y dio un trago de la petaca que siempre llevaba encima. Tenía los ojos rojos y la nariz hinchada—. Todo el mundo sabe que Záitsev y Masáiev son tan inútiles como una bala de mierda de perro —agregó—. En esta fábrica hay un montón de alemanes heridos. Habrán cogido a este tipo mientras volvían y luego se habrán inventado esta historia para quedar bien.

Mientras, el prisionero todavía no volvía en sí. Masáiev me miró con los ojos brillantes. Sus ojos acusadores decían: «¡Has sido tú el que lo ha golpeado en la cabeza!».

Justo entonces el soldado alemán recuperó el conocimiento. Se lanzó hacia la puerta como un leopardo. El teniente Fedósov estaba sentado cerca, en un taburete, y el alemán pasó por encima de él tirando todos sus papeles al suelo, y habría llegado hasta la puerta de no ser porque Réutov lo agarró por el codo, lo arrojó al suelo y se sentó sobre él para que no se moviera.

El alemán tenía los ojos inyectados en sangre y los orificios nasales dilatados como los de un animal rabioso. Habíamos atrapado a un luchador rijoso. Cuando llegó el intérprete, el alemán no hizo más que repetir:

—No me he rendido. ¡Los rusos no juegan limpio!

No eran más que las nueve de la mañana y durante el día era imposible enviar a ningún prisionero al otro lado del Volga. Puesto que teníamos que esperar a que se pusiera el sol, y dado que teníamos otros asuntos más importantes de que ocuparnos, atamos al prisionero y lo dejamos al cuidado de Klava en el hospital de campaña. Lo envolvimos como una momia egipcia y lo dejamos apoyado contra un radiador.

Masáiev y yo nos dimos un desayuno de campeones. Todavía recuerdo lo bien que sabía, aunque, con el cansancio acumulado, empezó a entrarnos sueño. Las noches en blanco y el agotamiento comenzaban a hacer mella en nosotros y nuestras fuerzas empezaban a decaer. El teniente Bolshápov nos concedió un descanso de tres horas; Masáiev bajó al sótano, abrió la puerta de hierro, se hizo un hueco entre los soldados heridos y, al instante, empezó a roncar.

Apareció Nikolái Logvinenko, que me buscaba. Estaba ahí para llevarme a informar al capitán Kótov. Logvinenko recogió unos papeles y él, el teniente Bolshápov y yo nos abrimos paso entre los cascotes hasta las oficinas de la fábrica. Desde la última vez que habíamos capturado el edificio, el cuartel del batallón había sido trasladado a otra zona del sótano. La sala era amplia y en la pared había una puerta doble de acero. El capitán Kótov se había hecho con un precioso escritorio de madera labrada y un formidable sofá negro que habían pertenecido a la directiva de la fábrica antes de la invasión alemana. Sobre el escritorio había varios teléfonos de campaña protegidos en cajas de piel. Una extraña mezcla de elegancia civil y necesidad militar.

Desde la ventana del sótano se veía una elevada torre. Desde algún lugar en lo alto, el observador de artillería Feofánov enviaba instrucciones al comandante de artillería, Iliá Shuklin, que estaba sentado junto al capitán Kótov.

Shuklin sonreía, pero Kótov parecía muy alterado. Estaba pálido, blanco como la leche, y le temblaban las manos. Por lo visto, el hecho de que hubiéramos sufrido tantas bajas bajo su mando estaba haciendo mella en él.

A mí las piernas me flaqueaban e iba de un lado a otro. Cuando el ayuda informó a Kótov de mi llegada, este, irritado, me miró de arriba abajo, vio que no había dormido en muchas horas, y le espetó a Logvinenko:

—¡Lléveselo y que duerma un poco!

Cuando salí del sótano apenas podía mantener los ojos abiertos. Era casi mediodía y empezaba a hacer calor. Como de costumbre, los aviones alemanes zumbaban en el cielo y el olor del humo y la cordita de las bombas impregnaba el aire. A esas alturas me había habituado tanto a ellos, que me habría parecido extraño no oír los aviones de la Luftwaffe.

Dos fusiles antitanque habían sido colocados sobre una pared medio derruida, que era todo cuanto quedaba de uno de los edificios de la fábrica. Sentado a su lado, estaba un soldado corpulento y risueño.

—Encantado de conocer —dijo en un ruso macarrónico—. Yo Gavrili Dimítrievich Protodiákonov, de Yakutsk^[9]. Comandante me ha dicho: «Dispara tanques alemanes aquí». ¿Quién tú?

Me presenté.

—Placer conocer, sí, bueno. Necesitas mucho sueño. Ir a mi cuarto. Ahí sábana y almohada. ¡Bueno sueño!

Gavrili me acompañó a su búnker y me desplomé sobre su cama. Estaba hecha con tablones y viejas cajas de munición, pero en ese momento me pareció el colchón de plumas más fastuoso que jamás hubiera visto.

El 24 de octubre nuestro grupo de francotiradores —Griázev, Morózov, Shaikin, Kúlikov, Dvoiashkin, Kóstrikov y yo— fue transferido al territorio de un regimiento desplegado en la ladera este de la colina Mamáiev. Nos asignaron una posición situada en una elevación de 102 metros, un punto poco práctico y peligroso.

Nuestras trincheras estaban cavadas formando ángulo en la ladera, y la línea del frente nazi se encontraba a unos ciento cincuenta metros.

Antes de que nos encomendaran esa misión, la zona había sido defendida por una compañía de fusiles antitanque, pero la semana anterior su comandante había resultado herido y lo habían enviado al hospital de campaña. Los soldados se habían quedado, pero sin su comandante estaban sufriendo un número de bajas tremendo. A los muertos los enterraban ahí mismo, en las trincheras. Solo habían sobrevivido unos pocos soldados de la unidad. Se arrastraban de un fusil a otro para que el enemigo se llevara la impresión de que eran más y de que todavía podían oponer una férrea resistencia.

En la zona había un pequeño manantial cuyas claras aguas eran como un imán para los alemanes, que buscaban sus orillas. Nuestro guía era un cabo que había formado parte de la unidad antitanques. Nos explicó que, a pesar del peligro de un ataque, los boches se acercaban al manantial todas las mañanas con bidones y cantimploras. Incluso estaban construyendo unos baños.

—Es el blanco perfecto para un francotirador —observó.

De madrugada, le pedí al guía que nos acompañara a Griázev y a mí al manantial, pero no quiso.

—Estará lleno de alemanes —dijo—, y sus hombres reconocen el terreno a tiro limpio. Lanzan granadas al interior de cada cráter y ametrallan todo arbusto lo bastante grande para servir de parapeto.

Serían las cuatro de la mañana.

—Todavía no han empezado a disparar —comentó Sasha, optimista como siempre, y persuadió al cabo para que nos llevara.

Todo estaba en calma y reinaba el silencio. Tampoco se veían bengalas. Nos echamos al suelo y reptamos como si fuéramos a la caza del lobo. Avanzamos en busca de un hoyo o una trinchera vacía.

No es fácil reptar cuando eres francotirador. El fusil, a la espalda, no deja de moverse de un lado para otro, lo que te obliga a parar y ajustarlo en su posición. Al mismo tiempo, el subfusil siempre acaba arrastrándose por el suelo, y si se introduce tierra en el mecanismo, el arma se encasquilla cuando uno más la necesita.

Nos escondimos en la falda del barranco y escuchamos cómo los alemanes vaciaban su ametralladora disparando contra las sombras. Nunca se lo pensaban dos veces a la hora de quemar munición. Sus ametralladoras tenían una cadencia de fuego superior a las nuestras, de modo que era fácil distinguir las por el sonido. De pronto, las balas volaron sobre mi cabeza y se estrellaron en la pared del barranco, arrojándome tierra a la cara.

—¡Maldita sea! —dije—. ¡Nos han visto!

—No se preocupe —dijo el cabo—. Está disparando en círculos, no iba a por nosotros.

Y era cierto: la ametralladora siguió su curso, regando de fuego el talud de la parte este.

—Cuando pare podremos escondernos bajo ese saliente —dijo el cabo señalando una cornisa apenas visible—. Mi compañía debería estar ahí.

Esperamos y, en cuanto el tirador terminó el recorrido, paró a recargar. Corrimos al saliente y nos escondimos, pero la compañía antitanques no estaba ahí. El lugar estaba completamente desierto.

Resollábamos a causa de la carrera. Sasha se volvió al cabo y preguntó:

—¿Y dónde están sus hombres?

—Que me parta un rayo si lo sé —respondió el cabo—. Escuchen, tienen que andar cerca. Voy a avanzar y los llamaré. Tengo que hacer algo para señalarles mi posición y que no me disparen tomándome por un nazi. Si los alemanes me cogen, gritaré, pero si no hay moros en la costa, volveré a buscarlos. No se muevan hasta que yo se lo diga, ¿de acuerdo?

Griázev y yo asentimos y el cabo se puso en marcha, pero de repente se acordó de algo.

—Si los boches me pescan, queda a su discreción atacar sus trincheras. Nuestras ametralladoras Maxim se encuentran por ahí —dijo señalando hacia el sur—. Desde este lado pueden disparar contra el puente del ferrocarril y las laderas de la colina Mamáiev. Desde el otro lado tienen a tiro los tanques de agua. Además, hay dos subfusiles y algo de munición enterrados en el extremo norte de la trinchera. El punto está marcado con un casco alemán.

El cabo salió trotando hacia la oscuridad, y Griázev y yo nos escondimos a esperar. Enseguida oímos su voz diciendo: «*Doroga, doroga*», adelante, adelante.

En ruso, *doroga* es una palabra fantástica: cuando la oyes, sabes si quien se acerca es ruso o alemán. Los alemanes no saben pronunciarla correctamente; cuando la dicen, siempre suena más bien como *taroka*. Basta esa palabra para desenmascarar a un explorador alemán aunque vaya vestido de ruso. En cuanto dice «*taroka*», vamos a por él.

La voz del cabo desapareció. ¿Dónde demonios se había metido? Esperamos, con miedo hasta de encender un cigarrillo por si nos delataba. Pensamos que los boches habrían degollado al cabo antes de que le diera tiempo a gritar. Nuestro nerviosismo aumentaba por minutos. Finalmente, el cabo apareció, casi sin aliento. Le pregunté si se había encontrado con alguien.

—Solo quedan dos o tres —dijo. Estaba tan exhausto que apenas podía hablar—. Los están esperando —murmuró—. Una compañía de alemanes lleva desde anoche intentando rodearlos.

—¿Y a qué estamos esperando? —gruñó Griázev—. ¡Vamos!

—Despacio —le advertí—. Primero tenemos que recoger la munición de la que nos ha hablado el cabo.

Reptamos hasta el arsenal oculto y nos hicimos con toda la munición y todas las granadas que pudimos. Luego seguimos al cabo para reunirnos con los supervivientes de su compañía.

Los oímos antes de verlos. Llevaban varios días clavados en la misma posición, de la que no habían salido ni para hacer sus necesidades. El primero de los supervivientes aferraba una ametralladora Maxim entre sus huesudas manos. Estaba demacrado y sin afeitarse, tenía los ojos desorbitados y la ropa hecha harapos.

—El enemigo... —dijo sin volverse siquiera—. Miren, ¿lo ven? —Señaló unas siluetas en el horizonte—. Están preparándose para avanzar hasta otra trinchera. ¡Si permitimos que lleguen a ella, tendrán los muelles del Volga a tiro de mortero y podrán hundir todos los barcos que enviemos!

Griázev estaba furioso.

—Los veo perfectamente —dijo—. Les mandaré unas cuantas piñas^[10] para

que empiece la fiesta.

Sasha y yo miramos los cuerpos masacrados de los soldados del Ejército Rojo que había a nuestro alrededor. Los supervivientes no habían tenido ocasión de enterrarlos. Eran cuerpos de muchachos jóvenes, algunos de ellos no debían de tener más de dieciocho años. Sasha le cerró los ojos a uno de ellos.

—Vasia —masculló—, voy a hacer que los boches lo paguen. Pagarán por todos.

Las probabilidades no jugaban a favor nuestro. Había que calmar un poco a Sasha. Lo agarré de uno de sus brazos de oso y le dije:

—Pongamos que matas a unos cuantos con las granadas, ¿y luego qué? Debemos de estar en una proporción de treinta a uno, y ni siquiera conoces el terreno.

—¿Alguna idea mejor, jefe?

—Primero —dije— veamos qué terreno pisamos y luego pensemos en cómo tenderles una emboscada para pillarlos en las trincheras.

—¿Para qué molestarse con eso? —Griázev trataba de soltarse y yo no podría contenerlo por mucho más tiempo—. Dame un par de granadas.

—Escúchame, so cabestro —dije—. En la trinchera su campo de visión es limitado, no verán desde dónde les disparamos. Podría ser la trampa perfecta, como una galería de tiro... Y con las granadas podemos impedirles la huida. ¿Lo entiendes ahora?

A regañadientes, Griázev admitió que me había entendido.

En lugar de por el trino de los pájaros, la mañana llegó anunciada por el rugido de las ametralladoras y el silbido de las balas disparadas desde lo alto. Habíamos instalado nuestras posiciones de francotirador en la zona más adelantada de nuestras líneas. Nuestras órdenes mandaban abatir a los oficiales alemanes, a sus suboficiales y, finalmente, volar su equipo con granadas.

Durante la noche se habían reunido con nosotros otros cinco francotiradores del equipo. Sasha se había pasado la noche rumiando y por la mañana estaba de un humor de perros. Esperó a que me distrajera para llenar con granadas una bolsa de

máscaras de gas vacía y se fue reptando hacia la ametralladora que cubría el avance de los alemanes hasta la nueva posición. Sasha llegó sin ser visto y lanzó dos granadas. El tirador y el cargador murieron al instante y el arma quedó inutilizada.

Como era de esperar, empezó un intercambio de disparos desigual. Nuestra única vía de escape estaba cerrada; la retirada era imposible. Cavamos para resistir el asedio.

Pasaron veinticuatro horas, y luego otras veinticuatro. Logramos resistir. Con los fusiles podíamos controlar el acceso al manantial y los alemanes no tardaron en empezar a morir de sed. Nos aseguramos de que así fuera agujereando todos sus barriles. A nosotros nos parecía de lo más divertido, y oíamos cómo los boches nos maldecían y gemían al ver que el agua se perdía.

—En cualquier momento empezarán a beberse sus propios meados —dijo Nikolái Kúlikov.

A mí me hervía la sangre al ver el repugnante modo de vida al que los alemanes nos habían reducido en la trinchera. Tenía el cuerpo lleno de piojos y no dejaba de rascarme, y como yo también los demás. Odiaba a los alemanes más que nunca.

—Hemos de impedir que recojan agua fresca —ordené a los otros francotiradores—. Que se les pudran los intestinos.

Nuestro grupo de francotiradores obligó a los alemanes a renunciar al manantial, y logramos asimismo abatir a la mayor parte de sus tiradores de mortero. De este modo les impedíamos lanzar obuses contra las posiciones del Ejército Rojo en los muelles.

La segunda noche se presentó un mensajero del cuartel del batallón. Las órdenes que traía decían lo siguiente: «Hagan todo lo posible por mantener sus posiciones». Lo cual quería decir que ni se nos pasara por la cabeza retirarnos.

Corría finales de octubre y el otoño había llegado. El tiempo cambiaba constantemente: tan pronto hacía calor como empezaba a caer una fría llovizna. Era el clima de la estepa. Así pasamos cuatro días, sin poder dormir, con las armas siempre aferradas entre las manos. Algunas noches llovía y soplaba un viento frío. Entonces nos acurrucábamos en un rincón de la trinchera, temblando, mientras caía la lluvia helada. El agua se acumulaba al fondo de las trincheras. La humedad constante hacía que la vida ahí fuera penosa. Por las mañanas siempre hacía frío, y

al despertar, descubríamos que el culo se nos había congelado del contacto con el suelo.

Los fascistas no se rendían. A cada momento se deslizaban colina abajo en dirección a nuestras trincheras, pero en cuanto se acercaban demasiado los repelíamos con las granadas. Puesto que los boches llegaban por una pendiente inclinada, teníamos que asegurarnos de lanzar las granadas lo bastante lejos para que no rodaran de vuelta hasta nuestras posiciones.

Para ello, los largos brazos de Griázev venían como anillo al dedo. Era como el guardián de un rancho patrullando la valla. En cuanto el enemigo se ponía a tiro, le lanzaba una granada. No fallaba nunca. Tenía una puntería formidable. Cuando las granadas detonaban, lo único que se veía era tierra y humo, pero en cuanto despejaba, podían verse las extremidades de los alemanes repartidas por distintos sitios junto a retazos de uniforme y armas. Griázev era capaz de volar a un enemigo a cien pasos, ¡y cuesta arriba! Francamente, tenía un brazo mágico.

En un momento dado, agarré unas cuantas granadas y él me las quitó diciendo:

—Vasia, ¡tienes los brazos demasiado cortos! ¡No podemos permitirnos perder ni una!

Al final de la tercera noche en la colina Mamáiev no se veía ni una estrella: unas nubes espesas lo oscurecían todo. Las posiciones alemanas se encontraban a menos de cien metros. Podíamos oír el ruido metálico de las ollas y las cazuelas y de los talones de las botas cuando los alemanes trataban de limpiarles el barro. Oíamos conversaciones enteras, aunque ni Griázev ni yo entendíamos una palabra. Se daba el caso de que tanto uno como otro habíamos cursado alemán en la secundaria, aunque nunca íbamos a clase. Y ahora nos maldecíamos por ello.

El agotamiento era continuo. Por la noche había que observar la actividad del enemigo y nadie podía dormir en paz. De vez en cuando llegábamos a ver el Volga y distinguíamos las ondas sobre la negra superficie del agua. El glacial aspecto del cielo no hacía más que aumentar nuestro cansancio. Presenciábamos cómo las nubes se cernían sobre las ruinas de la ciudad y cómo el viento afilado se volvía cada vez más frío.

Aparentemente los alemanes no disponían de agua fresca desde nuestra llegada y comenzaban a desesperar. Nuestro plan estaba funcionando a la

perfección. A la cuarta mañana, sus soldados salieron de las trincheras y bajaron despacio hacia nosotros en pequeños grupos.

Aun cuando se pegaran al suelo, no tenían donde parapetarse. Avanzaban por una pendiente en bajada, por lo que quedaban expuestos de cuerpo entero. No necesitábamos ni la mira telescópica. Era como pescar peces en un barril. El elemento sorpresa, si eso era lo que buscaban, había quedado en nada.

Fue la última vez que intentaron atacarnos en la posición 102. Nuestra puntería y las reservas de granadas nos habían permitido cumplir las órdenes del comandante de la división; la posición seguía en nuestras manos. Y a juzgar por el cariz que presentaban las cosas, íbamos a quedarnos ahí una buena temporada. A ninguno de nosotros se le pasaba por las mientes ni siquiera retirarse.

Una posición difícil

Era día cuatro. Esperábamos a que cayera la noche para ocupar las nuevas posiciones. Por fin, el sol empezó a ponerse. Los cirros se tiñeron de rosa brillante. Cesó el zumbido de los motores de la aviación alemana. Sobre la ciudad, el cielo se oscureció pero la luz del sol tardó todavía un buen rato en desaparecer del horizonte.

Hacia medianoche terminamos de preparar los puestos de los francotiradores. Estábamos exhaustos y sedientos. Los alemanes, revanchistas como siempre, nos habían cortado el acceso al manantial plantando un reguero de minas, pero gracias a nuestras ametralladoras y a los francotiradores, tampoco ellos podían acercarse al agua. Estábamos en tablas.

De nuevo, pasamos la noche sin cenar. Nos atenazaba el hambre, y aún más la sed. Nuestra boca parecía de algodón y teníamos la lengua hinchada.

Trabajamos en silencio. Todos nos hacíamos cargo del sufrimiento de los compañeros. No hacía falta expresarlo con palabras. Saltaba a la vista que todos nos moríamos por dormir un poco, aunque fuera echarnos unos instantes a recuperar fuerzas, de modo que les permití hacer una pausa mientras Kóstrikov y yo montábamos guardia.

Kóstrikov y yo acordamos una señal de peligro con la pistola de bengalas y nos separamos. Recuerdo con claridad el susurro de la brisa vespertina, el parpadeo de los cigarrillos en el campamento enemigo y el aroma, apenas perceptible, del humo del tabaco, que aumentaba en mí los deseos de fumar, a pesar de que ninguno

de nosotros tenía cigarrillos.

El ruido amortiguado del metal y los aleatorios fragmentos de conversación de los alemanes que llegaban hasta mí estaban volviéndome loco... Tenía que fumar. Como si me hubiera leído el pensamiento, Kóstrikov se puso a revolver entre los bolsillos de un alemán muerto. Enseguida dio con lo que buscaba. Encendimos los pitillos y el humo se llevó nuestras fatigas.

Sospechábamos que los alemanes estaban preparando una trampa. Habíamos preparado varias posiciones como señuelo, y sabíamos que ellos habían hecho lo mismo. Si queríamos vencerlos, tendríamos que servirnos de todo nuestro ingenio y no bajar la guardia.

Hundí la pala en la tierra, coloqué el oído sobre el mango y escuché como si fuera un estetoscopio. Clavada en la tierra, la pala, lo mismo que el estetoscopio colocado sobre el pecho, capta las vibraciones; solo que mi pala captaba las vibraciones de la colina Mamáiev en lugar de los latidos del corazón.

Los alemanes estaban picando piedra o clavando estacas en algún lugar. Algo más lejos, estaban colocando algo pesado sobre el suelo, quizá cajas de provisiones o sacos terreros. No se oía cavar. Oí pasos cerca. Los nazis caminaban de un lado a otro de la trinchera, y sus botas resonaban con fuerza contra la tierra. Estaban cambiando la guardia.

Desperté a Nikolái Kúlikov, que estaba durmiendo cerca. Se levantó de golpe empuñando el fusil, como si le hubieran echado agua hirviendo.

—¿Dónde están?

—No pasa nada —dije—. Tranquilízate. Te toca montar guardia.

Mientras Nikolái se frotaba los ojos, los alemanes siguieron con el cambio de guardia. El enemigo apostó un ametrallador en un lugar elevado. Se notaba que era inexperto. A pesar de la oscuridad, apunté y me deshice de él. Nadie fue a reemplazarlo. Se habían percatado de que la ametralladora se hallaba en una posición demasiado expuesta.

Yo estaba al mando de nuestro pequeño destacamento, y por consiguiente tenía la obligación de comprobar que todo estuviera en orden antes de echarme a dormir. Hice la ronda por nuestras posiciones y me encontré con que los francotiradores se habían quedado dormidos y los soldados relevados descansaban

acurrucados.

Volví a la posición de Kúlikov. El suelo del refugio de la trinchera estaba cubierto de sobretodos: los últimos regalos de los camaradas muertos y enterrados. Me arrojé con uno de los abrigos y me puse a dormir.

Kúlikov se quedó en pie junto a la ametralladora porque tenía miedo de dormirse si se sentaba. En su opinión era mejor vencer el sueño de pie, aunque ello implicara ponerse a tiro.

Kúlikov me despertó justo antes del alba, según lo acordado.

—Jefe, esta sed va a volverme loco —fue lo primero que me dijo. Tenía la garganta tan reseca que apenas si podía hablar—. Creía que la noche se me haría más llevadera que el día —añadió—, pero me equivocaba.

La luz aumentaba por minutos. Uno a uno, los francotiradores se me acercaron pidiendo agua.

—Aguantaremos, no os preocupéis —les dije para tranquilizarlos.

Tenían los labios cuarteados y el rostro demacrado. De pronto, una chispa de inspiración se encendió en los ojos de Kóstrikov, que se revolcó en el suelo, meneó las piernas como un perrito feliz y, echando la cabeza hacia atrás, gritó:

—¡Chicos, tenemos agua!

A continuación se quedó en silencio, riendo satisfecho para sus adentros. Nos miramos en torno, pero nadie veía nada. Parecía que las muchas privaciones habían trastornado a Kóstrikov.

—Vamos, habla —dijo por fin Griázev—, ¿dónde está esa agua?

Kóstrikov era georgiano, de ojos negros y hundidos.

—¿Que dónde está el agua, preguntas? Ahí fuera. ¿Es que no sabes cuántos alemanes yacen muertos?

—¿Y qué tiene que ver eso? —preguntó Griázev irritado.

—Pues que tienen agua en las cantimploras —dijo Kóstrikov riendo como un

demente—. ¡Solo tenemos que ir a buscarlas!

Kúlikov, Dvoiashkin y yo fuimos a ocupar nuestras posiciones. No bien me había colgado el fusil al hombro, los alemanes situaron una ametralladora en su lado del terraplén y abrieron fuego. Su tirador no disponía de parapeto de ningún tipo. Apunté y disparé, y la ametralladora quedó en silencio. Entonces me di cuenta de que el enemigo me estaba observando. Tal vez hubieran utilizado al soldado como cebo para descubrir dónde me encontraba.

Sabía que tenía que cambiar de emplazamiento. Dejé el casco como señuelo, recogí el periscopio y salí corriendo en busca de una nueva posición.

Entretanto, Griázev y Kóstrikov se habían dedicado a «pescar» cantimploras y se habían instalado en un lugar próximo al punto de encuentro; cuando teníamos que reunirnos, yo iba ahí y levantaba la gorra en el aire, pero esta vez fue Kóstrikov quien dio la señal.

No me podía creer que hubieran terminado la ronda tan rápido, pero en cuanto llegué al punto de encuentro vi cinco cantimploras dispuestas sobre una lona a los pies de Kóstrikov. Las cantimploras contenían una especie de líquido amargo de color óxido que en condiciones normales ni siquiera habríamos tocado, pero dadas las circunstancias, nos lo bebimos ávidamente. Recobramos las energías en un abrir y cerrar de ojos.

Hacia las diez de la mañana, empezaron a producirse abundantes movimientos de tropas fascistas en las laderas meridionales de la colina Mamáiev, a nuestra izquierda. Estaban enviando hombres desde una profunda trinchera que bajaba por la colina hacia un emplazamiento antitanques desde el que podían disparar contra el puente ferroviario. Sus planes eran fáciles de adivinar: querían tendernos una emboscada en el caso de que se nos ocurriera mover los tanques al otro lado del puente.

Si nuestras fuerzas de la ciudad intentaban avanzar por esa ruta, la batería alemana les infligiría daños devastadores. El caso es que disponíamos de muy pocos tanques como para soñar siquiera en lanzar un ataque blindado, por lo que dejé la vigilancia de la posición en manos de solo dos francotiradores: Volovátij y Podkópov. Volovátij y Podkópov eran nuestros únicos refuerzos hasta el momento: acababan de llegar al grupo, conducidos por un mensajero del regimiento.

Ambos eligieron posiciones excelentes, se camuflaron y empezaron a abatir a

miembros de la dotación de la ametralladora. Gracias a ello, la batería enemiga no pudo operar en todo el día. Desde nuestra posición en la parte alta de la ladera, disponíamos de una visión completa de las tropas situadas en la parte inferior; permanecían pegadas a la base sur como serpientes congeladas y sus posiciones de artillería estaban en silencio y como abandonadas.

Enseguida dejamos de prestarles mucha atención, lo cual fue un error. Más tropas alemanas habían sido enviadas a esa posición, pero se mantenían ocultas, lejos de los lugares a los que podíamos apuntar. Obviamente tramaban algo, pero ¿qué?

Eché un vistazo. Me sorprendió ver que a la línea alemana le habían salido antenas, esto es, que habían cavado trincheras estrechas y poco profundas en ángulo recto, con fosos circulares en los extremos. ¿Cómo demonios podía habérsenos pasado por alto? ¿Cuándo las habían construido? ¿La noche anterior? Parecía imposible. ¿Me habría engañado mi «pala-estetoscopio»? No me lo podía creer.

En ese momento, Volovátij identificó un nuevo grupo de soldados enemigos reunidos en nuestro «puesto número 5», un cañón antiaéreo inutilizado situado en la ladera, a no más de ochenta metros.

Antes de que pudiera decir nada, Sasha Griázev ya había agarrado dos granadas y se había precipitado trinchera abajo.

—¡Alto, vuelve aquí! —grité.

Sasha se detuvo y se dio la vuelta para lanzarme una mirada perruna.

—Solicito permiso para matar al enemigo. Barreré la posición de un solo tiro —dijo riéndose, y añadió, algo más serio—: No puedes cargártelos tú a todos, jefe. Deja algo para los demás.

El reproche me pilló desprevenido, pero debería habérmelo esperado. Los muchachos, al igual que yo, también llevaban la cuenta de sus blancos. Todos los días hacíamos recuento. Cada francotirador tenía que acreditar sus muertes con la firma de un testigo ocular. Y era cierto: yo llevaba bastantes más que el resto, y así lo atestiguaba la firma del propio Sasha Griázev. ¿Qué podía decirle? Ahí estaba, esperando una respuesta, mientras el resto del grupo nos miraba.

El comentario de Sasha me había dolido, y como no encontraba una respuesta satisfactoria, hice un gesto con la mano para que procediera. Sasha sonrió con aire

triunfal y dijo:

—¡Al fin!

Con todo, me remordía la conciencia. Intenté recordar algún incidente en el que hubiera abusado de mi autoridad o en que hubiera utilizado a mis compañeros como cebo para anotarme un tanto. No recordaba ninguno y esperaba estar en lo cierto.

El grupo estaba de pie en torno a mí en silencio, fumando. Sabían que estaba molesto por lo que Sasha me había dicho. Luego me puse a pensar en los alemanes del puesto número 5, en cómo se habrían desplegado y en por qué habrían cometido la imprudencia de dejar que los viéramos. Entonces, de repente, lo supe.

—¡Muchachos, es una trampa! Nikolái Ostápovich —le dije a Kúlikov—, ¡vete a buscar a Sasha y dile que es una emboscada!

Por desgracia, Kúlikov no logró interceptarlo a tiempo. Sasha había tenido que salir del parapeto para lanzar la primera granada y había tardado un segundo más de la cuenta en agacharse. Una bala explosiva lo había alcanzado en la parte derecha del pecho y su cuerpo había girado como un trompo.

Corrí hacia él. Sasha sabía que estaba muriéndose. Los ojos empezaban a entelársele. Parecía resignado a abrazar su suerte.

—Toma esto, Vasia —dijo sacando su tarjeta del Komsomol—. Tenías razón, era una trampa. Diles a mis camaradas que muero comunista...

Le quitamos la camisa en un intento de taponar la herida abierta. En vano. El brazo derecho colgaba inerte y la sangre le cubría el torso. Como no teníamos con que cubrir la herida, cortamos la *telniashka* para usarla de venda.

Los ojos de Sasha recobraron la vida una última vez. Me quitó la *telniashka* empapada de sangre de las manos, la colocó en la punta del fusil, se puso en pie y agitó el arma ante el enemigo.

—Sostenedme —murmuró, y así lo hicimos, de modo que estuviera de cara a la posición del enemigo—. ¡Venceremos! —gritó, y se desplomó en nuestros brazos.

La posición nazi se encontraba a unos ochenta metros. La granada de Sasha ni siquiera había caído cerca, y en cambio ellos nos habían arrebatado a un gran

hombre con una sola bala. Me maldije por no haberlo detenido.

En la tarjeta del Komsomol, Griázev había garrapateado un mensaje para su hijo: «No es patriota quien habla del amor a su país, sino quien está dispuesto a entregar su vida por él. En el nombre de mi país y en tu nombre, hijo mío, estoy listo para sacrificarlo todo. Crece, hijo mío, y aprende a amar a tu país no solo de palabra, sino con actos».

Cuando enterramos a Sasha Griázev, juramos vengarnos de los nazis.

Fue un día difícil para nosotros, a pesar del hecho de que los boches no lanzaron ningún ataque significativo ni hubo bombardeos aéreos. Dos oleadas de nazis sondearon nuestras posiciones en las proximidades de los depósitos de agua, pero logramos repelerlos con las ametralladoras.

El sol empezaba a declinar. El horizonte se volvía de color carmín. Comenzaba a soplar una ligera brisa. El movimiento del humo era el único indicador de la dirección del viento. Un polvo pardo se depositaba sobre la tierra y sobre nuestros hombros.

Por fin la noche dejó caer su telón. Hacia el este, el cielo aparecía pintado de gris y negro aterciopelado, mientras que al oeste brillaba una banda de luz reluciente. Miré hacia el horizonte con estupor. La muerte de Griázev me pesaba como una losa, y no tenía ganas de comer ni de beber. Mis lamentaciones solo quedaban interrumpidas de vez en cuando por los movimientos en el campamento enemigo.

Ladera abajo, cerca de la vía férrea, cerca de uno de nuestros puestos médicos, se oían golpes metálicos y los gritos distantes de nuestros oficiales.

Una de las ametralladoras alemanas abrió fuego; a primera vista, no había objetivo discernible, pero no podía ser que dispararan contra un perro extraviado: todos los perros de Stalingrado se habían ido nadando al otro lado del Volga. Supuse que el tirador alemán debía de estar disparando al aire por hacer algo.

De pronto se formó una espesa bruma que impedía ver incluso la propia palma de la mano. Las tinieblas me devolvieron a la realidad. Los exploradores enemigos estarían encantados con ese tiempo; podían reptar fácilmente hasta nosotros y tomar un prisionero.

Sin embargo, ni en un millón de años habríamos adivinado lo que había de

ocurrir a continuación. Al amparo de la niebla, los soldados de nuestro 3.^{er} Batallón fueron hacia donde estábamos. Los capitaneaba el teniente Fedósov, el exoficial de Estado Mayor del 2.^o Batallón. Como de costumbre, Fedósov olía a cerveza. Al verme, me dio una palmada en el hombro.

—Enhorabuena, Záitsev —dijo—. Por orden del mayor Metelev, sus hombres harán el petate y pasarán a la retaguardia.

Naturalmente, la noticia era un alivio, pero me picaba la curiosidad.

—¿A qué tanta prisa? —pregunté.

Fedósov encendió un cigarrillo y me ofreció otro. Luego me miró directamente con el ceño fruncido.

—No es asunto suyo —respondió con voz abrupta. Por lo visto, Fedósov tenía bastante con que lo hubieran destinado a ese matadero.

Stepán Kriájov, el comisario político, se acercó a nosotros. Nos dimos la mano. Entretanto, Fedósov se marchó dando largos sorbos a una botella que llevaba bajo el abrigo.

Cuando nos quedamos solos, Kriájov me dijo que la tarjeta del Komsomol de Fedósov había sido revocada como castigo por su embriaguez crónica. Fedósov había sido puesto al mando de una compañía penal y por eso lo habían enviado ahí, el punto más peligroso del frente. En palabras del camarada Stalin, estaba ahí para «redimir sus pecados con sangre».

—¿Los demás hombres también están cumpliendo castigo? —pregunté.

—Sí —respondió Kriájov.

—Entonces dígame una cosa: ¿por qué lo han mandado a usted aquí?

Kriájov guardó silencio un instante y luego respondió con voz queda.

—Soy instructor político y respondo de todo lo que ocurre aquí, incluidos el carácter de la tropa y sus faltas. Todavía no damos a estos hombres completamente por perdidos; quiero ayudarlos a que expíen sus errores...

Seguimos hablando —abierta y sinceramente— y hacia el final de la

conversación le pedí a Kriájov que enviara una petición al comandante, el mayor Metelev. Le expliqué que mi grupo de francotiradores todavía no podía retirarse porque estábamos obligados a vengar la muerte de Sasha Griázev. Asimismo, le pedí que a mis hombres y a mí nos fueran concedidas veinticuatro horas de descanso.

Me acordé del juego de las «cartas misteriosas» al que jugábamos de niños. Cada carta tenía una intrincada red de pinceladas y líneas, y el objetivo era «encontrar al niño» en medio de aquella confusión. Era un juego muy entretenido al que nos gustaba jugar de pequeños.

El «juego» al que jugábamos entre las ruinas de Stalingrado era similar. Pasábamos infinidad de horas observando el caos de escombros en busca de algún rastro del enemigo. Solo que en ese caso, lo que estaba en juego era mucho más importante.

En esos momentos, los francotiradores de la colina Mamáiev llevábamos cuatro días sin descansar. Nuestra moral estaba consumida y nuestro sentido de la iniciativa empezaba a evaporarse.

Sabíamos que el peligro acechaba detrás de cada esquina, pero quedarse el día entero en un cráter escrutando un paisaje de ruinas inmutable resultaba agotador. Las consecuencias —incertidumbre e indiferencia— amenazaban con superarnos.

Si bien un francotirador no necesita más de dos segundos para apuntar y disparar, los preparativos para ello requieren a menudo horas y horas de observación minuciosa. Pero ¿qué puede observar un francotirador presa de la fatiga? Agotado, resulta inútil. Es más, la falta de atención puede ponerlo a él y a sus compañeros en peligro. Cuando un francotirador se encuentra en ese estado mental no está en condiciones para el combate.

De modo que el comandante nos concedió un descanso de veinticuatro horas. Desde que la compañía penal del teniente Fedósov había reforzado nuestra línea, el peligro de quedar rodeados había desaparecido. Podíamos dormir unas cuantas horas.

Antes de retirarnos a nuestros «dormitorios» (en realidad, unos pequeños nichos excavados en las paredes del barranco), les indicamos a los hombres de Fedósov cuáles eran las partes más peligrosas de las trincheras enemigas. Uno podía pensar que las trincheras nazis estaban desiertas, pero nosotros sabíamos que no era

así.

Por primera vez desde que salí de la base naval de Vladivostok gocé del privilegio de dormir durante un día entero. Me despertó el ruido de una tetera junto al oído. Era hora de cenar.

Tras una cena a base de *kasha*, carne y té caliente, quise volver a dormir. Todavía nos quedaba algo de tiempo, así que volvimos a los agujeros y cerramos los ojos unas cuantas horas más. Nos despertamos con el ruido de obuses. Me puse uno de los nuevos uniformes que nos habían traído. ¡Qué sensación la de ponerse ropa seca después tras varios días revolcándose por el suelo con la ropa empapada!

Una ametralladora nazi disparaba desde algún lugar cercano. Saqué el periscopio de trinchera y examiné el horizonte. Los periscopios tenían unas ópticas excelentes y servían de maravilla para explorar desde un punto fijo.

Distinguí balas trazadoras impactando contra la parte superior del barranco con golpes sordos. Me picaba la curiosidad por saber de dónde provenían. Tenía que encontrar su fuente y dejarla fuera de servicio, si no de inmediato —con la oscuridad—, sí al romper el alba. Podría haber localizado al tirador siguiendo el rastro luminoso de las trazadoras, pero la ametralladora había callado, como si su operador sospechase que alguien andaba buscándolo.

Dvoiashkin se acercó y se sentó a mi lado. Desde el barranco llegaba un ruido de tarros o cazos vacíos. Una ametralladora alemana abrió fuego; caí en la cuenta de que era la misma que momentos antes.

—¿A qué dispara? —pregunté—. ¿Y qué es ese ruido de ahí abajo?

—Nuestros heridos están siendo enviados al puesto médico del barranco, y el ruido es de sus útiles de campaña contra el suelo cuando ese hijo de puta los alcanza —respondió Dvoiashkin.

Monté en cólera.

—¿Está cazando a nuestros heridos?

Estaba furioso conmigo mismo por no haber liquidado antes a ese criminal. Decidí dar con él y poner fin a sus acciones.

Los combates se reanudaron al alba. Cambié de posición entre el humo y el

estruendo.

El tirador enemigo había gozado de un día de indulto para cometer sus fechorías gracias a que a todos nuestros francotiradores se les habían concedido veinticuatro horas de descanso, por lo que ahora tenía la errónea impresión de que podía operar impunemente y tomar menos precauciones. Nunca debió haber seguido utilizando trazadoras, porque ellas fueron las que me señalaron su escondite. En cuanto hallé al carroñero y lo puse en el punto de mira, su arma quedó en silencio.

**A la búsqueda del
francotirador**

Me lavé lo mejor que pude. Estaba demasiado débil como para dormir, así que bajé por el barranco para hablar con los soldados heridos que habían llegado la noche anterior. Si quería localizar al francotirador que había matado a Sasha Griázev, era crucial averiguar dónde y en qué circunstancias habían sido heridos los otros soldados. Me interesaban especialmente las heridas de bala. A fin de cuentas, cada herida es distinta y todas encierran pistas acerca de la potencia de fuego del enemigo en un lugar concreto.

Cerca de la entrada del puesto médico estaba sentado un soldado de constitución pesada. En sus ojos negros brillaba ese amargo humor soldadesco que no nos abandona ni aun en el momento de la muerte. Un vendaje le cerraba la boca. En la barbilla, las vendas mostraban el color marronáceo de la sangre seca. Las grandes y sucias manos del soldado y su camisa estaban manchadas con salpicaduras de sangre. El personal médico me informó de que lo habían herido la mañana anterior. Según sus documentos de identidad, se llamaba Stefán Safónov. A su lado había un fragmento desgajado de un libro sin cubierta y con un trozo de lápiz entre las páginas.

—¿Cómo le hirieron los alemanes? —le pregunté.

El soldado me lanzó una mirada de reproche. Sus ojos decían: «Piérdete», pero le aguanté la mirada a la espera de una respuesta. Finalmente, cogió el lápiz y garabateó su respuesta en una de las páginas del libro: «Creo que no ha tenido

ocasión de olerme el aliento, ¿verdad? Si quiere...».

—Muy bien, tranquilícese —respondí—. No pretendo molestarle, pero necesito saber dónde y cómo lo hirieron. Es muy importante.

La respuesta de Safónov me permitió saber que le habían disparado mientras encendía un cigarrillo con el de un compañero.

—¿Y dónde está el compañero que le dio lumbre?

«Mi amigo Chursin sigue en el frente —escribió Safónov con rabia—. A la espera de su turno... Pronto le meterán una bala en el cuerpo también a él».

—¡Imbéciles! —espeté furioso—. ¡Conseguimos pasar una semana en la colina a cubierto del fuego alemán, y en una sola noche ustedes los bisoños pierden media unidad! ¿Dónde tienen la cabeza?

Safónov respondió garabateando una retahíla de obscenidades. Me levanté, salí de la enfermería y volví a mi posición.

Repté entre las trincheras hasta la tumba de Sasha Griázev y desde ahí bajé a un búnker donde, tras una eternidad arrastrándome sobre las rodillas, por fin pude ponerme en pie. Tenía que pensar qué hacer con los francotiradores alemanes apostados en nuestro sector. Sabía que estaban ahí, pero actuaban con la máxima cautela.

Por regla general, los francotiradores nazis tomaban posiciones dentro de sus propias líneas defensivas, mientras que los nuestros se apostaban en el límite de la línea del frente. Además, los boches dejaban muchos señuelos, lo que hacía aún más difícil encontrar el objetivo correcto. Con la experiencia aprendí dos cosas esenciales: a observar atentamente y a tener templanza.

Pongamos que ves lo que parece ser el reflejo de un mechero al sol y deduces que se trata de un francotirador encendiendo un cigarrillo. Tal vez sí, tal vez no. Apuntas al lugar y esperas; debería aparecer humo. Pasa el tiempo, acaso un día entero, y por un instante aparece un casco. ¡No dispires! Aunque le des, no sabes en cuál de las posiciones señuelo estará el verdadero francotirador enemigo. Si disparas y le das a un cebo, habrás revelado tu posición y no habrás ganado nada.

Pensando así me convencí de que debía vigilar la zona desde la que había sido disparada la bala que mató a Sasha Griázev. Me aposté en la posición de Podkópov

y observé. Pasó una hora, dos horas. Los ojos me dolían y el cuello se me cansaba con la tensión de mantener la cabeza quieta, pero no me moví. Podkópov aseguraba que no había nidos de francotiradores allá donde yo miraba y que había inspeccionado la zona al menos una docena de veces. Luego se fue reptando. No es que no le creyera, pero tenía el presentimiento de que ahí tenía que haber alguien. Esa sensación, sumada al deseo de vengar la muerte de Sasha, me ayudó a resistir ahí, a pesar de la incomodidad.

Al cabo de una hora, Podkópov y Morózov volvieron con periscopios. Entre los tres peinamos el terreno que llevaba horas vigilando. Varios obuses de los *Nebelwerfer* (lanzacohetes de seis cañones) alemanes se alzaron sobre nuestras cabezas y estallaron dentro de nuestras líneas levantando columnas de tierra. Cuando esos cohetes estaban en el aire eran bien visibles. Atravesaban el cielo aullando y se movían de lado a lado como un cerdo en el barro. Dimos en llamarlos «asnos» porque sus gritos sonaban tres veces al día: hacia las cinco de la madrugada, al amanecer; a mediodía, y, finalmente, con la caída de la noche. Las dotaciones de los lanzacohetes alemanes sabían perfectamente a qué horas nuestros camilleros trasladaban a los heridos al Volga.

Permanecimos en silencio, inmóviles. Los rayos del sol poniente alumbraban la colina. Iluminaban cada recoveco de sombra y bañaban cada saliente con su reluciente luz. Algo más abajo, podían verse unas cuantas cajas vacías de la artillería alemana. Como no tenía nada que hacer, las conté. Había veintitrés. Luego volví a mirar. ¡A una le faltaba la parte de abajo! A través de una caja como esa, lo mismo que a través de un periscopio, era posible ver en la distancia. Me levanté ligeramente.

De pronto fue como si un trozo de pedernal encendiera una chispa en el interior de la caja, y una bala explosiva salió volando hacia el terraplén situado a mi espalda.

Nikolái Kúlikov estaba sentado a mi lado en la trinchera.

—Jefe, ¿está vivo? —preguntó.

Yo estaba algo aturdido, pero por nada del mundo lo habría admitido ante Kúlikov.

—Estoy liando un cigarrillo, ¿es que no lo ves?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kúlikov—. ¿Le han herido otra vez?

—Estoy vivo y coleando —respondí.

—¿Entonces por qué ha dado ese respingo?

—No estamos realizando un buen seguimiento de los movimientos del enemigo —contesté.

Le expliqué a Kúlikov lo que había ocurrido. El francotirador alemán, en virtud de su duro trabajo y sus fríos cálculos, se había ganado el derecho a disparar primero, y eso era lo que había hecho. Le había disparado al francotirador ruso.

Durante la cena discutimos un plan de actuación. Nikolái Kúlikov y Podkópov abogaban por avanzar hacia las cajas de munición tras el anochecer. Shaikin y Kóstrikov discrepaban e insistían en que el francotirador no sería tan estúpido como para mantener esa posición. Morózov y Kuzmin sugerían que esperásemos a que los alemanes lanzaran un asalto general; entonces, en medio del caos, nosotros contraatacaríamos contra la posición del francotirador.

—Para nuestro trabajo, es mejor cuando hay un poco de ruido de fondo —dijo Morózov.

Siendo sinceros, esa clase de venganzas —que requerían gran cantidad de recursos y tiempo para localizar y eliminar a un solo francotirador alemán— contravenían el procedimiento establecido, pero todos ardíamos en deseos de vengar a Sasha Griázev.

Por mi parte, estaba demasiado cansado para decidir nada.

—Consultémoslo con la almohada —sugerí.

Mis amigos sabían que prefería dormir al atardecer porque me costaba pegar ojo de madrugada. De modo que la decisión quedó postergada y yo me fui a un rincón a dormir.

Me desperté a la una de la noche. Nikolái Kúlikov estaba limpiando su fusil; los demás seguían durmiendo. Cuando Kúlikov vio que estaba despierto, agarró su fusil y se adentró en la oscuridad. Tras recoger mi subfusil y un zurrón lleno de granadas, lo seguí. Era una noche inusualmente tranquila. La calma antes de la tempestad: suponíamos que el enemigo estaría preparando un nuevo asalto. Tomé posiciones no muy lejos de los camaradas dormidos y agucé el oído entre el silencio circundante.

Recuerdo mi encuentro con el comandante de nuestro ejército, el coronel general Vasili Chuikov. Fue justo antes de un ataque enemigo, la mañana del 16 de octubre. El general nos había invitado a varios de nosotros a su búnker para condecorarnos. Chuikov nos observó. Era un hombre bajito, de piel oscura, pelo rizado y mirada intensa. Esa mañana habló con una calma impresionante.

—Defendiendo Stalingrado estamos logrando atar de pies y manos al enemigo. El desenlace de la guerra y el destino de millones de ciudadanos soviéticos, de nuestros padres, madres, esposas y niños, depende de nuestra determinación para luchar aquí hasta el final. Ello, no obstante, no significa que debemos dejarnos llevar por una temeridad insensata.

Puso en mi mano una medalla en la que ponía: «Al valor».

—Nuestra decisión de luchar entre las ruinas de Stalingrado bajo el lema «Ni un paso atrás» obedece al mandato del pueblo —continuó—. ¿Cómo podríamos volver a mirar a los ojos a nuestros compatriotas si nos retiráramos?

Me dio la impresión de que la pregunta del general iba dirigida a mí. Sabía que yo había nacido en los Urales y que mi familia —mi abuelo, mi padre y mi madre, así como muchos de mis camaradas— se hallaban ahí en ese momento. No, mis ojos, llenos de vergüenza y oprobio, no podrían volver a mirarlos si dejábamos perder Stalingrado.

—No tenemos adonde retirarnos —respondí—. Para nosotros no hay tierra más allá del Volga.

Por alguna razón, mis palabras agradaron a Chuikov y a su ayudante del Komsomol, Iván Máximovich Vidiuka. Vidiuka era un tipo alto de aire cadavérico y pobladas cejas. Me dio la mano y sostuvo el apretón repitiendo:

—¡Ese es el espíritu, he aquí a un digno miembro del Komsomol!

La noche que salí a la caza del asesino de Griázev, Vidiuka fue a visitar nuestras posiciones. ¿Cómo terminaría esa noche y qué traería la mañana? Esperaba que mi plan tuviera éxito. Para ello, me di cuenta de que tendría que pedirle ayuda a Víktor Medvédev.

Era un buen hombre, Medvédev. Gustaba de criticar a los francotiradores lentos. Recientemente, había relatado algunas de sus experiencias a un grupo de aspirantes. Se acercó a ellos sin decir palabra y desenrolló su bolsa de tabaco, una

bolsita de seda roja decorada con bordados. Se recreó en ese gesto como diciendo: «¡Pensad la de tiempo y amor que mi chica ha puesto en hacerla!». Dos cartuchos vacíos cayeron de la bolsita. «Esto es todo cuanto tenía que deciros —exclamó—, y ahora al campo de batalla. Ahí nos entenderemos mejor».

Víktor tenía razón: el soldado aprende mejor el arte del tiro con la práctica que con explicaciones. Recordé unas palabras del coronel general Chuikov: «La misión del francotirador consiste no en esperar a que el enemigo asome la cabeza, sino en obligar al enemigo a que se exponga y, entonces, meterle una bala en la cabeza sin dilación».

Con esos pensamientos fueron pasando las largas y solitarias horas de la noche. El silencio era implacable como una soga al cuello.

Finalmente vi que un haz luminoso crecía en el horizonte. Me dispuse a ir a despertar a mis camaradas, pero resultó que habían ido reptando a mi encuentro. Llevaban consigo el desayuno y más munición.

—Los exploradores del regimiento han capturado a un nazi y le han hecho hablar —dijo uno de ellos—. Esta mañana a las seis habrá un ataque de artillería contra nuestra línea del frente.

Ni nos molestamos en abrir los termos con la *kasha*, sino que la dejamos para la cena y, tras coger unas tostadas, nos colocamos en nuestras posiciones. Cerca de la mía me encontré con el teniente Fedósov, que tenía la nariz roja. Había apostado a sus soldados y estaba a la espera del ataque.

—Pasan de las seis y los alemanes no han hecho ruido —dijo.

Nikolái Kúlikov me esperaba en nuestra posición frente a la pila de cajas de munición alemanas. Habíamos situado un periscopio de artillería para facilitar las labores de vigilancia. Lo que vimos al mirar a través de él no nos sorprendió: veintidós de las cajas seguían en el mismo lugar que el día anterior, pero la número veintitrés, la que no tenía fondo, había desaparecido. ¿Dónde estaba?

Los periscopios de artillería disponen de unas ópticas excelentes. Los más pequeños detalles del terreno o del uniforme de un soldado resultan claramente visibles a varios cientos de metros. Examiné los arbustos y los hoyos uno a uno con una lente de aumento para penetrar en las líneas enemigas. Escruté la cima de la colina. Cerca de esta había una pequeña depresión, y ahí estaba: ¡la caja de artillería sin fondo! Estaba camuflada junto a un terraplén cerca de la hondonada. Al fondo

de la caja distinguí la mira del soldado alemán. La caja reparaba la mira de la luz del sol, lo que impedía que se produjeran destellos y ayudaba al tirador a identificar sus objetivos. El rifle parecía disponer incluso de una especie de cámara que fotografiaba los objetivos en el momento del disparo.

— Ahí estás — susurré como si pudiera oírme y escapar. Yo temblaba de furia. Para calmarme le pasé el periscopio a Nikolái Kúlikov y le indiqué dónde se encontraba el francotirador. Guié su mirada hasta él describiéndole las marcas más reconocibles del terreno.

— ¡Lo tenemos! ¡Ahí está! — exclamó Nikolái—. Jefe, tenemos que abatirlo ya. Si no, puede que escape.

Alguien apareció detrás de mí. Podía oler el vodka en su aliento.

— Un momento, muchachos — dijo el recién llegado a mi espalda—. ¡Dejadme echar un vistazo a un auténtico francotirador nazi!

Era el teniente Fedósov. Ni siquiera lo habíamos oído llegar. Fedósov estaba inquieto por el retraso del ataque enemigo y los nervios le habían hecho beber el doble de la dosis habitual.

Llevaba una hora con el francotirador nazi a la vista. Estaba cansado y empezaba a perder la concentración. Me obligué a olvidarme del cansancio. Entretanto, el alemán seguía observando por la mira. Era cuestión de tiempo que nos descubriera.

— Nikolái, ¿qué opinas, crees que nos ha visto? — le pregunté.

— Saldremos de dudas.

Nicolái retrocedió y con un palo levantó un casco unos cuantos centímetros por encima del terraplén. El alemán disparó un tiro que atravesó el casco. Me sorprendió que hubiera picado en el cebo. Tal vez el tedio de la espera le había hecho olvidar el riesgo al que se exponía.

Observé cómo el tirador alemán acercaba la mano a la recámara y recogía el casquillo vacío. Recoger los cartuchos vacíos era el procedimiento habitual cuando se daba en el blanco. Al hacerlo, levantó la cabeza ligeramente de la mira. Eso dejaba a la vista los pocos centímetros de cuero cabelludo que yo necesitaba para apuntar... y en ese instante sonó mi disparo. La bala le dio en el nacimiento del pelo; el casco

le cayó sobre la frente y el rifle quedó inmóvil, con el cañón en el interior de la caja.

El teniente Fedósov se echó al suelo de la trinchera y encontró el pequeño cuaderno de notas donde llevaba mi «cuenta personal». Fedósov lamió la punta de su lápiz y apuntó en letras bien grandes: «He presenciado un duelo. Ante mis ojos, Vasili Záitsev ha matado a un francotirador nazi. A. Fedósov».

Y así fue cómo vengamos la muerte de Sasha Griázev. Durante los días siguientes, mi aprendiz, Nikolái Kúlikov —que se desempeñaba cada vez con mayor confianza— utilizó esa misma posición para eliminar a dos observadores de la artillería enemiga que inspeccionaban las laderas de la colina.

A todo eso, el inminente ataque de artillería anunciado por nuestra inteligencia nunca se materializó. Los boches debieron de percatarse de que teníamos a un prisionero que había cantado y de que nuestros cañones del otro lado del Volga los estaban esperando. Es posible que el enemigo cayera en la cuenta de todo ello y prefiriera no buscarse problemas. Día tras día, se volvían más cautos y astutos.

Cuando la paciencia es lo esencial

La colina Mamáiev ocupaba una posición imponente sobre la ciudad. La estribación sur se indicaba en el mapa con una marca de elevación de 102 metros. Desde la cima se dominaba una vista excelente de la ciudad, que por el momento se hallaba casi completamente en manos del enemigo. Se comprenderá, pues, que deseáramos mantener al menos la ladera sur de la colina, si no la cima misma, y utilizar esa posición para atacar el flanco y la retaguardia enemiga. No había mejor posición que esa en Stalingrado. Podíamos poner el ojo en la mira y ver literalmente la cabeza de los soldados nazis desplegados en el centro de la ciudad.

Sin embargo, antes de pasar a la ofensiva debíamos consolidar el sector y protegernos frente a ataques por la retaguardia. Las ametralladoras y los francotiradores nazis situados en lo alto de la colina nos disparaban de vez en cuando. Los alemanes habían apostado observadores para dirigir el fuego de artillería y de mortero desde la cima, por lo que nos veíamos obligados a vigilar y disparar contra dos frentes al mismo tiempo, algo habitual en Stalingrado. A menudo se hacía difícil distinguir entre la línea del frente y la retaguardia, todo parecía una misma cosa.

En cuanto estuvimos protegidos del fuego alemán que llegaba de la cima, centramos nuestra atención en la dirección opuesta: en la parte baja, donde comenzaba la ladera sur, una zona con pequeños barrancos y poblada por espesas matas de abrojos, cardos, ajenjos y saúcos.

El número de nuestros hombres había disminuido, ya que había empezado a

haber mucha demanda de francotiradores. Víktor Medvédev y su compañero habían sido enviados a una zona de los alrededores de la planta de empaquetado de carne. Shaikin y Morózov estaban trabajando en el sector próximo al almacén de hielo, mientras que Abzálov y Nasírov estaban destinados a la «galería de tiro» de la factoría metalúrgica para instruir a los nuevos tiradores y, a la vez, impedir que los alemanes de la zona se atrevieran a levantar la cabeza.

Mi grupo de francotiradores eligió como punto de encuentro una trinchera angosta situada en la fuente del sinuoso arroyo que bajaba hasta el río Tsaritsa y, desde ahí, hasta el centro de la ciudad.

—Anoche —les dije a mis camaradas— oímos ruido de cazuelas al fondo de la cañada. Ahí hay una balsa de agua rodeada de arbustos espinosos...

—Sí, hay arbustos espinosos —afirmó Nikolái Kúlikov—, ¿y qué?

—Creo que los boches están usando esa balsa para infiltrarse en nuestras posiciones —dije.

Después de discutirlo, decidimos apostar un dispositivo de vigilancia de veinticuatro horas en la cañada. El plan era dividirnos y observarla desde dos de los lados.

Llegó la noche y en el cielo aparecieron bengalas. Durante unos segundos, cada bengala sacaba a la luz objetos al azar.

Shaikin y Ubozhenko habían tomado posiciones en la pared este de la cañada; Kúlikov y yo, en la pared oeste. Trepamos hacia el precipicio, a cubierto tras la espesura de los arbustos, y nos acurrucamos cerca del fondo de un profundo cráter. Cien metros más abajo había una trinchera nazi donde era visible una ametralladora. Gracias a las bengalas distinguimos también los cuerpos de dos italianos muertos tendidos cerca del borde de nuestro cráter. Ambos se encontraban en estado de descomposición avanzado.

—Los arios dan sepultura a los suyos, pero dejan que los espaguetis se conviertan en pasto para los buitres —susurró Nikolái.

—Hace tiempo que los buitres se han largado de este infierno —respondí.

Permanecer sentado en el fondo de un cráter de obús contando disparos era, por decirlo suavemente, una misión tediosa. Teníamos que hacer algo para

mantenernos ocupados, así que preparamos el hoyo para cuando llegara el momento de pasar a la acción. Raspamos la tierra de los bordes del cráter y la compactamos en la parte baja, de modo que a cada hora el cráter era menos profundo y nuestra posición más elevada. A ambos nos apetecía fumar, pero como el humo podía convertirse en una pista letal teníamos que aguantarnos. Como suele decirse: «Aguanta, cosaco».

Cada vez era más difícil ignorar el cansancio. La espalda me dolía debido a la tensión acumulada en tan incómoda posición, pero finalmente nuestra obra llegaba a su fin. Me había construido un hoyo excelente y por fin podía sentarme cómodamente, observar y disparar. A mi derecha, a Nikolái las cosas no le iban tan bien. Su posición no era tan confortable como la mía, pero no se quejaba. Había empezado a montar guardia. Entretanto, comenzaba a clarear y me pregunté cómo les iría a nuestros camaradas al otro lado de la cañada.

Justo entonces, en el claro frente a los matorrales, apareció un soldado alemán con un cubo en las manos y un subfusil colgado al cuello. Se detuvo y miró alrededor como si estuviera esperando a alguien. Momentos como ese eran de lo más habitual en la guerra: un hombre aguarda, sin saber que su vida pende de un hilo. Coloqué la retícula de la mira sobre el soldado; podía ver claramente los labios temblorosos, los dientes blancos y bien alineados, la nariz recta y ligeramente protuberante y el rostro pálido y bien afeitado. Aparecieron otros dos soldados, también ellos con cubos, y juntos desaparecieron entre los matorrales.

Transcurrieron cinco minutos. Los soldados volvieron a aparecer, pero ahora encorvados bajo el peso de los cubos llenos. Era evidente que no iba a resultarles fácil remontar la pendiente. El agua se agitaba en los baldes, pero los hombres no derramaban ni una gota. El agua era un bien precioso, y de hecho, iban a pagarla bien cara.

Kúlikov me silbó como un ganso furioso, pero yo todavía no estaba listo para disparar y le prohibí que disparara él también.

—Fuerte es el guerrero capaz de dominarse a sí mismo —susurré.

Había decidido no abrir fuego ese día. Primero debía averiguar si en esa posición había oficiales nazis, y en caso afirmativo, de qué rango. También quería acabar con sus expediciones al manantial.

Tenía los nervios al límite, así que decidí fumarme un cigarrillo y tratar de

relajarme. Me senté en el fondo del hoyo — así el humo se disiparía antes de salir por arriba— y acababa de encender el cigarrillo cuando Kúlikov me llamó.

—¡Mira lo que están haciendo esos cerdos!

Dejé el cigarrillo y cogí el periscopio de artillería. Lo que vi resultaba tentador.

En el mismo lugar donde el soldado solitario se había quedado esperando cubo en mano estaban lavándose varios oficiales nazis. Se habían desnudado hasta la cintura y un soldado les echaba agua sobre la espalda con un tazón de aluminio. Al lado, en el suelo, había tres gorras decoradas con cordones de oficial.

—¡Mira qué bien se lo pasan estos cabrones! —Kúlikov estaba hecho una furia. Sujetaba el fusil con tanta fuerza que tenía las manos blancas—. Los intrusos se comportan con total tranquilidad, y nosotros aquí, mugrientos y con dos cadáveres apestosos. Vamos a enseñarles lo que es divertirse, ¿de acuerdo? ¡A ver cómo bailan con nuestra música!

—Ni hablar —dije—. Les concederemos un día de gracia. Y deja de parlotear. La cháchara interfiere con nuestro trabajo.

Aquello ofendió a Kúlikov, que se dejó caer al fondo de su hoyo y encendió un pitillo.

—Si a un soldado le da miedo apretar el gatillo, no debería ir a la batalla —masculló.

—Kolia —dije—, ya sé que es nuestro trabajo ir a por los oficiales, pero esos tipos son tenientes. Si malgastamos balas con los oficiales inferiores, los peces gordos nunca asomarán la cabeza.

—Hay que aprovechar la oportunidad cuando se presenta —protestó Kúlikov.

Empezaron a sonar disparos en la cima. Se oía el ruido de los motores de los tanques tras las torres de agua. Los alemanes salieron corriendo del manantial. Desde el claro, descendieron a una trinchera y desaparecieron por el talud de la cañada para esconderse en trincheras más hondas desde donde podían aguantar las bombas y el tiroteo sin problemas.

La verdad es que los alemanes eran eficientes. Habían convertido esa parte de

la cañada en una fortaleza. Los accesos a sus trincheras estaban cubiertos por un fortín con dos ametralladoras. Las troneras del fortín se cerraban con placas de acero. Las trincheras estaban conectadas a este mediante una profunda zanja por la que los soldados corrían de un lado para otro.

Ya era mediodía. La sed, sumada al hedor de los cadáveres, era una tortura. Al partir la noche anterior no habíamos contado con quedarnos bloqueados en ese punto, de modo que no llevábamos ni víveres ni agua.

Justo entonces la ametralladora alemana abrió fuego. Podíamos verla perfectamente. Las balas nos pasaron silbando junto al casco. Kúlikov y yo ajustamos las miras telescópicas a trescientos metros y disparamos al unísono, pero la ametralladora alemana seguía vomitando fuego como si hubiéramos disparado salvas.

Los disparos en nuestro sector cesaron tan abruptamente como habían empezado. Nikolái y yo nos quedamos sentados en silencio. Estábamos avergonzados por haber fallado. Kúlikov tenía la cabeza gacha y resollaba.

Le dije que se tomara un descanso. Nos pusimos a buscar los motivos por los que podíamos haber errado el tiro. ¿Tal vez la tensión nos estaba afectando a la vista, o las miras estaban mal puestas, o quizá nuestra respiración era irregular, o quizá simplemente habíamos olvidado cómo apretar el gatillo sin mover el fusil? Miré a Kúlikov. Tenía la cabeza entre las manos y, como yo, se preguntaba qué habíamos hecho mal.

—Olvídate de eso, Kolia —le dije—. Descansa un poco.

Entretanto yo seguí dándome cabezazos contra la pared. Entonces recordé que, a fin de cuentas, habíamos disparado contra nuestro objetivo. En esas condiciones, siempre es difícil calcular las distancias. Uno nunca puede fiarse de sus primeras estimaciones; siempre hay que añadir al menos un 10 por 100 de la distancia calculada para estar seguro. Y algo más: cuando alrededor de uno todo son armas disparando, el aire se calienta y parece volverse líquido. Es un espejismo debido al calor y hace que el objetivo parezca hallarse a menos distancia de la real. Hay que tener esto en cuenta y añadir unos metros, o disparar un tiro de prueba contra un objeto próximo al blanco para evaluar correctamente la distancia y acertar.

La ametralladora nazi volvió a abrir fuego en la parte baja de la cañada. Kúlikov acercó el ojo a la mira.

—Escucha —dije—, tengo la mira puesta a trescientos cincuenta metros; tú dispara con cuatrocientos.

Volvimos a apuntar y disparamos a la vez. La ametralladora calló. Nikolái había matado al operador; mi bala se había quedado corta.

Al anoecer, Nikolái y yo regresamos al punto de encuentro, donde todo seguía como antes. Los otros francotiradores intercambiaban anécdotas referentes a sus blancos. Cada nazi muerto daba para toda una historia. Okrihm Vasilchenko llevaba las cuentas en una tablilla de contrachapado sobre la que escribía con un pequeño lápiz.

—Os calificaré en una escala de uno a cinco —anunció.

A continuación de nuestros nombres anotó: «uno», «dos», «tres»... Al lado de mi nombre puso un cero.

—¡Tendrá que ponerse serio, jefe! —dijo—. Si esto sigue así, lo pondremos en la lista negra.

Un soldado del 3.^{er} Batallón fue a llevarnos la cena. Dejó un saco lleno de balas y granadas junto a los termos de *kasha* y se marchó enseguida.

Poco antes de amanecer, dejamos el punto de encuentro y nos apostamos en distintas posiciones. Decidí que había que bloquear el fortín enemigo y la zona de baño de los oficiales. Mi plan consistía en usar a tres parejas de francotiradores, apostados en distintos puntos. Kúlikov y yo elegimos una posición cercana a la del día anterior.

Aunque llevaba un periscopio, al principio no pude encontrar el fortín. Los restos de obús de un bombardeo reciente me obstruían la vista y tuve que apartarlos. Hecho esto, el terreno quedó despejado y logré identificar la entrada al búnker enemigo.

Un nazi pelirrojo con gorra de oficial se asomó un momento a la puerta y volvió a desaparecer. Se lo comuniqué a mis camaradas y el equipo adoptó una formación que nos permitiera hablar entre nosotros. Ante la posibilidad de anotarse un blanco, todos los francotiradores se habían despertado de golpe. Nos sumimos en una tensa espera.

En una trinchera situada junto al refugio apareció la punta de una gorra de

oficial. Podían verse las puntas de la esvástica. La gorra se levantó por encima del nivel del suelo hasta que la visera se hizo visible.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Kúlikov.

—Que es uno de sus francotiradores intentando tendernos una trampa. Quieren que disparemos. —La gorra desapareció—. No son muy sutiles —añadió.

—¿Y qué hace un francotirador ahí abajo? —pregunté.

Nikolái se encogió de hombros.

—Que me aspen si lo sé. Querrá que le peguen un tiro.

—Eso sin duda —dije—. Ayer, cuando abatiste al operador de la ametralladora, ¿dónde le diste?

—En la boca —respondió Kúlikov—. Debí de volarle la parte posterior de la cabeza.

—Un disparo como ese —dije— equivale a un desafío, y ahora sus francotiradores han recogido el guante. Van a por ti, Nikolái. Tendrás que poner un señuelo que se te parezca.

Los suaves rayos del sol nos calentaban los hombros y una brisa refrescante nos oreaba el rostro. Eran los últimos días templados del otoño de 1942.

Dio la hora del almuerzo. Un soldado alemán se aproximó encorvado a las trincheras enemigas. Iba desarmado y no llevaba más que un balde en la mano. Tenía un aspecto tan desastrado y lamentable que decidimos perdonarle la vida.

Habían pasado otros diez minutos cuando de pronto un oficial nazi corpulento y bien acicalado dobló la esquina por una de las trincheras. En la guerrera llevaba una insignia de coronel. Detrás de él iba un francotirador con un precioso fusil de caza con una potente mira. Otros dos oficiales aparecieron por la misma esquina de la trinchera. Uno de ellos era un mayor con una Cruz de Caballero con Hojas de Roble. Detrás de él iba un coronel fumando un cigarrillo sujeto a una larga boquilla.

Nikolái y yo intercambiamos miradas. Aquello era lo que habíamos estado esperando. Si había tantos pececillos nazis nadando en libertad era porque habíamos

preferido esperar a los tiburones. La pescadilla era el precio que el francotirador tenía que pagar a cambio de ocasiones como esa.

Dirigí un gesto de asentimiento hacia Nikolái, y él mandó la señal a los demás.

Nuestros disparos silbaron, tres por persona. Apuntamos a la cabeza, como exige el manual, y cuatro de los nazis cayeron al suelo expirando el último aliento. Ahora que el francotirador enemigo estaba muerto, parecía que el reto de Kúlikov quedaría sin respuesta. Habíamos mandado a nuestro rival a dos metros bajo tierra.

Transcurrieron diez o quince minutos, pero nadie se acercó a los boches muertos. Comenzábamos a aburrirnos cuando, de forma inesperada, llovió sobre nosotros un brutal bombardeo de artillería. Nos arrastramos bajo tierra a esperar con impaciencia mientras los obuses estallaban cada vez más cerca.

Cuando el obús se aproxima al suelo, su silbido es tan intenso que crees que va a estallarte la cabeza. Te quedas tendido, con la sensación de que alguien te arranca las tripas con un cabrestante. Te dices: «Este lleva mi nombre...», pero tras el impacto miras en torno y sabes que sigues vivo y te das cuenta de que el proyectil ha caído en otro sitio.

A continuación llegó la Luftwaffe: las escuadras de cazas se lanzaban en picado sobre nosotros de nueve en nueve. El que hubiesen llamado a la aviación era indicativo de que acabábamos de liquidar a algún mandamás importante. Una de las bombas impactó en nuestra trinchera y la onda expansiva nos arrojó al suelo. Vasilchenko y yo nos quedamos temporalmente sordos, pero Kúlikov y Morózov no se llevaron más que una cicatriz.

Durante dos horas, bombarderos, artillería y morteros se cebaron sin clemencia sobre nuestra posición. Cuando por fin todo volvió a calmarse, el teniente Fedósov apareció ante nosotros con aire irritado.

—¿Qué demonios habéis hecho para que los boches se sulfuren de esta manera?

El bombardeo había dañado también los emplazamientos de la artillería enemiga próximos al túnel del ferrocarril. Los paneles de madera que hasta entonces camuflaban su artillería pesada habían quedado hechos añicos y la posición estaba completamente desprotegida. Los miembros de las dotaciones correteaban como ratas entre las piezas de artillería. ¡Aquello era un festín para un grupo de francotiradores!

Apoyamos los fusiles en el terraplén. Kúlikov y yo empezamos por los oficiales. Gracias al torrente de ruido que enmascaraba las detonaciones de nuestros fusiles y a que estábamos muy bien camuflados, el enemigo no tenía la menor idea de dónde procedían los disparos. El temperamental Dvoiashkin y Shaikin vieron lo que estábamos haciendo y también ellos comenzaron a abatir nazis. Solo entonces los artilleros alemanes cayeron en la cuenta de lo que estaba ocurriendo, y los pocos supervivientes que quedaban se pusieron a cubierto.

Después de un ataque como ese, el enemigo tardaría un tiempo en volver a asomar la cabeza a plena luz del día. Los habíamos neutralizado.

Por la tarde, los francotiradores nos reunimos en el punto de encuentro y repasamos lo ocurrido durante el día.

—¿Entendéis ahora por qué había que esperar? —pregunté.

—Estamos impacientes por ver cuál será el próximo plan, jefe —respondió Nikolái Kúlikov.

El cielo del soldado

Para el soldado, en el campo de batalla todo son preocupaciones. Constantemente echa de menos algo: un día, la comida; al siguiente, la munición; al otro, un lugar donde dormir. Lo que nunca escasea es el peligro. Y el peligro hay que afrontarlo; de lo contrario, estás muerto. Pero por lo que respecta a otras amenazas, como el mal tiempo, lo que piensas es que se ha abierto un agujero en el cielo y que toda la lluvia, toda la aguanieve y todo el frío del mundo te tienen a ti por único destinatario, y que por eso te tiemblan hasta los huesos. Te sientes como un gigante impotente.

En mi opinión, no obstante, esa sensación tiene un efecto secundario que resulta útil en la guerra, y es que sin calamidades como esas los soldados nunca estarían preparados para la lucha. En el fragor de la batalla, crees que todas las balas, todos los obuses y todas las bombas te apuntan a ti directamente. Te convences de que te has convertido en el blanco principal del enemigo. Pero no te engañes: aparta tus pensamientos del fuego cruzado y resguárdate de la metralla. Tienes un cerebro, así que úsalo. Sé más artero que el enemigo. Deja de ser un gigante impotente y conviértete en un ratón invulnerable y apenas visible.

Esa percepción exagerada del propio tamaño y de la exposición al enemigo no lo abandona a uno. Después de todo, el enemigo ha centrado su ataque en tu sector, de lo que se sigue que estás luchando por el pedazo de tierra más importante y tienes motivos para sentir inquietud. Bajo tus pies se halla el centro del frente, el centro de la tierra, dirías. Nadie puede convencerte de lo contrario.

Así pues, ¿qué clase de soldado eres? Eres un gigante porque estás defendiendo el centro de la tierra; y eres invisible porque ni las balas ni la metralla te han tocado.

Las anteriores observaciones acerca de la calma en el campo de batalla proceden de mis experiencias en distintos teatros de operaciones. Cuando las cosas se calmaban en tu sector, podía parecer que el enemigo se había retirado de todos los frentes. Pero la realidad era que Stalingrado era bombardeada de forma constante, día sí, día no. A un ataque seguía un contraataque; explosiones aisladas crecían hasta convertirse en incendios generalizados: en las proximidades de la fábrica Octubre Rojo, alrededor de la Barricada, en el centro de la ciudad. Con todo, acostumbrados como estábamos al constante estrépito del combate, no prestábamos atención más que a las escaramuzas que tenían lugar en puntos cercanos, en las laderas de la colina Mamáiev, o las que se producían entre nuestros vecinos a derecha e izquierda.

Ese día la calma no llegó hasta que los alemanes hubieron respondido a la pérdida de sus oficiales. Sin embargo, solo fue una calma relativa. El enemigo había movilizadado una nueva ametralladora que ahora castigaba los terraplenes de nuestras trincheras. El tiroteo no aflojaba en la cañada, y cada dos por tres los proyectiles se incrustaban en el techo del búnker.

Antes del anochecer llegó la lluvia. Los cielos se abrieron para aplacar nuestra sed. Los hoyos menos profundos se llenaron de agua. Pusimos cazos, cubos y termos en el suelo para recoger agua. Okrihm Vasilchenko preparó una *bania*^[11], aunque obviamente sin sauna. Él y los demás tendieron una lona sobre la trinchera y empezaron a lavarse. En lugar de una manopla usaban un retazo de abrigo de un soldado. Por supuesto no había ramas de abedul a mano^[12].

A continuación corrieron desnudos hasta el búnker y tendieron la ropa empapada como si fuera la colada recién hecha. Los uniformes seguían sucios, pero eran todo cuanto disponíamos. Ninguno de nosotros tenía ropa para cambiarse, puesto que el Consejo Militar no nos la había asignado.

Para un soldado, el búnker es su casa: cocina, dormitorio y baño, todo en uno. El capitán Aksiónov, segundo al mando de la división, se presentó en nuestro pequeño palacio. Aksiónov era un tipo robusto de rostro invariablemente colorado y cabello oscuro y ralo, reluciente de pomada. Estaba estudiando el trabajo de los grupos de francotiradores situados en la línea del frente. Por lo visto estaba impresionado con nuestro trabajo.

En noches frías y lluviosas como esa dormíamos profundamente, sabiendo que los nazis jamás intentarían un ataque, aun cuando su artillería y sus morteros bombardearan nuestras posiciones de forma periódica y las paredes del búnker temblaran.

—Muchachos, ¿a alguno de ustedes le sobra una tostada? —pregunto Aksiónov en tono prudente—. No he probado bocado desde esta mañana.

Okrihm Vasilchenko estaba esa noche de «asistente» en el «cuartel de brigada», que era como a los marineros nos gustaba llamar al búnker. Se disculpó sin saber muy bien qué decir:

—Nosotros no hemos comido nada en dos días.

El capitán Aksiónov se acercó a la lámpara de queroseno. Sacó una libreta y empezó a anotar nuestros informes e impresiones del día.

Yo salí a ver qué hacía Dvoiashkin, el francotirador de guardia. Fuera seguía cayendo una fría lluvia y la oscuridad era absoluta.

Los alemanes dispararon una bengala que describió un arco sobre la cañada y descendió suspendida por un paracaídas. La bengala se movía de un lado a otro y caía tan lentamente que parecía que fuera a permanecer ahí hasta la mañana.

Al otro lado de la cañada aparecieron dos figuras bajo la luz de la bengala.

—¿Quién vive? —grité.

No hubo respuesta. Dvoiashkin sacó el subfusil del refugio y vadeo por el agua hasta el otro lado de la cañada. Okrihm Vasilchenko fue tras él. Entretanto, el capitán Aksiónov me llamó.

Pasaron los minutos. Alguien encendió una cerilla junto a la entrada del búnker. La lona se descorrió con un movimiento teatral y Okrihm Vasilchenko golpeó un cubo de acero como si fuera un gong. Él y Dvoiashkin entraron imitando el sonido de una trompeta acompañados de dos invitados muy esperados: Ajmet Jabibulin, nuestro suministrador de provisiones, y el comandante político Stepán Kriájov. Kriájov saludó a todo el mundo con un apretón de manos, se quitó la mochila, cargada hasta los topes, y se la tendió a Ajmet diciendo: «Entrégales esto».

¡Qué bendición! Traían más comida de la que esperábamos: latas de carne en

conserva del «segundo frente» y cajas de *kasha*. Okrihm Vasilchenko fue a buscar unas escudillas de estaño y todo el mundo se puso a comer en silencio. Lo único que se oía eran las bocas al masticar y la comida al deglutir. Estábamos todos famélicos. Hasta el capitán Aksiónov no hacía más que repetir: «*Kasha*, qué rica está, ¿a que sí?».

Sabíamos que Kriájov, como siempre, traía noticias del interior de Stalingrado, periódicos y cartas procedentes de casa. Vasilchenko apenas había empezado a recoger las escudillas cuando Kriájov se llevó la mano a la guerrera, sacó un fajo de cartas y las puso bajo la lámpara. Las repartimos en un abrir y cerrar de ojos y el búnker quedó de nuevo en absoluto silencio. Cada quien contenía el aliento y leía las nuevas que llegaban desde casa.

Okrihm Vasilchenko era el único que no sabía qué hacer mientras los demás disfrutábamos de ese breve instante de solaz. Vasilchenko ya no esperaba cartas de casa; su familia se hallaba en territorio ocupado, cerca de Poltava. En momentos así se hacía difícil mirarlo; nos daba la sensación de que lo mejor era dejar las cartas para cuando él no estuviera, pero ¿cómo resistirse cuando uno acaba de recibir algo de la familia?

Kriájov no era ajeno a lo que ocurría, pues conocía la situación de Okrihm. De pronto, levantó un sobre en el aire y anunció:

—Tengo aquí una carta de una chica de Cheliábinsk. Nos ha pedido que le sea entregada a un soldado especialmente valeroso. ¿A quién creen que debería dársela?

—¡A Okrihm! —respondimos todos sin dudarle un instante.

—¡Claro que sí, a Vasilchenko!

—¡Désela a él, sí, désela!

Y así fue cómo Okrihm Vasilchenko, tras un año y medio de guerra, recibió por fin su primera carta.

Le quitó la carta de las manos a Aksiónov, pero era evidente que le daba miedo leerla. Estaba tan nervioso que no sabía qué hacer. Por fin, rasgó el sobre. Yo estaba sentado junto a él y pude leer unas palabras escritas con una caligrafía firme y claramente femenina. Decían lo siguiente:

Ignoro quién acabará leyendo mi carta. Tengo diecisiete años. Si soy lo

bastante joven para ser su hija, lo llamaré padre. Si es algo mayor que yo, entonces permítame que lo llame hermano. Las niñas y las muchachas de nuestra planta han reunido algunos regalos para los defensores de Stalingrado. Sabemos de las dificultades y los peligros que se viven en las trincheras. Nuestros corazones están con ustedes. Trabajamos y vivimos nada más que por ustedes. Aunque ahora me encuentre lejos, en los Urales, vivo con la esperanza de regresar algún día a mi Minsk natal. ¿Oye el llanto de mi madre?

Vasilchenko dio la vuelta a la hoja y conseguí leer estas últimas líneas:

Destruyan a los nazis. Que su país se ahogue en el dolor y que sus familias lloren ríos de lágrimas. ¡Combatan al enemigo con valor, como nuestros antepasados antes que nosotros!

Las emociones de Okrihm eran perceptibles en su rostro. Dejó la carta a un lado, salió del búnker y volvió momentos más tarde con su subfusil y una bolsa llena de granadas. Evidentemente planeaba alguna temeridad. Me levanté y le cerré la salida con las piernas separadas en posición de marinero. Vasilchenko entendió que no iba a dejarlo ir a ninguna parte.

Dio un paso atrás y se sentó. En un intento de explicarse, decidió revelarnos su insensato plan. Resultó que por espacio de varios días, Vasilchenko y otro francotirador, Kóstrikov, habían estado vigilando un complejo de búnkeres enemigos situado al este, en las laderas de la colina Mamáiev. Habían estudiado todas y cada una de las vías de aproximación al búnker enemigo y habían descubierto el emplazamiento exacto de los centinelas, así como los intervalos del cambio de guardia. Lo único que necesitaban para ejecutar su plan era que llegara el momento oportuno, una distracción en forma de chubasco o tormenta de nieve. Y ahora ese momento había llegado. Kóstrikov, de hecho, se había ido ya del búnker.

—¡Buscad a Kóstrikov y traedlo aquí inmediatamente! —grité a los centinelas.

Aquello no le gustó a Vasilchenko, que arrojó el fusil y la bolsa de granadas a un rincón y se puso a gritar llamándonos traidores. Gritaba de ira y frustración.

El capitán Aksiónov y el comandante político Kriájov se pusieron en pie.

—¡Basta! —le gritó Aksiónov a Vasilchenko—. ¿Qué significa esto, soldado?

Gruesas gotas de sudor perlaban el rostro de Okrihm. Tenía la mirada turbia y la boca desencajada. Su cuerpo empezó a sacudirse. Solo entonces nos dimos

cuenta de que estaba sufriendo un ataque epiléptico. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de que padeciera esa enfermedad.

Okrihm se desplomó como un árbol talado a hachazos. Los dientes le castañeaban con violencia y temblaba. Su cabeza golpeaba mi pecho. Cuando por fin pasó el paroxismo, se quedó dormido, roncando de forma estentórea.

En ese momento escuchamos atentamente a Kóstrikov, que acababa de regresar. Kóstrikov era un tipo enjuto de cabello oscuro. Antes de ser movilizado trabajaba como ingeniero y se le daba bien describir sus observaciones, como si fueran informes científicos. Su plan de ataque no era malo, y hasta el capitán Aksiónov se mostró interesado en él.

La lluvia no cesaba. Sabíamos que los boches estarían durmiendo. No podíamos dejar pasar esa oportunidad. Quién sabe cuándo volvería a caer una tormenta como esa.

La posición de Kóstrikov y Vasilchenko la ocupaban ahora Afinogénov y Scherbina, otros dos marineros a los que había reclutado como francotiradores. En la Armada habían trabajado en la misma sala de máquinas y habían vuelto a encontrarse en Stalingrado. Scherbina era delgado, con el pelo oscuro, la tez pálida y una sonrisita idiota permanentemente estampada en el rostro.

Necesitábamos que nos pusieran al corriente. Primero despertamos a Afinogénov, que dio un brinco como si esperase que alguien fuera a sacudirlo por el hombro.

—Vamos. ¡Conozco todas las vías de entrada y salida de las trincheras alemanas! —dijo.

—Espera un segundo —dije—. Déjame que antes os cuente los detalles.

—Ya lo he oído todo —contestó Afinogénov—. En Stalingrado he aprendido a dormir y prestar atención al mismo tiempo.

Tomamos armas ligeras: subfusiles, granadas y cuchillos. Afinogénov abrió camino, seguido por Scherbina, Stepán Kriájov y yo. Solo nos preocupaba una cosa: meternos en un campo de minas de camino al búnker enemigo. Pero logramos escapar a esa fatalidad; la suerte del soldado estaba de nuestra parte esa noche.

Cuando llegamos a la entrada del búnker, vimos a un soldado alemán de

primera clase con un subfusil al cuello intentando refugiarse de la lluvia bajo un parasol de mujer. Afinogénov reptó al interior de la trinchera. Su cuchillo brilló en la oscuridad. Apuñaló al centinela en el corazón y con la otra mano ahogó los gemidos del nazi. El soldado cayó al suelo sin hacer ruido.

Scherbina y Afinogénov se quedaron vigilando arriba mientras Kriájov y yo nos introducíamos en silencio en las trincheras inferiores. Observé a mi alrededor. Junto a la puerta había una hilera de clavos hundidos en la pared. De cada uno de ellos colgaba un subfusil. Bajo las armas estaban los cascos, y junto a estos, unas linternas. Reinaba un orden absoluto, al más puro estilo alemán. A los lados del búnker había unos catres donde los soldados alemanes roncaban plácidamente bajo las sábanas, con los uniformes colgados encima de la cabeza. En el centro de la sala había una pequeña lámpara eléctrica que bañaba el búnker con una luz tenue y lechosa.

Kriájov y yo tomamos un par de subfusiles como recuerdo. Kriájov desenroscó la bombilla de la lámpara del techo y nos metimos una linterna en el cinto cada uno. A todo eso, los alemanes seguían durmiendo.

Entonces Stepán Kriájov gritó con voz alta y firme:

—Por el asesinato de nuestras madres e hijos a manos de estos cerdos fascistas: ¡fuego!

Nuestros subfusiles vomitaron un torrente de plomo caliente. Los cuerpos de los nazis se irguieron de golpe. Parecían marionetas colgadas de un hilo roto. Volvieron a caer sobre los catres gimiendo y gritando hasta que el plomo cayó de nuevo sobre ellos y los hizo callar. Las sábanas quedaron hechas un bulto confuso.

Stepán Kriájov y yo nos quedamos junto a una de las paredes, moviéndonos lo estrictamente necesario. Llenamos las camas de balas, disparando de un lado a otro de la sala. Los nazis no tuvieron ocasión siquiera de salir de los catres, imposible oponer resistencia.

Como salido de la nada, vi a un alemán acurrucado a mis pies. Iba vestido con ropa interior larga y no tenía ni una mancha de sangre. Nunca sabré cómo logró escapar a aquella descarga. Lo apunté con mi arma, pero Kriájov me agarró del brazo.

—¡Que viva! —gritó.

Los oídos nos pitaban por los disparos, así que Stepán repitió la orden para asegurarse de que la había oído:

—Necesitamos una lengua.

El alemán extendió los brazos sobre el suelo, como diciendo: «¡Me rindo, aunque esté boca abajo tengo las manos arriba!». El alemán hablaba bien el ruso, y eso lo salvó. Había entendido las palabras de Kriájov, así que al empezar la refriega se había echado a mis pies. Hizo exactamente lo que le ordenamos. Se puso un abrigo, se calzó las botas y volvimos a nuestras líneas con un prisionero.

Regresamos a paso ligero. En el búnker nos reunimos con el capitán Aksiónov, Kóstrikov, Jabibulin y Vasilchenko, que ya había descansado. Miraron al alemán de arriba abajo y nos preguntaron por los detalles de la misión.

Se me hizo difícil relatar la historia. Algo de lo que habíamos hecho no me parecía del todo correcto, pero mientras explicaba lo ocurrido me fijé en los ojos de Vasilchenko. Seguían ardiendo de pena, tan oscuros y miserables como el cielo gris que se alzaba sobre nuestras cabezas. Al concluir, añadí, como pensando en voz alta:

—Tal vez estemos condenados, pero por el momento seguimos siendo los amos y señores de nuestra tierra.

Mi obligación

La preocupación constante del soldado es cómo sobrevivir y derrotar al enemigo. Los muertos solo hacen acto de presencia al pasar lista por las mañanas; son los vivos quienes libran las batallas. A mí, además, me competían otras obligaciones: convertir a los soldados en francotiradores. Todo ser vivo lucha por alargar su tiempo de vida. Yo, como es natural, también quería vivir una larga vida, si no físicamente, al menos en espíritu. Era mi creencia que los francotiradores a los que adiestrase serían capaces de vengarme y de proteger a nuestros camaradas de una muerte prematura. Aunque yo tuviera que morir, mis alumnos podrían valerse por sí solos con lo que les había enseñado y contribuir a que la guerra finalizara con la victoria. Por ese motivo, el arte del tiro era lo que regía todos mis pensamientos y acciones.

El primer día de operaciones en las proximidades de la fábrica Octubre Rojo, me llamó la atención un nuevo francotirador llamado Gorozháev. Era un tipo de estatura media con los ojos azules. Tenía la cara surcada de arrugas, de las que no se ven en ningún joven en tiempos de paz. Tenía el cuello corto y la mandíbula pesada. Parecía hosco y retraído.

Tenía razones para serlo. Gorozháev llevaba mucho tiempo en el frente con su compañero sin matar a nadie. Es más, esa misma mañana un francotirador nazi había estado a punto de meterle una bala en la cabeza; por suerte el disparo había impactado en el casco sin herirlo. No obstante, había sido un serio aviso para el francotirador novato: «¡Hay que estar en guardia y cambiar de táctica antes de que sea demasiado tarde o renunciar a ser francotirador!». Gorozháev acababa de

presentar su informe y se sentía avergonzado por su falta de éxito.

Me senté a su lado, saqué la bolsita de tabaco, arranqué un trozo de periódico y lié un cigarrillo. Gorozháev hizo lo mismo y prendimos los pitillos. Gorozháev se sentía más cómodo mirándome a mí, su maestro, a través de una nube de humo de tabaco. La expresión huraña desapareció de su rostro y confesó:

—No acabo de hacerme a esto. Me paso el día mirando por el periscopio hasta que veo las estrellas, pero no hay manera de localizar un blanco. Disparar con el subfusil es más fácil. Te dan la orden y disparas. Pero en cuanto te conviertes en francotirador todo se vuelve más complicado.

—No es que sea más complicado —lo corregí—. Es cuestión de estar atento y tener control sobre uno mismo.

—Si usted lo dice, jefe —concedió a regañadientes.

Le expliqué con calma que el francotirador debe identificar su objetivo al primer golpe de vista, calcular y destruirlo de un solo disparo.

Dado que en el campo de batalla no siempre es posible realizar una evaluación rápida de los elementos, el francotirador debe cultivar dos habilidades de capital importancia: la paciencia y la capacidad para almacenar hasta el último detalle en la memoria. Pequeños cambios en apariencia insignificantes podrían ser en realidad un blanco. El francotirador debe saber reaccionar al instante en cuanto un objetivo valioso se pone a su alcance.

Di por terminada la conversación diciendo:

—Quiero que mañana vayamos a trabajar juntos.

El día siguiente a las cuatro de la madrugada los francotiradores ya habían terminado de desayunar y se dirigían a sus posiciones. Gorozháev me acompañó a una nueva posición al otro lado del depósito de trenes, donde un francotirador nazi había abatido a varios de nuestros soldados y comandantes. Antes, sin embargo, me llevé a mi nuevo compañero al búnker del subcomandante del batallón, el teniente Arjip Sujárev. Sujárev acababa de resultar herido en la zona donde operaba el dicho francotirador nazi y esperaba su turno para que lo evacuaran a la ribera opuesta del Volga.

Al entrar en el búnker encontramos a Sujárev tendido en el suelo bajo una

manta. La enfermera Klava Svíntsova se disponía a cambiarle las vendas. La ayudaba Dora Shájnovich, que sostenía una botella de plasma con la mano. El teniente se incorporó y estiró las piernas. Tenía la cara pálida y en las comisuras de la boca se le veían restos de sangre; parecía estar agonizando.

Su mirada se posó en mí: en la expresividad de sus ojos se adivinaba un inmerecido reproche, como si nos dijera: «¿Cómo es posible que no hayáis cazado a ese francotirador nazi antes de que me metiera una bala en la espalda?».

No intenté explicarme ni justificarme. Solo quería asegurarme de que Gorozháev viera los ojos del teniente, y así fue. Gorozháev sintió su mirada y comprendió la importancia de los francotiradores a ojos de un comandante. Sin mediar palabra, salimos del búnker.

En el distrito fabril se libraba una batalla feroz. Las ametralladoras disparaban en todas direcciones.

—¿Dónde se ha apostado su francotirador? —le pregunté a Gorozháev—. ¿Y cómo vas a localizarlo con todo este ruido y tantas distracciones? ¿Qué pistas tienes para averiguar dónde se oculta?

Parecía un profesor interrogando a un alumno.

Gorozháev se encogió de hombros.

—Que me lleve el diablo si lo sé.

—Ni el diablo podría saber dónde se esconde. Para empezar necesitas un testigo que pueda decirte dónde y cómo fue herido Sujárev.

Logramos localizar a un soldado de la compañía que nos relató lo siguiente:

—El teniente y Zíkov, el médico, iban caminando desde la sala de herramientas a la sala de calderas, donde están las ametralladoras. Al llegar al umbral, el teniente se tambaleó hacia delante y empezó a salirle sangre por la boca. Salí corriendo para ayudarle. En cuanto me incliné sobre él, una bala me desgarró el hombro izquierdo. Nos parapetamos tras la caldera, donde Zíkov nos vendó...

—¿Cuántos soldados y oficiales han recibido impactos de bala en esa puerta? —pregunté.

—Hoy, tres soldados, más el teniente —respondió.

Era evidente que un francotirador alemán experimentado tenía puesta esa puerta en su punto de mira.

—Tenemos que tomar posiciones cerca —le dije a Gorozháev.

Fuimos a la sala de calderas. Coloqué el periscopio de artillería sobre el alféizar de una ventana hecha añicos, y Gorozháev hizo lo mismo.

Nuestro enemigo era astuto. Actuaba bajo la cobertura de sus compañeros. Los soldados dispararon una bala contra mi periscopio, luego otra. El francotirador enemigo camuflaba el sonido de su arma con el estruendo de las ametralladoras. Pero ¿dónde estaba?

Pasamos ahí tres horas sin que nos sonriera la suerte. Gorozháev ya empezaba a rezongar, diciendo que ahí no había ningún francotirador. Yo guardaba silencio. Tenía que darme cuenta por mí mismo de si había cometido o no un error.

A nuestra derecha, los fusileros nazis lanzaron un ataque contra la planta de empaquetado de carne. La batalla se extendía a nuestras líneas, pero Gorozháev y yo permanecemos inmóviles. Mientras observábamos, justo frente a nosotros, un fusilero nazi apareció por detrás de la rueda de un vagón de tren; luego otro, y otro, y así hasta diez. Se deslizaban por el terraplén y desaparecían tras los escombros. ¿Adónde irían? En ese instante un disparo estalló a solo unos pocos metros. Un escuadrón enemigo acababa de entrar por la puerta en dirección de la ventana donde estábamos apostados. Gorozháev contrajo el rostro, abrió mucho los ojos y empezó a lanzarles granadas. Por mi parte, yo abrí fuego contra el grupo. Tras abatir a varios de ellos, el resto huyeron corriendo.

Volvió la calma. Gorozháev y yo retomamos la búsqueda del francotirador enemigo. El campo de batalla volvía a parecer desierto. Los soldados alemanes caídos estaban repartidos por el suelo como si fueran girasoles tronchados, con las cabezas apuntando en distintas direcciones. Uno de ellos todavía estaba vivo y pedía ayuda a sus amigos, pero nadie acudió. Esos hombres no servían ya para nada. Sus gritos de ayuda podrían haber sido un buen cebo para atraer a otros nazis, pero nunca se me habría pasado por la cabeza dispararle a un enfermero.

En ese momento apareció el capitán Vasili Rakitianski. El capitán trabajaba en la oficina política de la división y era un curtido instructor político. Se tendió junto a uno de los socavones de la pared e introdujo un altavoz entre los ladrillos. Le pedí

que me escuchara antes de que diera comienzo a su «retransmisión».

El capitán aprobó mi plan y consintió en ayudarnos; aceptó retransmitir propaganda en alemán para que el francotirador perdiera la concentración y actuara con menos cautela. Sin embargo, nuestras previsiones resultaron erróneas: en respuesta a la voz de Rakitianski recibimos una ráfaga de fuego de ametralladora. Los alemanes disparaban con furia contra el altavoz, y nosotros respondíamos con los fusiles. Bastaba un poco de propaganda para que los tiradores alemanes dejaran las precauciones a un lado. En pocos minutos, mandamos a seis de sus operadores al «batallón de los cielos», pero el francotirador seguía sin revelar su posición.

Entonces comenzó un breve bombardeo. Las bombas caían sobre los restos de las paredes, sobre la maquinaria de la fábrica y sobre las montañas de ladrillos rotos. Nos refugiábamos en un hueco junto a la caldera.

—Dondequiera que va el instructor Rakitianski, ahí van las bombas —bromeó un compañero.

—¿Y no podría ser al revés? —respondió Rakitianski—. ¿Dondequiera que caen las bombas, ahí voy yo?

El bombardeo alemán terminó y regresamos a las posiciones. Rakitianski había soltado el altavoz durante el bombardeo y había caído en una grieta. Alargó el brazo e intentó sacarlo del agujero. Era el momento que el francotirador nazi había estado esperando. La bala alemana desgarró el antebrazo del capitán, pero con ello el francotirador había revelado también su posición. Lo divisé bajo el vagón de un tren, entre cuyas ruedas se había apostado.

Quise darle a Gorozháev la oportunidad de disparar. Le dije que se apostara en el interior del taller, mientras yo me quedaba delante, junto al altavoz, para atraer la atención del francotirador. Pero Gorozháev se apresuró demasiado; su bala pasó a través de una ranura en la rueda del tren, impactó en el raíl, rebotó y se perdió en la distancia. El francotirador nazi estaba ileso; peor aún: el disparo de Gorozháev lo había puesto en guardia.

Pasamos la noche en el taller; al amanecer, el teniente Bolshápov bajó en persona por el horno de la caldera para llevarnos un cubo de agua.

—¡Lávense, frótense bien los ojos y a trabajar! —dijo.

Cuando nos hubimos refrescado, volvimos a las posiciones. Yo me encargué

de la vigilancia, mientras Gorozháev permanecía inmóvil con el fusil.

—¿Qué hay que hacer para que el nazi se deje ver? —le pregunté retóricamente.

—No lo sé —respondió.

—Entonces, observa.

El altavoz del capitán Rakitianski seguía en el mismo lugar. Introduje la mano entre los ladrillos, alcancé el borde del aparato y lo encendí. Se oyó un chisporroteo eléctrico. Rakitianski me había enseñado a decir algunas obscenidades en alemán, así que las grité por el aparato. Mi voz distorsionada reverberó entre nuestra posición y el depósito de trenes. Es posible que Gorozháev supiera algo de alemán, porque se echó a reír.

Sonó un disparo. La bala pasó volando junto a mi oreja. En efecto, el francotirador se había apostado frente a nosotros y buscaba la confrontación. Dos disparos más, uno tras otro. El nazi disparaba con rapidez y decisión. Me tenía acorralado contra los ladrillos junto al altavoz. Bastaba con moverme un poco para que una bala explosiva pasara silbando junto a mi cabeza.

Pasó una hora, dos horas. El sol me calentaba el costado derecho. Me hice el muerto. Podía hablar con Gorozháev, pero no me atrevía a mover la cabeza ni los brazos. Miré hacia el sol y los rayos me deslumbraron. Cerré los ojos con fuerza y se me ocurrió una idea: ¡cegar al francotirador con el reflejo de la luz! Llamé a Gorozháev y le dije:

—Busca un espejo y dirige la luz del sol hacia sus ojos.

Gorozháev sacó el cuchillo y se puso a arrancar el espejo de un periscopio de artillería. Entretanto, otra bala hendió el aire a pocos centímetros de mi nariz.

—¡Aprisa! —grité.

Gorozháev encaró el espejo y cuando creyó que tenía cegado al francotirador dijo:

—¡Listo, jefe!

Contuve el aliento. Esperaba que Gorozháev supiera lo que estaba haciendo.

Salí corriendo del punto en el que me había acorralado el alemán. No hubo disparos. Luego cogí un maniquí que tenía preparado y lo puse en mi lugar.

Para el nazi todo seguía igual. Había cambiado de posición para evitar el reflejo del espejo y ahora podíamos verlo sin problemas entre las ruedas del tren.

Teníamos que buscar otra posición desde la cual pudiéramos verle al menos la cabeza. Supuse que debía de respirar tranquilo, convencido de que había matado al francotirador del altavoz. Mientras, Gorozháev y yo reptamos hacia un lado, en busca del lugar idóneo. Pusimos toda nuestra atención en permanecer fuera de su vista.

Unos treinta metros al este de la sala de calderas había una gran cuba que había contenido alquitrán, y, sobre esta, la plataforma de un montacargas hidráulico. La plataforma era accesible a través de una escalerilla. Montamos en ella y descendimos al interior de la cuba. Las paredes del contenedor todavía tenían restos pegajosos de alquitrán reseco, y el olor era molesto.

Arrancamos uno de los tablones de la plataforma y lo colocamos bajo nuestros pies. En las paredes de la cuba había varios agujeros; elegimos el menos visible como tronera. Desde ahí, teníamos una perspectiva perfecta del vagón donde se había colocado el francotirador nazi. Las ruedas del coche nos impedían verlo a él, pero estábamos dispuestos a esperar. Aparte del hedor a alquitrán, habíamos encontrado la posición perfecta.

Transcurridos treinta minutos, el francotirador nazi salió de debajo del vagón. Estiró los brazos orgullosamente y se cargó el fusil al hombro. Echó a caminar por la trinchera. Al encontrarse con un camarada suyo, se detuvo, tomó el rifle y lo levantó para demostrarle cómo había disparado.

Yo los observaba con los prismáticos mientras Gorozháev seguía los movimientos del enemigo a través de la mira telescópica.

—Tómate tu tiempo —le dije—, deja que hable, que le explique cómo ha matado al ruso del altavoz.

—Bien, jefe —dijo Gorozháev, apuntando lenta y meticulosamente.

—Espera a que vuelva la cara hacia ti —dije.

—Lo tengo en el punto de mira.

En ese momento, noté que el nazi había visto el reflejo de la mira de Gorozháev. Su expresión pasó de la jactancia al espanto; alzó el fusil y nos apuntó.

—¡Fuego! —dije. Mi voz salió como una exhalación.

Gorozháev disparó, y la bala abatió al nazi. Al caer, el fusil se quedó atravesado entre las paredes de la trinchera, cerrándole el paso al otro alemán. Me había fijado en que el segundo hombre llevaba una Cruz de Hierro de primera clase en el pecho. Apreté el gatillo y la bala atravesó la medalla del alemán, que salió despedido hacia atrás con los brazos abiertos.

Abandonamos nuestra posición muy tarde, pero satisfechos. Teníamos motivos para estarlo. Gorozháev se había anotado un tanto y había vengado a sus camaradas, mientras que yo había conseguido instruir con éxito a un alumno, lo cual obraba en beneficio de mi seguridad y del progreso de nuestro común esfuerzo.

Andábamos siempre en busca de prisioneros. Necesitábamos información de inteligencia relativa a nuestra zona del frente, y tanto los oficiales como los comisarios políticos nos presionaban continuamente para que hiciéramos prisioneros y los lleváramos a nuestras líneas en un estado que les permitiera proporcionarnos información.

Esa noche, después de cenar, supimos que un alemán había sido capturado frente a las posiciones de nuestros francotiradores. La captura había sido orquestada por el comandante de morteros de nuestro batallón, el capitán Krásnov.

A su manera, todos los francotiradores sentían celos de la brigada de morteros. Okrihm Vasilchenko trató de ahogar el bochorno con vodka y cigarrillos, pero en general todos estábamos demasiado avergonzados como para mirarnos a los ojos. El segundo hombre del Komsomol del batallón se presentó y tuvo lugar una reunión informal. Yo fui el primero en tomar la palabra.

—¿Cómo es posible —dije— que los hombres de Krásnov hayan capturado a un nazi y no nosotros, si somos quienes estamos en la línea del frente día y noche y conocemos hasta el último rincón de la zona?

—¿Cómo es posible —preguntó Víktor Medvédev— que no hayamos visto a los hombres de Krásnov pasar a territorio alemán, en primer lugar?

Ni siquiera los habíamos visto. Generalmente, la brigada de morteros operaba detrás de nosotros. Nadie podía explicarse que los hombres de Krásnov hubieran

pasado por nuestro lado sin que nos hubiéramos percatado.

Reprendí a mis hombres por su descuido. Les recordé que nuestra mejor fuente de información eran nuestros compañeros y que debíamos mantener la comunicación con ellos en lugar de actuar como lobos solitarios.

—Si un francotirador no confía ante todo en sus compañeros —continué mientras los demás guardaban silencio—, si se separa de ellos y empieza a operar por su cuenta, si se encierra como un caracol en su caparazón, ese hombre no puede aspirar sino al fracaso.

Mis hombres se pusieron a hablar. Mi regañina les había tocado la moral. Kóstrikov dijo que había matado a un total de veintiséis nazis, mientras que Sidorov solo había matado a diecisiete. Kóstrikov añadió que no valía la pena comparar su lista con la del «campeón» Sidorov.

—¿Qué estás insinuando? ¡Habla claro! —gritaron los otros.

—No tengo nada que esconder. Que lo explique Sidorov. Si algo no es como dice, ya lo corregiré.

Sidorov se puso en pie y miró tranquilamente a los presentes. Tenía un aspecto imponente: el rostro afilado, la gran nariz aguileña, la mandíbula prominente y el cabello ondulado, de color castaño claro, peinado hacia atrás. Su torso era ancho, y los hombros, recios. Antes de hablar, sacó su bolsa de tabaco y empezó a armar un cigarrillo.

—¿Qué es este silencio? ¡Si tienes algo que decir, suéltalo! —gritó alguien.

—¿Qué pasa, estás ciego? Estoy liando un cigarrillo y ordenando mis ideas. No sé dar un discurso y liar un cigarrillo al mismo tiempo.

Sidorov encendió el pitillo, exhaló una bocanada de humo y retó a Kóstrikov a un duelo de miradas. Sidorov sacudió la cabeza y empezó a hablar.

—Aquí el gallina este dice que no quiere compararse conmigo. ¿Acaso te he pedido que te compares conmigo, Kóstrikov? Estoy harto de tus historias y de tus órdenes.

Kóstrikov se puso en pie. Tuve que interponerme entre ambos para evitar que llegaran a las manos.

—¿Qué ocurre entre vosotros? —pregunté.

—Él ha empezado —dijo Kóstrikov—, ahora yo terminaré.

El asunto del Komsomol había quedado olvidado y la atención de todo el mundo estaba centrada en averiguar qué era exactamente lo que había ocurrido entre Kóstrikov y Sidorov.

Sidorov había prendido la mecha, y Kóstrikov, como buen georgiano, tenía la mecha corta.

—Hace dos días —dijo Kóstrikov—, los fascistas comenzaron a avanzar en pequeños grupos por la ladera de la colina Mamáiev. Cubrían sus flancos con fuego de ametralladora. Si nuestros soldados querían atacarlos antes de que superaran nuestras posiciones, debían exponerse a las ametralladoras.

La narración de Kóstrikov nos era familiar a todos, tanto a los que habían estado presentes el día de los hechos como a los que no.

—Yo me dediqué a abatir a los operadores de las ametralladoras —continuó—, como se nos había ordenado, pero Sidorov se dedicó a disparar a los fusileros alemanes, que eran un blanco fácil, para incrementar su lista. ¡Mientras él estaba ocupado sumando tantos en su cuenta, las ametralladoras alemanas barrían a nuestros camaradas heridos! Nadie sabe si aquellos cuatro chicos sobrevivirán o no. Para Sidorov es más importante ganar puntos que salvaguardar la vida de sus camaradas.

—No hay guerra sin muertos —replicó Sidorov—. ¡No puedes echarme la culpa de lo ocurrido!

Las justificaciones de Sidorov no convencieron a nadie. Esa noche lo acompañé a su sector. Nos camuflamos cerca de una zanja de drenaje de la cañada de Dolgi y montamos guardia sobre la zona adyacente a un fortín alemán. La ametralladora del fortín disparaba con ritmo constante, y las trazadoras dibujaban estrías en el aire formando un ángulo abierto.

—¿Por qué no has dicho que había una ametralladora operativa por las noches? —le pregunté a Sidorov.

—Esas balas no pueden alcanzarnos —respondió.

—¿Estás loco? — dije—. ¡No te quiero más aquí! Mañana solicitarás el traslado a otro sector.

Más tarde esa misma noche, Okrihm Vasilchenko y yo llevamos un fusil antitanque hasta el fortín y nos deshicimos de la ametralladora. Bastaron dos disparos. El primero impactó lo bastante cerca como para asustar al tirador, que empezó a disparar a discreción. Sus erráticos disparos nos permitieron ganar tiempo para un segundo tiro, con el que hicimos saltar por los aires la ametralladora y a su operador.

Justo antes del alba, fue a verme un mensajero.

—El comandante del batallón desea verlo.

—¿Para qué? —pregunté.

—Lo sabrá enseguida. El comandante del batallón lo ha convocado. «Que Záitsev se entere de qué clase de chiflados son sus francotiradores», ha dicho.

En el búnker del comandante de batallón estaban interrogando al prisionero capturado por el capitán Krásnov. El prisionero, un soldado bajito y fornido, le suplicaba al capitán que no le disparara, alegando que tenía mucha información y que estaba dispuesto a facilitársela toda en cuanto lo llevaran al cuartel, pero no ahí. Evidentemente creía que en cuanto hablase dejaría de sernos útil y lo ejecutaríamos. Otro soldado con la cabeza lavada por la propaganda nazi. Durante esa fase de la batalla capturamos a muy pocos prisioneros porque la mayor parte de los alemanes preferían luchar hasta la última bala antes que rendirse.

El interrogatorio terminó, pero logré enterarme de los detalles de cómo el soldado había sido hecho prisionero.

Dos días atrás, el capitán Krásnov había sabido por dos de nuestros exploradores de la existencia de un emplazamiento antitanque, así que decidió comprobar en persona si la información era exacta. Krásnov planeó la expedición a conciencia, hasta el último detalle. Él y dos de sus soldados se pusieron unas capas de camuflaje capturadas a los nazis encima del uniforme. Llevaban subfusiles y granadas alemanas de mango largo colgadas al cinto. El capitán Krásnov, al que le gustaba sentir la adrenalina, decidió tentar al destino.

Los tres hombres pasaron desapercibidos a través de nuestras posiciones y cruzaron la línea del frente. Atravesaron las alambradas y los campos de minas en

tierra de nadie y llegaron a territorio enemigo.

El capitán descubrió un cable telefónico y él y sus hombres lo siguieron hasta el puesto de mando alemán. Poco después encontraron a un soldado alemán que estaba reparando la línea. El soldado comentó que estaba harto de arreglar los desperfectos de la línea, que lo acosaban día y noche, y que el comandante de su batería lo trataba como a un imbécil.

—Muy bien, soldado, te echaremos una mano —dijo Krásnov, que sabía algo de alemán.

El soldado se sorprendió al oír el acento de Krásnov.

—¿Sois serbios? —preguntó.

—Sí, somos serbios —respondió Krásnov, pero consciente de que tarde o temprano el soldado se daría cuenta del engaño, ordenó a sus hombres que noquearan al nazi; lo amordazaron con un guante y se lo llevaron a rastras a territorio ruso.

—Pero ¿cómo se las arreglaron para pasar desapercibidos por nuestras líneas? —le pregunté al capitán.

El capitán sonrió antes de contestar.

—Cuando el pescador ve que tiran de la caña, podrías prenderle fuego a los pantalones y ni siquiera se daría cuenta. Es un efecto psicológico. Téngalo en cuenta. No reprenda a sus hombres, pero enséñeles a ser más cautos.

No podía sino darle las gracias.

Como francotirador, uno no puede obviar los factores psicológicos que actúan a la hora de atacar un objetivo importante. Si, luchando contra un enemigo inteligente, te dejas llevar por el acaloramiento, dejas de prestar atención a lo que ocurre a tu alrededor. Olvidas tomar las precauciones necesarias. El capitán Krásnov acababa de enseñarme una lección importante.

Confianza

Con la caída de la noche nos dirigimos al emplazamiento de artillería de Iliá Shuklin, uno de los destructores de tanques más distinguidos de nuestra división. Shuklin se había labrado un nombre ya en la batalla de Kastornie, y su equipo — todos y cada uno de sus miembros— era tan valiente y audaz como su comandante.

Uno de los hombres de Shuklin nos llamó. Llevaba un subfusil en las manos y granadas colgadas al cinto. Se plantó frente a nosotros y apuntando la boca de su arma contra mi pecho dijo:

—Alto o disparo.

Sin perder la calma, aparté el cañón y dije:

—No sea ridículo, Feófanov. Aquí todos estamos en el mismo bando.

—Tenía que comprobarlo —respondió el soldado.

Así era mi amigo, Vasili Feófanov, quien más tarde se convertiría en uno de mis alumnos. Feófanov dio un silbido y por detrás de una pared de hormigón apareció otro soldado para reemplazarlo. Nos dirigimos al sótano para ver al comandante de la batería. A poca distancia estaba la famosa chimenea con los lados agujereados. Los cables telefónicos de casi todos los regimientos de artillería del ejército pasaban por esa estructura; el nodo principal de todas las actividades de exploración del Ejército Rojo. El enemigo lo sabía, y a pesar de los cientos —acaso miles— de obuses y bombas lanzados para destruirlo, la actividad de nuestros exploradores no cesaba en ningún momento. Recientemente, no obstante, habían aparecido varios francotiradores nazis y habían empezado a abatir a los observadores de la artillería soviética. A medida que disminuía el número de observadores, lo mismo ocurría con la precisión de los bombardeos de nuestra

artillería.

Los artilleros habían pedido refuerzos a su comandante, el general de división Pozharski, y ese era el motivo de que nos hubiéramos convertido en los invitados de Shuklin.

A pesar de la primera impresión, Iliá Shuklin era un hombre atento y de gran corazón. Cuando quería recompensar a un soldado por haber hecho bien su trabajo, lo levantaba del suelo abrazándolo como un oso. Y ahora acababa de agarrarme a mí.

—Ah, Vasili, ¿en qué estaría yo pensando cuando le di la espalda en Krasnoufimsk? Claro que, a simple vista, ¿quién iba a decirlo? En fin, escuche lo que ocurre. Los francotiradores nazis están hostigando a los observadores que tenemos en la chimenea. No dejan que nuestros chicos se acerquen, y no tenemos la menor idea de dónde vienen sus disparos. Por favor, Vasia, ayúdenos.

Arriba retumbaba la artillería, pero ahí, en las profundidades del cuartel subterráneo de Shuklin, nadie le prestaba la menor atención. Las ametralladoras y las granadas ni siquiera eran audibles.

Shuklin nos enseñó el búnker.

—Esta será su habitación, camaradas francotiradores. Relájense y pongan las armas a punto.

Retiró una lona que hacía las veces de puerta y vimos una habitación con tres catres. Morózov, Shaikin y Kúlikov dormirían ahí, y Vasilchenko, Gorozháev, Volovátij y Driker, en la sección contigua.

—Y ahora, usted y yo iremos a mis dependencias —me dijo Shuklin—. Ha llegado un oficial de inteligencia de la división política del ejército, y está interesado en saber cómo piensa afrontar el duelo contra los francotiradores nazis. Es de los nuestros, un veterano de los Urales, con mucha guerra a cuestas.

Cruzamos un corredor, doblamos una esquina y entramos en la sala del comandante. En lugar de catres había literas de verdad. En el centro, había una mesa construida con restos de madera, y encima, una hogaza de pan de centeno cortada a rebanadas y —cosa insólita— un plato de blinis caseros fritos. El olor era embriagador.

Al otro extremo de la mesa, junto a una lámpara, estaba sentado un hombre de cabello castaño que leía una libreta. Llevaba insignias de capitán o comisario político. Recordé haberlo visto el día de mi llegada a Stalingrado, al cruzar el Volga. Se encargaba de alejar a los marineros de los muelles.

En ese momento, sin embargo, mi atención estaba más centrada en los blinis que en cualquier otra cosa. Eran todo un lujo y no pude evitar relamerme de impaciencia.

—Veo que se cuida usted, camarada teniente —le dije a Shuklin—. ¿En su cocina no habrá también *pelmeni*, por casualidad?

—Es posible, es posible —dijo Shuklin—, pero antes comámonos los blinis. Si esperamos, mis hombres se los acabarán.

Shuklin me hizo sentar a su lado en la mesa y nos pusimos a comer. El hombre de las insignias esperó demasiado: cuando, sin apartar la vista de la libreta, alargó la mano, el plato ya estaba vacío. Sorprendido, levantó la cabeza y su mirada se encontró con mi sonrisa.

—Veo que ha recibido refuerzos, camarada Shuklin. ¿De las reservas del comandante?

—Efectivamente, de las reservas —respondí yo—. Concretamente de la colina Mamáiev.

Como si no hubiera percibido la ironía de mi respuesta, el hombre sonrió y me ofreció la mano.

—Iván Grigóriev.

—Vasili Záitsev —respondí, y nos estrechamos las manos.

—Dígame, ¿qué les ha pasado a sus francotiradores en la colina? —preguntó como si quisiera averiguar qué hacíamos ahí, en la fábrica Octubre Rojo.

La pregunta me dejó perplejo.

—Hemos venido por orden del comandante —respondí.

—Claro, por supuesto —dijo él—. Pero lo que me interesa saber es otra cosa...

«¿Qué habrá querido decir?», me pregunté, algo irritado.

—En primer lugar —dije, levantando la voz sin querer—, los combates en la colina Mamáiev son tan intensos como aquí, y en segundo lugar... —Tomé aliento para continuar, pero Grigóriev me cortó.

—No se altere. —Tras una breve pausa se dirigió a mí por mi nombre—: No me ha entendido usted bien, Vasili. Me refiero a su moral. No pongo en duda sus logros. De hecho, llevo un mes relatando sus hazañas en mis informes. La colina Mamáiev es clave para nuestra defensa; lo que me interesa es cómo están actuando usted y el resto de francotiradores...

De pronto caí. El capitán Grigóriev era periodista. Eso me animó a hablar. Sacó unos cigarrillos y empecé a contarle todo lo que había pasado y pensado durante mi estancia en la colina.

—... Así que reptamos colina arriba, cerca de las torres de agua. La mayoría estaban heridos, y algunos, muertos, pero yo salí ileso. Suerte, dicen. Los heridos fueron enviados al hospital, pero yo, el «tipo con suerte» seguí con vida, arrastrándome por el lodo de las trincheras. Fue entonces cuando me hicieron venir a la ribera del Volga. —Dicho esto, miré a Grigóriev—. He venido aquí, lejos de la zona de peligro, cumpliendo órdenes, pero algunos parecen creer que yo tengo la culpa de que no me hayan matado en la colina Mamáiev.

—No, lo entiendo, y le creo —interrumpió Grigóriev—. Pero no sea truculento, deje de hablar de los muertos.

—Muy bien —dije.

—No haga caso de lo que dice la gente —explicó Grigóriev—. Están celosos. Tienen envidia de los elogios que se han derramado sobre usted. Si lo han enviado aquí, es porque lo necesitan. Ahora verán cómo trabaja usted todos esos fantoches que lo llaman «desertor».

Grigóriev exageraba mi importancia, pero le agradecí sus palabras. Es importante que alguien te entienda y te crea.

¡Qué poderosas pueden ser la fe y confianza! Cuando nadie te cree, el alma se te seca, pierdes la fuerza y te conviertes en un pájaro con las alas rotas. Pero cuando la gente confía en ti, te vuelves capaz de cosas que jamás habrías soñado. La confianza es la fuente de inspiración del soldado, y la fe, la madre de la amistad y

del valor. Desde el punto de vista de un comandante, la fe y la confianza son la clave para ganarse el corazón de sus soldados, esa reserva de energía oculta que ni el soldado sospecha que lleva dentro.

Puedo decir por experiencia que si mis camaradas no hubieran creído en mí, si en algún momento hubieran dudado de los resultados de mis misiones como francotirador solitario, probablemente no habría corrido los riesgos que corrí. Es más: con el fin de que todo el mundo confiara en mis resultados, jamás me anoté un «tanto» sin tener la completa seguridad de que mi objetivo estaba muerto.

Era, pues, comprensible que en ocasiones hubiera discrepancias entre las cifras citadas en los informes y las de mi lista personal. A veces los observadores hinchaban las cuentas porque se limitaban a contar las balas que había disparado. Para ellos, tres disparos equivalían a «tres» muertos. Evidentemente, los observadores no podían ver a mis objetivos tan bien como yo, por lo que no tenían modo de comprobarlo. Yo era el único que sabía si mis balas daban o no en el blanco.

Este sistema de «llevar las cuentas» suponía cargar a los francotiradores con una tremenda responsabilidad. La regla primordial era la de la confianza mutua. Nosotros teníamos confianza absoluta en la cifras de los observadores, y ellos aceptaban nuestra palabra cuando les decíamos que habíamos abatido un blanco.

Cuando existía la posibilidad de que los francotiradores enemigos fueran una amenaza, tratábamos de impedir que nuestras tropas se dejaran ver, y para ello colgábamos unos letreros en los que ponía: «¡Atención! Zona vigilada por los francotiradores nazis». Colgábamos los letreros en las zonas donde estábamos trabajando, y no los retirábamos hasta estar seguros de haber liquidado a los francotiradores enemigos.

Le conté todo eso a Grigóriev. Le hablé del honor del francotirador, de mis camaradas y de las cosas que había descubierto estudiando las tácticas de los grupos de francotiradores. Con el tiempo, todo eso se convirtió en materia de discusión en uno de los departamentos de la Stavka (el cuartel general); Grigóriev se las arreglaba para no perder detalle de mis operaciones y pasaba sus informes al alto mando en forma de artículos.

Cuando Grigóriev se marchó, supe que debía volver enseguida a la batalla contra los tiradores que estaban diezmando a nuestros exploradores de artillería. Esa misma noche me entrevisté con varios soldados que habían sido testigos de la muerte de los exploradores. Iliá Shuklin nos ayudó a dibujar mapas que les

permitieran a mis hombres ver desde qué puntos, y en qué ángulos, les habían disparados a nuestros hombres. Para ello reconstruimos la trayectoria más probable de las balas y, a partir de ello, la distancia del enemigo con respecto a la parte superior de la chimenea. Basándonos en esos cálculos y esquemas y en el análisis minucioso de las marcas de bala del habitáculo del periscopio utilizado por nuestros observadores, ideamos un plan de acción para la mañana siguiente.

A diferencia de en la colina Mamáiev, en nuestra nueva posición la vista del horizonte quedaba obstruida en todas direcciones por los escombros de la fábrica. Dondequiera que mirásemos, había refuerzos de acero retorcidos, estructuras metálicas vueltas del revés, techos derrumbados y paredes derruidas. Para tener una buena perspectiva de la cima de la chimenea, los francotiradores enemigos tenían que situarse a una distancia considerable de los escombros o encontrar una apertura entre los cascotes que les permitiera disparar sin obstáculos. No había otra opción. Así pues, empezamos a buscar posibles aberturas. Nuestras miras nos permitían ver literalmente las córneas de los soldados nazis, pero para eso necesitábamos tiempo. Por el momento, nos limitamos a disparar contra los nidos de ametralladoras más peligrosos.

Hacia mediodía, había vaciado todo un cargador, igual que mi compañero, Nikolái Kúlikov. Morózov y Shaikin habían vaciado dos cargadores cada uno, y Gorozháev y Vasilchenko iban en camino de ello. Por la noche, para asegurarnos de que habíamos limpiado la zona, le pedí a Shuklin que apostara un maniquí en lo alto de la chimenea, pero el insensato de Shuklin decidió subir él en persona. Como era un oficial, yo no podía impedirselo, pero mientras subía el corazón me latía desbocado.

—¡Artillería! ¡Un disparo contra el punto de referencia uno! —gritó por teléfono.

Pasó un minuto y oí el retumbar de la batería.

—Buen disparo. Ahora, dos más contra el punto de referencia dos. ¡Fuego!

Así fue cómo Iliá Shuklin nos dio las buenas noches, con fuego de artillería.

A la mañana siguiente, los observadores pudieron volver a su trabajo. Cuando nuestros cañones del otro lado del Volga empezaron a disparar, me di cuenta de lo agotado que estaba. La cabeza me zumbaba y los ojos me escocían como si alguien me los hubiera frotado con cristales. Me moría por dormir —aunque fuera una

hora —, así que me tumbé en el primer sótano que encontré. Me quedé dormido, sin sospechar que la reaparición de los observadores provocaría una respuesta contundente por parte del enemigo.

Seguía dormido cuando algo me golpeó con fuerza en el hombro. Me levanté de un brinco y agarré el fusil. Se oía un gran estruendo, del techo caían ladrillos y las paredes estaban rodeadas por grandes lenguas de fuego. Encontré una salida, me fui corriendo del sótano y me pegué al suelo. Caían bombas a derecha e izquierda: una, dos, tres... caían cerca, a solo treinta o cuarenta metros. La fuerza de la onda expansiva me hizo salir despedido varias veces, hasta que terminé en el fondo de una zanja. Miré al cielo y vi una formación de bombarderos lanzándose en picado para ganar altura en el último momento, dejando tras de sí una columna de humo.

Cuando terminó el bombardeo, los nazis pasaron al ataque por tierra. Gracias a la cobertura aérea, los alemanes se habían agrupado junto a las paredes de la fábrica y ahora disparaban a través de los agujeros de las paredes y corrían por los pasillos que comunicaban los talleres. Podía oír sus gritos y el bramido gutural de los oficiales.

Como si hubieran estado esperando ese momento, nuestras ametralladoras abrieron fuego. Empezaron a caer granadas, y por el sonido de las explosiones pude distinguir a los nuestros del enemigo. Corrí a ayudar a mis camaradas. Mi posición era excelente y desde ella pude disparar con precisión contra los nazis que lograban penetrar en nuestras líneas. Seguí disparando hasta la última bala.

La batalla no cesó hasta entrada la tarde. Tenía que pasar revista a mis francotiradores. Nuestro punto de encuentro era la chimenea, ya que era visible desde todas partes. De camino hacia ella, me crucé con los restos de las 39.^a y 45.^a Divisiones. El caos era absoluto. Pese a nuestra resistencia, el enemigo había logrado hacerse con la parte norte de la fábrica Octubre Rojo, y eso le había permitido pasar a la ribera del Volga.

En respuesta a esa crisis, el coronel general Chuikov había llamado a la reserva, que incluía un gran número de combatientes de los Regimientos de Bogunski y Tarashanski de la 45.^a División de Shor. Su misión era barrer a los nazis que acababan de llegar al Volga.

Al anochecer llegué a la chimenea. En el claro, al este del punto de encuentro, encontré a Kúlikov, Gorozháev, Shaikin y Morózov. Vasilchenko, Volovátij y Driker no se habían presentado.

Cuando hubimos terminado de limpiarnos los cortes y las magulladuras, salimos en busca de los tres desaparecidos. Los encontramos por la mañana, en una enfermería situada en la orilla del Volga. Driker, Volovátij y Vasilchenko no habían ido hasta ahí por voluntad propia: Volovátij y Vasilchenko habían recibido el impacto de un obús y no podían tenerse en pie, y Driker tenía fiebre y vomitaba. Tenían la cara hinchada y los ojos rojos, y estaban tendidos sobre las piedras de la orilla, sin cama de ningún tipo. Los heridos eran tantos que los médicos todavía no habían podido atenderlos, y en esos momentos era imposible pasar al otro lado: ni un solo barco cruzaba el Volga.

Reuní a mis francotiradores y me los llevé por la cañada de Banni hasta el puesto de mando de la 284.^a División. Ahí fuimos alojados en dos búnkeres junto a un grupo de suboficiales de artillería pesada.

El primero en visitarnos fue Nikolái Logvinenko. Lo habían ascendido a jefe de Estado Mayor del 2.º Batallón, a las órdenes del capitán Piterski. Más tarde recibimos la visita del comisario de brigada Konstantín Terentievich Zúbkov. Las enfermeras Lynda Yablonskaia y Zhenia Kosova atendían a los heridos.

El comisario de brigada Zúbkov vio que nuestros uniformes estaban hechos jirones y ordenó que nos entregaran ropa nueva. El jefe de suministros Mijaíl Babáev nos llevó los uniformes. Después de lavarnos, pasar por la barbería y afeitarnos, parecíamos reclutas recién llegados. El único problema era la ropa: la mía era varias tallas grande. La camisa me colgaba como un saco y las botas, enormes, me bailaban a cada paso que daba.

Zúbkov llevó al comandante de la división, el coronel Nikolái Filípovich Batiuk, para que nos viera. Para ser sinceros, me esperaba una buena reprimenda; por qué, no lo sé. Es imposible saber qué puede molestar a un comandante.

Batiuk era un oficial intimidante. Siempre parecía insatisfecho por algo. No soportaba los informes frívolos, por lo que la mayor parte de sus hombres hacían lo posible por permanecer en silencio en su presencia.

Como francotirador en jefe, empecé a rendir cuentas de nuestros logros y pérdidas. El comandante de la división nos miró, clavó los ojos en mí y prorrumpió en una carcajada. Su risa era contagiosa, y el ambiente del búnker empezó a parecer más cálido y distendido.

—¿Quién los ha vestido así? —preguntó Batiuk examinando nuestras ropas.

—La enfermera Yablonskaia.

—¿Saben qué parecen?

—Alemanes —bromeó Kúlikov.

—No se preocupen —dijo Batiuk—, ya lo arreglaremos. Záitsev, parece usted un espantapájaros —continuó—. Vaya al búnker del comisario de brigada y póngase algo de su talla.

Como no me movía, Batiuk enarcó una ceja.

—Y bien, ¿a qué espera? —preguntó.

Me marché y al momento me perdí intentando encontrar la entrada entre los varios búnkeres adyacentes. Delante de uno de ellos había un tipo bajito con aire de intelectual fumando una pipa cargada con tabaco de la marca Zolotoe Runo.

—Dígame, profesor —le dije—, ¿es este el búnker del comisario?

El tipo me miró directamente a los ojos y dijo:

—Estaba esperándolo, espantapájaros. Entre.

Nada más entrar, se me acercó una joven sumamente atractiva. Llevaba una camisa de soldado extremadamente ceñida y un cinturón ancho de oficial con una funda de pistola. Me alargó la mano.

—Lydia —dijo.

—Vasili Záitsev —respondí.

Siguió un aluvión de preguntas: «¿Es cierto lo que los periódicos cuentan sobre usted, que utilizó un espejo en un duelo contra un francotirador nazi? ¿De dónde sacó el espejo? ¿Que cómo me he enterado? Nuestro comisario de brigada colecciona los recortes de periódico que cuentan sus hazañas. Aquí está Aliosha Afanásiev; él es quien escribe los artículos», dijo apuntando con la barbilla al «profesor».

—Ruego me disculpe —dijo Afanásiev—. No lo había reconocido, lo he tomado por alguien de propaganda que venía a reunirse con el comisario. Hoy tiene

una conferencia. ¿De verdad es usted Záitsev?

Saqué el carnet del Komsomol y se lo enseñé.

—¡Fantástico! —dijo—. Será un gran titular: «Vasili Záitsev visita al comisario de brigada Zúbkov».

En ese momento, Zúbkov entró en la sala.

—Afanásiev —dijo sonriendo—, no habrá tal artículo. El titular será: «Francotirador de la 284.^a División de fusileros se entrevista con el teniente general Chuikov del 62.º Ejército».

Zúbkov caminó hasta el rincón, recogió un maletín de cuero, sacó una libreta y se sentó.

—Siéntese y hablemos —dijo—. No tenemos mucho tiempo. Hable.

—¿Sobre qué, camarada comisario? —pregunté.

—Cuénteme su vida.

Tenía la pluma a punto para tomar notas.

—Záitsev, Vasili Grigórievich, nacido en 1915, en los bosques de los Urales...

—Un momento, Vasili —me interrumpió—. ¿Cómo debo entender esto de «nacido en los bosques...»? ¿Quiere decir una aldea? Dicho así suena como si hubiera nacido en un bosque virginal, ¡al pie de un árbol!

—No, camarada comisario, nací en el baño de un leñador, por Pascua. Cuando tenía dos días, mi madre vio que tenía dos dientes. Según algunos ancianos de la aldea, era un mal presagio: auguraban que moriría devorado por las fieras... Mi padre luchó en la Guerra Imperialista^[13] como soldado en el 8.º Ejército de guardias de Brusílov. Una herida lo dejó inválido y volvió a casa en 1917... Siendo aún niño, me pusieron de mote «Basurman^[14]»... No había colegios en los alrededores. Mi abuelo me enseñó a cazar. Aprendí a disparar y a poner trampas para conejos, a atrapar *kosachei* con cebos y a atrapar machos cabríos lanzando el lazo desde los árboles...

Me dejé llevar por los recuerdos. En ese momento apareció en el umbral el

teniente coronel Vasili Zajárovich Tkachenko. Tkachenko era el jefe de operaciones políticas del 62.º Ejército. El comisario de brigada cerró la libreta.

—Muy bien, Vasili. Seguiremos otro día. Ahora, vaya a cambiarse.

Afanásiev y Lydia me esperaban en la habitación contigua. Sobre la cama había un uniforme recién lavado y planchado, una gorra de campaña y ¡hasta un pañuelo! Junto a la cama había un par de botas de piel, algo gastadas, pero de buena factura. Al salir, Lydia dijo:

—Por favor, cuando se haya cambiado venga a cenar con nosotros.

El uniforme y las botas fueron una buena sorpresa. Todo me quedaba como hecho a medida, excepto el cinturón, que habría necesitado unos cuantos agujeros más. Según supe, el uniforme había pertenecido al comisario de brigada Zúbkov. Nunca había estado tan elegante. Había pasado de ser un harapiento soldado de primera línea a ir, en palabras de Lydia, «hecho un figurín».

Por la mañana, a las tres, los francotiradores del regimiento nos reunimos en el búnker del comandante de la división. Todos llevábamos esparadrapos y vendas en la cara.

Llegó Vasili Ivánovich Chuikov acompañado por el capitán Grigóriev. El general Chuikov dio la vuelta a la habitación estrechándonos las manos a todos y cada uno de los presentes. Luego, sonriendo, dijo:

—Me alegro de ver que los han curado. Parece que el enemigo les ha dado unas cuantas caricias, ¿eh?

—Camarada comandante —respondí en nombre de todos—, estos vendajes no podrán evitar que combatamos al enemigo. Esperamos sus órdenes.

Chuikov nos miró. Su mirada era tan intensa que era como si sus ojos pudieran atravesarnos. Chuikov pensaba siempre en el plan general y quería explicarnos las cosas de tal modo que comprendiéramos cuáles eran sus principales preocupaciones.

—Compañeros, están luchando ustedes de forma ejemplar —dijo— y les están dando una buena lección a los fascistas. Pero por cada soldado enemigo que matan, aparecen dos de esas ratas. En estos momentos tenemos una crisis en otro sector: el enemigo ha conseguido capturar la parte noroeste de la fábrica Octubre Rojo. No me

andaré con rodeos: será una lucha feroz. Su talento como francotiradores será de gran utilidad ahí. He sabido que tres de sus camaradas están heridos... —Chuikov miró a Grigóriev antes de proseguir—: Pero eso ha ocurrido por una razón muy sencilla: se dejaron ustedes llevar por el acaloramiento de la batalla y olvidaron la misión que se les había asignado. Atacaron a la infantería regular, a hombres armados con subfusiles. Tamaño error merece una fuerte censura, y me refiero sobre todo a usted, Záitsev. Es responsabilidad suya saber lo que hacen todos y cada uno de sus hombres.

Chuikov consultó su reloj; tenía prisa. Se levantó y nos entregó las notas que había utilizado durante mi entrevista con Grigóriev.

—No voy a hacerles perder más tiempo. Tienen una misión: matar al enemigo, pero recuerden que deben elegir sus objetivos con cuidado. Cada error se paga con sangre, así que reflexionen sobre el encargo que se les ha encomendado. Traten de ver esta batalla con un poco de perspectiva. Seguro que así sabrán cómo deben actuar. Les deseo que tengan éxito.

Dicho eso, el general Chuikov salió del búnker. Yo me quedé atrás, solo con mis pensamientos. La batalla de Stalingrado me había enseñado muchas cosas. Había madurado y me había hecho más fuerte. Sabía que no era el mismo soldado que un mes atrás.

Una injusticia

La situación empezaba a ser desesperada. A pesar de nuestra feroz resistencia, de nuestros contraataques demoledores y de la audacia de nuestras tropas de asalto, los alemanes se las habían arreglado para hacerse con una parte de la fábrica Octubre Rojo, lo cual les daba acceso directo a la orilla del Volga. Y lo que es peor: los regimientos soviéticos situados alrededor de la fábrica Barricadi habían quedado aislados de la fuerza principal.

No se nos escapaba que un éxito como ese podía infundir en los alemanes la esperanza de una victoria fácil. Si a los alemanes les daba por creer que la ribera izquierda del Volga estaba a su alcance, proclamarían ante el mundo que el bastión bolchevique de Stalingrado había caído y que lo único que restaba era liquidar a los últimos elementos del Ejército Rojo.

A la vista de nuestra situación, todos debíamos preguntarnos si habíamos hecho todo cuanto estaba en nuestra mano por repeler a los fascistas; si habíamos satisfechos las esperanzas del pueblo expresadas en la carta al camarada Stalin: «El enemigo será detenido y derrotado en las murallas de Stalingrado^[15]».

Sí, la conciencia sugería —o, más que sugerir, ordenaba— que se olvidara uno de las heridas, que ignorase el agotamiento y que dejara a un lado toda preocupación individual. Todos y cada uno de nosotros debíamos reunir la voluntad y las fuerzas para arrebatarse al enemigo la esperanza de salir victorioso de Stalingrado. La conciencia nos dictaba presentar batalla y desdeñar a la muerte, y la situación exigía que, en lugar de esperar instrucciones, tomásemos la iniciativa y pasáramos a la

acción para que el enemigo viera quién mandaba ahí.

Durante aquellos intensos días de Stalingrado, no era tan consciente de ello como lo soy ahora. Más bien me dejaba llevar por la intuición, sin pensar las cosas tan profundamente. En cualquier caso, durante la batalla no daba tiempo a pensar, solo a actuar.

Sabía que todas las personas reunidas en el búnker en ese momento con el general Chuikov —mis francotiradores, los comandantes y los comisarios políticos— comprendían la gravedad de la situación. O mejor dicho, todas a excepción del capitán Piterski.

Tal vez lo juzgara con demasiada severidad, como a menudo hacemos los soldados. El caso es que aún hoy, después de tanto tiempo, veo las cosas del mismo modo.

Nada más terminar la reunión con Chuikov, mis francotiradores y yo corrimos a nuestras posiciones en la fábrica Octubre Rojo. Nos dirigimos directamente a nuestro destino a través de trincheras y fosos, sin detenernos a descansar. Sabía que debíamos apostarnos antes de que saliera el sol. Debíamos tomar posiciones en el flanco de los alemanes que habían incursionado hacia el Volga. Desde ahí, podríamos abatir a los oficiales y suboficiales.

Al despuntar el día, estábamos en la cañada de Banni, en el ramal derecho que conducía a las viviendas de la fábrica. Era un lugar ideal para movernos sin ser vistos y disparar contra el flanco enemigo.

Pero los alemanes tampoco dormían. Sus exploradores ya habían advertido nuestros movimientos, y pasados apenas cinco minutos empezaron a caer obuses en la cañada. Columnas de tierra y humo subían hacia el cielo. Estábamos atrapados, y la oscuridad era cada vez mayor debido al polvo y el humo. Por todas partes se oían explosiones que sacudían las paredes de la cañada. Transcurrió media hora sin que amainaran las bombas, y entonces los nazis abrieron fuego hacia el norte sin dejar de bombardear el área en torno a nosotros. El fuego de artillería era menos intenso, pero las ametralladoras apuntaban directamente contra nosotros.

El humo y la tierra dificultaban cada vez más la respiración. Estábamos paralizados, tendidos al fondo de la trinchera con las manos encima de la cabeza, incapaces de movernos. No podíamos hacer más que esperar el cese de las bombas y el subsiguiente ataque de la infantería enemiga, pero para entonces tendríamos a

punto los subfusiles y las granadas.

La descarga de artillería terminó por fin, pero el ataque que esperábamos no se materializó. En su lugar, al fondo de la cañada apareció un hombre cubierto de hollín con una pipa entre los dientes. Lo reconocimos por lo descuidado de su bigote: era Logvinenko. Había visto que nos poníamos a cubierto en la trinchera y había ido a vernos. Por el camino, las explosiones lo habían dejado cubierto de tierra y hollín, pero estaba ileso.

—¿Todavía estáis vivos? —preguntó—. Menuda acaba de caer, ¿eh? Los boches me han tomado por un ejército entero. Hay que ver, qué exagerados.

Traté de adivinar qué hacía ahí Logvinenko, y por qué su aparición había dado pie a tamaño ataque. Se tumbó junto al terraplén y me pidió que le prestase el periscopio y el fusil. Entretanto, los demás francotiradores se pusieron a trabajar. Los alemanes apenas se dejaban ver, pero cada vez que se asomaban les llovía una descarga de plomo. Nikolái Logvinenko incluso le dio a uno. Yo mismo vi a través del periscopio cómo la bala impactaba en la cabeza del objetivo y hacía salir volando el casco del alemán.

—¿Qué cree, jefe, lo he matado? —preguntó, como si el hecho de haber dado en el blanco dependiera de mi opinión. Entretanto, el alemán agonizaba.

—Parece que le ha acertado de lleno —respondí.

Logvinenko guardó silencio un instante, y luego, en un tono totalmente distinto, preguntó:

—¿Ve su puesto de observación, debajo de aquella losa?

—Sí.

—¿Y el periscopio de artillería, lo ve?

—Bien, entonces escuche. Hace tres días usted logró que la vanguardia de nuestra artillería pudiera volver a trabajar. Ahora quiero que haga lo contrario con el enemigo, que lo ciegue. Quiero que neutralice a sus observadores, ¿está claro? A trabajar, pues.

Dicho esto, Logvinenko se marchó saltando entre las trincheras renegridas.

La misión tenía prioridad absoluta. Los observadores y los puestos de vigilancia eran esenciales para que el enemigo pudiera apuntar sus piezas de artillería. Sus obuses estaban mermando seriamente nuestra capacidad de reacción contra el destacamento enemigo situado en el Volga. El tiempo apremiaba.

Gracias a Logvinenko, sabíamos dónde se encontraba el principal punto de observación del enemigo. No tardamos en identificar las aspilleras por donde los observadores enemigos realizaban su trabajo; se encontraban debajo de un gran bloque de hormigón que techaba el búnker. Desde ahí, los boches inspeccionaban los alrededores a través de las lentes de sus miras. Resultaba irritante pensar que el enemigo, ese invasor ajeno a nuestra tierra, nos observaba a través de sus ópticas de precisión. «Os reventaremos a través de esas lentes, gusanos», pensé.

El puesto de observación era de un tamaño considerable y disponía de seis aspilleras. Asigné una a cada uno de mis camaradas y yo mismo me adjudiqué la última. Acordamos sincronizar nuestros disparos. ¡Bang! Los seis fusiles dispararon al unísono a través de la cañada. Pasados tres minutos, ¡bang!, otra andanada. La segunda había sido para asegurarnos: «Ni se os ocurra volver a asomar los prismáticos a esas aspilleras, cerdos, porque volveremos a reventároslos».

Minutos más tarde, después de la segunda andanada, los bombarderos alemanes empezaron a zumbar sobre la fábrica. Las bombas de demolición sacudían la tierra con una fuerza prodigiosa y el cielo se perdía bajo las nubes del polvo de ladrillo, los fragmentos de hormigón pulverizado, el humo negro y las lenguas de fuego. ¿Qué podíamos hacer? Contra un aeroplano, nada puede un fusil de francotirador.

Entonces, sin orden previa, como accionados por una fuerza misteriosa, cargamos a través de los escombros contra las posiciones enemigas próximas a la verja de la fábrica.

Un pequeño fragmento de obús impactó en la mejilla de Vasilchenko, pero no podíamos detenernos. Okrihm se arrancó el fragmento y presionó la piel con un trozo de tela para contener la hemorragia. Ya cerca de la verja, saltamos al interior de una trinchera.

—¿Estás herido? —le pregunté.

—La cabeza me da vueltas.

Los aviones alemanes seguían volando en círculos como si fueran buitres. Los

proyectiles de sus ametralladoras se estrellaban contra la verja de ladrillo situada encima de nosotros. Una bala pasó rozándome el casco y, al momento, estalló clavándome pequeños trozos de metralla en el codo y el hombro.

En un acto reflejo, me puse en pie. Fue una estupidez, pero a veces ocurren cosas que hacen que un soldado pierda el control sobre sus acciones y eche a correr, sin saber adónde ni por qué. Y lo que es peor: cuanto más tiempo pasas entre explosiones de bombas, morteros y obuses de artillería, cuanto más tiempo convives con el fuego de las ametralladoras, más cómodo te sientes y menos percibes el peligro. Algo así empezaba a ocurrirme a mí: empezaba a delirar, y por eso me ponía en pie y me exponía al fuego enemigo. Por suerte, Vasilchenko logró llegar a mi lado y arrojarme tras una montaña de refuerzos de acero.

—¡Jefe! —gritó—. ¿Qué ocurre?

Recobré el aliento y la compostura. Si miraba alrededor, podía ver a nuestros soldados acurrucados en las zanjias abiertas a derecha e izquierda. El bombardeo enemigo no les permitía levantar la cabeza. Entretanto, los nazis se paseaban por su línea con la cabeza bien alta. Sus soldados se habían vuelto altivos gracias a su superioridad aérea. Cuando vimos cómo se comportaban, nos sentimos insultados. Se hacía difícil tragarse la ira. Debían de pensar que éramos unos incompetentes totales y que ya no volveríamos a atacarlos.

—Ha llegado la hora de darles una lección —dijo Vasilchenko llevándose el fusil al hombro.

Seguí su ejemplo. Justo frente a nosotros, cuatro nazis caminaban despreocupadamente con unas cajas de munición cargadas a hombros. Reían y bromeaban. Sin mediar palabra, Okrihm le disparó al primero de ellos, y yo al segundo; a los otros dos los liquidamos con una segunda bala. Por desgracia, después de ese segundo tiro, el fusil de Okrihm se encasquilló.

En lo alto, el fragor de los bombarderos de la Luftwaffe ganaba intensidad. Arrastré a Okrihm conmigo y nos pusimos a cubierto al pie de las paredes de la fábrica. Poco a poco, las bombas desconchaban las paredes y a cada segundo nuestro parapeto disminuía de tamaño.

Okrihm Vasilchenko agachó la cabeza, abatido. ¿Qué podía hacer sin un fusil? Pero justo en ese momento logré extraer la bala encasquillada de su arma y su gesto mohíno se iluminó con una sonrisa.

En esos momentos, y teniendo en cuenta lo mucho que se había acercado el enemigo, lo que necesitábamos eran subfusiles, no armas de francotirador —a pesar de las órdenes del general Chuikov—, de modo que Vasilchenko y yo empezamos a actuar como soldados de asalto y pasamos al contraataque lanzando una lluvia de granadas.

Víktor Medvédev se unió a nosotros, pero, durante uno de los ataques, un grupo de alemanes le tendió una emboscada y lo noqueó por la espalda. Acto seguido, lo amordazaron y se lo llevaron a rastras.

Nunca sabré de dónde sacó mi voz tanta fuerza, pero el caso es que grité: «¡Seguidme!», y mi voz tronó sobre el campo de batalla como la campana de una iglesia. Salimos disparados a través de un erial salpicado de vagones de tranvía volcados y corrimos tras los alemanes que se llevaban a Víktor. Logramos adelantarlos y les cortamos el paso. Los boches trataron de ponerse a cubierto entre unos edificios de madera, pero la zona estaba totalmente arrasada, así que logramos liberar a Víktor y, además, capturar con vida a un nazi, un tipo corpulento, de cabello color jengibre, vestido con una pelliza de mujer.

Ahí empezaron mis problemas. Ese prisionero se convertiría en la razón del suplicio al que posteriormente me sometería el capitán Piterski. El nudo del asunto fue que, durante el camino de vuelta, perdimos al prisionero. Fuimos víctimas de un potente ataque con ametralladoras y, por desgracia, una de las primeras balas acertó al prisionero y a punto estuvo de volarle la cabeza. Estábamos atrapados bajo el fuego enemigo y nos pasamos el resto del día encogidos al fondo de un cráter abierto por una bomba. A todo eso, Víktor Medvédev estaba inconsciente y sangraba abundantemente por la cabeza.

Hasta que se puso el sol no pudimos llegar al búnker de Evgueni Shetílov, comandante de la compañía de subfusileros del 3.^{er} Batallón. Fue entonces cuando supimos que el capitán Piterski me estaba buscando desde primera hora de la mañana. Había enviado mensajeros a localizarme, pero nadie, ni siquiera los exploradores más expertos, había sido capaz de dar con la pista de mi equipo. El capitán Piterski estaba furioso: en su opinión, los francotiradores de mi grupo se habían vuelto arrogantes después de la reunión con el general Chuikov, y había logrado infundir en todos los comandantes de regimiento la sospecha de que nos habíamos ausentado sin permiso, con la consiguiente dejación de nuestras obligaciones.

He aquí la razón por la que Evgueni Shetílov, a quien conocía desde mis

primeros días en la batalla de Stalingrado, se me dirigió con severidad y recelo.

—¿Dónde estaban? —Shetílov tenía el cabello ralo, peinado hacia atrás con pomada, y los hombros permanentemente caídos. Se inclinó hacia delante y me miró—. ¿Y bien?

¿De verdad pretendía acusarme de cobardía? Un escalofrío me recorrió la espalda. No encontraba palabras para contestarle.

—Vasia, no creo que haya hecho nada impropio, pero debe explicarme dónde se había metido.

Alexánder Blínov, de transmisiones, llamó a los mandos del regimiento y les comunicó que los francotiradores habían vuelto a la compañía. El capitán Piperski, que era nuestro jefe de Estado Mayor, estaba al teléfono y deseaba hablar conmigo.

—Bien, marineros, me parece que al jefe le han tendido una encerrona y le espera una buena —comentó alguien a mi espalda.

—Vasia, ¡mantenga la calma! ¡No se deje asustar! —me susurró Blínov.

Hizo bien en advertirme. El capitán Piperski me soltó una seria reprimenda, y cada vez que yo intentaba decir algo, me cortaba gritando: «¡Silencio!».

Finalmente logré abrir la boca:

—Solicito que el capitán Rakitianski sea enviado aquí para inspeccionar los documentos del prisionero...

Sin permitirme que acabase, Piperski gritó:

—¿Dónde está el prisionero?

Yo, que no había entendido del todo la pregunta del jefe de Estado Mayor, respondí:

—Lo han matado...

Eso acabó con la paciencia de Piperski, y si hasta entonces parecía enfadado, lo que siguió fue un auténtico ataque de ira.

—¡El pelotón de fusilamiento sería poco para usted! —gritó—. ¡Hemos perdido a algunos de nuestros mejores hombres por querer capturar vivos a los nazis y ustedes se toman la licencia de dispararle a uno! Le ordeno que se persone ante mí al instante para presentarme un informe completo de su actuación. ¡A partir de este momento, queda usted apartado del mando de los francotiradores!

Le devolví el aparato a Blínov y salí del búnker. Mis hombres salieron detrás de mí: Kúlikov, Dvoishkin, Kóstrikov, Shaikin, Morózov, Gorozháev y Abzálov. Víktor Medvédev, que seguía medio inconsciente y apenas se tenía en pie, se quedó atrás.

Les expliqué lo que acababa de decirme el capitán Pilterski. Hubo voces de lamento.

«Gracias a Dios —pensé—, mis hombres todavía me tienen respeto». Pensé en que Pilterski era un tirano, uno de esos oficiales con los que todo soldado choca alguna vez, un oficial cuya única razón de existir era hacer la vida imposible a sus subordinados.

—Nikolái Kúlikov, eres el de mayor graduación después de mí, quedas al mando.

—¿Por qué no Víktor Medvédev? —objetó Kúlikov.

—A Víktor hay que llevarlo a la enfermería del regimiento —dije—. Podemos llevarlo ahora mismo, mientras todavía está oscuro; iremos juntos.

Víktor Medvédev salió del búnker apoyado sobre los hombros de Blínov.

—Ya me encuentro mejor —dijo Víktor tosiendo—. Llevadme con vosotros.

A decir verdad, Víktor presentaba un aspecto pésimo. Los músculos de la cara estaban flácidos, como si hubiera envejecido veinte años.

—Víktor —le dije—, en ningún momento se nos ha pasado por la cabeza dejarte atrás.

Nos pusimos a cubierto debajo de un vagón de tren. Desde ahí, teníamos que cruzar los trescientos metros de espacio abierto que ocupaban los terraplenes del ferrocarril. A lo largo del terraplén —y aun en mitad de la noche—, las balas de las ametralladoras enemigas hendían el aire. Tendríamos que poner a prueba nuestra

suerte y jugar a la gallina ciega con la muerte.

«Es posible que sean tus últimos pasos», pensé con aire taciturno. Al día siguiente, publicarían un artículo sobre mí en el periódico, como hacían con todos los muertos: «Murió cumpliendo con su obligación en el frente».

Una bengala salió volando por encima de la cañada de Banni, dejando a su paso una larga estela luminosa. Explotó con un estallido sordo y se quedó suspendida lánguidamente, como una lámpara eléctrica. Nos echamos al suelo y nos arrastramos a cubierto.

Reinaba un silencio que no auguraba nada bueno y que nos impedía cruzar el terreno abierto. Sabíamos que el enemigo andaba cerca, a la escucha del menor ruido. Había que despistarlo, así que me levanté. Abzálov se puso en pie conmigo y echamos a caminar por el terraplén, pisando fuerte con las botas. El enemigo, sin embargo, permanecía en silencio. Esperaba algo más, así que se lo di. Lancé una granada por encima de las vías de tren. Como provocación, bastaba para que las ametralladoras alemanas abrieran fuego, y, efectivamente, las trazadoras no tardaron en cortar el aire silbando sobre nuestras cabezas.

Abzálov y yo respondimos al fuego mientras el resto de mis hombres cruzaba la zona de peligro, dos de ellos cargados con Medvédev. Las ametralladoras alemanas nos mantenían inmovilizados bajo la ráfaga de balas. Ante la imposibilidad de levantar la cabeza o mover las piernas, nos acuclillamos en una alcantarilla. El fuego no remitía ni por un segundo.

A nuestros pies corría una cañería de drenaje. Ninguno de los dos tenía ni idea de adónde conducía, pero cualquier cosa era preferible a permanecer hecho un ovillo mientras el plomo incandescente volaba ante nuestras caras. Abzálov y yo nos deslizamos al interior de la cañería y empezamos a reptar.

Se oían obuses, fuego de mortero y explosiones de granada; cada detonación retumbaba por la cañería como si se hubiera producido justo encima de nosotros. Si el enemigo nos pillaba ahí abajo, estábamos acabados. Lo único que tenía que hacer era disparar a través de la cañería, imposible fallar; ¡había que salir de ahí enseguida! Por fin divisamos una luz al fondo.

La cañería nos condujo hasta un canal de drenaje hecho con hormigón. En el cielo se encendió otra granada, por lo que nos pegamos a las paredes del canal. No muy lejos, se oía un tiroteo: la detonación sorda de las granadas, el tableteo de los

subfusiles y el rugido constante de las ametralladoras pesadas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Abzálov—. ¿Estamos en territorio alemán?

—No —respondí—. Creo que estamos en zona amiga. Si los disparos provinieran de los alemanes, nos habríamos dado cuenta: ellos usan balas explosivas, y nosotros munición corriente.

Nos quedamos tendidos en silencio. Oímos un ruido de voces ahogado. No entendía qué decían, pero sin duda hablaban en ruso. Los soldados avanzaban por la oscuridad, tropezando con cosas y maldiciendo. Una tercera bengala voló hacia lo alto, y gracias a su luz los vimos: ¡dos soldados rusos! Su conversación era ahora perfectamente audible.

—Deberían estar aquí; estoy seguro de que los he visto caer aquí.

—Muy bien, listo —dijo el segundo soldado—, entonces ¿dónde están?

—¡Aquí! —susurré.

Los dos hombres se echaron al suelo. Al comprobar que éramos rusos, dijeron:

—¡Estamos buscando a una pareja de alemanes!

Abzálov aprovechó para poner una de sus típicas notas de humor.

—¡Mientras —dijo—, podríais tomaros un descanso y llevarnos a vuestro cuartel!

Para nuestro alivio, de camino al cuartel supimos que el resto de los francotiradores habían llegado sanos y salvos al puesto de enfermería del Volga.

Al romper el día, me presenté ante el capitán Pilterski para darle el parte. La perspectiva de reunirme con él poco menos que me paralizaba del pánico, pero por desagradable que me resultara la idea, no había modo de evitarlo. De acuerdo con el reglamento, le presenté un informe completo de los acontecimientos que habían conducido a la muerte del prisionero. Incluso hice chocar los talones.

Pilterski era un hombre alto y pagado de sí mismo, con un bigote encerado como los que se usaban en tiempos del zarismo. Clavó los ojos en mí como si me hubiera visto algo extraño.

—Y bien, ¿qué voy a hacer con usted? —preguntó—. ¿Mandarlo a una compañía penal o a la colina Mamáiev?

—¡Señor, si así lo desea, envíeme donde mayor sea el peligro!

—Muy bien. Medvédev lo relevará al mando. El grupo se quedará en el campo de tiro y operará en el extremo norte de la fábrica Octubre Rojo. En cuanto a usted, saldrá de inmediato para la colina Mamáiev.

A su juicio, aquello debía de equivaler a una sentencia de muerte. Por lo visto, no recordaba que ya me habían destinado a la colina Mamáiev y había sobrevivido.

—¡La colina, sí, señor! —respondí, con evidente ironía, y me di la vuelta para salir.

—¡Espere! —ordenó Pilterski.

Me di la vuelta para mirar al capitán a la cara, repetí sus órdenes y, prosiguiendo el movimiento circular, me dirigía de nuevo hacia la puerta.

—¡Espere! —Oí que gritaba el capitán, pero yo ya había abandonado el búnker y me había puesto en camino hacia la colina Mamáiev.

Tiurin y Jabibulin

Llegué solo al 3.^{er} Batallón. El sargento Abzálov se había quedado en el cuartel. El terco y temperamental baskir no llegó a aceptar la decisión del capitán Piterski. El insulto me pesaba a mí también. No obstante, como suele decirse, no hay mal que por bien no venga. Estaba sentado junto al búnker del comandante de la compañía de subfusileros, desmontando y limpiando mi fusil, cuando apareció el teniente Shetílov. Shetílov se había enterado de lo que me había ocurrido y, tras permanecer un instante en silencio, dijo despreocupadamente:

—Oiga, Vasia, ¿por qué no vamos a echar un vistazo colina arriba? Parece ser que un francotirador alemán se ha hecho un nido.

Evgueni Shetílov sabía que eso era precisamente lo que necesitaba.

—¡Muéstreme el lugar! —respondí.

Al sur de la torre de agua había una especie de depresión aparentemente formada por el estallido de una bomba. En la parte derecha se acumulaban montones de ramas secas. Las ramas no solo no ofrecían mucha cobertura, sino que me impedían tener una buena vista. En la parte izquierda del cráter había arbustos, y al lado, junto al borde, la cola de un proyectil de mortero con las aletas reventadas y retorcidas como los cuernos de una cabra montesa.

—¿Usted qué opina? ¿Hay un francotirador ahí arriba? —me preguntó Shetílov.

—Sería una buena posición — dije —. Tendría una vista excelente y estaría bien escondido.

Sentado junto al teniente Shetílov en la trinchera estaba el impávido y enjuto Stepán Kriazh. Era el encargado de comunicaciones de Shetílov, al que todos conocían por su nombre y su patronímico: Stepán Ivánovich. El resto de soldados lo respetaban por su valor, pero también lo temían debido a su carácter temperamental. Cuando hubo consumido el cigarrillo hasta la punta, Stepán tomó la palabra.

—Si yo fuera francotirador, me situaría ahí... —dijo alargando el brazo para señalar, pero antes de que pudiera terminar la frase, una bala explosiva le acertó en la muñeca.

Evidentemente, a nadie le gusta que hieran a sus camaradas, pero, a pesar de que el ataque contra Stepán Ivánovich no me hacía ninguna gracia, de pronto mi malhumor y mi resentimiento hacia el capitán Pilterski se evaporaron. Ya no había necesidad de distracciones ni de conversaciones inanes para no pensar en el castigo que me había impuesto Pilterski. El destino me ordenaba medirme contra un francotirador enemigo dotado de una fina puntería; no podía permitir que otras preocupaciones de menor enjundia me distrajeran.

Lo primero que hice fue preparar una par de señuelos para atraer al enemigo. De esa manera esperaba tenerlo más a la vista.

—Tiene que conseguirme un ayudante —le dije a Shetílov cuando hubimos llevado a Stepán Ivánovich a ver al médico.

—Vasia, como bien sabe —dijo Shetílov—, andamos escasos de hombres.

—Necesito solo uno —protesté—. Tengo que preparar dos o tres puestos de tiro. Hay que cavar mucho, no puedo hacerlo solo.

Shetílov tarareó una melodía para sí mientras pensaba si acceder o no a la petición.

—De acuerdo —concedió—. Le mandaré a alguien enseguida, pero sea paciente, Vasia.

Volví a mi posición. Mientras esperaba a que llegara mi ayudante, tenía que empezar a trabajar. Calculé la altura desde la que debía de haber disparado el francotirador enemigo e hice una marca en la pared de la trinchera. Luego empecé a

cavar apoyabrazos en la pared de la trinchera.

Pasada una hora, había logrado construir tres puntos de tiro potenciales. Pura precaución: si iba a enzarzarme en un duelo, quería tener listas el máximo de posiciones de apoyo. Como cebo, coloqué un casco en lo alto del terraplén a la altura de la tercera posición. Era una táctica más bien burda, pero por el momento no podía hacer más. Si el casco no atraía las balas de mi oponente, más tarde prepararía un maniquí. Apenas me había apartado del cebo cuando se oyó un tremendo golpe metálico y el casco cayó al fondo de la trinchera. Por la forma de la hendidura, estaba seguro de que mi rival se encontraba en la misma posición desde la que le había disparado a Stepán Ivánovich. «¡Te tengo! —pensé—. Si tan impaciente estás, tendré que calmarte antes de que se acabe el día...».

Regresé e inspeccioné las posiciones enemigas con el periscopio de artillería. A mediodía, descubrí un escudo metálico. Era la clase de escudo que se coloca al frente de nuestras ametralladoras Maxim. Estaba derecho en el suelo, a una distancia de unos seiscientos metros, camuflado tras un arbusto y una zona de hierba seca. Entre las ramas pude ver un agujero oscuro, la abertura que originalmente ocupaba el cañón de la Maxim. De vez en cuando, la punta de un fusil de francotirador asomaba a través del agujero del escudo.

Nada conseguiría metiendo una bala por ese agujero. El proyectil rebotaría contra el cañón del francotirador y solo serviría para asustarlo. No podía hacer más. Tendría que esperar a que mi oponente se dejara ver o, al menos, levantase la cabeza.

Por suerte, no tuve que esperar mucho. Apareció un segundo alemán para entregarle el almuerzo, y ambos cascos sobresalieron por encima del escudo. Pero ¿cuál de ellos sería el del francotirador? Justo entonces, algo brilló a la luz del sol: un tazón de termo. «Ajá —me dije—, le han llevado café caliente. ¿Quién va a beber? Evidentemente no el que acaba de hacer la entrega». El café tenía que tener como destinatario al francotirador sediento. Uno de ellos echó la cabeza hacia atrás. Estaba apurando hasta la última gota. Con la suavidad acostumbrada, apreté el gatillo de mi fusil. La cabeza del francotirador dio un bandazo, y un pequeño tazón brillante cayó delante del escudo.

Me trasladé a una de las posiciones de refuerzo, por si el disparo había delatado mi posición, pero no había de qué preocuparse. A esa distancia, y con el ruido del campo de batalla, nadie habría podido oír el sonido de mi fusil desde las trincheras alemanas. Además, siendo primera hora de la tarde, había demasiada luz como para detectar el brillo de la boca del arma.

Pasaron unos minutos. Se acercó un soldado ruso. Tendría unos cuarenta años, espaldas anchas, cejas gruesas como escarabajos y un rictus inquietante en el rostro. La cabeza le rebotaba sobre el cuello como si fuera una tortuga. Se las arregló para arrastrarse hasta mi lado.

«¡Tiurin! — Me dije para mis adentros—. ¡Menuda sorpresa!». Aquel tipo con el cuello de tortuga resultaba ser un vecino de mi aldea. Era una alegría ver a alguien de casa. No obstante, con ánimo de broma, decidí permanecer en silencio y ver si Tiurin me reconocía.

—Me llaman Piotr —se presentó—, Piotr Ivánovich Tiurin.

—Encantado, Piotr Ivánovich —respondí—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me envía el comandante de la compañía —dijo apoyándose ora sobre un pie, ora sobre el otro, y mirando incómodamente a su alrededor, como si esperase recibir una bala alemana en cualquier momento—. El comandante me ha dicho que me encontraría con un compatriota de los Urales. Supongo que se refería a usted.

—De modo que va a ser mi ayudante —dije.

Eso lo ofendió.

—¿Quién se ha creído que es para darme órdenes?

—Su camarada de los Urales —respondí, apenas capaz de contener la risa.

¡Piotr Tiurin, al que apodaban «Poriádchikov^[16]», todavía no me había reconocido!

—Dígame claramente qué desea de mí —dijo.

Tiurin estaba molesto y parecía dispuesto a marcharse. En la ladera, a nuestra derecha, había una trinchera abandonada. Se la indiqué con la cabeza.

—¿Cree que esa trinchera puede servir como puesto para un francotirador?

—Lo mismo que un pantano puede servir de cuadra —respondió Tiurin, que cada vez estaba de peor genio. Creía que me burlaba de él—, solo que a los caballos se les hunden los cascos. Hemos perdido tres dotaciones de ametralladoras en esa trinchera. Nuestra compañía la llama la «trinchera de sangre». El enemigo la tiene

en su mira. Allá usted, si es tan inconsciente. Métase ahí y es hombre muerto.

No me podía creer que Tiurin no me hubiera reconocido todavía; tuve que reprimir una carcajada. Mi camarada de los Urales estaba ofendido porque me había hecho gracia su descripción de la «trinchera de sangre». Entornó los ojos, arrugó el ceño y hundió la cabeza entre los hombros, del mismo modo que las tortugas cuando esconden la cabeza en el caparazón.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia? —Tiurin estaba tan enfadado que escupía al hablar—. Me voy y aquí se queda usted. Vengo a echarle una mano en esta posición absurda que ha elegido y solo se le ocurre reírse de mí...

Tiurin se levantó con torpeza y me dio la espalda.

«Oh, no —pensé—, se marcha de verdad». Recordé lo terco que era.

—¡Poriádchikov! —grité—. ¡Espera!

Tiurin se dio la vuelta. Sus espesas cejas se arquearon y sus ojos se abrieron como platos. Echó la cabeza hacia delante y me miró perplejo.

—Vasili, ¿eres tú? ¿El hijo de Grigori Záitsev?

Las ametralladoras cortaron la conversación. Las balas explosivas se estrellaron contra el terraplén, arrojando tierra y escombros encima de nosotros.

Tiurin temblaba. Cerró los ojos y se apretó contra la trinchera mientras gritaba:

—¡Nos tienen en el punto de mira! ¡Ahora no podremos ni levantar la cabeza!

—Tranquilízate —dije—, lo único que hay que hacer es tenderle una trampa a ese tirador.

—Está a seiscientos metros —dijo Tiurin señalando—. ¡No se puede emboscar a nadie a esa distancia!

Le expliqué a Tiurin de qué métodos se sirven los francotiradores para dar caza a sus presas. Quería que se calmase. Tomé un palo y dibujé un esquema en la pared de la trinchera para que viera desde qué ángulos podía apuntar a los tiradores enemigos.

—Lo único que hay que hacer es acabar con uno —le expliqué—. Eso asustará a los demás.

—Vasia —repuso Tiurin—, ¿es que no sabes que los boches también tienen a un francotirador en esta zona?

Su voz era apenas más que un susurro, como si los alemanes pudieran estar en la trinchera de al lado, escuchándonos.

—No te preocupes por eso, Poriádchikov —dije—. Ya le he llenado las orejas de plomo.

Eso animó a mi camarada, que miró a un lado, miró al otro, y se puso a cavar furiosamente con la pala.

—Espera un segundo, Tiurin...

—Llámame Piotr Ivánovich.

—De acuerdo, Piotr Ivánovich —dije—. Por favor, espera a que oscurezca para cavar. Por el momento, consígueme un periscopio, una tabla de contrachapado y unos cuantos clavos.

—Lo que tú digas, Vasia. Pero espera... ¿qué piensas hacer? ¿Qué pasa con su francotirador?

—Está muerto —repetí—. Más muerto que muerto. —Y llevándome los dedos a la cabeza como si fueran una pistola, añadí—: *Kaputt*.

Empezaba a refrescar. Tiurin se frotaba las manos y se echaba el aliento en las palmas.

—Vasili, ten cuidado.

Se dio la vuelta y se arrastró en dirección a las trincheras con la cabeza hundida bajo los hombros, exactamente igual que una tortuga.

Durante las dos horas siguientes, me dediqué a camuflar la posición principal, a un lado de la trinchera mayor. Al terminar caí en la cuenta de lo cansado que estaba y de la falta que me hacía dormir. Pensé en Tiurin y empecé a sentirme mal por él. No debía haberlo mandado a por la tabla. Podíamos haber dejado eso para más

tarde. Me apoyé contra la pared de la trinchera y en un abrir y cerrar de ojos me quedé dormido.

Habían pasado dos horas cuando, entre mi aturdimiento, oí la voz de Piotr Ivánovich. Caminaba de un lado a otro de la trinchera, buscándome. Volví a quedarme dormido. Tiurin caminaba murmurando para sí y estaba cada vez más agitado, hasta que por fin, como si volviéramos a estar en la aldea, gritó:

—¡Vasia!

Su voz me despertó de golpe, pero me quedé en silencio para ver qué hacía.

—¡Vasia, sal! ¡La cena se enfría!

Salí de mi posición. Estaba a solo unos centímetros de él y no había sido capaz de verme.

—¿Qué te parece mi escondite, Piotr Ivánovich? Buen trabajo de camuflaje, ¿eh?

Tiurin ignoró mi pregunta. Evidentemente estaba ofendido porque había seguido escondido mientras me buscaba.

—Hoy la comida es buena —me dijo—. *Kasha* de cebada con salsa de carne.

—Te pregunto por mi técnica de camuflaje y tú me sales con la *kasha*.

—Vasia, ahora mismo eso no me interesa. Es hora de comer.

Nos sentamos y, por turnos, fuimos hundiendo la cuchara en el cazo. Me fijé en que Piotr Ivánovich solo cogía *kasha* y en que apartaba la carne y la espesa salsa hacia mi lado del recipiente.

—Piotr Ivánovich —protesté—, ¿por qué no coges carne?

—Vasia, hoy no me encuentro bien... —dijo sin dar mayor explicación—. Cambiando de tema —añadió en tono sereno—, ¿por qué no tomas un poco de té y cierras los ojos un rato? Una horita, al menos. Tienes mala cara. Se te ven los ojos rojos e hinchados. Mientras descansas, iré a buscar los clavos y el contrachapado que necesitas.

La comida me puso de buen humor, y una plácida calma se adueñó de mi cuerpo. Apoyé la espalda sobre un frío montón de arena al fondo de la trinchera y me quedé dormido al instante. Cuando me desperté algo más tarde, no pude creer lo que veían mis ojos. Piotr Ivánovich me había arropado con su abrigo, me había puesto una mochila debajo de la cabeza y me había envuelto los pies con un suéter. Pensé que seguramente no había una cama más mullida y cálida en todo Stalingrado.

Tiurin estaba a unos cuantos metros, cavando con ímpetu y arrojando paladas de tierra por encima del hombro.

—Piotr Ivánovich —le dije—, ¿te vas a helar sin abrigo! ¿Por qué...?

—Vasia —me cortó—, no te preocupes. No tengo frío, el ejercicio me ayuda a entrar en calor.

Mientras yo dormía, Piotr Ivánovich había abierto un nuevo sendero desde la trinchera.

Al amanecer, los nazis decidieron darnos los buenos días con un ataque aéreo. Esta vez los aparatos iban cargados con bombas ligeras, pero al menos tres docenas de ellas debieron de caer directamente en nuestra trinchera: el humo, la tierra y el olor a humedad de los explosivos lo impregnaban todo. El humo del ataque no se había asentado aún cuando la artillería pesada empezó a castigar los terraplenes de la trinchera. Logramos escapar gracias al sendero abierto por Tiurin, segundos antes de que dos vigas cayeran desde lo alto. El estallido de los obuses hacía tambalear el búnker como si fuera una mecedora.

—¡Gusanos! —gritó Tiurin—. ¡Cerdos!

—Piotr Ivánovich —dije sorprendido antes las imprecaciones de mi amigo—. ¿A quién maldices?

—Sabes muy bien a quién... Vamos a patearles el...

Una explosión justo delante del búnker lo cortó a mitad de frase. No sabía si había sido una bomba o un mortero, pero la entrada del búnker se derrumbó. A través de los escombros no llegaba más que un pequeño haz de luz. Tiurin y yo estábamos en el suelo medio sepultados.

Me palpé el cuerpo. Parecía no haberme roto nada y pude levantar la mano,

pero la tierra me llegaba a la nariz y me cubría el pelo. Oí a Tiurin a mi lado soltando todo tipo de blasfemias, así que deduje que tampoco estaba herido.

—Muy bien, Piotr Ivánovich —dije—, arriba. Tenemos que salir de aquí.

No hubo respuesta. Me puse delante de él: la explosión lo había dejado sordo, pero logré que me entendiera por gestos.

Tras el bombardeo, la infantería nazi pasó al ataque, que era lo que esperábamos. Su táctica consistía en «ablandarnos» con la artillería antes de proceder al avance por tierra. Oímos la carga, pero no podíamos ver exactamente hacia dónde se dirigían porque seguíamos sepultados en la «trinchera de sangre». Tratamos de no hacer ruido porque los pasos de los soldados eran bien perceptibles encima de nosotros, y no sabíamos si las pisadas de aquellas pesadas botas eran del enemigo o de los nuestros.

Tiurin empezó a apartar arena con sus enormes manos. Hurgó y hurgó hasta que los dedos le sangraron, como si fueran tizones y no arena lo que tocaba. Finalmente, logró llegar a la superficie.

Por fin disponíamos de un pequeño espacio a través del cual echar un vistazo a lo que ocurría delante de nuestra trinchera. El agujero medía unos quince por treinta centímetros, lo suficiente para asomarnos, pero no lo bastante para salir.

Vi las amplias espaldas de un alemán con uniforme de las SS. Alargando la mano, casi podría haberle dado una palmada en el hombro. Al principio pensé que era un oficial, pero luego vi que era un soldado de primera. Llevaba un subfusil. Disparó unos cuantos tiros y, al hacerlo, sus hombros vibraron. Cuando se dio un poco la vuelta, vi que estaba al lado de una MG34 colocada sobre un trípode. ¡Los alemanes habían avanzado y se habían colocado literalmente encima de nosotros! Lo que no sabía era dónde estaba la dotación de la ametralladora.

Tomé mi subfusil, lo saqué por la abertura y apreté el gatillo, pero no ocurrió nada. La recámara se había atascado con la arena. Estaba tan furioso que habría destrozado el arma con mis propias manos. Entretanto, los hombros del soldado volvieron a temblar mientras seguía disparando contra nuestras tropas. Tiurin tiraba de mí para ver qué ocurría, pero solo había espacio para uno, así que lo aparté con el codo. A continuación retiré la anilla de una granada y la deposité junto a los pies del soldado. Me metí en el agujero y una fracción de segundo más tarde los fragmentos de metal caliente salieron volando sobre nuestras cabezas.

Tiurin apoyó el hombro contra una viga, pero le faltaba fuerza para moverla, así que se dio la vuelta y, empujando con ambos pies, logró despejar el camino.

Me asomé hacia el soldado muerto y le quité el subfusil. Cerca había otro alemán muerto. Debía de haberlos matado a los dos con la misma granada. Ahora tenía un arma, pero ¿adónde podía disparar? El aire estaba lleno de tierra y humo. Por el ruido no era difícil saber que la batalla se libraba dentro de nuestras líneas. ¡Tendría que atacar al enemigo por atrás!

Le di vueltas al fusil entre las manos, pero no sabía cómo dispararlo; nunca antes había usado un arma alemana. De pronto, oí una ráfaga rápida a mi espalda. El corazón me dio un vuelco. Me giré convencido de que iban a acribillarme y entonces vi a Tiurin disparando con el arma del otro nazi. Tal vez Tiurin no era el tipo más listo del mundo, pero tenía más experiencia que yo en materia de subfusiles alemanes.

Vi a un capitán de exploradores alemán a unos cincuenta metros. Estaba de espaldas a mí y, pistola en mano, les hacía gestos a sus hombres, ocultos por la bruma de tierra y humo. Dejé el subfusil, recogí mi arma y disparé. El capitán cayó al suelo. Busqué otro objetivo, pero con tanto humo no se distinguía nada.

Tiurin, entretanto, había vaciado el cargador de su subfusil. Lo arrojó al suelo, se arrastró hacia la MG34 y la movió a derecha e izquierda. Comprobó la calibración, apuntó, tiró del mango del percutor y apretó el gatillo. Era un arma de excelente factura y disparaba como la seda.

Los nazis quedaron atrapados entre dos frentes. Echaron a correr en desorden, dispersándose por donde podían. Ahora la «trinchera de sangre» sembraba la muerte entre los suyos. Tiurin siguió disparando. De vez en cuando recolocaba las manos y gritaba:

—¡Ajá, mal nacidos! ¡Ya os tengo!

Las dotaciones de mortero alemanas se dieron cuenta al fin de que nos habíamos hecho con la MG34 y que la estábamos usando contra sus hombres. Empezaron a llover obuses. Caí al suelo y durante un rato no pude oír nada, como si me hubiera engullido la tierra.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al abrir los ojos vi a Tiurin y a un par de fusileros de la compañía de Shetílov. Alguien dijo que habíamos frustrado el ataque enemigo y recuperado nuestras posiciones.

La cabeza me zumbaba y oía conversaciones por todas partes. Unos círculos de colores giraban delante de mí, la trinchera me daba vueltas y la tierra irradiaba calor como si fuera un horno.

Tiurin me desabrochó los botones superiores de la guerrera para que pudiera respirar. Las manos le temblaban y el ojo izquierdo le lloraba. Además, sin saber cómo, se le habían arrancado las suelas de los zapatos, aunque no se había dado cuenta hasta ahora.

—¡Menos mal que todavía tienes la cabeza sobre los hombros! —bromeó alguien.

Más tarde, Tiurin le quitó a un nazi muerto un par de botas de punta redonda. Eran de buena calidad y le iban a medida.

Esa noche convertimos la «trinchera de sangre» en un espacio habitable. Tapamos las troneras con sacos terreros y extendimos una lona sobre la entrada para mantener el calor. El interior era todo lo que un soldado pudiera desear; el exterior, sin embargo, lo dejamos tal como estaba para que el enemigo creyera que seguía abandonada. ¡Todo el mundo sabe que nunca caen dos bombas sobre el mismo cráter!

A primera hora de la mañana, Atái Jabibulin nos trajo el desayuno. Jabibulin era un tipo discreto y trabajador, cuya labor consistía en repartir comida por la línea del frente. Era corpulento, de unos cincuenta años, lucía una perilla rala de pelo cano y tenía los ojos estrechos y rasgados. Tras dejar un termo con estofado delante de mí, me abrazó alegremente y, mientras me daba un par de palmadas, dijo:

—Muy bien, camarada, ahora coma mucho, y después, un té...

En ese momento, Tiurin se despertó de un brinco como si le hubieran echado agua hirviendo. Parecía enfadado, como celoso de que alguien hubiera usurpado su función. Al ver que parecía dispuesto a abalanzarse sobre Jabibulin, los presenté.

—Este es mi viejo amigo del frente —dije—, Jabibulin.

—Conque del frente, ¿eh? —dijo Tiurin—. ¡Un ratón, un ratón del frente!

—¿Cómo que un ratón? ¡De eso nada! —protestó Jabibulin ofendido, y empezó a contarle a Tiurin la historia, que yo ya conocía, de cómo había terminado luchando en la guerra. El ruso era su segunda lengua y en ocasiones vacilaba al

hablar.

Jabibulin era un baskir de la aldea de Chishma y había acabado en la guerra por puro accidente. Había ido a despedir a su hijo, Sakaika, que se iba al frente. Habían llegado a la estación de tren a lomos de la yegua zaina de Jabibulin. Al lado de la estación, había una fila de carros; los caballos, sin arreos, esperaban enganchados a los carros, pastando.

—Mi yegua camina toda la noche. Carretera muy, muy larga. Yegua cansada.

Jabibulin explicó que había atado la yegua junto al resto de caballos, que formaban parte de un cargamento del ejército, para que pudiera comer heno. Luego se fue a buscar a su hijo. Recorrió todos los vagones —o «cajas verdes», como él decía— llamando a su hijo, pero Sakaika no respondía.

Cuando Jabibulin volvió al lugar donde había dejado la yegua, la zaina había desaparecido. Carros y caballos habían sido cargados en el tren.

—¡Soldado me roba yegua! —exclamó Jabibulin.

Siguiendo la inconfundible huella de los cascos de tres puntas de la yegua, Jabibulin llegó hasta una de las «cajas verdes». Como no tenía permiso para subir al coche, se puso a llamar a la yegua frunciendo los labios y resoplando contra la palma de las manos. El animal oyó al amo y respondió pateando con las pezuñas, pero el tren ya había empezado a moverse. Jabibulin logró saltar al estribo y, desde entonces, trabajaba como caballerizo en la sección de suministros y no había vuelto a separarse de su yegua.

Justo antes de entrar en Stalingrado, Jabibulin localizó a su hijo. Padre e hijo decidieron luchar codo con codo en el mismo regimiento, y a la yegua se le adjudicó oficialmente una ración de forraje.

—Baba Fiedia es buena persona —dijo Jabibulin.

«Baba Fiedia» era el nombre que Jabibulin daba a Fiódor Babkin, el comandante de la sección de suministros. Babkin había reservado un caballo adicional y un carro de dos caballos para Jabibulin.

Su regimiento recibió bautismo de fuego en Stalingrado y, durante aquellos primeros días, las bajas fueron tremendas. Jabibulin encontró a su hijo tendido y sangrando entre los heridos. Se llevó a Sakaika en el carro hasta el hospital del

ejército y dejó el carro y los caballos en la retaguardia de la división. Hecho esto, volvió a la batalla para luchar en el lugar de su hijo. Recuerdo que ese día vi lágrimas en sus ojos.

—Mi Sakaika malherido. Bomba mata mi yegua. Yo llevo balas para soldados, pero vosotros insultarme... —Jabibulin quedó en silencio.

Tiurin se ablandó.

—Perdón —dijo.

A partir de ese momento, ambos parecieron entenderse mejor, aunque de vez en cuando, por alguna razón u otra, a Tiurin le entraban ganas de abalanzarse sobre Jabibulin. En cuanto a este, sus visitas a nuestro búnker se hicieron más frecuentes. Nos llevaba comida, pero también cajas de balas y granadas. Era como un caballo de carga: nunca iba a ningún lado sin algo a cuestas. Si a la ida llevaba balas, a la vuelta se llevaba a un soldado cargado a hombros. No hablaba ruso muy bien, pero conocía las necesidades de los soldados de las trincheras.

Abzálov, el francotirador «enano», también era baskir, y entre ellos hablaban en su lengua. Jabibulin llamaba a Abzálov «mi Sakái». A cambio, Abzálov le dedicaba una atención especial a Jabibulin y se le dirigía como *ata*, que significa «padre».

Durante la batalla, Jabibulin fue condecorado con la medalla al honor. Creo que su emoción al recibir ese reconocimiento superó la mía cuando recibí la Orden de la Bandera Roja. Tras dos meses de batalla, Jabibulin se había convertido en un soldado experimentado y valeroso.

Un día, Jabibulin cometió un error que había de costarle caro. Acababan de bombardearnos, y una de las explosiones había caído lo bastante cerca como para dejarme temblando como un paralítico. Durante unas horas no pude ni cerrar las manos para sujetar el fusil. En ese momento oímos el tableteo de una ametralladora alemana, y Jabibulin entró trastabillando en el búnker, con los labios azulados. Le costaba mantenerse en pie y acabó desplomándose de cara. Entonces vi que en la espalda tenía dos manchas oscuras y que sangraba de un brazo.

Tiurin le quitó el abrigo y la guerrera, le aplicó coagulante en las heridas y le vendó el codo roto. Jabibulin, por su parte, no se quejó ni dejó escapar ruido alguno. Le acerqué una botella a los labios, pero se limitó a sonreír y a negar con la cabeza.

—Vuestra bebida yo no tomo.

—Por favor —dije—, solo un sorbo. Te sentirás mejor.

—Una gotita, al menos —añadió Tiurin—. A fin de cuentas, la trajiste tú con tus propias manos.

—Buena para vosotros, hombre de los Urales, pero aguardiente mala para mí. Pecado.

Fue entonces cuando descubrimos que no bebía y que no toleraba el alcohol.

—Se morirá de dolor como no beba —dijo Tiurin—. Hay que llevarlo a un hospital.

Entonces Jabibulin gruñó:

—Yo irme no. Mi Sakaika aquí morir.

En ese momento supimos que su hijo había muerto de aquellas heridas. Nos había dicho que Sakaika había sido herido y hospitalizado, pero Jabibulin se había guardado la muerte de su hijo para sí.

Quise vengarme del operador de ametralladora alemán que había disparado a Jabibulin. Abzálov me leyó el pensamiento sin que tuviera que decir nada.

Abzálov recogió el equipo y reptó al exterior del búnker. Al cabo de unos minutos, oímos la sonora detonación de su arma y la ametralladora enemiga calló de forma repentina. Abzálov regresó con el rostro congestionado. Me miró y asintió con la cabeza. Sí, nos habíamos cobrado nuestra venganza.

La evacuación de Jabibulin sería más segura tras la puesta de sol. Tiurin logró poner de pie al herido, y ambos, abrazados el uno al otro, se dirigieron a la entrada del búnker. Por el camino se encontraron con el jefe de operaciones políticas de la división, Vasili Zajárovich Tkachenko, que acababa de llegar con algunos de mis francotiradores. Ni mis hombres ni Tkachenko tenían por costumbre apartarse ante los «hombres de los recados».

—Háganse a un lado —exigió Tiurin a mis hombres—. Deberían tener más respeto. ¿No ven que los Urales y Baskiria se disponen a pasar? ¡Tiurin y Jabibulin!

El duelo

Esa noche nuestros exploradores capturaron a un soldado alemán y se lo llevaron tapándole la cabeza con un saco de patatas. Durante el interrogatorio, admitió que los mandos de la Wehrmacht estaban seriamente preocupados por los daños infligidos por nuestros francotiradores, y que un tal mayor Konings, director de la escuela de francotiradores de la Wehrmacht en las afueras de Berlín, había sido enviado a Stalingrado con el exclusivo propósito de liquidar al, en palabras del prisionero, «gran conejo» ruso^[17].

El comandante de nuestra división, el coronel Batiuk, estaba de buen humor.

—Un mayor es pan comido para nuestros chicos —bromeó—. Tendrían que haber enviado al *Führer* en persona. Cazar a ese pájaro habría sido más interesante, ¿verdad, Záitsev?

—Verdad, camarada coronel —contesté.

No obstante, la noticia me inquietó. Yo estaba rendido, extenuado, y para un francotirador no hay peor enemigo que la fatiga. Un francotirador cansado actúa con prisa y pierde precisión. O cuando suena un disparo, vacila, su confianza en sí mismo se ve erosionada.

Calculé mis posibilidades y pensé en cómo había sobrevivido hasta entonces. Cada día desde mi llegada a Stalingrado había matado, de media, a cuatro o cinco alemanes. Y cada día había visto a mis compañeros morir o recibir heridas. Cada día

que pasaba sin recibir un disparo, no podía por menos de pensar que mi suerte era como la de una partida de naipes: sabía que no podía durar para siempre.

A mi llegada a la ciudad, la esperanza de vida de nuestros soldados en el frente de Stalingrado era de veinticuatro horas. Desde entonces, nuestro ejército había logrado mejorar mucho esa cifra, en parte gracias a los éxitos de nuestros francotiradores, y eso me enorgullecía. Pero la publicidad que se me había dado había llamado la atención del enemigo, y ahora un mayor alemán tenía la misión de borrar me del mapa. Le dije al coronel Batiuk que el mayor sería un blanco fácil, pero al decirlo pensé que Konings tenía que ser un zorro astuto. Los alemanes no eran precisamente unos aficionados, y además, para llegar a director de la escuela de francotiradores, *Herr* Konings tenía que haber competido con éxito contra los mejores tiradores de la Wehrmacht. Mientras daba vueltas a todo eso en mi cabeza, oí que el comandante de división decía:

—Ahora le toca eliminar a ese superfrancotirador. Tenga cuidado y use la cabeza.

Había aprendido a descifrar las idiosincrasias de los distintos francotiradores nazis por medio de las características de sus disparos y de sus técnicas de camuflaje. Sabía distinguir a los más bregados de los bisonños; a los cobardes de los pacientes y decididos. Durante un buen tiempo, no obstante, me fue difícil identificar las particularidades de ese nuevo francotirador. Nuestras observaciones no aportaban información útil y ni siquiera sabíamos en qué sector se encontraba. Seguramente cambiaba de posición con frecuencia y me buscaba con el mismo tiento que yo lo buscaba a él.

Traté de analizar mis experiencias y las de mis camaradas para trazar un plan de actuación prudente. Si no podía obtener la ayuda de soldados de otras unidades —fusileros ordinarios, operadores de ametralladora, ingenieros de campo y de comunicaciones—, mis probabilidades de éxito serían escasas. Tuve que buscar fuentes de información entre las unidades soviéticas de las distintas partes de la ciudad.

Generalmente, tras localizar a un francotirador enemigo y precisar su posición, llamaba, por ejemplo, a uno de nuestros operadores de ametralladoras. Le facilitaba un periscopio de artillería y guiaba su vista hasta algún elemento del terreno fácilmente reconocible. Desde ahí, le daba instrucciones para pasar de una referencia a otra. Al fin, cuando daba con el francotirador, cuando veía con qué pericia se había camuflado, el soldado se convertía en mi ayudante.

Demostraciones como esa duraban una hora, a veces dos. Algunos de mis francotiradores me lo echaban en cara: «Los soldados no tienen necesidad de demostraciones como esa. Si necesita un ayudante, el comandante de la compañía puede proporcionarle uno. No tiene más que dar la orden, y habrá cola para ir a echarle una mano».

Tenían razón, pero yo prefería tratar con los soldados de trinchera, siempre atentos a lo que ocurre a su alrededor. Cuando lográbamos entendernos, se creaba una suerte de armonía que producía los resultados que yo esperaba.

Además, mientras instalábamos cebos y maniqués, podía observar a mis compañeros francotiradores. Algunos eran bravos y enérgicos, pero habrían sido pésimos ayudantes. Eran demasiado acalorados; sus niveles de energía fluctuaban.

Durante una batalla prolongada contra otro francotirador, no puedes contar con soldados así. Tras hallar los primeros peligros, es probable que se busquen una excusa para dejarte: de repente recuerdan que tienen que hacer algo importantísimo en otra parte. En realidad, lo que ocurre es que esa persona ha agotado sus reservas de coraje. A menudo observo comportamientos como ese entre los francotiradores novatos.

Analizar a tus compañeros es una cosa, pero descifrar las características de los francotiradores enemigos es otra mucho más difícil. Para mí, solo una cosa era evidente: eran tenaces en grado sumo. Sin embargo, había encontrado un modo de contrarrestar su perseverancia. Lo primero era preparar un maniquí y colocarlo discretamente en posición. Lo segundo, moverlo de vez en cuando. Para que parezca una persona, un maniquí debe de cambiar de postura de vez en cuando. Luego había que colocarse junto al muñeco, asegurándose de estar perfectamente camuflado. Entonces, el francotirador enemigo le disparaba al maniquí, que no obstante seguía con «vida», y ahí era donde la perseverancia de los nazis se volvía en su contra. Disparaba una segunda vez, y una tercera, y para entonces, ya lo teníamos en el punto de mira.

Los francotiradores nazis más experimentados se trasladaban a sus posiciones bajo la cobertura de las ametralladoras, acompañados de dos o tres ayudantes. Una vez apostados, trabajaban solos. Cuando me enfrentaba a esos lobos solitarios, fingía ser un novato o incluso un soldado de infantería corriente. Entorpecía la vigilancia del enemigo o sencillamente jugaba con él un poco. Ponía cebos para atraer sus disparos. Los nazis no tardaban en acostumbrarse a objetivos como ese y dejaban de percibirlos. En cuanto algo los distraía, me apostaba yo en el lugar del cebo. Para

ello, bastaban un par de segundos: lo justo para apartar el cebo y apuntar a la cabeza del francotirador.

Para mí, el proceso de localización de un francotirador enemigo se dividía en dos fases. La primera empezaba con el estudio de las defensas enemigas. A continuación, averiguaba dónde, cuándo y en qué circunstancias nuestros soldados habían muerto o habían sido heridos. En este punto, los médicos me eran de gran ayuda, pues me explicaban dónde habían recogido a la víctima. Entonces iba ahí para localizar a testigos y recabar de ellos todos los detalles sobre el incidente. Reunida la información, trazaba un diagrama en el que señalaba la localización probable del enemigo. Todas estas tareas componían la primera fase: la determinación del lugar en el que debía buscar a mi objetivo.

La segunda fase consistía en lo que yo denominaba la búsqueda propiamente dicha. Para evitar caer bajo el punto de mira del enemigo, me servía de un periscopio de trinchera para realizar las labores de exploración y vigilancia. Ni la mira del fusil ni los binoculares eran comparables en este sentido. La experiencia me decía asimismo que los puntos donde se había registrado una gran actividad y habían quedado muertos y en silencio eran los escondites más probables para un francotirador astuto. Por eso les decía a mis hombres que quien no estudia los alrededores ni habla con los hombres desplegados sobre el terreno va de cabeza al peligro. El viejo dicho de «mide dos veces, corta solo una» hace muy al caso para un francotirador. Solo trabajando duro, con un poco de inventiva, estudiando con cuidado las características y puntos fuertes del enemigo y siendo consciente de las propias carencias, solo así un francotirador es capaz de eliminar a su enemigo de un solo disparo.

El único modo de encontrar lo que se busca es practicando las técnicas de exploración en el campo de batalla. Adquirir la técnica adecuada no es fácil. Cada vez que un francotirador se dirige a su posición debe hacerlo perfectamente camuflado; un francotirador que no sabe vigilar mientras está camuflado no es un francotirador, sino un pato de feria a la espera de que el enemigo lo desplume.

Cuando vas a la línea del frente, más te vale ocultarte a la vista por completo. Échate como una piedra y límitate a observar. Estudia el terreno y dibuja un pequeño mapa con los elementos más destacables. Recuerda: si das un movimiento en falso y te delatas, si te pones al descubierto aunque sea un segundo de más, lo pagarás con una bala en la cabeza. Esa es la vida de un francotirador. De aquí que, al adiestrar a mis hombres, hiciese hincapié sobre todo en la capacidad de pasar desapercibido y camuflar la propia posición.

Cada francotirador tiene sus tácticas y técnicas, sus ideas e ingenuidades. Pero todos —ya sean principiantes o veteranos— deben recordar siempre que frente a ellos aguarda un tirador maduro, resuelto, perspicaz y certero. Hay que ser más inteligente que él, atraerlo y, así, confinarlo a un solo punto. ¿Cómo? Es preciso distraerlo, confundir su atención, cambiar de rumbo, exasperarlo con movimientos engañosos y agotarlo hasta que no pueda concentrarse.

En mi opinión, crear una base de francotiradores —incluso durante una operación defensiva de larga duración como la de Stalingrado— es una mala idea. El francotirador es un nómada, y su misión consiste en aparecer donde el enemigo menos lo espera. Debe ser capaz de luchar por superar a su oponente; el mero conocimiento de las habilidades del enemigo no sirve de nada si se carece de la convicción necesaria para eliminarlo de un disparo rápido y decisivo.

En una ocasión, cerca del almacén de hielo, en el sector defendido por la 6.^a Compañía, los francotiradores Nikolái Kúlikov y Galifan Abzálov desaparecieron durante un día entero. Se encontraban en una trinchera junto a una vía de tren. Se pasaron el día observando la actividad del enemigo, pero no dispararon una sola bala ni hicieron nada que pudiera delatar su posición. Tras la puesta del sol, en lo más oscuro de la noche, ataron unas cuantas latas a un cordel y las colocaron en tierra de nadie, dejando el extremo del cordel en la trinchera.

Al amanecer, tiraron del cordel y arrastraron las latas frente a las narices de los alemanes. Los nazis se miraron en torno; uno de ellos asomó la cabeza, luego otro, y Kúlikov y Abzálov los liquidaron a ambos. A la media hora, repitieron la maniobra y mataron a otro par de soldados. De ese modo, al caer la noche, Kúlikov y Abzálov habían acabado con todo un escuadrón de nazis.

Durante un período de relativa calma, me encontré con otros dos francotiradores, Afinogénov y Scherbina, en la línea del frente. Iban caminando tranquilamente en mi dirección. Afinogénov se había quitado el casco y su cabello pelirrojo contrastaba con el color plomizo de las trincheras.

Nos saludamos, nos apartamos del camino para sentarnos sobre unas rocas y encendimos unos cigarrillos. Les pregunté adónde iban, y me dijeron que volvían a la compañía.

—Los nazis se han escondido —dijo Scherbina, con esa sonrisa estúpida que siempre tenía en el rostro—. No se los ve por ningún lado, así que nos hemos tomado un descanso.

Aquello me irritó.

—Sois unos idiotas —les dije—. Justo ahora tendríais que aprovechar para hacer pruebas y corregir vuestras miras.

Acordaron seguirme, y los conduje al distrito donde teníamos la galería de tiro. Por el camino supe que ni Afinogénov ni Scherbina habían practicado disparando a objetivos potenciales. Lo consideraban innecesario. Se habían limitado a caminar entre los escombros de la línea del frente y a abrir fuego contra el primer enemigo que se les pusiera a tiro. Habían fallado en varias ocasiones, pero ¿cómo no iban a fallar? Es imposible determinar a la primera la distancia hasta el blanco sin reunir antes la información necesaria, y los objetivos permanecen a la vista un par de segundos a lo sumo, ¡pues claro que no acertaban! Hay que preparar la posición con antelación, estudiar el terreno que se tiene delante, seleccionar referencias y calcular con exactitud la distancia hasta ellas. Cuando uno hace todo eso, aunque tenga una mala racha, acaba teniendo éxito.

Llegamos a la zona de viviendas de una fábrica y entramos en un edificio bombardeado que hacía las veces de punto de encuentro. Les enseñé a mis camaradas la localización de los fortines, nidos de ametralladoras, puestos de observación y redes de defensa del enemigo.

—Como veis —dije—, cuando un francotirador toma buenas notas, no tiene que recordar mucho acerca de las defensas enemigas. Cuando llega a su posición, busca el diagrama correspondiente en su libreta, comprueba si se han producido cambios en los alrededores y espera el momento adecuado. El francotirador bien preparado solo necesita que el objetivo se muestre durante una fracción de segundo. En ese tiempo, lo distingue, apunta y dispara.

Era sobre la una de la tarde.

—Los alemanes estarán almorzando —les dije a mis camaradas—. Son de una puntualidad absoluta.

Retiré una placa de contrachapado de la pared de la trinchera. En ella había dibujado un diagrama de tiro. Algunas de las cifras se habían difuminado con el tiempo. Saqué un trozo de lápiz y repasé los números borrosos. Tomé en consideración la distancia y el viento, me preparé para disparar y esperé. Mis camaradas observaban los movimientos del enemigo a través de los periscopios. Nos quedamos ahí sentados en silencio y vigilamos la actividad del enemigo por espacio

de una hora. La emoción y el interés de mis jóvenes camaradas empezaron a flaquear; se aburrían haciendo la misma cosa durante tanto tiempo. Debían de tener ganas de trasladarse a una nueva posición para charlar con sus compañeros, y en un momento dado empezaron a susurrar.

—¡Chitón! —los reprendí—. No se habla durante una emboscada.

Mis amigos quedaron en silencio. Pasaron unos minutos más y, de pronto, en la trinchera alemana apareció una cabeza. Disparé al instante. El casco del nazi salió volando. Todo quedó de nuevo en silencio. El casco aterrizó en lo alto del terraplén. En el interior de la trinchera, cada pocos segundos se veía una pala; el nazi que quedaba estaba cavando para ganar profundidad.

Como francotirador, maté a no pocos nazis. En ocasiones llegué a encontrarme con viejos conocidos mientras observaba a través del periscopio. Una de mis pasiones era observar el comportamiento del enemigo. Veía a un oficial nazi salir de un búnker con aires de gran señor, dar órdenes a sus soldados con gesto autoritario. Sus secuaces cumplían su voluntad, sus deseos y sus caprichos al pie de la letra. El oficial no tenía la menor idea de que no le quedaban más que unos segundos de vida.

Veía sus finos labios, incluso sus dientes, la mandíbula gruesa y prominente, la nariz carnosa. A veces tenía la sensación de estar sujetando una serpiente por la cabeza: se retorcía, pero mi mano la apretaba con más fuerza. Entonces sonaba el disparo. Antes de que retirara el dedo del gatillo, la serpiente se arrastraba agonizando.

Los francotiradores de nuestra división tenían por costumbre reunirse cada noche en un refugio subterráneo para comentar los resultados del día, intercambiar consejos y comunicar cualquier cambio observado en las tácticas del enemigo.

Un día hicimos cálculos: un francotirador solo necesitaba diez segundos para apuntar y disparar con precisión, por lo tanto, en un minuto, tenía la posibilidad de disparar al menos cinco balas. Se tardaba treinta segundos en cambiar el cargador. Según esos cálculos, en un minuto, diez francotiradores eran capaces de matar hasta cincuenta soldados enemigos.

Uno de los nuestros, un recién llegado llamado Sasha Koléntiev, era el que tenía más talento. Lo tratábamos con el máximo respeto, pues sabíamos que se había graduado en la Escuela de Francotiradores de Moscú y que poseía un profundo

conocimiento de las reglas del tiro con fusil. Un día, abrió el morral y sacó unas balas, una granada y un trapo sucio en el que había una pequeña carpeta con tapas de piel. Abrió la carpeta y leyó en alto un pasaje que inmediatamente copié en mi cuaderno:

La vía para lograr un buen disparo es un sendero estrecho que discurre junto al borde de un precipicio sin fondo. Cada vez que se enzarza en un duelo, el francotirador se siente como si estuviera de pie a la pata coja sobre una afilada roca. Para aguantar y no caer al abismo, varias cosas son esenciales: coraje, adiestramiento y un aplomo inquebrantable. El vencedor del duelo será aquel que logre conquistarse antes a sí mismo.

Poniendo en común nuestras experiencias, mis camaradas y yo buscamos la manera de enfrentarnos al superfrancotirador de Berlín, que hasta entonces se había demostrado más habilidoso que nosotros. Su talento empezaba a pasarnos factura. En un solo día había volado la mira del fusil de Morósov y herido a Shaikin. Tanto Morósov como Shaikin eran tiradores experimentados que se habían destacado en duelos complejos y arduos; el hecho de que hubieran sido derrotados me convencía de que su oponente no podía ser otro que Konings, el maestro de Berlín.

Al atardecer me llevé a Nikolái Kúlikov a la misma posición donde Morósov y Shaikin se habían apostado el día anterior. Frente a nosotros se extendía la consabida y mil veces estudiada línea del frente enemigo. No percibimos nada distinto. El día estaba terminando. De repente, apareció un casco que se movía despacio por la trinchera. ¿Debíamos disparar? No, era una trampa: la inclinación del casco era muy poco natural. Lo movía el ayudante del francotirador, mientras este esperaba a que yo me delatase. De modo que Kúlikov y yo permanecemos inmóviles hasta entrada la noche.

—¿Dónde estará escondido ese perro sarnoso? —preguntó Kúlikov cuando abandonamos la posición al amparo de la oscuridad.

—Ese es el problema —dije—, que no tenemos ni idea.

—¿Y si no está aquí? —preguntó Kúlikov—. Tal vez ya se haya ido.

Algo me decía que, de ser necesario, un francotirador tan hábil y paciente como Konings podía permanecer una semana entera frente a nosotros sin mover un músculo. Debíamos andarnos con especial cautela.

Pasó otro día. ¿Quién perdería antes la templanza? ¿Quién vencería a quién?

Nikolái Kúlikov, mi fiel amigo del frente, se había obsesionado con ese duelo tanto como yo. Ya no dudaba de que el objetivo estaba frente a nosotros, y su único afán era salir vencedor de aquella confrontación.

Por la tarde, al llegar al búnker, encontré una carta para mí. Me la enviaban mis compañeros marineros desde Vladivostok: «Hemos sabido de tus heroicas hazañas en las riberas del Volga. Estamos sumamente orgullosos de tus logros...».

La carta me hizo sentir incómodo; me entraron ganas de romper la tradición del frente y retirarme a leerla en privado. Mis compañeros me hablaban de mis «heroicas hazañas», pero yo sabía que llevaba varios días rastreando sin éxito la pista de ese francotirador solitario. Entonces Kúlikov y Medvédev se pusieron a rezongar:

—¿De la flota del Pacífico? ¡Léela en alto!

Así que no tuve elección.

El resultado fue más que una carta. Fue como si una ola del Pacífico hubiera roto en medio de la sala, arrastrando consigo toda suerte de buenos recuerdos. Después, Víktor Medvédev habló.

—Tenemos que responderles enseguida. ¡Escríbeles, Vasia, y diles que no les defraudaremos! Diles que mantendremos alto el honor de la Armada...

Al tercer día de vigilancia, el comisario político Danílov nos acompañó a Kúlikov y a mí hasta la posición. La mañana comenzó como de costumbre: la oscuridad se disipó y a cada minuto los emplazamientos enemigos se hicieron más visibles. Se produjo una escaramuza en las cercanías. Los obuses silbaron por el aire, pero nosotros permanecemos pegados a nuestras miras, siguiendo los movimientos que se producían delante de nuestra posición.

—¡Ahí está! Os lo señalaré... —gritó de pronto el comisario político.

Danílov se alzó por encima del borde de la trinchera y en medio segundo nuestro oponente tuvo tiempo de disparar una bala. Por suerte, el disparo solo hirió a Danílov.

Solo un francotirador de élite era capaz de un disparo como ese, solo un especialista podía haber disparado con semejante rapidez y precisión. Sin duda el alemán era un experto en el arte del camuflaje. Llevaba varios días estudiando la

línea del frente enemigo, tomando notas y dibujando esquemas, conocía hasta el último cráter y elevación del terreno, pero no veía nada sospechoso. Nuestro oponente parecía haberse evaporado de la faz de la tierra. Sin embargo, dada la rapidez del disparo, concluí que el francotirador de Berlín tenía que estar en algún lugar frente a nosotros.

Kúlikov y yo seguimos con el dispositivo de vigilancia. A la izquierda teníamos un tanque bombardeado. A la derecha, un fortín. ¿Estaría en el tanque? No, un francotirador experimentado nunca se apostaría ahí. ¿En el fortín? No, ahí tampoco. Además, las troneras estaban selladas.

Entre el tanque y el fortín, en una zona de terreno llano justo delante de la línea de los nazis, había una plancha de hierro junto a una pila de ladrillos rotos. Estaba ahí desde que habíamos llegado a esa posición, pero no le había dado importancia. Traté de ponerme en la piel del enemigo: ¿cuál sería el escondite ideal? ¿Tal vez un pequeño foso bajo la plancha de hierro? Podría introducirme en él durante la noche... Sí, me di cuenta de que probablemente estuviera ahí, bajo la plancha de hierro, tendido en tierra de nadie.

Decidí comprobar si mi presentimiento era cierto. Enganché un guante a un pequeño tablón y lo levanté. ¡Disparó! ¡El nazi había mordido el anzuelo! Excelente. Bajé el tablón con cuidado sin cambiar su orientación. Inspeccioné el agujero: redondo y perfecto, con una inclinación de noventa grados en la entrada. La bala había entrado de cabeza en el tablón.

— Ahí tenemos a nuestra serpiente — oí que susurraba Kúlikov.

Ahora había que hacer que se asomara, aunque solo fuera la punta de la cabeza. No tenía sentido esperar que eso fuera a ocurrir enseguida. Lo que sí era seguro era que no iría a ninguna parte; conociendo sus tácticas, era poco probable que abandonase una posición tan valiosa.

Fue una noche gélida. A medida que el ruido de la refriega iba remitiendo y los hombres se guarecían del frío, el viento empezó a aullar entre los edificios en ruinas.

Los nazis disparaban a discreción. Habían instalado unos cuantos morteros lo bastante cerca como para bombardear los barcos que cruzaban el Volga. Nuestra artillería respondió y silenció los morteros alemanes, pero el enemigo replicó con sus bombarderos: los Stukas, los Me 109, los Heinkels... la Luftwaffe al completo.

Agachamos las cabezas y aguardamos el amanecer.

Cuando el sol se alzó, Kúlikov disparó una bala a ciegas para despertar el interés de nuestro oponente. Habíamos decidido no actuar durante la primera mitad del día, ya que el reflejo de las miras nos habría delatado.

Sin embargo, después de la hora del almuerzo, nuestras armas quedaban a la sombra, mientras que los rayos del sol caían sobre la posición de nuestro rival. Algo brilló bajo el borde de la plancha de hierro; ¿sería un fragmento de cristal cualquiera o la mira de un fusil?

Kúlikov se quitó el casco y lo levantó despacio, tentando una finta que solo un francotirador experimentado es capaz de ejecutar de forma creíble. El enemigo disparó. Kúlikov se puso en pie, gritó y se desplomó.

«¡Al fin, el francotirador soviético, el “gran conejo” al que llevo cuatro días buscando, está muerto!», debió de pensar el alemán, porque asomó la cabeza por detrás de la plancha de hierro. Apreté el gatillo y la cabeza del nazi desapareció. La mira de su rifle estaba inmóvil y seguía soltando destellos bajo la luz de sol.

La tensión de la caza se había roto. Kúlikov se dio la vuelta en el suelo de la trinchera y prorrumpió en una carcajada histérica.

—¡Corre! —grité.

Kúlikov recuperó la compostura y salimos corriendo lo más rápido posible hacia la posición de apoyo; segundos más tarde, los nazis barrieron la trinchera con fuego de artillería.

En cuanto oscureció, nuestros hombres atacaron las líneas alemanas y, en plena batalla, Kúlikov y yo sacamos a rastras al mayor alemán muerto de debajo de la plancha de hierro, agarré su fusil y su documentación y se los entregué al comandante de la división, el coronel Batiuk.

—Sabía que cazarían al pájaro de Berlín, muchachos —dijo Batiuk—. Ahora, camarada Záitsev, tiene una nueva misión. Mañana se espera un ataque alemán en otro sector. El general Chuikov ha ordenado formar un grupo con los mejores francotiradores para repeler el ataque fascista. ¿Cuántos hombres quedan en su grupo?

—Trece.

—Perfecto. —Batiuk reflexionó unos instantes y luego me preguntó—: Serán trece contra varios cientos. ¿Se ven capaces?

—Me parece una proporción aceptable —respondí.

**Yo sirvo a la
Unión Soviética**

Tenía los ojos tapados con vendas, y la cabeza, envuelta en una corona de gasas; no podía ver nada. Era difícil determinar cuántos días y noches habían transcurrido desde que me hallaba sumido en esa oscuridad. El hombre que ve saluda cada nuevo día al romper el alba y se despide de él con la puesta de sol, pero en ese momento, para mí, todo era una oscuridad total e inacabable. Traten de contar, sin la ayuda de la rutina diaria, cuántos días y noches permanecen echados en una cama de hospital; es como volar, como volar sobre un abismo sin fondo.

Por fortuna, conservaba los sentidos del oído y el olfato, que me ayudaban a percibir el entorno y a reconocer el paso de los días, las horas y aun de los minutos. No es una habilidad que se adquiera de forma inmediata, sino solo tras haberse acostumbrado, con el tiempo, a la ceguera. No es de extrañar que los ciegos desarrollen un sentido del oído tan agudo que les permite medir la distancia en función del sonido: «visión auditiva», lo llaman. Yo mismo pude experimentarla.

Como buen francotirador, a la tercera o cuarta semana en el hospital podía distinguir los ecos y calcular la distancia hasta el ladrido de un perro en la linde del pueblo. Incluso pensé que podría apuntar y disparar solo gracias al sonido. Una idea ridícula, por supuesto, pero que demuestra que durante ese tiempo no logré aceptar el hecho de que mi ceguera pudiera haberme arrebatado el fusil de las manos para siempre.

Varias sensaciones me ayudaban a adivinar quién se acercaba a mi cama, ya

fuera un médico o un amigo llegado desde la habitación contigua. Las batas del equipo médico exhalaban el aroma de la colada recién hecha, mientras que las ropas de los soldados hedían a vagón de tren mal ventilado.

La negrura es el símbolo de la oposición al conocimiento, de la opresión y de la violencia; es el color de la esvástica. Se dice que el bigote de Hitler era en realidad bermejo, pero siempre se lo representa de color negro, una alteración que Hitler, como la alimaña que era, prefería. El negro de sus banderas, el negro de su cara. Las criaturas malignas se aferran siempre a la oscuridad.

Eso era lo que pensaba de la negra bruma que me envolvía. Aquella oscuridad me había privado de la mayor contribución que podía hacer a mi país: la habilidad de ver al enemigo y destruirlo. Sin embargo, no quería reconocer —me negaba— su fuerza. Recordaba todo cuanto había ocurrido ante mis ojos hasta el momento en que la metralla me golpeó en la cara.

Nuestro comandante, Nikolái Filípovich Batiuk, nos había ordenado repeler el ataque enemigo contra el flanco derecho del regimiento. Nuestro grupo de francotiradores empleó una táctica que pilló a los nazis por sorpresa. Dado que sabíamos con antelación por dónde llegaría el asalto, decidimos atacar los puestos de mando y observación del enemigo. Éramos trece fusiles, trece pares de ojos observando a través de las miras desde múltiples posiciones, tanto elevadas como inferiores. Podíamos controlar los mejores puntos de reconocimiento del enemigo, situados en el interior de su formación de batalla.

La nuestra era una cacería en grupo, y nuestro objetivo era, si se quiere decir así, descabezar a las compañías y los batallones antes de que emprendieran el asalto. El plan era sencillo: cuando los oficiales alemanes salieran a echar un último vistazo a la zona que planeaban atacar, los recibiríamos con una descarga de plomo.

¡Y si alguna alma valerosa osaba dar un paso adelante y ocupar su puesto, la abatiríamos también! Si el enemigo avanzaba en algún punto, volveríamos nuestros trece fusiles en su dirección y mataríamos en primer lugar a sus oficiales. Así les enseñaríamos a no cruzar esa línea, para que supieran que al otro lado no les aguardaba más que la muerte.

En breve: nuestro «ataque de fuego de francotirador concentrado», como nosotros lo llamábamos, tenía por objeto cegar los puestos de mando enemigos para limitar de buen principio las probabilidades de éxito de su ataque.

Nuestro plan fue un éxito en todos los aspectos. Al amanecer, justo antes del comienzo del ataque, las lentes de los prismáticos de largo alcance brillaron bajo el sol en lo alto de los puestos de mando nazis. Algunos de los oficiales alemanes llevaban gorros de cazador con escarapelas, podíamos distinguir incluso el color de las plumas de los gorros. Los oficiales miraban en nuestra dirección, pero no se daban cuenta de que su silueta resultaba perfectamente visible frente a la penumbra a medio disipar. Antes de que los alemanes pudieran comenzar su ataque, yo había vaciado ya dos cargadores; Nikolái Kúlikov, otros dos; Víktor Medvédev, tres, y el resto de nuestro francotiradores no nos iban a la zaga.

Con todo, los alemanes emprendieron el ataque. Un oficial fascista situado en un puesto de mando al que nuestras balas no podían llegar conducía a los soldados enemigos a la perdición. Nuestras ametralladoras, nuestros fusileros y nuestros equipos de artillería les habían cortado ya todas las vías de avance y retirada y los estaban acribillando. Los soldados enemigos eran como animales de camino al matadero. Los machacamos sin piedad.

Así las cosas, los nazis no podían más que esperar el momento adecuado para poner las manos en alto. Llevado por un estúpido impulso heroico, traté de capturar algún prisionero. Supongo que dicho impulso procedía del propio fervor infernal de la batalla, que en ocasiones eclipsa el entendimiento.

Salí de mi escondite y lancé una bengala amarilla para indicar a nuestra artillería que cesara el fuego en nuestro sector. Entonces corrí hacia el lugar donde parecía que unos soldados alemanes querían rendirse. Corrí hacia ellos agitando los brazos para decirles que salieran con las manos arriba. Algunos de ellos obedecieron y abandonaron sus posiciones. En ese momento, un «asno» —el lanzacohetes nazi de seis cañones— tronó en la distancia. ¡El mando alemán estaba disparando proyectiles de fragmentación contra sus propios hombres! Uno de los cohetes fue directo hacia mí; pude verlo suspendido en el aire. ¡Quién iba a pensar que los lanzacohetes alemanes descargarían contra su propia infantería! No quise darle al enemigo la satisfacción de verme correr a cubierto. El proyectil cayó a unos treinta metros de mí, rebotó y ¡bum!

El aire caliente cargado de metralla me azotó en la cara y, al momento, una oscuridad espesa y cenagosa envolvió mis ojos. Con la negrura, aparecieron un dolor agudo que me quemaba las córneas, un fuego que me desgarraba el cuero cabelludo y unas náuseas incontenibles.

Hace una semana, cuando el dolor en la parte posterior de mi cabeza

desapareció, los médicos me retiraron las vendas de los ojos. En vano: la oscuridad era tan impenetrable como antes. ¡Qué desgracia! Los médicos habían actuado con la mejor intención.

Entretanto, la batalla había terminado con victoria por nuestra parte. Miles, incluso decenas de miles, de prisioneros alemanes se arrastraban por las calles junto al hospital. ¡Ahí estaba el resultado de la batalla de Stalingrado! Se me escapaban la risa y las lágrimas. Lloraba porque no podía escapar de esa profunda oscuridad, y reía debido al prodigioso despliegue de sonidos que llegaba a mis oídos desde ambos extremos de la calle, desde las otras habitaciones del hospital y desde las ventanas.

—Mira, mírales los pies, botas de paja...

—¿Qué lleva ese en la cabeza? ¡Ja, ja! ¡Pantalones de montar!

—Menudos guerreros, ¿eh?

Pero el sonido más gracioso de cuantos pude oír fue el canto de un gallo en algún lugar tras las paredes del hospital. Parecía montado en una verja desde la que recibía a cada nueva columna de prisioneros con un lento y ahogado quiquiriquí. A continuación batía las alas como si saludase y, finalmente, dejaba escapar una risotada de ecos casi humanos. La mañana había terminado hacía rato, pero él no callaba: cacareaba y reía, cacareaba y reía. ¡Jamás había visto cosa semejante, ni siquiera en un circo! Me negué, pues, a rendirme a la ceguera. Incluso un animal de corral podía ayudarme a ver cuál había sido el desenlace de la batalla de Stalingrado.

Pasó una semana más. El 10 de febrero de 1943, justo antes del atardecer, los médicos decidieron volver a retirarme las vendas de los ojos. La enfermera desenrolló lentamente las vendas, vuelta por vuelta, hasta que los parches de algodón que me tapaban los ojos se cayeron. Mantuve los párpados cerrados, temeroso de que volviera a ocurrir lo mismo que la vez anterior.

Levanté los brazos por encima de la cabeza tal y como el médico me dijo. Al moverlos, sentí unas gruesas gotas de sudor. Sudaba del miedo: me había convertido en un cobarde, en un pusilánime incapaz de afrontar su destino.

—Muy bien, Vasia. ¡Abra los ojos! —ordenó el médico.

Seguí sus órdenes... y no pude creer lo que ocurrió a continuación. ¡Frente a mí, delante de la ventana, podía distinguir la silueta de una persona! Sentí un alivio

extraordinario; ¡estaba recuperando la vista!

Pero todavía no la había recuperado del todo. De hecho, me quedaba mucho por hacer.

—Va a necesitar tratamiento intensivo —me dijo el médico.

Dos días después, me trasladaron a una unidad médica del ejército estacionada cerca del río Ajtuba, al sudeste de Stalingrado. Desde ahí, me derivaron a Moscú, para que me visitara el jefe de oftalmología del ejército. Ese mismo día, pasé por el cuartel de mi división, donde supe que por orden del comandante del 62.º Ejército, Vasili Ivánovich Chuikov, me había sido concedido el rango de teniente segundo.

Caminaba sin guía, pero a menudo tropezaba con cosas; tenía que levantar bien los pies al caminar y poner el máximo cuidado al pisar. Cuando uno no ve bien, cada paso entraña algún peligro.

Ardía en deseos de llegar a Moscú lo antes posible e iniciar el tratamiento. Justo antes de mi partida, me invitaron al buró político del ejército. El director de buró del Komsomol, el mayor Leonid Nikoláev, sabía que todavía no podía ver bien y se ofreció a acompañarme hasta Sarátov.

Uno de los Mercedes capturados al enemigo nos llevó por una carretera nevada y llena de socavones hacia Sarátov. El motor resolló y gimió, pero al final la implacable carretera rusa pudo con él. Dejamos el Mercedes en una granja colectivizada y seguimos en trineo para cubrir el resto del camino. Leonid Nikoláev, el impassible líder del Komsomol del 62.º Ejército, espantaba mis inquietudes con sus hilarantes interpretaciones de un viejo tema, «Gira y gira, el gran mundo azul».

Leonid añadió un par de variantes de su propia cosecha, con versitos sobre Hitler, Goebbels y demás. Tan pronto cantaba con irónica compasión como se arrancaba con mordaz socarronería, pero siempre con un humor tan desbordante y contagioso que resultaba imposible no reírse y cantar con él.

Cuando llegamos a Sarátov, Nikoláev me consiguió un asiento en el vagón de oficiales de un tren con destino a Moscú. Me acompañó a mi asiento y ahí tuvo que dejarme. De pronto me sentí muy solo. Estaba aislado por mi ceguera. No conocía a nadie. Me pregunté si el resto de ocupantes del coche me miraban con compasión.

Al otro lado de la ventanilla, ciudades, aldeas y estaciones pasaban de largo,

aunque mis ojos nos podían percibir los detalles, que se perdían en una neblina gris mate. Podía oír que los demás pasajeros —todos militares— hablaban de la importancia de la batalla de Stalingrado y expresaban sus opiniones acerca del posible curso de los acontecimientos en el futuro, pero a mí me reconcomía una única idea: ¿era posible que hubiera perdido la vista para siempre?

En Moscú me llevaron al Policlínico del Comisariado Popular, donde pasé un buen rato yendo de sala en sala. Finalmente, el jefe de cirugía pronunció un veredicto halagüeño:

—Con un poco más de tratamiento, recuperará la vista.

No sé expresar la felicidad que sentí al oír eso. Día a día, mi vista fue mejorando y al poco tiempo volvió a la normalidad.

Recibí el alta la víspera del Día del Ejército Rojo. Llevaba el mismo sobretodo raído de siempre y el morral cargado a los hombros. Entré en el hotel del Ejército Rojo. Gracias a que mis documentos tenían estampada la firma del general Chuikov, logré una cama en el dormitorio de los oficiales.

A la mañana siguiente, encendimos la radio del dormitorio para escuchar las últimas noticias. El locutor leyó un bando del Presídium del Sóviet Supremo en el que se enumeraban los galardonados con el premio de Héroe de la Unión Soviética. Oí mi apellido, pero no le di importancia. «Debe de haber millones de Záitsevs», pensé.

—Espero que el bando no concierna a ninguno de los presentes. ¡De lo contrario, tendremos que vaciarnos los bolsillos invitándolo a beber!

Por lo que a mí respecta, mis bolsillos ya estaban vacíos. Aunque les diera la vuelta a los forros, lo único que habría salido de ellos habría sido mi certificado de oficial. Y el certificado no me permitía recibir dinero alguno hasta que no terminara con el papeleo financiero relativo a mi posición, que por lo demás, ni yo mismo sabía exactamente cuál era.

Estaba muy molesto con el administrativo y el encargado de nóminas de mi división. ¿Cómo era posible que me hubieran enviado a Moscú sin dinero y con la documentación a medias? Como contable, me parecía un comportamiento muy poco profesional. Estaba tan harto que al día siguiente decidí solicitar que me transfirieran de nuevo a mi unidad.

Quise hacer una visita a la oficina del Komsomol de la Dirección Política Central para entrevistarme con Iván Máximovich Vidiúkov. Antes de despedirse de mí en la estación de ferrocarril, el mayor Nikoláev me había dicho que fuera a verlo.

Me presenté en el mostrador de recepción de la Dirección y me abrí paso entre la gente hasta el funcionario de servicio, le enseñé mi autorización y solicité un pase para entrar en la oficina del Komsomol.

— Espere aquí, lo llamarán enseguida — respondió el funcionario.

Pasaron unos veinte minutos. Un sargento asomó la cabeza por la ventanilla del tablero de recepción. Echó un vistazo lento a la sala, con una curiosidad extraña. Miró a los capitanes, mayores y tenientes coroneles que había ante él. Finalmente, al no encontrar a la persona que buscaba, gritó:

— ¿Se encuentra el teniente segundo Vasili Grigórievich Záitsev en la sala?

No pude oír lo que dijo después, pero la sala quedó en silencio y todo el mundo se volvió en mi dirección. En ese momento una mujer con el rostro enrojecido y nervioso salió de la oficina del Komsomol y entró en la sala gritando:

— ¡Vasili Grigórievich! Vengo de ver a Vidiúkov. Me llamo Nonna. ¡Vengo a felicitarlo!

Yo estaba atónito.

— ¿Por qué? — pregunté.

No me gustaba que todo el mundo me estuviese mirando porque me avergonzaba de mi aspecto. Todavía llevaba la ropa raída del frente.

— ¿Quiere decir que no lo sabe? ¡Hoy le han concedido el título de Héroe de la Unión Soviética! ¡Qué maravilla! ¡Soy la primera en felicitarlo! — Me abrazó, me besó y me dijo al oído—: Recuerde que es un hombre con suerte, a partir de ahora no volverá a tocarlo ninguna bala ni volverá a resultar herido de metralla.

El comisario de brigada Iván Máximovich Vidiúkov, que había estado conmigo en la batalla de Stalingrado, me saludó como a un hermano.

— ¡Bien, prepárese, Vasili! ¡Ahora tendrá que soportar ataques de otro tipo, en primer lugar los del personal del Komsomol, y, después, los de los reporteros!

El comisario tenía razón, seguramente me habría visto arrastrado a multitud de encuentros y ruedas de prensa de no haber llegado antes la llamada del general Schadenko, que me requería para «preparar un informe acerca de sus experiencias en materia de tácticas para grupos de francotiradores en Stalingrado». Dónde y ante quién debía presentar dicho informe nadie supo decírmelo.

Cuando volví a mi habitación, antes de poder pensar qué diría o de abrir mi cuaderno, entró una joven muy elegantemente vestida. Yo no estaba acostumbrado a ver ropas tan exquisitas.

—¿Es usted Záitsev? —me preguntó.

Empezaba a darme la impresión de que el tal «Záitsev» del que todos hablaban con tanta emoción no era yo.

—Supongo que ha venido a invitarme a alguna cena —respondí.

—No —dijo ella—, nada de eso. Ha sido invitado por el profesor Mintz al Instituto para el Estudio de Experiencias en la Gran Guerra Patriótica^[18].

Al principio pensé: «Para eso me llamó el general Schadenko, para que le entregase mi informe al profesor Mintz». Aunque ¿qué clase de informe podía yo presentar que le fuera útil al profesor? Cuando ya estábamos cerca del instituto, le pregunté a la joven:

—¿Seguro que el profesor no se ha equivocado? Lo que quiero decir es que no soy más que un soldado raso.

—Exsoldado raso —me corrigió. Y al cabo de un momento apostilló—: Más aún, un héroe de Stalingrado...

Cuando entramos en el despacho del director del instituto, me puse firmes y me presenté según el protocolo del ejército:

—¡Camarada profesor, acude a su llamada el teniente segundo Vasili Grigórievich Záitsev!

En el despacho había dos hombres. El primero, de aspecto frágil, llevaba unos quevedos; el otro era más corpulento y de rostro moreno. ¿Cómo saber cuál de ellos era el profesor Mintz? A fin de cuentas, no llevaban el nombre estampado en la frente.

Ambos estaban sentados a una mesita, tomando té, y al verme se levantaron. Yo permanecía en posición de firmes frente a ellos, totalmente inmóvil y demasiado azorado como para hablar. El hombre de los quevedos se dirigió a mí por mi nombre y mi apellido y me invitó a la mesa.

—Estamos tomando el té, al estilo de Moscú.

Al lado de mi taza había un platito con tres terrones de azúcar. Tenía la garganta seca, así que, sin esperar su permiso, empecé a dar tragos al té por miedo a que me solicitasen el informe y no me diera tiempo a humedecerme el gaznate. En cuanto apuré la taza me sirvieron otra inmediatamente. Era evidente que no tenían prisa. Me tomé la segunda taza y me metí un terrón de azúcar en la boca. Como quien no quiere la cosa, empezamos a conversar. El té me había relajado. Respondí a sus preguntas y les hablé de mis camaradas sin abrir ni una sola vez el cuaderno, donde había anotado con diligencia todos los puntos por tratar en el informe.

Pasó una hora, pasaron dos, y empecé a preguntarme por qué tardaban tanto en solicitar mi informe. Por fin, dijeron que mis respuestas tenían «relevancia científica» y que «merecían ser estudiadas». Tuve que ocultar mi asombro. ¿Qué clase de «relevancia científica» podían tener mis divagaciones? ¡No les había leído ni un solo punto de mi informe!

Como en respuesta a mi confusión, uno de ellos, Piotr Nikoláevich Pospélov, editor del diario *Pravda*, dijo:

—Ha sido muy interesante. No será la última vez que tenga que hablar de todo eso, así que, por favor, tómelo con calma...

A última hora de la tarde me informaron que había sido inscrito en el Vistrel^[19] y que me habían sido concedidas otras varias asignaciones como oficial. Mis apuros económicos se solucionaron al día siguiente al recibir dos mensualidades de mi paga de oficial. Ahora podía visitar la ciudad como es de rigor: refrescarme con un poco de agua de colonia y quizá incluso ir al teatro. Sin embargo, las palabras de Pospélov se repetían en mi cabeza: «No será la última vez que tenga que hablar de todo eso...».

Pronto me encontré en las oficinas del Estado Mayor. Ahí conocí a los famosos francotiradores Vladimir Pchelintsev, Liudmila Pavliúchinko y Grigori Gorélik. El general Schadenko nos recibió y al instante empezamos a intercambiar anécdotas acerca de nuestras vivencias. Nos enfrascamos tanto en la conversación que no nos dimos cuenta de que caía la noche; eran casi las tres de la madrugada cuando el

teniente general Morózov, a quien Schadenko llamaba «el primer francotirador del ejército», trató de presentar las conclusiones y zanjar la charla. Morózov se quedó impresionado con mis experiencias con el grupo de francotiradores, pero opinaba que mis sugerencias debían meditararse mejor. De modo que decidimos seguir con la discusión al día siguiente.

Parecía extraño que el general Schadenko, cuyo tiempo era tan valioso, se molestase en perder otra media jornada con un puñado de francotiradores de trinchera.

Al día siguiente, mientras revisaba nuestras conclusiones, Schadenko dijo que le habíamos ayudado a formular de forma más precisa la sección 39, parte primera, del manual de campo de infantería y que nuestros comentarios habían despertado el interés del Sóviet Supremo.

—Relájense una temporada —dijo—. Solo una cosa: no se marchen muy lejos...

Ya en el salón de banquetes del Estado Mayor, se me acercó Iván Máximovich Vidiúkov.

—Tengo un encargo para usted, Vasili —me informó sonriendo—. Preséntese ahora mismo en el almacén de suministros; le proporcionarán un uniforme nuevo. ¡Y no se vaya del sastre hasta que lo hayan vestido de arriba abajo!

El jefe de sastres del ejército estaba esperándome; dos horas después estaba irreconocible. Toda mi ropa era nueva, flamante: guerrera, pantalones, botas y sobretodo.

—¡Va hecho un general! —exclamó el sastre cuando me miré al espejo. Los pantalones, de hecho, llevaban las rayas de general y tuvieron que quitármelas.

A la mañana siguiente, una magnífica limusina ZIS-101 se detuvo en la entrada del hotel. Pchlíntsev, Gorélik y yo salimos en ella para el Kremlin. Cruzamos el puesto de control de la Torre del Salvador^[20] y en pocos minutos nos encontramos en el interior de un espacioso despacho. Junto a las paredes de ambos lados de la sala había sentados varios generales, y el centro estaba ocupado por un mesa desnuda.

Nos detuvimos a la cabeza de la mesa y se nos acercó Kliment Efrémovich Voroshílov^[21]. Nos recibió a cada uno de nosotros con un apretón de manos, nos

acompañó a unos sillones y tomó asiento al cabo de la mesa.

—Empecemos, camarada —dijo mirando al general Schadenko, que hizo un gesto a Pchelíntsev como diciendo: «Empiece usted».

El francotirador Volodia Pchelíntsev, que no era un hombre tímido, comenzó a expresar sus ideas con eficacia y elocuencia. Voroshílov escuchaba y tomaba notas, ya que sus comentarios debían añadirse a la revisión final de un documento dirigido al camarada Stalin en el que figuraban nuestras declaraciones ante el Estado Mayor.

Gorélik se puso en pie después de Pchelíntsev y finalmente llegó mi turno. Mi presentación duró, por lo visto, unos treinta minutos. En realidad hablé mucho más. Los que son afortunados no notan el paso de las horas, y tanto menos de los minutos. Yo era uno de esos afortunados, ya que mis observaciones acerca del papel de los francotiradores en caso de guerra no pasaron inadvertidas y la transcripción de mis palabras iría a parar a manos del camarada Stalin en persona. Me enorgullecía el hecho de que un simple soldado y su comandante supremo pudieran entenderse mutuamente.

Cuando hube terminado, Mijaíl Ivánovich Kalinin^[22] me puso la Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética en la palma de la mano.

—Camarada Záitsev —dijo—, ¡lo felicito!

—¡Yo sirvo a la Unión Soviética! —respondí.

Uno de mis camaradas me ayudó a ponerme la estrella y la Orden de Lenin en el pecho. Durante los minutos siguientes, no me atreví ni a respirar. Los oídos me zumbaban de la emoción. El sonido era como el eco de la refriega de Stalingrado, la gran batalla que tuvimos que librar hasta el amargo final y en la que, por un tiempo, tuvimos que olvidar que todavía había tierra al otro lado del Volga.

No retuve todas las palabras pronunciadas por Mijaíl Ivánovich, pero mientras viva recordaré su última frase: «Amen a su país con el corazón de un auténtico patriota, y sírvanlo sin miedo en la batalla».

Apéndice 1

Nota del editor: la presente versión de las experiencias de Záitsev en Stalingrado fue publicada en 1943. Se trata de las declaraciones hechas por el francotirador a los reporteros del Ejército Rojo en 1942, poco antes de resultar herido.

Traducido de la versión inglesa de Elena Leonídnova Yákovleva. © Neil Okrent, 1996, 1999.

Muerte a los ocupantes alemanes

Héroes de la Gran Guerra Patriótica

Por el Héroe de la Unión Soviética

V. G. Záitsev

LA HISTORIA DE UN FRANCOOTIRADOR

Publicaciones Militares

del Comisariado Popular de Defensa

1943

Precio: 10 kopeks

Nací en los Urales y pasé la infancia en el bosque, de aquí que los ame tanto y que nunca me pierda en ellos, aunque me resulten desconocidos. En el bosque

aprendí a disparar y a cazar liebres, ardillas, zorros, lobos y cabras salvajes. Mi padre era silvicultor. Teníamos por costumbre salir a cazar en familia: mi padre, mi madre, mi hermano, mi hermana y yo. Aún hoy, mi madre, que es una mujer anciana y necesita gafas para ver, cuando oye que un urogallo se posa sobre un abedul, sale a matarlo para después desplumarlo y cocinarlo.

Tengo una hermana pequeña, y mi hermano y yo decidimos un día hacerle un abrigo de piel de ardilla. Yo tendría unos doce años y mi hermano menos aún. Nuestro padre nos había enseñado a cazar ardillas. Es todo un arte: la ardilla debe cazarse con un solo perdigón; si se le dispara una carga entera, se corre el peligro de estropear la piel. Matamos unas doscientas ardillas y con ellas hicimos el abrigo para nuestra hermana.

Cuando tenía algo más de catorce años —en 1929—, mis padres entraron a formar parte de un koljós (una granja colectivizada) y nos trasladamos al asentamiento de Eleninski, en el distrito de Agapovski de la región de Cheliábinsk. Durante el invierno fui al colegio, y en verano me dediqué al pastoreo.

Quería estudiar mucho. Mientras cuidaba del ganado, ataba el caballo con una cuerda larga y me tendía entre los arbustos a leer los libros del colegio. Cuando llegó de nuevo el invierno, me fui a estudiar a un instituto técnico. Por entonces no me estaba permitido elegir dónde estudiar; ojalá hubiera podido elegir... Lo que más deseaba era ser piloto, pero ingresé en una escuela técnica de construcción. Y así empezó todo. En la escuela técnica me inscribí al Komsomol, estudié, obtuve excelentes calificaciones y recibí premios en todos los cursos.

Durante mi formación construimos los dos primeros altos hornos de Magnitogorsk. Comencé como asistente, y más tarde pasé a técnico. Durante el tiempo que estuve trabajando ahí, me interesé por la profesión de contable y me matriculé en un curso de formación. Al terminar el curso, me enviaron a la ciudad de Kizil, donde trabajé tres años como contable en la Unión de Consumidores del Distrito. El trabajo era de mi agrado: tranquilo e independiente, requería agilidad mental, precisión y, sobre todo, me enseñó mucho de la vida.

En 1936, el Presídium del Comité Ejecutivo del Distrito del sóviet de la ciudad me nombró inspector de seguros, cargo en el que me desempeñé hasta que fui llamado a filas.

Como recluta afiliado al Komsomol, me enviaron a prestar servicio en la flota del Pacífico, en Vladivostok. Es esta una ciudad peculiar; al principio me causó una

mala impresión. Me pareció muy distinta de las ciudades de los Urales, como Sverdlovsk, Cheliábinsk e incluso Shádrinsk. No obstante, tras un tiempo de residir en ella, le tomé gusto. Cuando acabe la guerra, solicitaré sin duda el traslado a Extremo Oriente. Estaría encantado con prestar servicio ahí el resto de mi vida. Es una zona que me gusta, la naturaleza es muy interesante y hay muchos bosques.

Ya en Extremo Oriente, me gradué con honores en la Escuela Económica Militar Regional y ocupé varios cargos navales y económicos en la flota del Pacífico hasta el otoño de 1942.

Cuando los alemanes empezaron a acercarse al Volga, un grupo de marineros —todos miembros del Komsomol, como yo— presentaron una solicitud ante el Consejo Naval para ser transferidos a la defensa de Stalingrado. La iniciativa partió del comisario de mi base, un bolchevique de primera hora llamado Naiánov. De joven había trabajado en la región del Volga, en el Comisariado Popular de Industrias Pesqueras, y siempre se acordaba de esa zona como yo me acordaba de los Urales. La petición de nuestro grupo de miembros del Komsomol fue recibida de forma favorable, y no tardamos en organizarnos y partir hacia el oeste. El 6 de septiembre llegamos a la ciudad de N., en los Urales, muy cerca de mi población natal. Ese mismo día nos enrolamos en la división de infantería del coronel Batiuk, y al día siguiente nos trasladaron de un tren de tropas a otro para dirigirnos a Stalingrado. Así pues, rodeamos los Urales.

Por el camino nos dedicamos a estudiar. Recuerdo que ahí aprendí a accionar una ametralladora: tras colocar una en la litera superior, un operador se sentó a mi lado y me mostró su funcionamiento.

En el tren se me ofreció el puesto de comandante de un pelotón de finanzas. ¡Dejar de trabajar en el sector económico para volver a lo mismo! Pensé: los compañeros están luchando, yo también quiero luchar, luchar de verdad, y solicité el ingreso en una compañía de fusileros.

Llegamos a Stalingrado el 21 de septiembre. La ciudad entera era pasto de las llamas, y los combates aéreos se sucedían desde la mañana hasta entrada la noche. Uno tras otro, los aviones se incendiaban y caían. Desde la ribera del Volga vimos alzarse varias lenguas de fuego que poco después convergieron en una gigantesca bola de fuego. Vimos caminar y arrastrarse a los soldados heridos que eran trasladados a la otra orilla del Volga. Todo ello causó en nosotros —recién llegados de tan lejos— una impresión sobrecogedora. Limpiamos las armas, calamos las bayonetas y esperamos la orden, listos para pasar a la acción.

El 22 de septiembre hicimos acopio de munición, reptamos hasta el Volga y zarpamos hacia la ribera opuesta. Llevábamos con nosotros morteros y ametralladoras. Tomamos posiciones en la orilla izquierda del Volga.

Los alemanes ocupaban la ciudad en ese momento. Nos descubrieron y abrieron fuego con los morteros. En nuestro sector había doce depósitos de gasolina. De pronto, seis aviones enemigos cayeron sobre nosotros y empezaron a bombardearnos. Los depósitos de gasolina explotaron y la gasolina nos salpicó. La ropa prendió fuego y nos arrojamos al Volga. Muchos de nosotros nos quedamos con solo la camiseta de marinero, otros iban desnudos, pero no importaba: nos envolvimos con lonas, tomamos los fusiles y seguimos adelante con el ataque. Expulsamos a los alemanes de la planta Metiz y la planta de procesamiento de carne, y mantuvimos la posición. Más tarde, los alemanes volvieron a avanzar, pero repelimos todos sus ataques.

Después de las primeras batallas, el comandante del batallón me nombró su ayuda de campo. Cierta día, una de nuestras subunidades tuvo problemas en la cañada de Dolgi y empezó a perder terreno. El comandante del batallón me dio el orden de contener la retirada y reforzar la línea del frente. Cumplí la orden: la subunidad atacó, rechazamos a los alemanes y retrasamos su avance. Tras esa batalla me impusieron la medalla al valor.

En octubre ocurrió otro acontecimiento importante en mi vida: el Komsomol me concedió el ingreso en las filas del Partido Comunista.

Por entonces, nuestra posición era terriblemente difícil. Los alemanes nos habían rodeado, nos empujaban hacia el Volga y nos atacaban con obuses y bombas. Cada día nos sobrevolaban varios aviones. A la vista de la situación, muchos de nosotros creímos que no teníamos muchas posibilidades de sobrevivir, pero no hablábamos de eso. Todos sentíamos un profundo odio hacia los alemanes. No hay palabras para describir su vileza.

Un día vimos a varias mujeres jóvenes colgadas de sogas en un jardín. Otro día, los alemanes arrastraban a una joven por la calle. Un niño corría tras ella gritando: «Mamá, ¿dónde te llevan?». La mujer —no estaba muy lejos— gritaba: «¡Hermanos, socorro, rescatadme!». Pero nosotros estábamos preparando una emboscada y no podíamos permitir que nos vieran. Me duele en el alma recordar ese momento...

Todo hombre capaz de luchar no pensaba sino en matar a cuantos más

alemanes mejor y en infligirles todo el daño posible. No acusábamos la fatiga, aunque a menudo no comíamos desde la mañana hasta entrada la noche, ni dormíamos por varios días. No queríamos dormir; teníamos los nervios en tensión permanente.

Cuando recibí la condecoración, dije: «Para nosotros no hay tierra más allá del Volga, nuestra tierra es esta y la defenderemos». Por eso mis camaradas del Komsomol me pidieron que se lo comunicara al camarada Stalin.

El 5 de octubre estábamos con el comandante de nuestro batallón. El capitán Kótov se acercó a una ventana. Vimos a un alemán en la distancia y el capitán dijo: «¡Mátenlo!». Me llevé el fusil al hombro, disparé y el alemán cayó. Estaba a seiscientos metros de nosotros y lo maté con un fusil corriente. Aquello despertó interés entre mis camaradas. Apareció otro alemán corriendo hacia el que había matado. Mis camaradas me gritaron: «Záitsev, Záitsev, ahí llega otro, mávalo». Volví a agarrar el fusil, disparé y el segundo alemán cayó. Todo el mundo me miró con admiración. Yo mismo estaba sorprendido. Me quedé mirando por la ventana; apareció un tercer alemán reptando en dirección a los dos soldados abatidos. Le disparé a él también.

Dos días después de eso, el oficial al mando, el mayor Metelev, me hizo llegar, a través del comandante de batallón Kótov, un fusil de francotirador con mira telescópica y con mi nombre grabado en la culata. Fusil n.º 2826. El capitán Kótov me lo dio y dijo: «Será usted un buen francotirador. Aprenda a usarlo y enseñe a otros hombres».

Así fue como aprendí a disparar con el fusil de francotirador. Uno de los miembros del Komsomol, el teniente Bolshápov, me ayudó a aprender lo básico. Él fue mi camarada de armas: luchamos codo con codo y vivimos en las trincheras juntos.

El francotirador Kaléntiev también me enseñó cosas. Pasé tres días con él, observando detenidamente su modo de actuar y de utilizar el fusil. Después de eso, llegó el momento de proceder por mi cuenta. Al principio, erraba los tiros: actuaba con prisas y titubeos, pese a ser una persona de natural sereno.

Luchar en la calle, donde el enemigo se encuentra en ocasiones a solo cuarenta o cincuenta metros, no es como luchar en el campo de batalla, donde las distancias son amplias. Muchos de los consejos que nos daban a los francotiradores resultaban ser inútiles. Con todo, los alemanes no tardaron en oír hablar de mí.

Mataba a cuatro o cinco alemanes todos los días. Más tarde empecé a seleccionar a mis alumnos. Al principio, elegí a un grupo de cinco o seis hombres. Los entrené en la fragua de la fábrica Metiz, donde instalamos una galería de tiro. Estudiaban la parte material del fusil en el interior de los conductos de ventilación de la fábrica, que servían bien como refugio; ahí limpiábamos también las armas y poníamos en común las experiencias del día.

Poco después, tenía ya treinta alumnos. La mayoría eran miembros del Komsomol. Yo mismo los seleccionaba, trabé amistad con algunos de ellos y compartí con ellos todo cuanto tenía, ya fueran galletas o tabaco. Cuando las personas ven que se las trata con franqueza, desarrollan cierto apego hacia uno y recuerdan todo cuanto dices. Ellos sabían que yo no los abandonaría llegado el peligro, y yo esperaba que ellos hicieran lo mismo por mí.

Como miembro del buró del Komsomol, tenía que visitar a todas las subunidades; generalmente empezaba por los documentos administrativos del Komsomol y terminaba con la organización del grupo de francotiradores.

En cuanto tuve la certeza de que mis hombres sabían manejar el fusil, me los llevé conmigo a trabajar sobre el terreno. Se acostumbraron a disparar y a inspeccionar el terreno. Un francotirador debe estudiar hasta el último arbusto: dónde crece y cómo es la tierra que lo rodea, cuántas piedras hay y su disposición, qué trinchera está bajo el punto de mira de los alemanes y cuál no. Cuando el francotirador ha estudiado las defensas —las propias y las del enemigo— no hay quien pueda batirlo.

Por la noche reunía a mis hombres en un punto para que pudieran intercambiar impresiones. Cuando los francotiradores hablan entre ellos tras una misión, aprenden más con una hora de conversación que con un mes de paz.

Fue en una de estas ocasiones, por ejemplo, cuando el miembro del Komsomol, Lomako, dijo: «Hoy he fallado tres tiros; he disparado tres balas desde la misma distancia y no he dado en el blanco ni una sola vez».

El comentario me llamó la atención, así que al día siguiente fui con Lomako al lugar desde el que había disparado. Era la chimenea de una fábrica. Nos apostamos a una altura de diez metros. Un alemán pasó por abajo; le disparé, pero siguió caminando como si nada, sin siquiera apretar el paso. No volví a disparar. Bajé el fusil y pensé: «Si hubiera disparado demasiado alto, el alemán se habría agachado; si la bala le hubiera pasado por delante, se habría detenido. Pero el alemán

había seguido caminando sin inquietud aparente, lo cual indicaba que había un ligero desplazamiento en el visor y que la bala, en lugar de dirigirse a su objetivo, se estrellaba contra el suelo». Desplacé el visor una posición. Lomako y yo nos quedamos esperando a que apareciera otro alemán. Por fin llegó uno; disparé, y cayó.

Así pues, el problema quedó resuelto y, a la siguiente reunión, les dije a los muchachos: «Nueva lección: si estáis más altos que el enemigo, usad un visor pequeño. Si estáis más bajos que el enemigo, usad un visor grande». En realidad, quizá fuera una regla archisabida, pero para nosotros era una novedad.

La experiencia nos enseñó otra regla: elegir la posición de tiro allá donde el enemigo cree que no es posible establecerla. También se requería habilidad a la hora de camuflarse: cuando uno escala una chimenea, debe mancharse con hollín y mimetizarse con la chimenea; si está junto a una pared, sus ropas deben ser del mismo color que esta.

En la sección de nuestro regimiento, por ejemplo, había una casa quemada. De la casa quedaba poco más que la cocina y la chimenea. Me tendí detrás de la cocina y abrí una tronera en la chimenea. Los alemanes, por supuesto, no iban a sospechar que un francotirador ruso fuera a ocultarse ahí dentro. Desde ahí, sin embargo, tenía una buena vista de las dos entradas a sus refugios y de un edificio de tres alturas. Desde esa chimenea maté a diez alemanes.

Es cierto que también sufrí, pero fue culpa mía; estaba harto de arrastrarme y decidí disparar las diez balas desde el mismo lugar. Los alemanes terminaron por localizarme y me dispararon un mortero. El fusil se me rompió y cayó sobre mí una lluvia de ladrillos. Las piernas se me quedaron enterradas bajo los escombros y pasé dos horas inconsciente. Cuando volví en mí, aparté los ladrillos y saqué las piernas, pero las botas se me quedaron debajo de la cocina porque me iban grandes, una talla cuarenta y cinco. Me envolví los pies con un paño y me colgué la correa del fusil al cuello. Quería salir de ahí, pero me disgustaba tener que dejar las botas. Antes que yo las había llevado el comandante de batallón Skáchkov; tenían un gran valor para mí. Pensé: «Si me matan, pues bien, al diablo con ellos, pero no pienso dejar aquí las botas del comandante. ¡Ay, si llegara a ponérselas uno de esos granujas alemanes!». Empecé a retirar ladrillos de la cocina hasta que por fin pude recoger las botas y, con ellas en las manos y cubierto de hollín, corrí descalzo por la calle. Llegué adonde estaban mis camaradas, que riendo dijeron: «Valdría la pena sacarte una foto tal y como estás».

Desde entonces, mis alumnos y yo cambiamos de estrategia: empezamos a disparar desde distintos lugares. No disparábamos más de dos o tres tiros desde la misma posición e intentábamos disponer cuantas posiciones falsas pudiéramos.

Los alemanes lograron establecer un nido de ametralladoras en un fortín de tierra de la colina Mamáiev. Nos impedían maniobrar e ir de un sitio a otro para llevar comida o munición a nuestros soldados. El comandante nos encomendó la tarea de echarlos de ahí. La infantería había atacado las ametralladoras en varias ocasiones, fracasando invariablemente. Dos de los francotiradores de mi grupo fueron enviados ahí, pero fracasaron también y resultaron heridos. Entonces el comandante del batallón me ordenó que fuera yo en persona y que llevara conmigo a otros dos francotiradores. Así lo hicimos: partimos hacia esa zona, recorrimos toda la línea de defensa y, gracias a los agujeros de bala, descubrimos que había otro hombre que mantenía a raya nuestros hombres.

Nos ocultamos en una trinchera. En cuanto levanté un casco por encima de la trinchera, hubo un disparo y el casco cayó. Supe que nos enfrentábamos a un francotirador experimentado. Había que localizar su posición. Era difícil porque, si alguien se asomaba, el alemán lo mataría, de modo que había que engañarlo, vencerlo con el ingenio, es decir, hallar la táctica adecuada.

Lo busqué durante cinco horas. Por fin se me ocurrió una idea: me quité un guante, lo coloqué sobre un tablón de madera y lo asomé por encima de la trinchera. El alemán disparó. Por la dirección del agujero, determiné la posición desde donde disparaba. Una vez que se ha determinado la posición del enemigo, hay que instalarse en un lugar cómodo y esperar, pero el enemigo no debe saber nunca desde donde piensan dispararle.

Saqué un periscopio de trinchera y me puse a observar. ¡Por fin vi al francotirador alemán! Nuestra infantería estaba avanzando, solo les faltaban treinta metros para llegar al fortín. En ese momento, el alemán se alzó un poco para mirar y bajó el fusil. Al mismo tiempo, salté de la trinchera, me erguí y alcé el fusil. Mi audacia lo dejó desconcertado. Trató de agarrar el fusil, pero yo disparé primero. Le disparé una bala sagrada rusa. El alemán dejó caer el arma.

Empecé a disparar contra la tronera del fortín para que los alemanes no pudieran accionar la ametralladora. En ese momento, nuestra infantería alcanzó el fortín y lo capturó sin sufrir bajas. He aquí un método tácticamente correcto: engañar al enemigo y cumplir la misión sin sufrir una sola baja.

No se tarda mucho en matar a un alemán. Todos nuestros hombres son buenos tiradores, pero los alemanes no son estúpidos. Saben camuflarse y utilizar las trincheras. Cavan con profundidad y rara vez asoman la cabeza. Engañarlos, hallar el modo de burlarlos y localizarlos, es una tarea sumamente complicada. Solo un francotirador perseverante e ingenioso puede lograrlo. Incluso acuñamos un proverbio: «Para matar a un alemán, primero hay que engañarlo». El modo de proceder es el siguiente: subir a la chimenea más alta o cualquier otro lugar cómodo y ver dónde se encuentran los alemanes; luego, elegir una posición de disparo, y no solo una, sino varias; después, paralizar al enemigo con fuego para impedir que haga un solo movimiento. Durante el día, los disparos no se ven y nunca sabes desde dónde vienen las balas, por lo que hay que actuar de noche.

En cierta ocasión, los francotiradores alemanes se apostaron en una colina. Acercarse a ella fue arduo. Nuestra infantería lo intentó dos o tres veces, pero no supo determinar dónde se encontraban, de modo que no pudo despejar la vía de acceso a la colina.

Acudí al lugar a las cinco de la madrugada, acompañado por los soldados del Ejército Rojo Kúlikov y Dvoiashkin. Todavía estaba oscuro. Agarramos un palo en cuya punta atamos otro para que formaran una cruz y los envolvimos con un paño blanco para obtener la forma de una cara. Líamos un cigarrillo largo de *majorka* y se lo insertamos en la boca. Tras ponerle un casco y un abrigo de piel, lo asomamos. Un francotirador alemán vio a un hombre fumando un cigarrillo y disparó. Cuando se dispara en la oscuridad, pueden verse las chispas del fusil. De este modo logramos localizar al francotirador. Cada vez que Kúlikov hacía aparecer al «hombre» por la trinchera, el alemán disparaba. Tras el disparo, Kúlikov bajaba el palo y volvía a asomarlo. El alemán pensaba que el «hombre» todavía no estaba muerto y disparaba de nuevo. Mientras los alemanes trataban de dar caza al «francotirador» ruso, pude localizar los fortines desde los que nos disparaban. No contrarresté su fuego, sino que me limité a establecer su posición y a comunicárselo a nuestra artillería antitanques, que fue la que se encargó de destruir los nidos de los francotiradores.

También manteníamos una buena relación con los destacamentos de la artillería de asalto. Un buen ejemplo de ello fue lo ocurrido el 17 de diciembre. El comandante nos encargó volar un puente de hormigón armado. Tratamos de volarlo, pero sin éxito: todos nuestros ataques fracasaron. Aunque nos encontrábamos a una distancia mínima, el puente no caía ya que el hormigón tenía seis metros de anchura. Nuestros obuses impactaban en él, pero dejaban una muesca y nada más. Así que tres de mis hombres y yo nos dirigimos a hurtadillas al flanco —o mejor dicho, la retaguardia— de los alemanes.

Entramos reptando en una casa derruida. Cuando nuestros grupos de asalto atacaron, los alemanes salieron corriendo de los refugios para arrojarles granadas. Entretanto, nosotros les disparábamos. Cuando nos vieron, apuntaron una ametralladora hacia nosotros, pero logramos abatir a la dotación. Entre cuatro matamos a veintiocho alemanes en menos de dos horas. Gracias a ello, nuestras tropas de asalto lograron ocupar el puente fortificado.

Hablaré ahora de mi misión más memorable. No recuerdo la fecha exacta. Los alemanes traían refuerzos, y yo me encontraba en un puesto de observación en compañía de mi comandante. Un mensajero llegó corriendo y dijo: «Se ha detectado movimiento alemán en el sector de observación. Están a punto de recibir tropas de refresco».

Mis hombres y yo fuimos a vigilar la llegada de los refuerzos. Éramos solo seis. Nos instalamos en las ruinas de una pequeña casa. Los alemanes marchaban en formación. Los dejamos acercarse hasta unos trescientos metros de nosotros y entonces empezamos a disparar. Había unos cien alemanes. Los cogimos por sorpresa y se detuvieron. Uno de ellos cayó, luego otro, luego un tercero. Se tardan dos segundos en disparar, y los fusiles SVT usan cargadores de diez balas. En cuanto se aprieta el gatillo, el arma se carga y expulsa el casquillo anterior. Matamos a cuarenta y seis alemanes. He aquí la importancia del papel de los francotiradores en la defensa de Stalingrado.

En las calles de la ciudad, nuestros propagandistas divulgaban proclamas como: «Si quieres vivir, mata a un alemán», «Di a cuántos alemanes has matado y te diremos cuán buen patriota eres». La destrucción de las fuerzas alemanas se había convertido en un fin honorable, y hasta el último soldado del Ejército Rojo no hacía más que ir en su busca. Quienes mataban a más alemanes eran los más respetados entre sus camaradas.

El agitador capitán Rakitianski, uno de los preferidos entre la tropa, podía pasarse el día entero con el fusil en la mano, ya fuera en una trinchera como en lo alto de un tejado, a la espera de un alemán. Nada más avistarlo, lo mataba y volvía a esperar a que apareciera otro. ¡Eso sí es ser un buen agitador!

He matado a 242 alemanes, incluidos más de diez francotiradores enemigos. Siempre he tenido la convicción de que soy más astuto y fuerte que los alemanes, y de que mi fusil dispara con mayor precisión que un fusil alemán. Conservo la calma en todo momento, y por eso nunca siento miedo de los alemanes.

Apéndice 2

ORDEN N.º 227 DEL COMISARIO DEL PUEBLO

PARA LA DEFENSA DE LA URSS,

I. STALIN

28 de julio de 1942

Moscú

El enemigo envía cada día más efectivos al frente y, sin consideración alguna hacia las bajas, avanza hacia el interior de la Unión Soviética, apoderándose de nuevos territorios, devastando y saqueando nuestros pueblos y ciudades, y violando, asesinando y robando al pueblo soviético. Los ataques enemigos continúan en Vorónezh, junto al Don, en el sur y a las puertas del Cáucaso Norte. El invasor alemán se dirige a Stalingrado, hacia el Volga, y está dispuesto a pagar el precio que sea preciso por hacerse con Kuban y el Cáucaso Norte, por su abundancia de petróleo y trigo. El enemigo ha capturado ya Voroshilovgrado, Starobilsk, Rososh, Kupiansk, Valuiki, Novocherkask, Róstov y la mitad de Vorónezh. Haciendo caso de voces agoreras, algunas unidades de nuestro frente meridional han abandonado Róstov y Novocherkask sin oponer gran resistencia. Se han retirado sin órdenes de Moscú y con ello han cubierto de oprobio sus banderas.

Las gentes de nuestro país, que hasta ahora veían al Ejército Rojo con amor y respeto, empiezan a sentirse defraudadas y a perder la fe en él. Muchos son los que maldicen al Ejército Rojo por retirarse al este y abandonar a nuestro pueblo bajo el

yugo alemán.

Algunos, neciamente, se consuelan con la idea de que podemos seguir retirándonos hacia el este, pues disponemos de amplios territorios, extensas porciones de tierra, población numerosa y trigo en abundancia. Con estos argumentos tratan de justificar su vergonzante conducta y su retirada. Mas dichos argumentos son falsedades, patrañas, y no sirven más que al enemigo.

Todos los comandantes, todos los soldados y todos los comisarios políticos deben comprender que nuestros recursos no son ilimitados. El territorio de la Unión Soviética no es un yermo, sino que en él habitan personas: trabajadores, campesinos, intelectuales, nuestros padres y madres, esposas, hermanos, hijos. El territorio de la URSS ocupado por los fascistas y los territorios que estos planean capturar son el pan y los recursos de nuestro ejército y nuestros civiles, el petróleo y el acero de nuestra industria, las fábricas que suministran armas y munición a nuestras tropas, nuestros ferrocarriles. Con la pérdida de Ucrania, Bielorrusia, las Repúblicas Bálticas, la cuenca de Donetsk y otras zonas, hemos perdido grandes porciones de territorio, lo cual significa la pérdida de gran cantidad de vidas, trigo, metales y fábricas. No gozamos ya de superioridad sobre los nazis en recursos humanos ni en suministro de materiales. Si seguimos retirándonos, nos destruiremos a nosotros mismos y a nuestra patria. Cada porción de territorio que entregamos a los fascistas los fortalece a ellos y debilita nuestras defensas y nuestra patria.

Es, pues, necesario erradicar aquellas voces que afirman que podemos retirarnos eternamente, que todavía disponemos de vastos territorios, que nuestro país es rico y grande, que tenemos una población numerosa y que siempre dispondremos de suficiente trigo. Esas voces mienten y son peligrosas, pues nos debilitan y robustecen al enemigo. Si no dejamos de retirarnos, nos quedaremos sin trigo, sin combustible, sin acero, sin materias primas, sin fábricas y sin ferrocarriles.

La conclusión que de ello se sigue es que ha llegado la hora de poner fin a la retirada. ¡Ni un paso atrás! De hoy en adelante, esta será nuestra divisa. Debemos proteger con tenacidad hasta el último bastión, hasta el último metro de suelo soviético, protegerlo hasta la última gota de sangre. Debemos apoderarnos hasta del último rincón de nuestra tierra y defenderlo todo el tiempo que sea posible. Nuestra patria atraviesa momentos difíciles. Debemos detenernos, contraatacar y destruir al enemigo, sea cual sea el coste. Los alemanes no son tan fuertes como aseguran las voces de los derrotistas. Han llegado al límite de sus fuerzas. Si en este momento logramos resistir su embate, tenemos asegurada la victoria en el futuro.

¿Seremos capaces de resistir y rechazar al enemigo hacia el oeste? Sí, lo seremos, pues al otro lado de los Urales nuestras plantas y fábricas funcionan a pleno rendimiento y, a diario, suministran más y más tanques, aviones y artillería a nuestro ejército. Así pues, ¿qué falta? Falta disciplina y orden en nuestros regimientos, divisiones y compañías, en las unidades de tanques y en los escuadrones aéreos. He aquí nuestro mayor problema. Si queremos revertir la situación y rescatar a la patria, debemos introducir el más estricto orden y la más férrea disciplina en nuestras tropas.

No podemos seguir tolerando a comandantes y comisarios cuyas unidades abandonan las defensas. No podemos seguir tolerando el hecho de que comandantes y comisarios permitan que un puñado de cobardes bien conocidos lleven la voz cantante en el campo de batalla ni que los derrotistas arrastren consigo a otros soldados al batirse en retirada y dejar el camino expedito a los fascistas. Derrotistas y cobardes deben ser exterminados en el acto.

De hoy en adelante, la férrea ley disciplinaria de todo oficial, soldado y comisario será: ni un paso atrás sin orden del alto mando. Todo comandante de compañía, batallón, regimiento o división, así como todo comisario político, que se retire sin órdenes será considerado traidor a la patria, y como tal será tratado.

Cumplir la presente orden significa defender el país, salvar la patria y destruir y conquistar al odioso enemigo.

Tras su retirada en invierno bajo la presión del Ejército Rojo, cuando la moral y la disciplina decayeron entre los soldados alemanes, el enemigo adoptó medidas estrictas que produjeron buenos resultados. Se formaron un centenar de compañías penales compuestas por soldados que habían infringido la disciplina por cobardía o impotencia; esos hombres fueron desplegados en los sectores más peligrosos del frente y se les ordenó que redimieran sus pecados con sangre. El enemigo formó asimismo diez batallones penales compuestos por oficiales que habían infringido la disciplina por cobardía o impotencia. Los alemanes los desposeyeron de sus condecoraciones y los enviaron a las zonas más peligrosas del frente. Dichos oficiales recibieron la orden de redimir sus pecados con sangre. Por último, el enemigo creó unidades especiales de las SS y las desplegó en la retaguardia de las unidades penales con la orden de ejecutar a los derrotistas en caso de que intentasen abandonar sus posiciones sin orden previa o de que tratasen de rendirse. Tales medidas surtieron efecto, pues ahora vemos cómo las tropas alemanas luchan mejor que el pasado invierno. La nueva situación a la que nos enfrentamos es una en que las tropas alemanas gozan de buena disciplina, si bien no de la motivación y la

protección de la patria.

Su misión es una sola: conquistar nuestra tierra. Nuestras tropas, cuyo objetivo es la defensa de la patria profanada, no tienen la disciplina de los alemanes, y por eso nuestros soldados sufren una derrota tras otra. ¿No hemos de aprender esta lección del enemigo, del mismo modo que nuestros ancestros aprendieron de los suyos para vencerlos? Tengo el convencimiento de que sí.

Órdenes de la Stavka (Estado Mayor Supremo del Ejército Rojo):

1. Los sóviets militares del frente y todos los comandantes del frente deben:

a. Erradicar definitivamente la tentación de la retirada entre nuestras tropas y prevenir toda propaganda que sugiera que podemos y debemos seguir retirándonos. Estas medidas deben aplicarse con mano de hierro.

b. Arrestar sin excepciones a aquellos oficiales que promuevan la retirada sin autorización del alto mando, y enviarlos a la Stavka para su comparecencia ante un consejo de guerra.

c. Formar en cada frente de uno a tres (según las circunstancias) batallones penales con los comandantes y comisarios políticos de cualquier rango o rama que hayan infringido la disciplina por razón de cobardía o impotencia. Estos batallones deben situarse en las secciones más peligrosas del frente para que tengan la oportunidad de redimirse por la sangre.

2. Los sóviets militares del ejército y los comandantes de ejército deben:

a. Arrestar sin excepciones a aquellos oficiales y comisarios que hayan permitido retirarse a sus tropas sin autorización del alto mando, y enviarlos a los sóviets militares de los frentes para su comparecencia ante un consejo de guerra.

b. Formar de tres a cinco unidades de guardias bien armadas, desplegarlas en la retaguardia de las divisiones penales y darles orden de ejecutar a derrotistas y cobardes en caso de retirada desordenada, para que así nuestros soldados fieles tengan la oportunidad de cumplir con su deber ante la patria.

c. Formar de cinco a diez compañías penales con los soldados y suboficiales que hayan infringido la disciplina por razón de cobardía o impotencia. Estas unidades deben situarse en las secciones más peligrosas del frente para que sus soldados tengan la oportunidad de redimir con sangre los crímenes cometidos

contra la patria.

3. Comandantes y comisarios de cuerpo y división deben:

a. Arrestar sin excepciones a aquellos oficiales y comisarios que hayan permitido retirarse a sus tropas sin autorización del mando de división o cuerpo, desposeerlos de sus condecoraciones militares y enviarlos a los sóviets militares para su comparecencia ante un consejo de guerra.

b. Facilitar toda la ayuda posible a las unidades de guardias del ejército en sus funciones por reforzar la disciplina.

La presente orden deberá leerse en voz alta a todas las compañías, tropas, baterías, escuadrones, brigadas y equipos.

El comisario del pueblo para la Defensa,

I. STALIN

Colaboradores del volumen

David Givens estudió en la Universidad Estatal de Kazán, Rusia. Es licenciado en Economía y Lengua Rusa por la Universidad de Virginia. Ha viajado y trabajado en varias repúblicas soviéticas, entre ellas Rusia, Georgia y Uzbekistán. Actualmente reside en Filadelfia.

Peter Kornakov es profesor universitario (en San Petersburgo, Glasgow y la Universidad de Bradford). Trabaja como intérprete, traductor, periodista y fotógrafo.

Konstantin Kornakov nació en Moscú en 1983 y creció en La Habana, San Petersburgo, Glasgow, Barcelona y Bradford. Actualmente cursa un posgrado en Historia de Europa en la Universidad de Bradford. Trabaja como intérprete, traductor y periodista.

Elena Leoníдовna Yákovleva, traductora del artículo titulado «Historia de un francotirador», vive en San Petersburgo. Estudió en la Universidad Estatal de San Petersburgo.

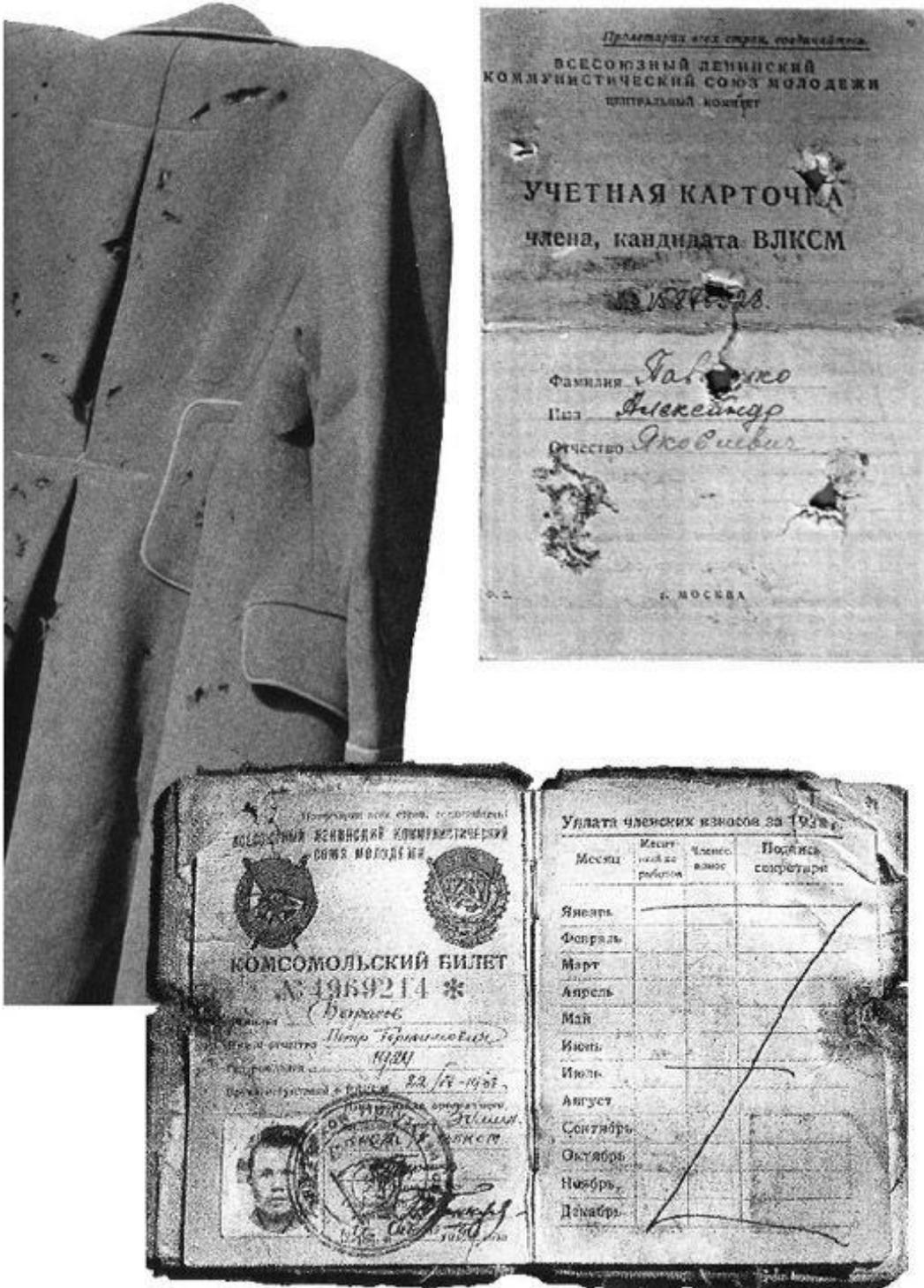
Max Hardberger, autor de la introducción, ha escrito *Freighter Captain*, un excelente libro de memorias ambientado en los buques cargueros del Caribe. Sus libros están disponibles en la web www.maxhardberger.com



1. Vasili Zaitsev, Stalingrado, octubre de 1942



**ОТСТОИМ
ВОЛГУ-МАТУШКУ!**



3. (Arriba, izquierda) Sobretudo de un soldado ruso, actualmente expuesto en el Museo de la Guerra de Stalingrado. El abrigo tiene veintidós agujeros de bala. (Arriba, derecha) Cartilla con agujeros de bala. (Abajo) Tarjeta del Komsomol de Alexander Yákovlevich Pavlienko, con agujero de bala.



4. (Arriba) Vasili Záitsev y otros tres francotiradores de su grupo, entre ellos Galifan Abzálov. (Abajo) La escultura de los niños jugando en corro se halla cerca del centro de Stalingrado. La foto fue tomada en el apogeo de la batalla.



5. Voluntarios civiles: obreros de la fábrica de tractores se movilizan para combatir a los nazis.



6. Los fusileros del Ejército Rojo se disponen a cruzar el Volga. El cargador de tambor de la PPSH-41 soviética tenía capacidad para 71 balas.



*Смерть маленьким захватчикам!
Прощай и передай товарищу!*

**СТАЛИНГРАДЕЦ!
БУДЬ СТОЙКИМ, КАК** 
МАТВЕЙ ПУТИЛОВ

ОН БЫЛ РЯДОВЫМ СВЯЗИСТОМ И ЧАСТО
НАХОДИЛСЯ ТАМ, ГДЕ ВРАЖЕСКИМИ
СНАРЯДАМИ И МИНАМИ КАРЕНИЛИСЬ
ПРОВОДА, ГДЕ РАЗРЫВАЮЩИЕСЯ
БОМБЫ НЕПРЕРЫВНО ВВОДИЛИ ИЗ СТРОЯ
СВЯЗЬ - НЕРВ СТАЛИНГРАДСКОЙ ОСОРОНЫ
СЕГОДНЯ НА ЛИНИИ ВРАЖЕСКОЙ МИНЫ
ЕМУ РАЗДРОБИЛО РУКУ. ТЕРЯЯ СОЗНА-
НИЕ, ОН ПОДНЁС КОНЦЫ ПРОВОДОВ
В РОТ И КРЕПКО ЗАЖАЛ ПРОВОД
ЗУБАМИ. ВОССТАНОВИВ СВЯЗЬ, ОН
УМЕР С ПРОВОЛКОЙ В ЗУБАХ
ОТМСТИМ ЗА МАТВЕЯ!

7. (Arriba) Un comisario político, el general Chuikov y Vasili Zaitsev, durante la batalla. (Abajo) Nota manuscrita titulada: «¡Debemos vengar la muerte de Matvéi!» en la que se pide a los soldados que la lean y la hagan correr entre sus compañeros.



In the name of the people of the United States of America, I present this scroll to the City of Stalingrad

to commemorate our admiration for its gallant defenders whose courage, fortitude, and devotion during the siege of September 13, 1942 to January 31, 1943 will inspire forever the hearts of all free people. Their glorious victory stemmed the tide of invasion and marked the turning point in the war of the Allied Nations against the forces of aggression.

May 17, 1945

Franklin D. Roosevelt

Washington D.C.



9. (Arriba) Vasili Záitsev y el general Chuikov visitan Stalingrado, veinte años después de la batalla. (Abajo) Záitsev y su compañero el francotirador Anatoli Chéjov en una fiesta de principios de la década de 1960. El encuentro fue una sorpresa para Záitsev, que creía que Chéjov había muerto en acto de servicio.



VASILII ZÁITSEV (1915-1991) fue cazador en los Urales antes de enrolarse como voluntario en el ejército ruso en 1937. Su maestría como francotirador llegó a ser legendaria y sus servicios en el ejército fueron recompensados con varias medallas, incluida la codiciada Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética.

Notas

^[1] La voz rusa *zayits* (conejo) se halla en la raíz del apellido Záitsev. Por su parte, Medvédev deriva de *medved* (oso). Todas las notas proceden de la traducción inglesa de la obra, a cargo de David Givens, Peter Kornakov y Konstantin Kornakov. <<

^[2] En septiembre de 1942, Vasili Chuikov fue nombrado comandante del 62.º Ejército en Stalingrado. Posteriormente, el 8.º Ejército de guardias de Chuikov fue enviado al frente bielorruso, donde se convirtió en la cabeza de lanza del avance hacia Berlín. A Chuikov correspondió el honor de recibir la rendición de Berlín de manos del general Krebs. Tras la segunda guerra mundial, Chuikov pasó a ser el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Soviéticas en Alemania entre 1949 y 1953. <<

^[3] Cigarrillo sin filtro. <<

^[4] Los consejos militares soviéticos de los distintos frentes estaban compuestos por una mezcla de dirigentes del Partido Comunista y oficiales militares de carrera. Estos consejos ostentaban la autoridad última en sus áreas de control. Sus decisiones solo eran apelables por Moscú. <<

^[5] En los primeros días de batalla, la artillería y la aviación alemanas gozaban de una inmensa superioridad. Para compensarlo, el Ejército Rojo se aproximaba lo más posible a las líneas alemanas, hasta el punto de cavar trincheras junto a las posiciones enemigas, de tal modo que los alemanes no pudieran recurrir a la artillería ni a los ataques aéreos contra los rusos sin disparar contra sus propias tropas. <<

^[6] Al retirar la manga de fragmentación se reducía el radio de explosión a diez metros, lo que aumentaba su eficacia en espacios cerrados. <<

^[7] Záitsev parece referirse a las ametralladoras alimentadas por cargador requisadas por los alemanes con la anexión de Checoslovaquia y entregadas a la Wehrmacht antes del avance hacia Stalingrado. Un arma checa similar fue utilizada por el ejército británico, donde se conocía como «Bren». <<

^[8] Esta es la única vez que Záitsev menciona de forma explícita la orden de organizar un grupo de francotiradores. Záitsev reclutó a Alexánder Griazev, Okrihm Vasilchenko y a otros marineros de la flota del Pacífico. Más adelante, como es natural, sus comandantes le otorgarían mayor libertad para elegir a sus francotiradores. <<

^[9] Yakutsk es la capital de la República de Sajá, en el nordeste de Siberia. La mayor parte de su población habla una lengua de la familia túrquica y utiliza el ruso como segunda lengua. <<

^[10] Los defensores de Stalingrado recibían granadas Mills a través de los convoyes del Atlántico que recalaban en Murmansk. <<

^[11] En ruso, baño público o sauna. <<

^[12] Las ramas de abedul se utilizaban en los baños rusos para flagelar la piel y mejorar así la circulación. <<

^[13] Así se conocía la primera guerra mundial en la Rusia soviética. <<

^[14] «Extranjero» o persona de distinta fe, referido en especial a los musulmanes. <<

^[15] En noviembre de 1942, soldados, comandantes e instructores políticos del frente de Stalingrado remitieron una carta a Stalin en la que se comprometían a defender la ciudad. <<

^[16] «El que sigue las reglas», «persona de confianza». <<

^[17] Záitsev parece sugerir que los nazis conocían su nombre (que significa «conejo») y bromeaban con ello, aunque también podría ser que, al decir «gran conejo», el prisionero se refiriera a un «pez gordo». <<

^[18] «Gran Guerra Patriótica» era el término utilizado en la Unión Soviética para referirse a la segunda guerra mundial. <<

^[19] Literalmente, «disparo». Aquí parece un semiacrónimo de la Oficina para el Adiestramiento de Tiro Avanzado (en ruso: *Vischie Strelkovie Kursi Komandnovo Sostava*). <<

^[20] Torre del reloj situada en una esquina del Kremlin, en la Plaza Roja, similar

al Big Ben de Londres y con un reloj de fabricación británica. <<

^[21] Líder militar soviético; bolchevique desde 1903 y destacado comandante del Ejército Rojo durante la guerra civil (1918-1920). Como comisario de Asuntos Militares y Navales, y más tarde de Defensa (1925-1940), Voroshílov ayudó a organizar el Ejército Rojo. Durante la segunda guerra mundial fue comandante del frente noroeste. En 1937 entró a formar parte del Sóviet Supremo. <<

^[22] Bolchevique de primera hora, miembro del Comité Central desde 1912 y cofundador del diario *Pravda*. Tras la revolución bolchevique de 1917 fue nombrado alcalde de Petrogrado. En 1919, pasó a formar parte del Politburó. Fue el primer presidente del Comité Ejecutivo Central de la URSS, cargo equivalente al de jefe del estado (1919-1946). Se mantuvo en el cargo hasta su renuncia ante el Sóviet Supremo el 19 de marzo de 1946, poco antes de su muerte. <<